JERÓNIMO LEAL

INVITACIÓN A LA PATROLOGÍA

Cómo han leído la Biblia los Padres de la Iglesia



RIALP

JERÓNIMO LEAL

INVITACIÓN A LA PATROLOGÍA

Cómo han leído la Biblia los Padres de la Iglesia



RIALP

JERÓNIMO LEAL

INVITACIÓN A LA PATROLOGÍA

Cómo han leído la Biblia los Padres de la Iglesia

Pontificia Università della Santa Croce

EDICIONES RIALP, S. A.

MADRID

Título original: Avvio alla Patrologia. Come hanno letto la Bibbia i Padri della Chiesa

© 2015 by JERÓNIMO LEAL

© 2019 by EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63, 8.º A - 28016 Madrid

(www.rialp.com)

Textos cedidos por:

© Editorial Ciudad Nueva: Padres apostólicos; pp. 39-54, 93-107, 145-155, 186-190, 261-263, 272-273, 275-278, 392-405, 555-559, 560-562. Actas latinas de mártires africanos; pp. 89, 91, 93, 95, 97, 99. Stromata IV-V: martirio cristiano e investigación sobre Dios; Clemente Alejandrino; pp. 375, 377, 379, 381, 383, 385, 387, 389. Sobre los principios; Orígenes; 827, 829, 831, 833, 835, 837, 839, 841, 843, 845, 847, 849. Catequesis; Cirilo de Jerusalén; pp. 451-459. Tratado de los misterios; Hilario de Poitiers; pp. 35-46. Comentario al Evangelio de san Marcos; Jerónimo; pp.23-30. Libro de las reglas; Ticonio; pp. 113, 115, 117, 119, 121, 123. Cartas Cristológicas; León Magno; pp. 110-133. Iniciación a las Sagradas Escrituras; Casiodoro; pp. 67-71, 138-142, 178-179, 208. Homilías sobre los Evangelios; Beda el Venerable; I, pp. 298-301, 219-226, II, 28-31. Homilías cristológicas y marianas; Juan Damasceno; pp. 152-160.

Textos cedidos por:

© Biblioteca Autores Cristianos: Padres apostólicos y apologistas griegos; S. Justino; pp. 1019-1024; 1149-1150; 1202-1203; 1215-1217; 1228-1230. Obras completas de san Cipriano; I; pp. 221, 223, 225. Historia eclesiástica; Eusebio de Cesarea; pp. 159-166. Semillas de Contemplación, Homilías sobre el Cantar de los cantares Vida de Moisés: Historia y contemplación, San Gregorio de Nisa; pp. 221-225; 227-228. Obras de San Ambrosio, Edición Bilingüe, I: Tratado sobre el Evangelio de San Lucas; pp. 169-172; 201-205. Comentario a Isaías; Jerónimo; I, pp. 5, 7 y 9. De la doctrina cristiana; Del Génesis contra los maniqueos; Del Génesis a la letra, incompleto; Del Génesis a la letra, Agustín; Texto tomado de http://www.augustinus.it que corresponde a las páginas 125, 127, 129, 131, 133, 135, 137, 139, 141, 143, 395, 397, 399, 341, 343, 345, 347. Enarraciones sobre los Salmos, Agustín; pp. 635-640. Sermones 339-396, Agustín; Texto tomado de http://www.augustinus.it, que corresponde a las pp. 165-171.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-5113-2

ISBN (versión digital): 978-84-321-5114-9

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

PREMISA

INTRODUCCIÓN

BIBLIOGRAFÍA

1. LA DIDACHÉ

DIDACHÉ

BIBLIOGRAFÍA

2. LA CARTA A LOS CORINTIOS DE SAN CLEMENTE ROMANO

CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS I-XII, LIX-LXI

BIBLIOGRAFÍA

3. S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA

IGNACIO A LOS ROMANOS I-II

IGNACIO A LOS ESMIRNIOTAS I-VII

IGNACIO A LOS FILADELFIOS VIII-IX

BIBLIOGRAFÍA

4. CARTA DE BERNABÉ

CARTA DE BERNABÉ VII-XII

BIBLIOGRAFÍA

5. EL PASTOR DE HERMAS

EL PASTOR DE HERMAS, TERCERA VISIÓN IX-XXI

BIBLIOGRAFÍA

6. S. JUSTINO (†165)

PRIMERA APOLOGÍA 1-9

DIÁLOGO CON TRIFÓN 41, 1-4; 86, 1-6; 100, 1-6; 113,1-7; 114, 1-2.5.

BIBLIOGRAFÍA

7. CARTA A DIOGNETO

CARTA A DIOGNETO I-II, V-VI

BIBLIOGRAFÍA

8. PASIÓN DE PERPETUA Y FELICIDAD (203)

PASIÓN DE PERPETUA Y FELICIDAD 1-4

BIBLIOGRAFÍA

9. IRENEO DE LYON (130/140-200)

IRENEO, CONTRA LOS HEREJES I, 1.20-22

IRENEO, CONTRA LOS HEREJES IV, 20,1; IV, 25, 2-3; IV, 26, 1-2; V, 15,4-16,2.

BIBLIOGRAFÍA

10. TERTULIANO (155CA.-222CA.)

CONTRA MARCIÓN III,5.14.

LA RESURRECCIÓN 8,1-6.21, 1-6.

BIBLIOGRAFÍA

11. HIPÓLITO

BENDICIONES DE JACOB 15-19.

BIBLIOGRAFÍA

12. CIPRIANO DE CARTAGO (210CA.-258)

LA UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA, 7-10.

BIBLIOGRAFÍA

13. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (150-215CA.)

ESTRÓMATA V, 6, 32-40.

BIBLIOGRAFÍA

14. ORÍGENES (185-253)

SOBRE LOS PRINCIPIOS 4, 2, 1-5.

COMENTARIO A JUAN XIII, 1, 3- 6, 39.

BIBLIOGRAFÍA

15. EUSEBIO DE CESAREA (265-339)

HISTORIA ECLESIÁSTICA, III, 24-25.

BIBLIOGRAFÍA

16. ATANASIO (299-373)

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SALMOS 1-3.5.10-11.

BIBLIOGRAFÍA

17. CIRILO DE JERUSALÉN (315-387)

PRIMERA CATEQUESIS MISTAGÓGICA (CATEQUESIS 19)

BIBLIOGRAFÍA

18. BASILIO MAGNO (330-379)

HOMILÍAS SOBRE EL HEXAMERÓN.

BIBLIOGRAFÍA

19. GREGORIO DE NISA (CA. 335-395)

LA VIDA DE MOISÉS II, 15-36.48-51.

BIBLIOGRAFÍA

20. DIODORO DE TARSO († 394)

COMENTARIO A LOS SALMOS, INTRODUCCIÓN

BIBLIOGRAFÍA

21. TEODORO DE MOPSUESTIA (CA. 350-428)

COMENTARIO A JUAN II,4,5-18.

BIBLIOGRAFÍA

22. JUAN CRISÓSTOMO (349 CA. - 407)

COMENTARIO A ISAÍAS V, 2-3.

BIBLIOGRAFÍA

23. CIRILO DE ALEJANDRÍA (370/380-444)

COMENTARIO A JUAN II,4,7-15 Y II,5,5-6

BIBLIOGRAFÍA

24. HILARIO DE POITIERS (310-367)

TRATADO SOBRE LOS MISTERIOS I,1-5.

BIBLIOGRAFÍA

25. AMBROSIO (339-397)

COMENTARIO AL EVANGELIO DE LUCAS III.30-34; IV.28-33

BIBLIOGRAFÍA

26. JERÓNIMO (347-420)

COMENTARIO A ISAÍAS, PRÓLOGO 1-3

COMENTARIO AL EVANGELIO DE S. MARCOS I, 1-12

BIBLIOGRAFÍA

27. TICONIO († 390)

SIETE REGLAS PARA LA ESCRITURA. SEGUNDA REGLA

BIBLIOGRAFÍA

28. AGUSTÍN (354-430)

DE DOCTRINA CHRISTIANA II,8.12-16.23.

DE GENESI CONTRA MANICHAEOS 17.27-22.34.

SERMÓN 350/A, 1-4

SOBRE EL SALMO 140, 1-4

BIBLIOGRAFÍA

29. JUAN CASIANO (360-435)

COLACIONES II, 1-4; 9-10; 14-16

BIBLIOGRAFÍA

30. VINCENTE DE LERINS († 459)

TRATADO EN DEFENSA DE LA ANTIGÜEDAD Y UNIVERSALIDAD DE LA FE CATÓLICA (COMMONITORIUM) 1-3.23

BIBLIOGRAFÍA

31. LEÓN MAGNO (390-461)

CARTA XXVIII A FLAVIANO, (TOMUS AD FLAVIANUM)

BIBLIOGRAFÍA

32. CESÁREO DE ARLÉS (469/470-542)

SERMONES I, 10-12; VII, 1-2; VIII, 1-3.

BIBLIOGRAFÍA

33. TEODORETO DE CIRRO (393-460 CA.)

COMENTARIO A DANIEL II, 34-35.

BIBLIOGRAFÍA

34. BOECIO (475/480-525)

LA CONSOLACIÓN DE LA FILOSOFÍA I-III

BIBLIOGRAFÍA

35. CASIODORO (485-583)

INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS, I, praef.-2; 15, 1-4; 24, 1-3; 33,1.

BIBLIOGRAFÍA

36. GREGORIO MAGNO (540 CA. - 604)

MORALES XIV, 1-9

BIBLIOGRAFÍA

37. ISIDORO DE SEVILLA (560-636)

LAS SENTENCIAS III, 7-9

BIBLIOGRAFÍA

38. BEDA (673-735)

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS I, 21: CUARESMA (MT 9, 9-13)

HOMILÍA I, 14 (9-20) DESPUÉS DE LA EPIFANÍA (Jn 2, 1-11)

HOMILÍA II, 2 (8-14) CUARESMA (Jn 6, 1-14)

BIBLIOGRAFÍA

39. JUAN DAMASCENO (650-750 CA.)

PRIMERA HOMILÍA SOBRE LA DORMICIÓN, 8-11

BIBLIOGRAFÍA

CRONOLOGÍA

ÍNDICE BÍBLICO

AUTOR

PREMISA

LOS MANUALES DE PATROLOGÍA A DISPOSICIÓN de los alumnos de los primeros años de las Facultades Eclesiásticas y de los institutos que promueven estudios de Literatura cristiana antigua exponen, generalmente, para cada autor una detallada descripción de la vida, ambiente, obras y cuestiones críticas y teológicas y, después, una selección de textos patrísticos. Pero esta selección consiste, las más de las veces, en unos cuantos párrafos breves, siempre en letra pequeña, cuando no es una exuberante abundancia de textos. De estas dos posibilidades dependen, respectivamente, dos consecuencias opuestas: o no se leen textos de los Padres o la compra de los tomos necesarios (cuatro o cinco) no está al alcance del bolsillo —ni del tiempo— de los alumnos; y ninguna de las dos garantiza la lectura.

En cambio, la Instrucción sobre el Estudio de los Padres de la Iglesia, en el n. 53, declara: Es, efectivamente, a través del contacto directo del docente y del alumno con las fuentes, como debe enseñarse y aprenderse la Patrística, sobre todo a nivel académico y en los cursos especiales. E Ítalo Calvino, en su libro Perché leggere i classici, afirma: ...no se recomendará nunca suficientemente la lectura directa de los textos originales esquivando lo más posible bibliografía crítica, comentarios, interpretaciones. La escuela y la Universidad deberían servir para hacer entender que ningún libro que habla de otro libro puede decir más que el libro en cuestión; y, en cambio, hacen de todo para hacer creer lo contrario. Hay una inversión de valores muy difundida por la cual la introducción, el aparato crítico, la bibliografía se usan como cortina de humo para esconder lo que el texto tiene que decir y que puede decir solo si se le deja hablar sin intermediarios que pretendan saber más que él. La recomendación es clara y procede de ámbitos muy distintos: los Padres de la Iglesia, clásicos del pensamiento cristiano, se tienen que leer. Por eso el lector no encontrará aparato crítico en estas páginas: las aclaraciones que hemos creído oportunas van en las introducciones.

Nuestro propósito con esta obra es ofrecer una breve introducción a cada Padre de los que hemos seleccionado y uno o varios textos de cada uno, con una duración de lectura prevista equivalente a una clase. Nuestra selección de textos se ha hecho desde una perspectiva exegética (la teología nació de la actividad

exegética de los Padres, afirma la Instrucción en el n. 27), es decir, intentando subrayar los aspectos bíblicos de los textos patrísticos, que son, en realidad, la continuación natural de la Escritura, a veces contemporáneos a ella, pero que no entraron en el canon puesto que no eran inspirados. Se trata, por tanto, de una selección temática, que es uno de los posibles modos de presentar la materia, como señala la Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en el número 58b. Una invitación, por tanto, como señalamos en el título, que haga al alumno tener ganas de seguir leyendo otros textos.

Estas páginas se basan muy estrechamente en textos de referencia con sólida tradición y que hemos seguido de cerca durante la elaboración, especialmente la obra de J. Quasten, Patrología (1983-2000), obra colectiva preparada en el Instituto Patrístico «Augustinianum» de Roma bajo la dirección de Angelo di Berardino, como continuación de la que apareció en español en 1962. Es obligado citar también el Nuovo Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane (NDPAC) dirigido igualmente por A. Di Berardino, Casale Monferrato 2006-2008. La bibliografía final de cada capítulo está pensada para ofrecer un instrumento de profundización exegética.

Vayan mis agradecimientos, en primer lugar, al Prof. Manuel Mira, que con infinita paciencia sugirió mejoras al manuscrito; a mis alumnos, que han seguido año tras año la evolución de estas páginas y han contribuido, quizá sin saberlo, con preguntas y peticiones de aclaración; y, sobre todo, al Prof. Laurent Touze, que cuando hace años pensaba en la selección de textos para leer en clase, y estaba casi convencido de la oportunidad de la vía exegética, un día me dijo «¡qué bonito sería estudiar el modo en que han leído la Biblia los Padres de la Iglesia».

Nota: Publiqué este manual por primera vez en italiano y ahora ve la luz en español. La traducción de las introducciones es mía, como también la de los textos de los Padres que no he podido encontrar ya traducidos en las prestigiosas colecciones a las que he acudido, cuyas referencias se encontrarán al final de este volumen.

Roma, 25 de abril de 2019

INTRODUCCIÓN

LOS PADRES DE LA IGLESIA SON AQUELLOS ESCRITORES cristianos que poseen las notas de antigüedad (ss. I-VIII), ortodoxia de doctrina, santidad de vida. En cambio, la denominación de escritores eclesiásticos se reserva habitualmente a los que carecen de una de las dos últimas características, aunque son también testigos de la fe y de la Tradición en aquellos primeros siglos en los que se fija el dogma y nace la teología. Por esta razón, hoy día se les llama a todos ellos indistintamente Padres de la Iglesia, sobre todo cuando se hace en plural (y así lo hace la Instrucción sobre el Estudio de los Padres de la Iglesia). De esta manera se salva la posible equiparación con otros escritores abiertamente contrarios al dogma. Entre Tertuliano y Pelagio, Orígenes y Arrio, Teodoro de Mopsuestia y Eutiques hay una gran diferencia: todos ellos son escritores eclesiásticos, pero no todos son testigos de la fe y la Tradición.

El principal interés del estudio de los Padres de la Iglesia reside en el hecho de que son testigos de la Tradición. La Constitución Dogmática Dei Verbum afirma (n. 8): Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Y después añade (n. 10): Es evidente, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas. O como escribió San Vicente de Lerins el año 434 en su Commonitorium (2): “En la Iglesia Católica debemos atenernos con todo cuidado a lo que se ha creído en todas partes, siempre y por todos; esto es verdadera y propiamente lo católico”. Esta frase puede tomarse como definición patrística de Tradición.

La Patrología es la ciencia que estudia la vida, obras y doctrina de los Padres de la Iglesia. El término Patrística se suele reservar para denominar el pensamiento filosófico y teológico de estos autores, pero frecuentemente se emplea también como sinónimo de Patrología. Los primeros escritos cristianos que poseemos forman el Nuevo Testamento. Los sucesivos, o aquellos que no entraron en el canon, son precisamente los primeros escritos patrísticos.

El estudio de la Patrología se puede dividir en dos grandes etapas, distintos períodos y diferentes grupos de escritos. El año 325 establece la división entre Patrología prenicena y post-nicena. El primer período, hasta el año 180, en que aparecen los primeros escritos en latín, comprende los Padres Apostólicos (aproximadamente hasta la mitad del siglo segundo), llamados así por su cercanía con los Apóstoles, que escriben en griego a un público cristiano, con tonos familiares y para su edificación; y los Apologistas griegos (aproximadamente en los cincuenta años centrales del siglo segundo) que escriben apologías (defensas) de la doctrina o comportamiento de los cristianos, dirigidas a la opinión pública, esencialmente pagana. Hacia la mitad del siglo segundo comenzarán otros géneros de escritos, como la literatura anti-herética (San Ireneo, Hipólito, Tertuliano), nacida de la necesidad de defender la fe contra las opiniones heterodoxas, en general gnósticas. En este período encontramos también la literatura apócrifa del Nuevo Testamento y las Actas de los mártires, a veces nada más que puras transcripciones de las actas del tribunal en que se juzgó a los mártires. Después, todavía antes del concilio de Nicea (325), en Alejandría, surgen maestros de gran nivel que constituyen una escuela de pensamiento, la llamada Escuela de Alejandría, con Clemente de Alejandría y Orígenes (†253). En Roma, en cambio, encontramos a Minucio Félix, Hipólito y Novaciano, que se separó de la Iglesia hacia 253. En África sobresale la actividad de Tertuliano y S. Cipriano (†258). Después del concilio de Nicea podemos distinguir tres periodos distintos separados por este concilio, el de Calcedonia (451) y el final de la edad patrística (ss. VI-VIII). Para mayor claridad, se puede consultar la cronología adjunta al final de este manual, en las páginas 321, para la primera parte, y 320, para la segunda. La lógica de la cronología es la del reloj: se lee desde arriba hacia la derecha y, después, desde abajo hacia la izquierda.

¿Qué Biblia han conocido los Padres de la Iglesia? Excepto para los pocos que conocían el hebreo, el Antiguo Testamento es el traducido en griego (y citado por el Nuevo Testamento), especialmente la llamada versión de los LXX, traducida en Alejandría por los hebreos de la diáspora. Una antigua tradición cuenta que setenta traductores, aunque trabajaban por separado, produjeron un texto idéntico en setenta copias. En cambio, para el Nuevo Testamento, como se ha indicado, el canon estaba aún en fase de formación y, por tanto, no podía haber unanimidad. Eusebio de Cesarea, en el siglo IV, escribía en su Historia Eclesiástica 25, 1-7: «Llegados aquí, es razón de recapitular los escritos del Nuevo Testamento ya mencionados. En primer lugar hay que poner la tétrada santa de los Evangelios, a los que sigue el escrito de los Hechos de los

Apóstoles. 2. Y después de este hay que poner en lista las Cartas de Pablo. Luego se ha de dar por cierta la llamada I de Juan, como también la de Pedro. Después de estas, si parece bien, puede colocarse el Apocalipsis de Juan, acerca del cual expondremos oportunamente lo que de él se piensa. 3. Estos son los que están entre los admitidos (ὁμολογουμένοις). De los libros discutidos (ἀντιλεγομένων), en cambio, y que, sin embargo, son conocidos de la gran mayoría, tenemos la Carta llamada de Santiago, la de Judas y la II de Pedro, así como las que se dicen ser II y III de Juan, ya sean del evangelista, ya de otro del mismo nombre. 4. Entre los espurios (νόθοις) colóquense el escrito de los Hechos de Pablo, el llamado Pastor y el Apocalipsis de Pedro, y además de estos, la que se dice Carta de Bernabé y la obra llamada Enseñanza de los Apóstoles, y aun, como dije, si parece, el Apocalipsis de Juan: algunos, como dije, lo rechazan, mientras otros lo cuentan entre los libros admitidos. 5. Mas algunos catalogan entre estos incluso el Evangelio de los hebreos, en el cual se complacen muchísimo los hebreos que han aceptado a Cristo. Todos estos son libros discutidos (ἀντιλεγομένων). 6. Pero hemos creído necesario tener hecho el catálogo de estos igualmente, distinguiendo los escritos que, según la tradición de la Iglesia, son verdaderos, genuinos y admitidos (τάς τε κατὰ τὴν ἐκκλησιαστικὴν παράδοσιν ἀληθεῖς καὶ ἁπλάστους καὶ ἀνωμολογημένας γραφὰς), de aquellos que, diferenciándose de estos por no ser testamentarios, sino discutidos (ἀντιλεγομένας), no obstante, son conocidos por la gran mayoría de los autores eclesiásticos, de manera que podamos conocer estos libros mismos y los que con el nombre de los apóstoles han propalado los herejes pretendiendo que contienen, bien sean los Evangelios de Pedro, de Tomás, de Matías o incluso de algún otro distinto de estos, o bien de los Hechos de Andrés, de Juan y de otros apóstoles. Jamás uno solo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos. 7. Pero es que la misma índole de la frase difiere enormemente del estilo de los apóstoles, y el pensamiento y la intención de lo que en ellos se contiene desentona todavía más de la verdadera ortodoxia: claramente demuestran ser engendros de herejes. De ahí que ni siquiera deben ser colocados entre los espurios (νόθοις), sino que debemos rechazarlos como enteramente absurdos e impíos». Ireneo afirmaba que los Evangelios eran cuatro como los puntos cardinales: como la Iglesia, que es Católica porque se encuentra por todas partes, así los Evangelios son cuatro porque son los admitidos por toda la Iglesia.

Hacia el año 175 encontramos un escrito muy particular, llamado Diatessaron, es decir una armonía de los cuatro Evangelios, escrita en siríaco probablemente por Taziano. Los estudiosos piensan que en aquel momento existían ya traducciones

en esta lengua y que la armonía contaba con versiones precedentes usadas ya por Justino, compuestas, por tanto, hacia el año 140. De estas armonías se conservan testimonios latinos y quizá debemos considerar de esa misma fecha las primeras traducciones latinas de los Evangelios, aunque encontramos un testimonio directo solo en las Actas de los mártires escilitanos, hacia el año 180.

¿Cómo han leído la Biblia los Padres de la Iglesia? Una primera afirmación, aceptada por todos, es que lo que significa, en primer lugar, un texto bíblico es su sentido literal. La exégesis literal se realiza fundamentalmente mediante el estudio del lenguaje, las costumbres y las circunstancias históricas; su finalidad es entender el sentido preciso de las palabras y expresiones que utiliza la Sagrada Escritura y no necesita teorización. Pero este no es el único modo de leer la Escritura, porque los lectores más atentos han descubierto siempre un segundo sentido por encima del primero e inmediato. Al descubrimiento de este sentido se le suele llamar, en modo general, exégesis alegórica, la cual se debe subdividir en diferentes tipos. Como regla general, se puede decir que el Antiguo Testamento se lee a la luz del Nuevo. Este, por ejemplo, “interpreta” frecuentemente algunos acontecimientos y expresiones de aquel con referencia a sí mismo. Esta es la exégesis empleada por el mismo Jesucristo, los escritos del Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia más antiguos y es la que llamamos exégesis tipológica: la conexión entre personas, acontecimientos, lugares e instituciones del Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento en la que se establece un nexo según el cual el primero no se significa solo a sí mismo, sino también al segundo y, por otra parte, el segundo comprende o realiza el primero. En este sentido, Adán, Moisés, Abraham... son figura o tipo de Cristo; Eva de María; la serpiente levantada en alto en el desierto de la crucifixión... El segundo elemento, el del Nuevo Testamento, se suele llamar antitipo. La interpretación tipológica abrirá el camino a la alegórica, de la cual, a veces, no es fácil de distinguir, porque son diversas con respecto al contenido, pero no respecto al procedimiento hermenéutico (una lectura hecha a un nivel superior al de la letra).

La exégesis alegórica, particularmente considerada, tiene sus precedentes en la cultura griega. Por un lado, es característica propia del lenguaje la capacidad de contener en sí diversos sentidos a distinto nivel en una misma expresión literaria. Además, frente a las narraciones mitológicas paganas, desde muy antiguo se generalizó un método de interpretación según el cual los relatos de Homero y Hesíodo no tenían sentido histórico, sino que representaban las virtudes y valores como historias y genealogías. Se pueden señalar dos diferencias entre

esta interpretación, hecha por paganos, por un lado, y la del hebreo Filón y los cristianos, por otro: en primer lugar, el material sobre el que trabajaban, puesto que los griegos interpretaban textos compuestos por el hombre, los hebreos y cristianos textos inspirados; en segundo lugar, el modo en que se realiza la superposición de los dos niveles: para los griegos, el sentido alegórico anula el literal, para los hebreos y cristianos, los dos niveles coexisten.

Ahora bien, en ámbito cristiano, sobre todo con la Escuela de Alejandría, se privilegia este sentido hasta el punto de considerar que todo pasaje de la Escritura tiene un valor alegórico. Algún esbozo de exégesis alegórica, llevada al extremo, se puede encontrar en la numerología, empleada por algunos Padres de la Iglesia anteriores a los alejandrinos: la carta de Ps. Bernabé (IX.8) interpreta la circuncisión de los trescientos dieciocho (cf. Gn 14, 14; 17, 23-27) diciendo que dieciocho se indica con iota = diez y eta = ocho (iniciales de Jesús) y la cruz está representada en la tau que significa también trescientos, indicando Jesús en las dos primeras letras y la cruz en la tercera.

La búsqueda del sentido alegórico, importante para entender la Escritura en toda su profundidad, es difícil, requiere una especial sensibilidad intelectual y, sobre todo, sobrenatural; está expuesta al subjetivismo, cosa que no sucede con la búsqueda del sentido meramente literal e histórico, que es en cualquier caso previo y necesario. De aquí la reacción de algunos, su resistencia a la exégesis alegórica y su deseo de ceñirse a la exégesis literal, aunque no necesariamente poco profunda; o la actitud relativamente frecuente de quien utiliza la interpretación alegórica para extraer consecuencias morales o ascéticas de los textos sagrados, con finalidad exclusivamente de edificación. Este tipo de interpretación aplicado a la Biblia nace en Alejandría de mano del hebreo Filón y prosigue en los autores cristianos. Comienzan entonces los comentarios sistemáticos de la Escritura y los subgéneros de la exégesis alegórica: espiritual, moral, tropológica, etc.

Nuestro objetivo será analizar, a través de la lectura de los textos propuestos, la exégesis que hace cada Padre de la Iglesia. No en todos ellos encontraremos propiamente exégesis, pero la mera cita de los textos bíblicos es para nosotros un dato muy importante, porque nos informa sobre cuáles eran los textos considerados inspirados y nos muestra la gran consideración en que se tenía el nexo entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

BIBLIOGRAFÍA

Diccionarios

Nuovo Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane (NDPAC) diretto da A. Di Berardino, Casale Monferrato 2006-2008.

Dictionnaire d'archèologie chrétienne et de liturgie (DACL), 15 voll., Paris 1924-5.

Reallexikon für Antike und Cristentum (RAC). Sachwörterbuch zur Auseinandersetzung des Christentums mit der antiken Welt, unter Mitwirkung zahlreicher Fachkollegen, hrsg. von Th. Klauser und E. Dassmann, Stutgart 1950 ss.

Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexikon (BBKL), (bearb. und) hrsg. von F. W. Bautz und T. Bautz, Hamm 1975 ss.

Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft (PRE). Neue Bearbeitung, begonnen von G. Wissowa, fortgeführt von W. Kroll und K. Mittelhaus. Unter Mitwirkung zahlreicher Fachgenossen hrsg. von K. Ziegler, Stutgart 1894-1978.

Patrologías

Drobner, H.R., Handbuch der Patrologie, Freiburg im Breisgau 1994 (traducción en todas las lenguas).

Bosio, G., Dal Covolo, E., Maritano, M., Introduzione ai Padri della chiesa, 5 vol., Torino 1990-1996.

Quasten, J. - Istituto Patristico «Augustinianum», Patrologia, 5 vol., Roma 1983-2000.

Colecciones de ediciones de textos

Corpus christianorum, Series Latina (CCL), Turnhout 1954 ss. Series medievalis: autori medievali; Series Graeca: textos en griego hasta Juan Damasceno; Series Apochryphorum: apócrifos neotestamentarios.

Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium (CSCO), Roma 1903 ss.

Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum (CSEL), Vienna 1866 ss.

Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte (GCS), Berlin 1897 ss.

Patrologiae Cursus completus, Series Graeca (PG), accurante J.P. Migne, 161 voll., Paris 1857-66. Series Latina (PL), hasta el Papa Inocencio III († 1216), 221 voll., Paris 1841-64.

Sources Chrétiennes (SC), fundada por H. de Lubac e J. Daniélou, Paris 1941 ss.

Colecciones de traducciones

The Ante-Nicene Christian Library (ANCL), 24 voll., Edimburgo 1866-72; The Ante-Nicene Fathers (ANFa), 10 voll., New York 1886-7; Grand Rapids 1973; The Nicene and Post-Nicene Fathers (NPNF), 28 voll., O. 1886-1900; Grand Rapids 1956; Ancient Christian Writers (ACW), Westminster/MD - Lo 1946 ss.; The Fathers of the Church (FaCh), Washington 1946 ss.

Collana di testi patristici (CTePa), Roma 1976 ss. Patrística, Saô Paolo 1995 ss.

BAC (BAC), Madrid 1944 ss. Biblioteca de Patrística, Madrid 1986 ss. Fuentes patrísticas, Madrid 1991 ss.

Fontes Christiani (FC). Zweisprachige Neuausgabe christlicher Quellentexte aus Altertum und Mittelalter, hrsg. von N. Brox, W. Geerlings, G. Greshake, R. Ilgner, R. Schieffer e a., Freiburg 1991 ss.

Estudios

Boismard, M.-É. Le Diatessaron: de Tatien à Justin, Paris 1992.

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985.

1. LA DIDACHÉ

QUIZÁ EL ESCRITO MÁS ANTIGUO QUE POSEEMOS fuera del Nuevo Testamento es la Didaché, palabra griega que significa “enseñanza” y con la cual se suele citar abreviadamente la obra llamada Enseñanza del Señor a las naciones por medio de los Doce Apóstoles o Enseñanza de los Apóstoles. Generalmente se considera su fecha de composición al final del siglo I. Este escrito tuvo tal difusión en la antigüedad que Eusebio de Cesarea tuvo que observar que no se trataba de un escrito canónico. El texto se perdió y posteriormente se encontró, al final del siglo XIX, en un códice griego del siglo XI.

La Didaché es una compilación anónima de fuentes diversas derivadas de la tradición de distintas comunidades. Un autor desconocido, judeo-cristiano, reunió en este manual algunos textos que le parecieron útiles para la edificación de los recién convertidos. Se compone de la enseñanza de los Dos caminos, de la vida y de la muerte (1-6), una sección de tradiciones litúrgicas sobre el bautismo, el ayuno, la oración y el convite eucarístico (7-10), una parte disciplinar (11-13), y una parte moral (14-16). Las plegarias eucarísticas (9-10) son muy arcaicas y se inspiran en las bendiciones judaicas que se recitaban en la mesa.

Como temas sobresalientes podemos citar la jerarquía, de la cual no se describe en detalle la organización: se nombran los obispos y diáconos, pero no los presbíteros; la ética cristiana fundada en tradiciones judaicas; y la comparación de la unidad de la Iglesia con el pan, hecho de muchos granos de trigo que se encontraban antes diseminados por los montes.

El uso de la Escritura, sea del Antiguo sea del Nuevo Testamento, es abundante, pero en general no se cita literalmente. Hay afinidades literarias de los Dos caminos con el manual de disciplina de Qumran y el texto se ha cristianizado con el añadido de la sección evangélica, que falta en buena parte de la tradición textual. En I,1 encontramos afinidad con Dt 30, 15-20; en I,2 la composición de dos textos (Dt 6, 5 y Lv 19, 18b) y la regla de oro, que parece una lectura en negativo de Mt 7, 12 y Lc 6, 31; en I,3-5 encontramos la sección evangélica (Mt 5, 44.46-47 y Lc 6, 27-28,32-33); en II,2 la composición de Ex 20,13-14 con Dt 5, 17-18. Presentamos el texto íntegro de la Didaché.

DIDACHÉ

I.1. Dos caminos hay, el de la vida y el de la muerte; pero grande es la diferencia entre los dos caminos. 2. El camino de la vida es este: en primer lugar, amarás a Dios, que te ha creado; en segundo lugar, a tu prójimo como a ti mismo, y todo cuanto no desees que se haga contigo, tú tampoco se lo hagas a otro. 3. La enseñanza de estas palabras es la siguiente: Bendecid a los que os maldicen, rogad por vuestros enemigos y ayunad por los que os persiguen. Pues ¿qué generosidad tenéis si amáis a los que os aman? ¿Acaso no hacen esto también los paganos? Vosotros amad a los que os odian y no tendréis enemigo. 4. Apártate de las pasiones carnales y corporales. Si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, vuélvele también la otra y serás perfecto. Si alguien te fuerza (a acompañarle) una milla, ve con él dos. Si alguien te quita tu manto, dale también la túnica. Si alguien se apodera de lo tuyo, no se lo reclames, pues tampoco puedes. 5. A todo el que te pida, dale y no se lo reclames, pues el Padre quiere que todos reciban de sus propios dones. Bienaventurado el que da conforme al precepto porque es inocente. Mas ¡ay del que toma! Porque si alguno toma porque padece necesidad, será inocente; pero si no tiene necesidad dará cuenta de por qué y para qué tomó. Encarcelado será juzgado respecto a lo que hizo y no saldrá de allí hasta que haya devuelto el último cuadrante. 6. Por otro lado, acerca de esto se ha dicho: «Que tu limosna sude en tus manos hasta que sepas a quién das».

II.1. Segundo mandamiento de la enseñanza: 2. no matarás, no adulterarás, no corromperás a los jóvenes, no fornicarás, no robarás, no practicarás la magia ni la hechicería, no matarás al niño mediante aborto, ni le darás muerte una vez que ha nacido, no desearás los bienes del prójimo. 3. No perjurarás, no darás falso testimonio, no calumniarás, no guardarás rencor. 4. No serás doble ni de pensamiento ni de lengua, pues la doblez de lengua es red de muerte. 5. Tu palabra no será falsa ni vacía sino verificada en la acción. 6. No serás avaricioso ni ladrón ni hipócrita ni malvado ni soberbio. No albergarás plan malo contra tu prójimo. 7. No odiarás a ningún hombre sino que a unos los convencerás de su error, de otros te compadecerás, por otros rogarás y a otros los amarás más que a

tu propia vida.

III.1. Hijo mío, huye de todo mal y de todo lo que se le asemeje. 2. No seas irascible, porque la ira conduce al asesinato, ni envidioso ni amigo de disputas ni apasionado, pues de todas estas cosas provienen los homicidios. 3. Hijo mío, no seas voluptuoso, pues la pasión conduce a la fornicación, ni de hablar obsceno ni de mirar deshonesto, pues de todo esto proceden los adulterios. 4. Hijo mío, no seas adivino, porque conduce a la idolatría, ni encantador ni astrólogo ni purificador; ni siquiera desees ver ni oír estas cosas, pues de todas ellas procede la idolatría. 5. Hijo mío, no seas embustero, porque la mentira conduce al robo, ni avaro ni vanidoso, pues de todo esto proceden los robos. 6. Hijo mío, no seas murmurador, porque conduce a la calumnia, ni presuntuoso ni de malos sentimientos, pues de todo esto proceden las calumnias. 7. Sé, en cambio, manso, porque los mansos heredarán la tierra (Sal 36, 11). 8. Sé paciente, misericordioso, sencillo, reposado, bueno y siempre temeroso de las palabras que has escuchado. 9. No te enaltecerás ni infundirás a tu alma temeridad. Tu alma no se juntará con los altivos, sino que permanecerá con los justos y humildes. 10. Los sucesos que te sobrevengan los acogerás como bienes, sabiendo que nada sucede sin Dios.

IV.1. Hijo mío, noche y día te acordarás del que te anuncia la Palabra de Dios y lo honrarás como al Señor, pues donde se proclama su soberanía, allí está el Señor. 2. Buscarás cada día la presencia de los santos para descansar en sus palabras. 3. No serás causa de cisma sino que pondrás paz entre los que contienden. Juzgarás justamente, no tendrás acepción de personas al corregir las faltas. 4. No vacilarás si será o no. 5. No seas de los que extienden las manos para tomar y, sin embargo, las encogen para dar. 6. Si está a tu alcance, darás como rescate de tus pecados. 7. No vacilarás en dar, ni murmurarás cuando des, pues algún día conocerás quién es el justo remunerador del salario. 8. No volverás la espalda al necesitado, sino que compartirás todas las cosas con tu hermano y no dirás que son de tu propiedad. Pues si sois copartícipes en la inmortalidad, ¿cuánto más en los bienes corruptibles? 9. No dejarás de la mano a tu hijo o a tu hija sino que desde la juventud les enseñarás el temor de Dios. 10. No ordenarás con dureza a tu esclavo o a tu esclava, los cuales esperan en el mismo Dios, para que no dejen de temer a Dios que está sobre unos y otros. Pues

no viene a llamar con acepción de personas, sino a los que Él ha preparado el espíritu. 11. Vosotros, siervos, obedeceréis con pudor y temor a vuestros señores como a imagen de Dios. 12. Odiarás toda hipocresía y todo lo que no es grato al Señor. 13. Tendrás cuidado de no abandonar los mandamientos del Señor y guardarás lo que has recibido sin añadir ni suprimir nada. 14. En la asamblea confesarás tus faltas y no te acercarás a tu oración con conciencia mala. Este es el camino de la vida.

V.1. Por el contrario, el camino de la muerte es este: ante todo, es malo y lleno de maldición: asesinatos, adulterios, pasiones, fornicaciones, robos, idolatría, magia, hechicería, saqueos, falsos testimonios, hipocresías, doblez de corazón, engaño, soberbia, maldad, presunción, avaricia, lenguaje obsceno, envidia, temeridad, ostentación, fanfarronería, falta de temor; 2. perseguidores de los buenos, aborrecedores de la verdad, amantes de la mentira, desconocedores del salario de la justicia, no concordes con el bien ni con el juicio justo, no vigilantes para el bien, sino para el mal; alejados de la mansedumbre y la paciencia, amantes de la vaciedad, perseguidores de la recompensa, despiadados con el pobre, indolentes ante el abatido, desconocedores del que los ha creado, asesinos de niños, destructores de la obra de Dios, que vuelven la espalda al necesitado, que abaten al oprimido, defensores de los ricos, jueces injustos de los pobres, pecadores en todo. ¡Ojalá, hijos, permanezcáis alejados de todo esto!

VI.1. Vigila para que nadie te extravíe de este camino de la enseñanza, pues te enseña fuera de Dios. 2. Así pues, si puedes llevar todo el yugo del Señor, serás perfecto; pero si no puedes, haz lo que esté en tu mano. 3. En cuanto a la comida, soporta lo que puedas; pero abstente totalmente de la carne sacrificada a los ídolos, pues es un culto de dioses muertos.

VII.1. En cuanto al bautismo, bautizad de esta manera: Después de haber dicho previamente todas estas cosas, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva. 2. Si no tienes agua viva, bautiza con otra agua. Si no puedes con agua fría, con agua caliente. 3. Y si no tienes ninguna de las dos, derrama tres veces agua en la cabeza en el nombre del Padre y del Hijo y del

Espíritu Santo. 4. Antes del bautismo ayune el que bautiza y el que va a ser bautizado así como algunos otros que puedan. Pero ordena que el que va a recibir el bautismo ayune uno o dos días antes.

VIII.1. Vuestros ayunos no coincidirán con los de los hipócritas, pues estos ayunan el segundo y el quinto día de la semana. Vosotros ayunad el cuarto y el día de la preparación. 2. Tampoco oréis como los hipócritas; por el contrario, orad así, como mandó el Señor en su Evangelio:

Padre nuestro, que estás en los cielos,

santificado sea tu nombre,

venga tu Reino,

hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día

y perdónanos nuestra ofensa

como nosotros perdonamos a los que nos ofenden

y no nos dejes caer en la tentación

mas líbranos del Maligno.

Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

3. Así orad tres veces al día.

IX. 1. En cuanto a la eucaristía, dad gracias así. 2. En primer lugar, sobre el cáliz:

Te damos gracias, Padre nuestro,

por la santa vid de David, tu siervo,

que nos diste a conocer por Jesús, tu Siervo.

A ti la gloria por los siglos.

3. Luego, sobre el pedazo (de pan):

Te damos gracias, Padre nuestro,

por la vida y el conocimiento

que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu Siervo.

A ti la gloria por los siglos.

4. Así como este trozo estaba disperso por los montes y reunido se ha hecho uno, así también reúne a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino.

Porque tuya es la gloria y el poder por los siglos por medio de Jesucristo.

5. Nadie coma ni beba de vuestra eucaristía a no ser los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de esto también dijo el Señor: No deis lo santo a los perros.

X. 1. Después de haberos saciado, dad gracias de esta manera:

2. Te damos gracias, Padre santo,

por tu Nombre santo

que has hecho habitar en nuestros corazones

así como por el conocimiento, la fe y la inmortalidad

que nos has dado a conocer por Jesús tu Siervo.

A ti la gloria por los siglos.

3. Tú, Señor omnipotente,

has creado el universo a causa de tu Nombre,

has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute,

a fin de que te den gracias

y, además, a nosotros nos has concedido la gracia de un alimento y bebida espirituales y de Vida eterna por medio de tu Siervo.

4. Ante todo, te damos gracias porque eres poderoso.

A ti la gloria por los siglos.

5. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor

y a ella, santificada, reúnela de los cuatro vientos en el reino tuyo, que le has preparado.

Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos.

6. ¡Venga la gracia y pase este mundo!

¡Hosanna al Dios de David!

¡Si alguno es santo, venga!;

¡El que no lo sea, que se convierta!

Maranatha. Amén.

7. A los profetas permitidles dar gracias cuanto deseen.

XI.1. Así pues, al que venga para enseñaros todo lo anteriormente dicho, recibidlo. 2. Si el que enseña tergiversa y expone otra doctrina para destruir, no lo escuchéis. Si enseña para hacer crecer la justicia y el conocimiento del Señor, recibidlo como al Señor.

3. En cuanto a los apóstoles y profetas obrad así, según la enseñanza del Evangelio. 4. Todo apóstol que vaya a vosotros sea recibido como el Señor. 5. No permanecerá más que un día, pero si tuviese necesidad, puede quedarse otro día. Si permanece tres, es un falso profeta. 6. El apóstol, a su partida, no recibirá nada más que pan hasta que se hospede (de nuevo). Si pide dinero, es un falso profeta.

7. Por otro lado, a todo profeta que hable en espíritu no lo pongáis a prueba ni lo juzguéis, porque todo pecado se perdonará, pero este pecado no será perdonado. 8. Ahora bien, no todo el que habla en espíritu es profeta a no ser que tenga las actitudes del Señor. Así pues, por el estilo de vida será conocido el falso profeta

y el profeta. 9. Todo profeta que manda en espíritu (preparar) una mesa, no comerá de ella, pues de lo contrario es un falso profeta. 10. Todo profeta que enseña la verdad, si no practica lo que enseña, es un falso profeta. 11. Todo profeta que haya sido probado verdadero, y que obre el misterio cósmico de la Iglesia, si no enseña a hacer cuanto él practica, no será juzgado por vosotros, pues tiene su juicio con Dios. Pues de igual manera lo hicieron también los antiguos profetas. 12. Al que diga en espíritu: dame dinero o cualquier otra cosa, no lo escuchéis. Pero si dice que deis para otros que sufren necesidad, que nadie lo juzgue.

XII.1. Todo el que venga en el nombre del Señor sea recibido. Después, poniéndolo a prueba, lo conoceréis, pues tenéis el conocimiento (para distinguir) la derecha y la izquierda. 2. Si el que viene está de paso, ayudadle cuanto podáis, pero que no permanezca entre vosotros más de dos días o tres si fuese necesario. 3. Pero si quiere establecerse entre vosotros y tiene un oficio, que trabaje y coma. 4. Si no tuviera oficio, atendedle según vuestra conciencia, de manera que un cristiano no viva ocioso entre vosotros. 5. Si no quiere obrar así, es un comerciante de Cristo. Guardaos de estos.

XIII.1. Todo profeta verdadero, que quiera establecerse entre vosotros, es merecedor de su alimento. 2. De igual manera, el doctor verdadero, así como el obrero, es también merecedor de su alimento. 3. Así pues, tomarás todas las primicias de los productos del lagar y de la era, de los bueyes y las ovejas y lo ofrecerás como primicia a los profetas, pues estos son vuestros sumos sacerdotes. 4. Si no tenéis profeta, dadlo a los pobres. 5. Si haces pan, toma las primicias y dalas conforme al precepto. 6. De la misma manera, si abres una vasija de vino o aceite, toma las primicias y dalas a los profetas. 7. Del dinero, del vestido y de todo bien toma las primicias según te parezca, y dalas conforme al precepto.

XIV.1. En cuanto al domingo del Señor, una vez reunidos, partid el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro. 2. Todo el que mantenga contienda con su compañero, no se reúna con

vosotros hasta que se reconcilien, para que vuestro sacrificio no se profane. 3. Pues a este hay que referir lo dicho por el Señor: En todo lugar y en todo tiempo me ofreceréis un sacrificio puro, porque soy rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable entre los pueblos (Ml 1, 11-14).

XV.1. Así pues elegíos obispos y diáconos, dignos del Señor, hombres mansos, desinteresados, veraces y probados, pues ellos también desempeñan el ministerio de los profetas y de los doctores. 2. Así pues, no los despreciéis, pues ellos ocupan entre vosotros un puesto de honor junto con los profetas y los doctores. 3. Corregíos mutuamente no con ira, sino con paz, como lo tenéis en el Evangelio (Mt 18, 15-17). A todo el que peque contra otro, nadie le hable ni sea escuchado por vosotros hasta que se arrepienta. 4. Vuestras oraciones, limosnas y todas las acciones realizadlas tal como lo tenéis en el Evangelio de nuestro Señor.

XVI.1. Vigilad por vuestra vida. Que vuestras lámparas no se apaguen y vuestras cinturas no dejen de estar ceñidas; por el contrario estad preparados, pues no sabéis la hora en que nuestro Señor viene. 2. Reuníos frecuentemente para buscar lo que conviene a vuestras almas, pues no os servirá todo el tiempo de vuestra fe si no sois perfectos en el último momento. 3. Pues en los últimos días se multiplicarán los falsos profetas y los corruptores, las ovejas se convertirán en lobos y el amor se cambiará en odio. 4. Pues al crecer la maldad, se odiarán unos a otros, se perseguirán, se traicionarán y, entonces, aparecerá el seductor del mundo como hijo de Dios; hará signos y prodigios espantosos, la tierra será entregada en sus manos y obrará la impiedad que jamás existió desde el inicio del tiempo. 5. Entonces los hombres vendrán al fuego de la prueba y muchos se escandalizarán y perecerán, pero los que hayan permanecido en su fe se salvarán por el mismo anatema. 6. Y entonces aparecerán los signos de la verdad. En primer lugar, el signo de la extensión del cielo; luego, el signo del sonido de la trompeta; y en tercer lugar, la resurrección de los muertos. 7. No de todos sino como fue dicho: Vendrá el Señor y todos los santos con Él (Za 14, 5). 8. Entonces el mundo verá venir al Señor sobre las nubes del cielo.

BIBLIOGRAFÍA

I Padri apostolici, ed. C. Dell'Osso, Roma 2011.

La doctrine des douze Apôtres (Didachè), ed. W. Rordorf; A. Tuilier, Paris 1978.

Didaché ; Doctrina Apostolorum ; Epístola del Pseudo-Bernabé, ed. J.J. Ayán Calvo, Madrid 1992.

Sandt, H.W.M. van de, Matthew and the Didache : two documents from the same Jewish-Christian milieu?, Minneapolis 2005.

Butler, B.C., The Literary Relations of Didache, Ch. XVI, en JThS 2 (1960), pp. 265-83.

Cox, J.J.C., Some Prolegomena and Addenda to a Study of the Dominical Logoi as cited in the Didascalia Apostolorum, en StPatr 16 (1985), pp. 82-87.

Glover, R., The Didache's Quotations and the Synoptic Gospels, en NTS 5 (1958), pp. 12-29.

Henderson, I.H., Didache and orality in synoptic comparison, en JBL 111 (1992), pp. 283-306.

Kloppenborg, J. S., Didache 16:6-8 and Special Matthean Tradition, en ZNW 70 (1979), pp. 54-67.

Massaux, E., L'influence littéraire de l'Evangile de S. Matthieu sur la Didache, en EThL 25 (1949), pp. 5-41.

Mees, M., Did. 1,3. Einige Anmerkungen zur Uberlieferung der Iesusworte, en Orient-Press 1 (1970), pp. 163-168.

Rordorf, W., Does the Didache contain Jesus tradition independently of the Synoptic Gospels? in Iesus and the oral Gospel tradition Edited by H. Wansbrough, Dublin 1989, pp. 394-423.

Terzoli, R., Didaché e S. Scrittura. Un esame letterario, en ScC C/6 (1972), pp. 437-457.

Tuckett, C. M., Synoptic tradition in the Didache, en The New Testament in Early Christianity Edited by J.-M. Sevrin. La réception des écrits néotestamentaires dans le christianisme primitif, Louvain 1989, pp. 197-230.

Vööbus, A., Regarding the Background of the Liturgical Traditions in the Didaché: The Question of Literary Relation between Did IX, 4 and the Fourth Gospel, en VigChr 23 (1969), pp. 81-87.

• • •

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 413-415.

2. LA CARTA A LOS CORINTIOS DE SAN CLEMENTE ROMANO

CLEMENTE, TERCER ROMANO PONTÍFICE después del Apóstol Pedro, debe intervenir hacia los años 96-98 para pacificar un conflicto surgido en la comunidad de Corinto entre un grupo de rebeldes y algunos presbíteros, y lo hace —demostrando una fuerte conciencia del derecho que poseía la iglesia de Roma para intervenir en asuntos internos de otra comunidad—mediante una carta en sesenta y un capítulos. Esta carta se leía todavía el año 170 en las asambleas litúrgicas en Corinto y se tradujo al latín, al siríaco y al copto.

Las citas bíblicas de la carta, prevalentemente tomadas de los LXX, son abundantes y se pueden dividir en tres tipos: estrictamente literales, moderadamente modificadas y compuestas de dos o más versículos, a veces de libros distintos, que constituyen como cadenas de citas. Clemente demuestra ser buen conocedor del Antiguo Testamento y hace relativamente poco uso del Nuevo. Su interpretación es principalmente literal, pero conoce el valor cristológico del Antiguo Testamento y la unidad de los dos Testamentos está presente en toda la obra, aunque solo lo manifiesta explícitamente una vez (XII,7), y no emplea nunca el término tipo. Su manera de condensar dos o más citas en una sola (por ejemplo en XXVI, 2-3 o XXIII, 5) parece característica de los testimonia. El cap. IV, sobre la envidia, se parece mucho —es casi una imitación— al cap. 11 de la Carta a los Hebreos, sobre la fe. En la oración final, hecha casi exclusivamente de citas bíblicas, mezcla textos de ambos Testamentos, prueba de la alta consideración en que los tenía.

CARTA DE CLEMENTE A LOS CORINTIOS I-XII, LIX-LXI

Introducción

La Iglesia de Dios que peregrina en Roma a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto, a los que han sido llamados y santificados en la voluntad de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Que la gracia y la paz de Dios todopoderoso os colmen por medio de Jesucristo.

I.1. A causa de las repentinas y sucesivas desgracias y contratiempos que nos han sobrevenido, hermanos, reconocemos que, con tardanza, hemos atendido a los asuntos que os inquietan, amados: la revuelta chocante e impropia de los elegidos de Dios, infame y sacrílega, que unos individuos arrogantes y audaces han encendido hasta tal punto de insensatez que vuestro nombre, respetable, famoso y digno de amor entre todos los hombres, ha sido grandemente ultrajado. 2. Pues ¿quién de los que permanecieron algún tiempo entre vosotros no aprobó vuestra fe virtuosa en todo y firme? ¿Quién no admiró vuestra sensata y equilibrada piedad en Cristo? ¿Quién no proclamó la generosa costumbre de vuestra hospitalidad? ¿Quién no celebró la ciencia eminente y sólida? 3. Pues todo lo hacíais sin acepción de personas y caminabais en las leyes de Dios, obedeciendo a vuestros jefes y dando a vuestros ancianos el honor que les correspondía; a los jóvenes les legabais un pensar equilibrado y venerable; a las mujeres les exigíais cumplir todo con conciencia irreprochable, venerable y pura, amando a sus maridos como conviene. Les enseñabais a realizar con dignidad las tareas domésticas, según el principio de la obediencia, de forma que eran prudentes en todo.

II.1. Erais todos de sentimientos humildes porque de nada os jactabais; preferíais obedecer a imponer, y vuestra alegría era mayor al dar que al recibir (cf. Hch 20,

35). Contentos y confiados en los auxilios que Cristo os ofrecía en vuestro peregrinar, con ansia abrazabais sus palabras en vuestras entrañas, y sus sufrimientos los teníais ante vuestros ojos. 2. Así os fue dada a todos una paz profunda y radiante, un deseo continuo por las buenas obras; y una efusión plena de Espíritu Santo vino sobre todos. 3. Llenos de santa voluntad, con buen deseo, con piadosa confianza, levantabais vuestras manos a Dios todopoderoso, suplicándole que fuese indulgente si en algo habíais pecado sin espontaneidad. 4. Día y noche luchabais en favor de todos los hermanos para que por medio de la piedad y la comunión de sentimientos se salvase el número de los elegidos. 5. Erais puros, íntegros y no teníais resentimiento hacia los demás. 6. Toda revuelta y todo cisma lo considerabais detestable; llorabais por los pecados del prójimo; sus necesidades las juzgabais propias. 7. No os arrepentíais de hacer el bien dispuestos para cualquier obra buena (cf. Tt 3, 1; 2 Tm 2, 21). 8. Adornados de una conducta virtuosa y santa, todo lo hacíais conforme a su temor: las órdenes y decretos del Señor estaban escritos en los tejidos de vuestro corazón.

III.1. Se os dio toda gloria y abundancia, y se cumplió lo escrito: Comió y bebió, creció y engordó y el amado coceó (cf. Dt 32, 15). 2. De aquí nacieron envidia y malevolencia disputa y revuelta, persecución y desorden, guerra y cautividad. 3. Así se alzaron los sin honor contra los honrados (cf. Is 3, 5) los sin gloria contra los ilustres, los insensatos contra los prudentes, los jóvenes contra los ancianos. 4. Por ello se fue lejos la justicia y la paz, pues cada cual abandonó el temor de Dios, se ofuscó en su fe y ya no camina según las normas de sus mandatos ni se comporta como conviene a Cristo sino que cada cual camina según las pasiones de su perverso corazón, al acoger una injusta e impía envidia por la cual también la muerte entró en el mundo (Sb 2, 24).

IV.1. Pues así está escrito: Pasado un tiempo, Caín ofreció a Dios un sacrificio de los frutos de la tierra, y Abel también se lo ofreció de los primogénitos de sus rebaños y de la grasa de los mismos. 2. Dios miró propicio a Abel y sus dones, pero no se fijó en Caín y sus sacrificios. 3. Se entristeció Caín mucho, y se abatió su rostro. 4. Y dijo Dios a Caín: «¿Por qué andas entristecido y se ha abatido tu rostro? ¿Acaso no pecaste al no ofrecer con rectitud y al no repartir bien? 5. Estate tranquilo; su vuelta será hacia ti, y tú lo dominarás». 6. Y dijo Caín a su hermano Abel: «Vamos al campo». Y sucedió que, cuando estaban en

el campo, Caín se lanzó contra su hermano Abel y lo mató (Gn 4, 3-8). 7. Ved, hermanos, cómo la emulación y la envidia consumaron un fratricidio. 8. Por envidia, nuestro padre Jacob huyó de la presencia de su hermano Esaú (cf. Gn 27, 41-45). 9. La envidia hizo que José fuese perseguido a muerte y entrase en esclavitud (cf. Gn 37). 10. La envidia obligó a Moisés a huir de la presencia del rey de Egipto, Faraón, al oír a uno de su misma raza: ¿Quién te ha constituido árbitro o juez entre nosotros? ¿Acaso quieres matarme como ayer mataste al egipcio? (Ex 2, 14) 11. Por envidia, Aarón y María vivieron fuera del campamento (cf. Nm 12). 12. La envidia hizo bajar vivos a Datán y Abirón al Hades por rebelarse contra el Siervo de Dios, Moisés (cf. Nm 16). 13. Por la envidia, David no solo padeció la malevolencia de los extranjeros, sino que también fue perseguido por Saúl, rey de Israel (cf. 1 S 18-24).

V. 1. Pero, dejando a un lado los ejemplos de los antiguos, vengamos a los atletas que nos son más cercanos: tomemos los preclaros ejemplos de nuestra época. 2. Por envidia y malevolencia, las columnas más importantes y justas fueron perseguidas y combatieron hasta la muerte. 3. Pongamos ante nuestros ojos a los buenos Apóstoles: 4. a Pedro que, por inicua envidia, sufrió no una ni dos sino muchas fatigas y, tras haber dado testimonio de esta manera, marchó al lugar de la gloria que le era debido. 5. A causa de la envidia y la rivalidad, Pablo mostró el galardón de la paciencia, 6. al arrastrar siete veces cadenas al ser desterrado y apedreado. Siendo heraldo en oriente y occidente alcanzó la ilustre gloria de su fe. 7. Después de haber enseñado la justicia a todo el mundo, de haber ido hasta los confines de occidente (cf. Rm 15, 28) y de dar testimonio ante las autoridades, se fue así del mundo y marchó al lugar santo, convirtiéndose en el mayor ejemplo de paciencia.

VI. 1. A estos hombres que vivieron santamente se unió una gran muchedumbre de elegidos que, después de haber padecido por envidia muchos ultrajes y tormentos, fueron para nosotros un hermosísimo ejemplo. 2. Por envidia, mujeres, Danaidas y Dirces, después de haber sido perseguidas y de padecer terribles e impíos ultrajes, fueron a parar a la firme carrera de la fe, y las débiles de cuerpo alcanzaron una excelente recompensa. 3. La envidia separó a mujeres de sus maridos y trocó lo dicho por nuestro padre Adán: Ahora, esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne (Gn 2, 23). 4. La envidia y la discordia

destruyeron grandes ciudades y arrancaron de raíz grandes pueblos.

VII. 1. Amados, esto lo escribimos no solo para amonestaros sino para recordárnoslo a nosotros mismos, pues estamos en la misma arena y nos apremia el mismo combate. 2. Por lo tanto, abandonemos las preocupaciones vanas y necias y recurramos a la gloriosa y venerable regla de nuestra tradición. 3. Y veamos qué es lo bueno, qué lo agradable, qué lo aceptable en presencia de nuestro Creador. 4. Fijemos los ojos en la sangre de Cristo y conozcamos qué preciosa es a Dios, su Padre, pues, al ser derramada por nuestra salvación, llevó a todo el mundo la gracia de la conversión. 5. Recorramos todas las generaciones y conozcamos que de generación en generación el Señor ofreció ocasión de conversión (cf. Sb 12, 10) a los que deseaban convertirse a El. 6. Noé (cf. 2 P 2, 5) predicó conversión, y los que le obedecieron se salvaron (cf. Gn 7). 7. Jonás anunció a los ninivitas destrucción; pero estos, arrepintiéndose de sus pecados y elevando súplicas a Dios, se hicieron propicios y alcanzaron salvación, a pesar de que eran extraños a Dios (cf. Jon 3; Mt 12, 41).

VIII. 1. Los ministros de la gracia de Dios hablaron por el Espíritu Santo de la conversión, 2. y el mismo Señor de todas las cosas habló de la conversión con juramento: Pues vivo yo —dice el Señor—, no quiero la muerte del pecador, sino su conversión (Ez 33, 11), añadiendo también sus buenos sentimientos: 3. Casa de Israel, arrepentíos de vuestras maldades. Dije a los hijos de mi pueblo: «Si vuestros pecados llegan de la tierra al cielo, si son más rojos que la grana y más negros que un manto de piel de cabra pero os convertís a mí de todo corazón y decís: «Padre», os escucharé como a un pueblo santo» (cf. Ez 18, 30; 33, 12). 4. Y en otro lugar dice así: Lavaos y purificaos, apartad de mi vista las maldades de nuestras almas; desistid de vuestras maldades, aprended a obrar el bien, buscad la justicia, proteged al que padece, haced justicia al huérfano y abogad por la viuda. Venid y discutamos, dice el Señor. Si nuestros pecados son como púrpura, los hará blancos como la nieve; y si son rojos como la escarlata, los hará blancos como la lana. Y si queréis y me escucháis, comeréis lo bueno de la tierra. Pero si no queréis ni me escucháis, la espada os devorará. Pues la boca del Señor ha hablado estas cosas (Is 1, 16-20). 5. Así pues, queriendo que todos los que son objeto de su amor tengan parte en la conversión, lo estableció con su omnipotente voluntad.

IX. 1. Por tanto, obedezcamos su magnífico y glorioso designio y caigamos de rodillas suplicando su misericordia y clemencia y volvámonos a sus gracias, dejando a un lado las preocupaciones inútiles, la contienda y la envidia que conduce a la muerte. 2. Pongamos nuestros ojos en los que de una manera perfecta sirvieron a su magnífica gloria. 3. Tomemos a Henoc que, hallado justo en la obediencia, fue transformado sin que su muerte se haya descubierto (cf. Gn 5, 24). 4. Noé, encontrado fiel por su servicio, proclamó al mundo la regeneración y, por su medio, el Señor salvó a todos los animales que, en concordia, entraron en el arca (cf. Gn 6, 8-9, 29).

X. 1. Abraham, llamado el amigo, fue hallado fiel por haber sido obediente a las palabras de Dios. 2. Aquél, por obediencia, salió de su tierra, de su parentela y de la casa de su padre para heredar las promesas de Dios después de haber abandonado una tierra pequeña, una parentela débil y una casa insignificante. Pues le dijo: 3. Vete de ta tierra, de ta parentela y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. Te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendecido. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra (Gn 12, 1-3). 4. Y al separarse de Lot, Dios le dijo de nuevo: Levanta los ojos y mira desde el lugar en que ahora estás al norte y al sur, al oriente y al mar, porque toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. 5. Y haré tu descendencia como la arena de la tierra. Si alguien pudiese contar la arena de la tierra, también entonces sería contada tu descendencia (Gn 13, 14-16). 6. Y otra vez le dice: Dios hizo salir a Abraham y le dijo: «Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas si eres capaz de contarlas; así sera tu descendencia». Creyó Abraham a Dios, y le fue imputado como justicia (Gn 15, 5-6). 7. Por la fe y hospitalidad le fue dado un hijo en la vejez, y por obediencia lo ofreció a Dios en sacrificio sobre uno de los montes que le mostró.

XI. 1. Por su hospitalidad y piedad, Lot fue salvado de Sodoma cuando toda la región fue castigada por medio del fuego y del azufre, con lo que el Señor puso de manifiesto que no abandona a los que esperan en Él, pero que a los que caminan por otros derroteros los coloca en situación de castigo y desgracia. 2.

Como, juntamente con él, salió la mujer de Lot que era de otro sentir y no estaba en concordia con él, fue colocada como señal de manera que quedó convertida en estatua de sal hasta el día de hoy, para que todos conociesen que los indecisos y los que dudan del poder de Dios se convierten en condenación y signo para todas las generaciones (cf. Gn 19).

XII. 1. Por su fe y hospitalidad se salvó Raab, la prostituta (cf. Jos 2). 2. Pues, cuando Josué, el hijo de Nave, envió espías a Jericó, el rey de aquella tierra supo que habían venido a espiar el país y envió hombres para detenerlos y, una vez detenidos, matarlos. 3. Ahora bien, la hospitalaria Raab que los había acogido los ocultó en la azotea bajo unos rastrojos de lino. 4. Se presentaron los que venían de parte del rey y dijeron: «En tu casa han entrado los espías de nuestra tierra; sácalos, pues así lo manda el rey». Ella contestó: «En efecto, los hombres que buscáis entraron en mi casa, pero se fueron enseguida y van de camino» al par que les indicaba la dirección contraria. 5. Y dijo a los hombres: «Sé con certeza que el Señor Dios os entrega esta tierra, pues el miedo y el temor han caído sobre sus habitantes. Así pues, cuando la toméis, salvadme a mí y a la casa de mi padre». 6. Y le dijeron: «Así será, tal como lo has dicho. Por tanto, cuando adviertas nuestra llegada, reunirás a todos los tuyos bajo tu techo, y se salvarán, pues cuantos sean encontrados fuera de la casa perecerán». 7. Y le añadieron que, como señal, colgase de su casa algo rojo, poniendo de manifiesto que por la sangre del Señor todos los que creen y esperan en Dios serán redimidos. 8. Ved, amados, que en aquella mujer no solo se halló fe sino también profecía.

LIX. 1. Si algunos desobedecen a lo que ha sido dicho por El por medio de nosotros, sepan que se ligarán a una falta y peligro no pequeño. 2. Nosotros seremos inocentes de ese pecado y con ferviente súplica y oración pediremos para que el Señor del universo mantenga intacto el número contado de sus elegidos en todo el mundo por medio de su amado Siervo, Jesucristo,

por el cual nos llamó de las tinieblas a la luz,

de la ignorancia al conocimiento de la gloria de su nombre,

3. a esperar en su Nombre,

origen de toda la creación,

abriendo los ojos de nuestro corazón

para conocerte a Ti,

el único Altísimo en las alturas,

el Santo que descansas entre los santos,

que humillas la soberbia de los engreídos,

que deshaces los pensamientos de los gentiles,

que ensalzas a los humildes

y humillas a los altivos,

que enriqueces y empobreces,

que matas y haces vivir,

que creas la vida,

el único bienhechor de los espíritus

y el Dios de toda carne,

que ves en los abismos,

el testigo de las obras humanas,

el socorro de los que están en peligro,

el salvador de los que desesperan,

el creador y protector de todo espíritu,

que multiplicas las naciones sobre la tierra

y de entre todas elegiste a los que te aman

por medio de Jesucristo, tu amado siervo,

por el cual nos educaste,

nos santificaste

y nos honraste.

4. Te pedimos, Señor,

que seas nuestro socorro y protector.

Salva a aquellos de entre nosotros que están en tribulación,

apiádate de los humildes,

levanta a los que han caído,

muéstrate a los necesitados,

cura a los enfermos,

convierte a los extraviados de tu pueblo;

sacia a los que tienen hambre,

redime a nuestros cautivos,

restablece a los que están débiles,

alienta a los pusilánimes.

Que conozcan todos los pueblos

que Tú eres el único Dios,

que Jesucristo es tu Siervo

y que nosotros somos tu pueblo

y ovejas de tu rebaño (Sal 78, 13; 99, 3).

LX. 1. Pues Tú has hecho patente

la ordenación eterna del universo

por medio de tus obras.

Tú, Señor, creaste el universo;

Tú, fiel en todas las generaciones,

justo en las sentencias,

admirable por tu fuerza y grandeza,

sabio al crear,

inteligente al establecer sólidamente lo que existe,

bueno con las cosas visibles,

fiel con los que han confiado en Ti,

misericordioso y compasivo,

perdónanos nuestras injusticias, faltas, pecados y errores.

2. No tengas en cuenta ningún pecado de tus siervos y siervas,

sino purifícanos con la purificación de tu verdad

y endereza nuestros pasos

para caminar en santidad de corazón

y hacer lo bueno y agradable

en tu presencia y en presencia de nuestros jefes.

3. Sí, Señor, muestra tu rostro sobre nosotros

para los bienes en la paz,

para que seamos protegidos por tu mano poderosa,

librados de todo pecado por tu excelso brazo

y nos libres de los que nos odian injustamente.

4. Da concordia y paz a nosotros

y a todos los que habitan la tierra,

como se la diste a nuestros padres

cuando te invocaron santamente en fe y en verdad.

Que seamos obedientes

a tu omnipotente y santo Nombre

y a nuestros príncipes y jefes de la tierra.

LXI. 1. Tú, Señor, les diste el poder del reino

por tu magnífica e indescriptible fuerza,

a fin de que, conociendo la gloria y el honor

que les has dado,

les obedezcamos sin oponernos a tu voluntad.

Dales, Señor, salud, paz, concordia, firmeza

para que atiendan sin falta al gobierno

que les has dado.

2. Pues, Tú, Señor, rey celeste de los siglos,

das a los hijos de los hombres gloria y poder

sobre las cosas que existen en la tierra.

Tú, Señor, endereza su voluntad

hacia lo bueno y agradable en tu presencia,

para que, atendiendo piadosamente,

con paz y mansedumbre,

el poder que les has dado,

alcancen de Ti misericordia.

3. Tú eres el único capaz de hacer estas cosas

e incluso bienes muy superiores entre nosotros;

a Ti te confesamos por medio de Jesucristo,

el Sumo Sacerdote y protector de nuestras almas,

por medio del cual a Ti la gloria y la magnificencia,

ahora y de generación en generación,

por los siglos de los Siglos. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

Aiura, T., A Study of Old Testament Quotations in First Clement, en Annual Studies 1 (1953), pp. 1-16.

Beatrice, P.F., Clemente Romano, en NDPAC, cc. 1073-1077.

Clemens von Rom, Epistola ad Corinthios. Brief an die Korinther, Übersetz und Eingeleitet von G. Schneider, Freiburg 1994.

Clément de Rome, Épitre aux Corinthiens, Introduction, texte, traduction, notes et index par A. Jaubert, Paris 1971.

Hagner, A., The Use of the Old and New Testaments in Clement of Rome, Leiden 1973.

Lindemann, A., Die Clemensbriefe, Tübingen 1992.

Lona, H.E., Der erste Clemensbrief, Göttingen 1998.

Mayer, H.T., Clement of Rome and His Use of Scripture, en Concordia Theological Monthly 42 (1971), pp. 536-540.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 409-413.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 25-26.

3. S. IGNACIO DE ANTIOQUÍA

IGNACIO, SEGUNDO SUCESOR DE PEDRO en Antioquía, después de Evodio, fue apresado hacia el año 110 c.a. y conducido a Roma para ser ejecutado. En las diversas etapas de su viaje hacia la urbe escribió siete cartas a distintas comunidades (Éfeso, Magnesia, Tralles, Esmirna, a su obispo Policarpo, Filadelfia y Roma). A través de estas cartas, Ignacio muestra ya con particular claridad la posesión pacífica de algunas verdades fundamentales de la fe: Cristo es verdadero hombre, su cuerpo es de carne y sus sufrimientos fueron reales; y todo esto lo sostiene contra los docetas (del griego dokèo: parecer), que afirmaban que el cuerpo de Cristo era solamente apariencia; en estas cartas encontramos por primera vez la expresión Iglesia Católica para referirse al conjunto de los cristianos; la Eucaristía es la carne de Cristo, la misma que sufrió por nuestros pecados; la jerarquía de la Iglesia, formada por obispos, presbíteros y diáconos, con sus respectivas funciones, se presenta con gran claridad; el obispo representa a Cristo y es el maestro y el sumo sacerdote: él es el que administra los sacramentos. En el saludo inicial de la carta a los romanos, Ignacio se dirige a la iglesia de Roma con especial alabanza y se puede considerar como testimonio del primado de Roma: es la iglesia que está a la cabeza de la caridad. Ignacio es llamado doctor de la unidad.

Ignacio, al contrario que Clemente, usa poco el Antiguo Testamento (menos de diez citas en total), al cual llama “archivos”. A veces emite sobre él juicios positivos. El Nuevo Testamento no es citado literalmente casi nunca, pero está presente en todas sus cartas. Para Ignacio, Cristo es el centro de todas las Escrituras, la puerta que introduce en los archivos, y el misterio pascual de Cristo es el núcleo central de las Escrituras.

IGNACIO A LOS ROMANOS I-II

Ignacio, llamado también Teóforo, a la Iglesia que ha alcanzado misericordia en la magnificencia del Padre Altísimo y de Jesucristo, su único Hijo, [a la Iglesia] amada e iluminada en la voluntad del que ha querido todo lo que existe conforme al amor de Jesucristo, nuestro Dios; [Iglesia] que preside en la región de los romanos [y es] digna de Dios, digna de honor, digna de bienaventuranza, digna de alabanza, digna de éxito, digna de pureza; la que está a la cabeza de la caridad, depositaria de la ley de Cristo y adornada con el nombre del Padre: a ella la saludo en el nombre de Jesucristo, Hijo del Padre. A los que están unidos en carne y en espíritu con todo mandamiento suyo, a los que están inquebrantablemente llenos de la gracia de Dios y a los que están purificados de todo extraño tinte les deseo una abundante alegría sin mancha, en Jesucristo, nuestro Dios.

I.1. Puesto que por mis oraciones he alcanzado de Dios el ver vuestros rostros dignos de Dios, tal como tanto había pedido conseguirlo... Pues encadenado en Jesucristo espero saludaros si es su voluntad que yo sea digno de llegar hasta el fin. 2. Pues el comienzo es fácil de llevar con tal de que alcance gracia para recibir mi herencia sin impedimentos. Ciertamente le tengo miedo a vuestro amor, a que el mismo me haga un mal. Pues para vosotros es fácil lo que queréis hacer; pero para mí es difícil alcanzar a Dios si vosotros no tenéis compasión de mí.

II.1. Ciertamente no quiero que agradéis a los hombres, sino a Dios, tal como le agradáis. En efecto, yo nunca tendré tal ocasión de alcanzar a Dios, ni vosotros, si calláis, podréis firmar en una obra mejor. Pues si calláis respecto de mí, yo seré palabra de Dios; pero si amáis mi carne, de nuevo seré una voz…. 2. No me procuréis otra cosa que no sea el ser ofrecido a Dios como libación cuando ya está preparado el altar, para que, formando vosotros un coro en el amor, al Padre en Jesucristo cantéis que Dios al obispo de Siria lo ha considerado digno de ser

hallado [en Él] después de haberlo hecho venir a Occidente desde Oriente. Es bueno que [orientado] hacia Dios me oculte al mundo para amanecer en Él.

IGNACIO A LOS ESMIRNIOTAS I-VII

Ignacio, llamado también Teóforo, a la Iglesia de Dios Padre y del amado Jesucristo, la cual ha alcanzado misericordia en toda gracia, ha sido colmada en la fe y en la caridad, enriquecida en toda gracia, venerabilísima y portadora de lo santo, la cual está en Esmirna de Asia: alegría sobreabundante en espíritu inmaculado y en la palabra de Dios.

I.1. Glorifico a Jesucristo, Dios, que os ha concedido tal sabiduría. Pues he sabido que habéis alcanzado la perfección en la fe inconmovible de manera que estáis clavados en la carne y en el espíritu a la cruz del Señor Jesucristo, sólidamente establecidos en el amor por la sangre de Cristo y repletos de certeza en nuestro Señor, que es verdaderamente, de la estirpe de David (Rm 1, 3), según la carne, Hijo de Dios por la voluntad y el poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan para que toda justicia fuese cumplida (Mt 3, 15) por Él, 2. crucificado verdaderamente en la carne por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato y del tetrarca Herodes —nosotros existimos gracias a su fruto, gracias a su bienaventurada pasión— para levantar un signo por los siglos mediante su resurrección para sus santos y fieles, ya sean judíos, ya sean paganos, en el único cuerpo de la Iglesia.

II. Padeció todo esto por nosotros, para salvarnos. Padeció verdaderamente, así como también se resucitó verdaderamente. No como algunos incrédulos dicen que padeció en apariencia. ¡Ellos sí son apariencia! Y tal como piensan, les sucederá que serán incorpóreos y fantasmales.

III.1. Pues yo sé y creo que, después de su resurrección, Él existe en la carne. 2. Y cuando vino a los que estaban alrededor de Pedro, les dijo: Tomad, tocadme y ved que no soy un fantasma incorpóreo (Lc 24, 39 + Doctrina Petri). Y

seguidamente tocaron y creyeron fundiéndose con su cuerpo y con su espíritu. Por ello despreciaron también la muerte y estuvieron por encima de la muerte. 3. Después de la resurrección comió y bebió con ellos como carnal, aunque espiritualmente estaba unido al Padre.

IV.1. Os aconsejo todo esto, amados, sabiendo que también vosotros pensáis así. Pero os pongo en guardia contra las fieras en forma de hombre: no solo es necesario que no los recibáis (cf. 2 Jn 10-11; Tt 3, 10; Rm 16, 17), sino que, además, si es posible, no os encontréis con ellos. Solo [es menester] que oréis por ellos por si se convierten, lo cual es difícil. Pero Jesucristo nuestro vivir verdadero, tiene poder para ello. 2. Pues si todas estas cosas fueron hechas en apariencia por nuestro Señor yo también estoy encadenado en apariencia. ¿Por qué me he entregado totalmente a la muerte, al fuego, a la espada, a las fieras? Sin embargo el que está cerca de la espada, está cerca de Dios; el que está en medio de las fieras, está en medio de Dios, con tal de que sea en el nombre de Jesucristo. Todo lo soporto para sufrir con Él, pues habiéndose hecho el hombre perfecto me fortalece.

V.1. Algunos, que no lo conocen, lo niegan; más bien han sido negados por Él, pues son abogados de la muerte más que de la verdad. A estos no los han convencido los profetas ni la ley de Moisés ni siquiera el Evangelio ni los padecimientos de cada uno de nosotros. 2. Pues acerca de nosotros piensan lo mismo. Pero ¿de qué me sirve que alguien me alabe si habla impíamente de mi Señor al no confesar que Él se ha hecho carne? El que no dice esto lo niega totalmente de manera que es un portador de muerte. 3. No me parece consignar sus nombres pues son infieles. Ni siquiera querría acordarme de ellos hasta que no se conviertan a la pasión que es nuestra resurrección.

VI.1. Nadie se engañe. También los seres celestes y la gloria de los ángeles y los príncipes visibles e invisibles, si no creen en la sangre de Cristo, son juzgados. El que pueda entender, que entienda (Mt 19, 12). Que un cargo no ensoberbezca a nadie pues el todo es la fe y el amor, a los que nada se puede preferir. 2. Observad a los que enseñan doctrinas distintas a la gracia de Jesucristo que vino

a nosotros: ¡qué contrarios son a la voluntad de Dios! No les interesa el amor ni las viudas ni el huérfano ni el atribulado ni el encadenado ni el libre ni el hambriento ni el sediento.

VII.1. Se apartan de la Eucaristía y de la oración, pues no confiesan que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo que padeció por nuestros pecados, a la cual resucitó el Padre por su bondad. Así pues, los que contradicen el don de Dios mueren en sus disputas. Les convenía amar para resucitar. 2. Por tanto, es conveniente apartarse de los tales y no hablar de ellos, ni en privado ni en público, y acercarse a los profetas y especialmente al Evangelio en el que se nos ha manifestado la pasión y se ha consumado la resurrección. Huid de las divisiones como principio de males.

IGNACIO A LOS FILADELFIOS VIII-IX

VIII.1. Así pues, yo hice lo propio, como hombre dispuesto a la unidad. En donde existe la división y la ira, no habita Dios. Ciertamente el Señor perdona a todos los que se arrepienten si se convierten a la unidad de Dios y a la asamblea del obispo. Confío en la gracia de Jesucristo que os liberará de toda atadura. 2. Os exhorto a que no hagáis nada por espíritu de contienda, sino según la enseñanza de Cristo. He oído a algunos que decían: «Si no lo encuentro en los archivos, no creo en el Evangelio». Les dije: «Está escrito». Me respondieron: «Muéstralo». Para mí los archivos son Jesucristo; los archivos sagrados son su cruz, su muerte, su resurrección y la fe que viene de Él, en los cuales quiero ser justificado por vuestra oración.

IX.1. Buenos eran los sacerdotes, pero mejor es el Sumo Sacerdote a quien se le ha confiado el Sancta Sanctorum el único a quien se le han confiado los misterios de Dios. Él es la puerta del Padre por la que entran Abraham, Isaac, Jacob, los profetas, los Apóstoles y la Iglesia. Todo esto [se encamina] a la unidad de Dios. 2. El Evangelio tiene algo extraordinario: la venida del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, su pasión y su resurrección. Los amados profetas anunciaron a Este. Pero el Evangelio es consumación de la incorruptibilidad. Todo junto es bueno si creéis en el amor.

BIBLIOGRAFÍA

Bergamelli, F., Gesù Cristo e gli archivi (Filadelfiesi 8,2). Cristo centro delle Scritture secondo Ignazio di Antiochia, en Esegesi e catechesi nei padri, secc. II-IV : convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di lettere cristiane e classiche (Pontificium Institutum Altioris Latinitatis), Roma 26-28 marzo 1992, ed. Sergio Felici, pp. 35-48.

Delpini, M., Sul rapporto delle lettere di Ignazio di Antiochia con il Vangelo di Giovanni, en ScC 119 (1991), pp. 514-525.

Nautin, P., Ignazio di Antiochia, en NDPAC cc. 2514-2516.

Penna, R., Le tre lettere di Paolo, Giovanni e Ignazio agli Efesini, en Atti del III Simposio di Efeso su S. Giovanni Apostolo, ed. L. Padovese, Roma 1993, pp. 143-154.

Rathke, H., Ignatius von Antiochien und die Paulusbriefe, en (TU 99) Berlin 1967.

Schoedel W.R., Ignatius and the Archives, en The Harvard Theological Review, 71 (1978), pp. 97-106.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 415-419.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, p. 27.

4. CARTA DE BERNABÉ

BAJO EL NOMBRE DEL APÓSTOL BERNABÉ NOS ha llegado la así llamada Carta, en realidad un breve tratado, escrita hacia 130/140, en la que se expone el valor del Antiguo Testamento para el cristianismo, en la primera parte, y un breve tratado sobre las Dos vías, en la segunda.

Según Pringent, para la redacción de la obra, el autor se sirvió de colecciones de testimonia, florilegios cristológicos que unían las profecías sobre la pasión y reducidos fragmentos midráshicos que existían precedentemente. Estos tres principios son un importante testimonio del desarrollo de la exégesis cristiana. Predomina en la Carta la interpretación alegórico-midrashica (el autor no usa en término alegoría, y el midrash es el equivalente hebreo), es el primer escrito que emplea la numerología y utiliza abundantemente la simbología (sol, luna, etc.). La principal afirmación del escrito es que la antigua alianza no está ya vigente y, por tanto, los preceptos legales no se deben interpretar literalmente. El procedimiento más usado por Ps. Bernabé es la tipología (cfr. Introducción).

CARTA DE BERNABÉ VII-XII

VII. 1. Así pues, comprended, hijos de la alegría, cómo el Señor bueno nos manifestó todo de antemano para que sepamos a quién debemos alabar con acciones de gracias. 2. Si el Hijo de Dios, a pesar de ser Señor y juez futuro de vivos y muertos (cf. Hch 10, 42), padeció para que su herida nos vivificara, hemos de creer que el Hijo de Dios no podía padecer sino por nuestra causa. 3. Más aún, cuando estaba crucificado, se le dio a beber vinagre y hiel (cf. Mt 27, 34.48; Sal 69, 22). Escuchad cómo los sacerdotes del templo lo manifestaron de antemano. Así dice el mandamiento escrito: El que no guarde el día de ayuno, será exterminado con la muerte (cf. Lv 23, 29). El Señor lo mandó, porque Él mismo ofrecería el vaso del espíritu como sacrificio por nuestros pecados, para que también se cumpliese la figura de Isaac, ofrecido sobre el altar. 4. ¿Qué dice, pues, en el profeta? Coman del macho cabrío ofrecido el día del ayuno por todos los pecados (Nm 29, 11; Ex 29, 32-33; 12, 8.9). Prestad mucha atención: Todos los sacerdotes, y solo ellos, coman con vinagre el intestino sin lavar. 5. ¿Por qué? «Coméis vosotros solos, mientras que el pueblo ayuna y se mortifica con saco y ceniza, porque me vais a dar a beber hiel con vinagre cuando ofrezca mi carne por los pecados de mi nuevo pueblo». De esta forma mostraba que era necesario que le hicieseis padecer. 6. Atended a lo que ordenó: Tomad dos machos cabríos hermosos y semejantes y ofrecedlos. El sacerdote tome uno para un holocausto por los pecados (cf. Lv 16, 7.9). 7. ¿Qué harán con el otro? El otro —dice— es maldito (cf. Lv 16, 8.10; Dt 21, 23; Ga 3, 13). Atended cómo se manifiesta la figura de Jesús. 8. Escupidle todos, fustigadlo y colocad la lana roja alrededor de su cabeza; y, así, sea echado al desierto (Lv 16, 22). Y cuando se ha realizado esto, el portador del macho cabrío lo conduce al desierto, le quita la lana y lo coloca sobre una maleza llamada zarza, cuyos brotes solemos comer cuando los encontramos en el campo. Así, los frutos de esta única zarza son dulces. 9. ¿Qué significa esto? Atended: Uno es para el altar y el otro es maldecido (cf. Lv 16, 7 - 9.18); y el maldito es coronado. Porque en aquel día le verán con el manto rojo sobre su carne y dirán: ¿No es este el que nosotros crucificamos después de haberlo despreciado, fustigado y escupido? Verdaderamente era Este el que entonces decía que Él era Hijo de Dios. 10. ¿Cómo resulta ser igual a aquél? Por ello se dijo que los machos cabríos eran hermosos, semejantes e iguales, para que, cuando lo vean venir, se turben por la semejanza del macho cabrio. He aquí,

pues, la figura de Jesús que tenía que sufrir. 11. ¿Por qué coloca la lana en medio de las espinas? Es una figura de Jesús propuesta a la Iglesia porque, si alguno quiere coger la lana roja, tendrá que padecer mucho, porque las espinas son temibles, y dominarla a fuerza de tribulaciones. Así —dice—, los que quieran verme y conseguir mi Reino, deben alcanzarme mediante la tribulación y el padecimiento (logion del Señor).

VIII. 1. ¿Qué prefigura, a vuestro juicio, la orden dada a Israel (Nm 19), por la que los hombres con graves pecados han de ofrecer una novilla que, tras ser sacrificada, debe ser consumida enteramente por el fuego, y luego unos niños han de coger las cenizas, colocarlas en unas vasijas y poner sobre el madero la lana roja (he aquí, de nuevo, el tipo de la cruz y la lana roja) y el hisopo, y, así, los niños aspergen a cada uno de los miembros del pueblo para que sean purificados de sus pecados? 2. Fijaos con qué sencillez nos habla. La novilla es Jesús, los hombres que la ofrecen son los pecadores que lo inmolaron. Después, ya no aparecen los hombres, ni la gloria de los pecadores. 3. Los niños que aspergen son los que nos han anunciado el Evangelio del perdón de los pecados y la purificación del corazón. A ellos les dio el poder de predicar el Evangelio; eran doce para testimonio de las tribus (porque doce son las tribus de Israel). 4. ¿Por qué son tres los niños que aspergen? Es un testimonio en favor de Abraham, Isaac y Jacob porque son grandes ante Dios. 5. ¿Por qué colocan la lana sobre el madero? Porque el Reino de Dios está sobre un madero, y los que esperan en Él vivirán para siempre (cf. Gn 3, 22). 6. ¿Por qué se colocan juntos la lana y el hisopo? Porque en su Reino habrá días malos y sucios, en los que seremos salvados. Pues el que padece en su carne se cura por el líquido del hisopo. 7. Estos sucesos son tan evidentes para nosotros y tan oscuros para aquéllos, porque no escucharon la voz del Señor.

IX. 1. En efecto, a propósito de los oídos dice otra vez cómo circuncidó nuestro corazón. Dice el Señor en el profeta: Me obedecieron al escucharme con sus oídos (Sal 17, 45). Y otra vez dice: Me escucharán con su oído los que están lejos, y conocerán lo que he hecho (Is 33, 13). Y: Circuncidad —dice el Señor— vuestros corazones (Jr 4, 4). 2. Y vuelve a decir: Escucha Israel lo que dice el Señor, tu Dios (Jr 7, 2-3). Y el Espíritu del Señor profetiza otra vez: ¿Quién quiere vivir para siempre? Escucha con tu oído la voz de mi siervo (Sal 33, 13;

Is 50, 10). 3. Y vuelve a decir: Escucha, cielo; atiende, tierra, porque el Señor habla esto para dar testimonio (Is 1, 2 + Mi 1, 2). Y dice otra vez: Escuchad la palabra del Señor, jefes de este pueblo (Is 28, 14. Cf. Is 1, 10). De nuevo dice: Hijos, escuchad la voz del que grita en el desierto (Is 40, 3). Así pues, circuncidó nuestros oídos para que creamos su palabra al escucharla.

4. En cambio, la circuncisión, en la que ellos confiaban, ha sido abolida. Pues había dicho que no se realizase a circuncisión de la carne. Pero ellos desobedecieron, porque fueron engañados por un ángel perverso. 5. Les dice: El Señor, nuestro Dios, os dice esto (aquí encuentro el mandamiento): No sembréis en espinas, circuncidaos para vuestro Señor (Jr 4, 3-4). ¿Qué dice? Circuncidad la dureza de vuestro corazón y no endurezcáis vuestra cerviz (Dt 10, 16). Date cuenta otra vez: He aquí, dice el Señor, que todas las naciones son incircuncisas de prepucio, pero este pueblo es incircunciso de corazón (cf. Jr 9, 25). 6. Pero dirás: «El pueblo fue circuncidado como signo». Pero también se circuncidan todos los sirios, los árabes y todos los sacerdotes de los ídolos. En ese caso, estos también forman parte de la Alianza. También los egipcios se circuncidan. 7. Hijos del amor, aprended mucho de todo esto, porque Abraham, que fue el primero en practicar la circuncisión, circuncidó previendo en espíritu a Jesús, porque había recibido la enseñanza de las tres letras. 8. Pues dice: Y circuncidó Abraham a dieciocho y trescientos hombres de su casa (cf. Gn 17, 23.27; 14, 14). Así pues, ¿qué conocimiento le fue otorgado? Daos cuenta que primeramente habla de dieciocho y, tras un intervalo, de trescientos. Dieciocho se escribe mediante la iota (diez) y la eta (ocho): ahí tienes el nombre de Jesús. Y puesto que la cruz, representada por la tau, había de comportar la gracia, habla además de trescientos. Así pues, manifiesta a Jesús con las dos primeras letras, y con la otra a la cruz. 9. Debes conocer al que ha injertado en nosotros el don de su enseñanza. Nadie ha aprendido de mí una enseñanza más auténtica. Pero sé que vosotros sois dignos.

X. 1. Puesto que Moisés dijo: No comeréis cerdo ni águila ni gavilán ni cuervo ni pez alguno que no tenga escamas (cf. Lv 11; Dt 14), esto indica que él había comprendido una triple enseñanza. 2. Finalmente, les dice en el Deuteronomio: Expondré a este pueblo mis disposiciones (Dt 4, 1.5). Así pues, el mandamiento de Dios no consiste en no comer, sino que Moisés habló en sentido espiritual. 3.

Lo referente al cerdo lo dijo por esto: «No te unirás —dijo— a los hombres que son semejantes a los cerdos». Es decir, cuando viven disolutamente, se olvidan del Señor, y cuando padecen necesidad, piensan en el Señor, como el cerdo que, cuando come, no conoce a su señor, pero, cuando tiene hambre, gruñe y, una vez que come, calla. 4. No comerás águila ni gavilán ni milano ni cuervo (cf. Lv 11, 13-16). No te unirás —dice—, ni te parecerás a los hombres que no saben procurarse su alimento por medio de su trabajo y esfuerzo, sino que en su iniquidad se apoderan de lo ajeno y, fingiendo caminar y mirar a su alrededor con inocencia, acechan a quién despojar mediante su avaricia, al igual que estas aves, las únicas que no se procuran su alimento, sino que, posadas ociosamente, acechan cómo devorarán las carnes ajenas. Son funestas por su maldad. 5. No comerás —dice— morena ni pólipo ni sepia (cf. Lv 11, 10). No te unirás —dice —, ni te parecerás a los hombres que son profundamente impíos y están ya condenados a muerte, como estos pequeños peces, los únicos malditos que nadan en el mar, pero no como los demás, sino que habitan en el fango del fondo del mar. 6. Tampoco comerás liebre (cf. Lv 11, 5). ¿Por qué? No seas —dice— corruptor de niños, ni te parezcas a ellos, porque la liebre desarrolla cada año un ano más. Pues tiene tantos orificios cuantos años vive. 7. Tampoco comerás la hiena (cita no bíblica). No seas —dice— adúltero ni corruptor, ni te parezcas a ellos. ¿Por qué? Porque este animal cambia cada año su naturaleza, y unas veces es macho y otras, hembra. 8. También detestó a la comadreja con justicia (cf. Lv 11, 29). No serás —dice— de aquéllos de los que hemos oído que por su depravación cometen la iniquidad con su boca, ni seguirás a los depravados que cometen la iniquidad con su boca. Pues este animal concibe por su bocal. 9. Moisés, después de haber recibido la triple enseñanza sobre los alimentos, habló en sentido espiritual. Sin embargo, ellos lo entendieron según el deseo de la carne, como si se tratase de la comida. 10. David conoció esa triple enseñanza y dijo de manera semejante: Bienaventurado el hombre que no anduvo según el consejo de los impíos (Sal 1, 1), como esos peces que andan entre tinieblas en el fondo del mar. Y en el camino de los pecadores no se detuvo (Sal 1, 1), como los que pecan aparentando temer al Señor. Se parecen al cerdo. Y en la silla de los corruptos no se sentó, como las aves posadas para la rapiña. Ya tenéis explicado completamente lo que se refiere a la comida. 11. Otra vez dice Moisés: Comerás todo animal de pezuña partida y que rumia (Lv 11, 3; Dt 14, 6). ¿Que dice? Este animal, cuando recibe su comida, conoce al que lo alimenta y parece alegrarse cuando reposa. Habló bien respecto al mandamiento. Así pues, ¿qué dice? Uníos a los que temen al Señor, a los que meditan en su corazón el sentido exacto de la palabra que recibieron, a los que refieren y guardan las disposiciones del Señor, a los que saben que la meditación es una obra gozosa y a los que rumian la

palabra del Señor. ¿Qué significa la pezuña partida? Que el justo camina por este mundo, pero aguarda el mundo santo. Mirad qué bien legisló Moisés. 12. Pero ¿de dónde les vino a aquellos la comprensión o inteligencia de estas cosas? Nosotros, comprendiendo rectamente los mandamientos, los exponemos tal como el Señor quiso. Para entender estas cosas, circuncidamos nuestros oídos y nuestros corazones.

XI. 1. Indaguemos si el Señor se preocupó de manifestarnos anticipadamente lo referente al agua y a la cruz. Respecto al agua, enseña la Escritura, a propósito de Israel, cómo no aceptarían el bautismo que confiere el perdón de los pecados, sino que ellos mismos se instituirían uno. 2. En efecto, dice el profeta: Espántate, cielo, y estremézcase más todavía la tierra, porque dos maldades ha cometido este pueblo. Me abandonaron a mí, fuente de la vida, y se cavaron un pozo de muerte. 3. ¿Acaso es una roca desierta mi monte santo, el Sinaí? Seréis como los polluelos de un ave que echan a volar cuando se les quita el nido (Jr 2, 12-13 + Is 16, 1-2). 4. Dice otra vez el profeta: Yo caminaré delante de ti, allanaré las montañas, romperé las puertas de bronce, haré pedazos los cerrojos de hierro y te daré los tesoros secretos, ocultos e invisibles para que sepas que yo soy el Señor Dios (Is 45, 2-3). 5. Y: Habitarás en la caverna alta de una roca fuerte donde nunca falta el agua. Veréis al rey con gloria y vuestra alma meditará el temor del Señor (Is 33, 16-18). 6. Y de nuevo dice en otro profeta: El que haga esto será como árbol plantado a la vera de las aguas que da fruto a su tiempo y no pierde su follaje. Todo lo que haga saldrá bien. 7. No así los impíos, no así, sino como polvo que aleja el viento de la faz de la tierra. Por ello, los impíos no se levantarán en el juicio, ni los pecadores en la asamblea de los justos, porque el Señor conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos sera aniquilado (Sal 1, 3-6). 8. Ved cómo definió el agua y la cruz. Pues dice esto: «Bienaventurados aquellos que esperando en la cruz bajaron al agua, porque [recibirán] —dice— la recompensa a su tiempo. Entonces —dice— retribuiré». Pero ahora dice: no perderá su follaje. Esto significa que toda palabra que salga de vuestra boca en fe y amor, será para conversión y esperanza de muchos. 9. Y otro profeta vuelve a decir: Y la tierra de Jacob era alabada más que cualquier otra tierra (¿Ez 20, 6; So 3, 19? ¿Apocalipsis siríaco de Baruc 61, 7?). Esto significa que Él glorifica el vaso de su espíritu. 10. Entonces ¿qué dice? El río fluía por la derecha y brotaban de él árboles lozanos. Y el que coma de ellos, vivirá eternamente (cf. Ez 47, 1-12). Esto significa que nosotros bajamos al agua repletos de pecados e impureza y subimos cargados de frutos en nuestro corazón,

llevando en nuestro espíritu el temor y la esperanza en Jesús. Y el que coma de ellos vivirá eternamente. Esto significa: «El que escuche estas palabras y crea —dice—, vivirá eternamente».

XII. 1. De igual modo designó la cruz en otro profeta que dice: ¿Cuándo se cumplirá esto? Dice el Señor: «Cuando el madero sea sepultado y se levante, y cuando del madero fluya sangre» (Midrash a Is 5). Ahí tienes, de nuevo, lo relativo a la cruz y al que había de ser crucificado. 2. Vuelve a hablar a Moisés cuando Israel era atacado por los extranjeros y para recordar a los que eran atacados, que habían sido entregados a la muerte a causa de sus pecados. El Espíritu habla al corazón de Moisés para que haga una figura de la cruz y del que había de padecer, porque si no esperan en Él —dice—, serán eternamente atacados. Así pues, Moisés, en medio de la lucha, coloca las armas una sobre otra y, poniéndose más alto que todos los demás, extendió los brazos y, así, Israel vencía de nuevo. Después, cuando los bajaba, [los israelitas] volvían a sucumbir (cf. Ex 17, 8-14). 3. ¿Por qué? Para que supiesen que no podían salvarse si no esperaban en Él. 4. Y en otro profeta vuelve a decir: Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente que contradice mi camino justo (Is 65, 2). 5. En una ocasión en que Israel caía (cf. Nm 21, 4-9), Moisés hizo de nuevo una figura de]esús, [dando a entender] que era necesario que Él padeciese y que vivificaría el mismo que ellos creían haber aniquilado en el signo. En efecto, el Señor hizo que les mordiesen toda clase de serpientes y morían (puesto que la transgresión tuvo su origen en Eva por causa de la serpiente), para mostrarles que eran entregados a la tribulación de la muerte a causa de su transgresión. 6. Finalmente, a pesar de que el mismo Moisés había ordenado: No tendréis como Dios vuestro ninguna imagen fundida o grabada (cf. Dt 27, 15; Lv 26, 1), él mismo hace una para mostrar la figura de Jesús. Así pues, Moisés hizo una serpiente de bronce y la levantó gloriosamente y convocó al pueblo mediante un bando. 7. Cuando estuvieron reunidos, pidieron a Moisés que elevase súplicas para que fuesen curados. Pero Moisés les dijo: Cuando uno de vosotros —dice— sea mordido, venga a la serpiente que está colocada sobre el madero y espere con fe, porque, a pesar de estar muerta, puede dar la vida, y quedará curado inmediatamente (cf. Nm 21, 8-9). Y así lo hacían. Aquí tienes de nuevo la gloria de Jesús porque todo existe en Él y para Él. 8. ¿Qué dice otra vez Moisés a Jesús, el hijo de Navé, que era profeta después de haberle impuesto este nombre, con el fin de que todo el pueblo oyera que el Padre hace patente todo lo que se refiere a su Hijo Jesús? 9. En efecto, dice Moisés a Jesús, el hijo de Navé,

después de haberle impuesto este nombre cuando lo envió como explorador de la tierra: Toma un libro en tus manos y escribe lo que dice el Señor: «En los últimos días, el Hijo de Dios arrancará de raíz toda la casa de Amalec» (Jr 43, 2.14; Ex 17, 14). 10. He ahí, de nuevo, a Jesús, no como hijo de hombre, sino como Hijo de Dios, manifestado en figura carnal. Como habrían de decir que el Cristo es hijo de David, el mismo David profetiza, temiendo y comprendiendo el error de los pecadores: Dijo el Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies» (Sal 109, 1). 11. E Isaías dice así: El Señor dijo al Cristo, mi Señor: «Yo he sostenido su derecha para que las naciones obedezcan ante él y haré pedazos el poder de los reyes» (Is 45, 1). He ahí, cómo David le llama Señor y no le dice hijo.

BIBLIOGRAFÍA

Èpître de Barnabé, Introduction, traduction et notes par P. Pringent, Texte grec établi et présenté par R. A. Kraft, Paris 1971.

Hvalvik, R., Barnabas 9.7-9 and the Author's Supposed Use of Gematria, en New Testament Studies 33 (1987), pp. 276-282.

Kraft, R.A., The Epistle of Barnabas: Its Quotations and their Sources, Harvard 1961.

Pringent, P., L'Èpître de Barnabé I-XVI et ses sources, Paris 1961.

Scorza Barcellona, F., Le norme veterotestamentarie sulla purità nell'epistola di Barnaba, en Annali di Storia dell'Esegesi 13 (1996), pp. 95-111.

Vesco, J. L., La Lecture du Psautier selon l'epitre de Barnabé, en Revue Biblique 93 (1986), pp. 5-37.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 423-424.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 27-28.

5. EL PASTOR DE HERMAS

EL PASTOR ES UN CONJUNTO DE CINCO Visiones, doce Preceptos y diez Parábolas (en realidad son nueve, más una conclusión), y tradicionalmente suele estudiarse con los Padres Apostólicos. Parece escrito en el siglo II y reelaborado posteriormente. Su autor, Hermas, hebreo de origen o de formación, por lo que él mismo cuenta, había sido vendido como esclavo y enviado a Roma, donde se abrió camino como liberto. Es posible, como asevera el fragmento muratoriano, que fuese hermano del papa Pío I (140-150).

El objetivo principal del libro es la exhortación a la penitencia. Desde el punto de vista doctrinal, la crítica ha dado a su cristología el apelativo de pneumatica, porque llama Hijo de Dios al Espíritu Santo, probablemente a causa de una cierta ingenuidad por parte de Hermas.

Prácticamente no se encuentran en la obra citas explícitas de la Escritura, aunque las reminiscencias son abundantes, especialmente de los Salmos y de los libros sapienciales, por lo que se refiere al Antiguo Testamento, y de las cartas paulinas y joánicas. Tratándose de una revelación (apocalipsis) como algunos piensan, el ambiente puede recordar el de los escritos pertenecientes a este género. Presentamos aquí un fragmento de la tercera visión, particularmente bello y sugestivo.

EL PASTOR DE HERMAS, TERCERA VISIÓN IX-XXI

[9] I. 1. La visión que tuve, hermanos, fue así. 2. Después de ayunar muchas veces y suplicar al Señor que me mostrase la revelación que me había prometido por medio de aquella anciana, por la noche vi a la anciana, y me dijo: «Puesto que estás tan necesitado y eres tan diligente en conocer todo, ve al campo donde tienes sembrado grano, y hacia la hora quinta me apareceré a ti y te mostraré lo que necesitas ver». 3. Le pregunté: «Señora, ¿en qué lugar del campo?». Me responde: «Donde quieras». Elegí un lugar hermoso y apartado. Y antes de que le hablase y le dijera el lugar, me dice: «Iré allí donde quieres». 4. Así pues, hermanos, salí para el campo, calculé las horas y llegué al lugar donde le encargué que fuese; y veo colocado un banco de marfil; sobre el banco había un almohadón de lino y, encima, extendido, un lienzo de fina gasa de lino. 5. Al ver colocadas estas cosas y que no había nadie, me quedé estupefacto, se apoderó de mí como un temblor y se me pusieron los pelos de punta. Al estar allí solo, me invadió una especie de terror. Volví en mí, recordé la gloria de Dios, cogí ánimo y, de rodillas, de nuevo confesé al Señor mis pecados tal como ya había hecho antes. 6. Ella vino con seis jóvenes a los que ya había visto antes, se puso a mi lado y me oyó orar y confesar al Señor mis pecados. Me tocó y me dijo: «Hermas, deja de suplicar constantemente por tus pecados. Implora también por la justicia para hacer partícipe de ella a tu familia». 7. Me levanta de la mano, me conduce al banco y dice a los jóvenes: «Id y edificad». 8. Una vez que los jóvenes se alejaron y nos quedamos solos, me dice: «Siéntate aquí». Le digo: «Señora, deja que los presbíteros se sienten primero». Dice: «Haz lo que te digo; siéntate». 9. Como me quise sentar a la derecha, no me lo permitió, sino que me hizo una señal con la mano para que me sentase a la izquierda. Estando, pues, pensativo y triste porque no me había dejado sentarme a la derecha, me dice: «Hermas, ¿estás triste? El lugar de la derecha es de otros, de los que ya han agradado a Dios y han sufrido a causa del Nombre. A ti te falta mucho para sentarte con ellos. Pero persevera en la sencillez, como ya lo haces, y te sentarás con ellos, así como los que practiquen las obras de aquéllos y soporten lo que aquéllos han soportado».

[10] II. 1. «¿Qué han soportado?» —pregunto. «Escucha —me responde—: latigazos, cárceles, grandes tribulaciones, crucifixiones, fieras, a causa del Nombre. Por esto, el lado derecho del santuario es de aquéllos y del que padezca por causa del Nombre. El lado izquierdo es de los demás. Pero de ambos, de los sentados a la derecha y a la izquierda, son los mismos dones y las mismas promesas. Sin embargo, solo aquéllos se sientan a la derecha y tienen una cierta gloria. 2. Tú estás ansioso por sentarte con los de la derecha, pero tus faltas son muchas. Sin embargo, serás purificado de tus faltas. También todos los que no duden serán purificados de todos sus pecados para ese día». 3. Después de decir esto, quiso marcharse; cayendo a sus pies, le supliqué por el Señor que me mostrara la visión que me había prometido. 4. Me cogió de nuevo de la mano, me levanta y me sienta en el banco, a la izquierda. Ella se sentó a la derecha, levantó una vara brillante y me dice: «Ves una gran cosa». Le digo: «Señora, no veo nada». Me dice: «Mira, ¿no ves delante de ti una gran torre que se construye sobre las aguas con brillantes piedras cuadradas?». 5. En un cuadrilátero, la torre era construida por los seis jóvenes que habían venido con ella. Otras miríadas de hombres acarreaban piedras, unos del abismo, otros de la tierra; y se las entregaban a los seis jóvenes. Estos las cogían y edificaban. 6. Todas las piedras que sacaban del abismo las colocaban tal cual en la construcción, pues eran adecuadas y se ajustaban por la juntura con las otras piedras. Y de tal manera se unían unas a otras que no se veían sus juntas. La construcción de la torre aparecía como si estuviese edificada con una sola piedra. 7. En cuanto a las piedras que llevaban de la tierra, unas las tiraban, y otras las colocaban en la construcción. Pero otras las destruían y arrojaban lejos de la torre. 8. Muchas otras piedras había alrededor de la torre, pero no les servían para la construcción, pues unas estaban carcomidas, otras agrietadas, otras truncadas, y otras eran blancas y redondas: ninguna de ellas era adecuada para la construcción. 9. Veía otras piedras que eran arrojadas lejos de la torre y rodaban hacia el camino, pero no se llegaban a detener en el camino, sino que seguían rodando lejos del camino hasta un lugar intransitable. Otras caían sobre el fuego y ardían. Otras caían cerca del agua, pero no podían rodar hasta el agua, aunque querían rodar y llegar al agua.

[11] III. 1. Después de mostrarme estas cosas, quiso marcharse corriendo. Le digo: «Señora, ¿de qué me sirve haber visto esto si no comprendo lo que significan todas esas acciones?». Me responde: «Eres un hombre astuto al querer conocer lo referente a la torre». Digo: «Sí, señora, para anunciarlo a mis

hermanos, para que sean más alegres y, al escuchar estas cosas, conozcan al Señor con gran gloria». 2. Dijo: «Muchos escucharán. Pero después de escuchar, algunos se alegrarán y otros llorarán. Pero si estos escuchan y se arrepienten, también se alegrarán. Así pues, escucha las comparaciones de la torre, pues te revelaré todo. Y no me molestes más en lo relativo a la revelación, pues estas revelaciones tienen un término, pues están cumplidas. Sin embargo, no dejarás de pedir revelaciones porque eres insaciable. 3. La torre que ves en construcción, soy yo, la Iglesia, que has visto ahora y antes. Así pues, pregunta lo que quieras acerca de la torre y te lo revelaré para que te alegres con los santos». 4. Le digo: «Señora, puesto que me has considerado digno de revelármelo todo, revélamelo». Me dice: «Te será revelado lo que sea posible que se te revele, con tal de que tu corazón se dirija a Dios y no dudes de lo que ves». 5. Le pregunté: «Señora, ¿por que la torre esta construida sobre el agua?». Dice: «Antes te dije que indagas con solicitud. Indagando encuentras la verdad. Por tanto, escucha por qué la torre es construida sobre el agua: porque vuestra vida fue salvada y se salvará por el agua. La torre está cimentada en la palabra del Nombre todopoderoso y glorioso, y es fuerte por el poder invisible del Señor».

[12] IV. 1. Le volví a preguntar: «Señora, grande y admirable es esta obra. ¿Quiénes son los seis jóvenes que la construyen, señora?». «Son los santos ángeles de Dios que fueron creados los primeros, a los cuales el Señor les entregó toda su creación para que acrecentaran, edificaran y gobernasen toda la creación. Así pues, por ellos será ejecutada la construcción de la torre». 2. «¿Quiénes son los que acercan las piedras?». «También son santos ángeles de Dios. Pero aquéllos seis son superiores a estos. Por tanto, la construcción de la torre la ejecutarán conjuntamente, y todos igualmente se alegrarán alrededor de la torre y glorificarán a Dios porque la construcción de la torre fue acabada». 3. Le pregunté: «Señora, querría saber cuál es el fin y el sentido de las piedras». Me respondió: «No vayas a pensar que eres el más digno de todos para que se te revele, pues hay otros anteriores a ti y mejores que tú, a los que hubiera sido necesario que se le revelasen estas visiones. Sin embargo, para que sea glorificado el nombre de Dios, a ti te han sido reveladas y te serán reveladas en favor de los vacilantes, de los que cavilan para sus adentros si estas cosas son o no son. Diles que todo esto es verdadero y que nada hay fuera de la verdad, sino que todo es seguro, firme y cimentado.

[13] V. 1. Ahora escucha lo relativo a las piedras que son acarreadas para la construcción. Las piedras cuadradas y blancas que se ajustaban por sus junturas son los apóstoles, los obispos, los maestros y los diáconos que han caminado según la santidad de Dios, han ejercido el episcopado, han enseñado y servido pura y santamente a los elegidos de Dios: de aquéllos unos han muerto y otros viven todavía. Siempre estuvieron de acuerdo entre sí, conservaron la paz entre ellos y se escucharon mutuamente. Por ello, en la construcción de la torre se ajustan sus junturas». 2. «¿Quiénes son las piedras que, sacadas del abismo y colocadas en la construcción, se ajustaban en sus junturas con las otras piedras ya edificadas?». «Estos son los que han padecido a causa del Nombre del Señor». 3. Dije: «Señora, quiero saber quiénes son las otras piedras que son traídas de la tierra». «Las que son acarreadas para la construcción y no son talladas, a estos el Señor los probó porque caminaron en la justicia del Señor y se mantuvieron firmes en sus mandamientos». 4. «¿Quiénes son las piedras acarreadas y colocadas en la construcción?». «Son los jóvenes en la fe y los creyentes. Son amonestados por los ángeles para que obren bien, a fin de que no se halle en ellos maldad». 5. «¿Quiénes son aquéllos a los que arrojaban y tiraban?». «Esos son los que han pecado y quieren arrepentirse. Por eso no son arrojados lejos de la torre, porque serán útiles para la construcción si se arrepienten. Así, los que se arrepientan, si se convierten de verdad, serán fuertes en la fe si se convierten ahora que la torre se está edificando; pero si la construcción se acaba, ya no tendrán lugar, sino que serán expulsados. Solo podrán permanecer junto a la torre».

[14] VI. 1. «¿Quieres conocer las piedras que eran destruidas y arrojadas lejos de la torre? Esos son los hijos de la injusticia. Creyeron con hipocresía y no evitaron ninguna maldad. Por ello no tienen salvación, porque a causa de su maldad son inútiles para la construcción. Por ello fueron destruidos y lanzados lejos a causa de la ira del Señor, porque le irritaron. 2. En cuanto a las otras que has visto tiradas por el suelo y que no eran acarreadas a la construcción, las carcomidas son los que han conocido la verdad, pero no han permanecido en ella ni se han unido a los santos. Por ello son inútiles». 3. «¿Quiénes son las que tenían grietas?». «Esos son los que, en sus corazones, se guardan rencor entre sí y no viven en mutua paz, sino que, aunque aparentan paz, cuando se alejan unos de otros, sus maldades persisten en los corazones. Así pues, estas son las grietas que tienen las piedras. 4. Las truncadas son aquellos que han creído y tienen buena parte en la justicia, pero conservan algo de injusticia. Por eso están

truncados y no son perfectos». 5. «Señora, ¿quiénes son las blancas y redondas que no son adecuadas para la construcción?». Me respondió: «¿Hasta cuándo serás insensato y torpe? ¿Hasta cuándo lo preguntarás todo y no comprenderás nada? Esos son los que tienen fe, pero también tienen riqueza de este mundo. Cuando sobreviene la tribulación, niegan a su Señor a causa de su riqueza y de sus negocios». 6. Le pregunté: «Señora, ¿cuándo serán útiles para la construcción?». Contesta: «Cuando la riqueza que los seduce se cercene, entonces serán útiles para Dios. En efecto, al igual que la piedra redonda, si no se corta y se tira algo de ella, no puede ser cuadrada, así tampoco los ricos de este mundo, si su riqueza no se cercena, no pueden ser útiles para el Señor. 7. Ante todo, conócelo por ti mismo: cuando eras rico, eras inútil; ahora, en cambio, eres útil y ventajoso para la vida. Sed útiles para Dios, pues tú mismo eres usado como una de estas piedras.

[15] VII. 1. Las otras piedras que viste arrojadas lejos de la torre y que caían hacia el camino, rodando más allá del camino hasta un lugar impracticable, son los que han creído, pero se apartan del camino verdadero a causa de su duda. Así pues, creyendo poder encontrar un camino mejor, se equivocan y se fatigan caminando por parajes intransitables. 2. Las que caen al fuego y arden son los que hasta el fin apostatan del Dios vivo; hasta su corazón todavía no ha subido el arrepentimiento a causa de su deseo de libertinaje y de las maldades que llevaron a cabo. 3. ¿Quieres saber quiénes son las que caían cerca del agua y no podían rodar hasta el agua? Esos son los que han escuchado la palabra y quieren ser bautizados en el Nombre del Señor. Pero luego, cuando les viene a la memoria la pureza de la verdad, cambian de parecer y de nuevo caminan detrás de sus perversas pasiones». 4. De esta forma concluyó la explicación de la torre. 5. Sin recato, le pregunté todavía si todas aquellas piedras que eran rechazadas y no eran adecuadas para la construcción de la torre podían convertirse y tener un lugar en la torre. Dice: «Pueden convertirse, pero no pueden unirse a esta torre. 6. Se ajustarán a otro lugar más pequeño; y eso cuando hayan sido probados y hayan expiado los días de sus pecados. Por esto se librarán, porque participaron de la palabra justa. Entonces les sucederá que serán librados de sus tormentos si a su corazón suben las malas obras que llevaron a cabo. Si no suben a su corazón, no se salvarán por su dureza de corazón».

[16] VIII. 1. Cuando acabé de preguntarle sobre todas estas cosas, me dice: «¿Quieres ver alguna otra cosa?». Yo, llevado del deseo de ver, me puse muy contento de poder hacerlo otra vez. 2. Me miró, se sonrió y me dice: «¿Ves siete mujeres alrededor de la torre?». Respondo: «Las veo, señora». «Esta torre está sostenida por ellas conforme al mandato del Señor. 3. Entérate ahora de sus poderes. La primera de ellas, la que domina sus manos, se llama Fe. Por ella se salvan los elegidos de Dios. 4. La otra, la que esta ceñida y tiene aspecto varonil, se llama Continencia. Esta es hija de la Fe. El que la sigue es feliz en su vida porque se apartara de todas las malas acciones, confiando en que, si se aparta de todo mal deseo, heredará la vida eterna». 5. «Señora, ¿quiénes son las otras?». «Son hijas las unas de las otras. Se llaman Sencillez, Ciencia, Inocencia, Santidad y Amor. Así pues, cuando practiques las obras de su madre, podrás vivir». 6. Digo: «Señora, querría saber qué poder tiene cada una de ellas». Responde: «Escucha los poderes que tienen. 7. Sus poderes están sometidos los unos a los otros, y se siguen las unas a las otras en el mismo orden en que nacieron. De la Fe nace la Continencia; de la Continencia, la Sencillez; de la Sencillez, la Inocencia; de la Inocencia, la Santidad; de la Santidad, la Ciencia; de la Ciencia, el Amor. Así pues, sus obras son puras, santas y divinas. 8. Así pues, el que las sirva y pueda hacerse maestro en sus obras, tendrá su morada en la torre con los santos de Dios». 9. Le pregunté acerca de los tiempos, si ya es el fin. Ella gritó con gran voz diciendo: «Hombre necio, ¿no ves que la torre está aún en construcción? Cuando la construcción de la torre se haya concluido, será el fin. Pero pronto se acabará de edificar. No me preguntes nada más. A ti y a los santos os basta este recuerdo y la renovación de vuestros espíritus. 10. Estas cosas no han sido reveladas para ti solo, sino para que las manifiestes a todos. 11. Ante todo, te mando, Hermas, que, pasados tres días (pues es necesario que primero lo comprendas tú), digas todas estas palabras que te voy a decir a los oídos de los santos para que, escuchándolas y llevándolas a la práctica, se purifiquen de sus pecados, y tú con ellos.

[17] IX. 1. Escuchadme, hijos. Os he educado en gran sencillez, inocencia y santidad por la misericordia del Señor, que derramó sobre vosotros la justicia para que fueseis justificados y santificados de toda maldad y de toda perversidad. Pero vosotros no queréis desistir de vuestra maldad. 2. Así pues, escuchadme ahora, vivid en paz entre vosotros, apoyaos mutuamente, preocupaos los unos de los otros y no acaparéis para vosotros solos la creación de Dios; por el contrario, haced partícipes de vuestra abundancia también a los

necesitados. 3. Pues algunos por sus muchas comidas debilitan su cuerpo y causan daños a sus cuerpos. La carne de aquéllos que no tienen qué comer también se daña por no tener el alimento suficiente, y su cuerpo se echa a perder. 4. Así pues, esta inmoderación os perjudica a los que tenéis y no compartís con los necesitados. 5. Mirad que viene el juicio. Por tanto, los que tenéis en abundancia buscad a los hambrientos mientras no esté acabada la torre, pues después que la torre se haya acabado, querréis hacer el bien y ya no tendréis ocasión. 6. Así pues, tened cuidado vosotros, los que estáis orgullosos de vuestra riqueza; que no giman los necesitados y su gemido suba al Señor, y con vuestros bienes quedéis fuera de la puerta de la torre. 7. Por tanto, os digo ahora a los jefes de la Iglesia y a los que os sentáis en los primeros puestos: no os hagáis semejantes a los hechiceros. Pues los hechiceros llevan sus venenos en frascos, pero vosotros lleváis vuestro veneno y vuestra ponzoña en el corazón. 8. Estáis endurecidos y no queréis purificar vuestros corazones, ni templar vuestro pensamiento con un corazón puro para alcanzar misericordia del gran Rey. 9. Así pues, tened cuidado, hijos: que vuestras discordias no os priven de vuestra vida. 10. ¿Cómo queréis instruir a los elegidos de Dios si no tenéis esa instrucción? Así pues, instruíos mutuamente y vivid en paz entre vosotros para que también yo, al presentarme contenta ante el Padre, testifique ante vuestro Señor en favor de todos vosotros».

[18] X. 1, Así pues, cuando acabó de hablar conmigo, vinieron los seis jóvenes que se ocupaban de la construcción y la llevaron hacia la torre; otros cuatro levantaron el banco y lo llevaron hacia la torre. No vi sus rostros porque estaban de espaldas 2. Cuando se marchaba, le pregunté para qué se me había revelado en las tres formas en que se me había aparecido. Me respondió: «Es necesario que sobre este tema preguntes a otro para que te sea revelado». 3. Hermanos, en la primera Visión del año pasado, la vi muy anciana y sentada en un trono. 4. En la segunda visión tenía la apariencia más joven pero la carne y los cabellos eran los de una anciana, y me hablaba de pie. Estaba más alegre que en la ocasión anterior. 5. En la tercera visión era totalmente joven y de grandísima belleza, y solo los cabellos eran de anciana. Estaba plenamente alegre y sentada sobre un banco. 6. Todo esto me tenía muy apesadumbrado pues deseaba conocer esa revelación. Y por la noche, en una visión, veo a la anciana que me dice: «Toda petición necesita de humildad. Por tanto, ayuna y alcanzarás de Dios lo que pides». 7. Así pues, ayuné un día y esa misma noche se me apareció un joven que me dice: «¿Por qué pides continuamente revelaciones en tu súplica? Ten

cuidado: no sea que, pidiendo demasiado, hagas daño a tu cuerpo. 8. Te bastan las revelaciones que ya te han sido hechas. ¿Acaso eres capaz de conocer revelaciones más fuertes que las que ya has visto?». 9. Le respondí: «Señor, solo pido lo referente a las tres formas de la anciana, para que la revelación sea completa». Me respondió: «¿Hasta cuándo seréis insensatos? Vuestras dudas os hacen insensatos, así como el no tener vuestro corazón dirigido hacia el Señor». 10. Le dije de nuevo: «Pero por ti, señor, esto lo conoceremos más exactamente».

[19] XI. 1. Dice: «Escucha lo relativo a las tres formas que andas descifrando. 2. ¿Por qué en la primera visión se te apareció anciana y sentada en un trono? Porque vuestro espíritu está viejo, marchito y sin fuerza a causa de vuestra molicie y de vuestras dudas. 3. En efecto, así como los ancianos, que ya no tienen esperanza de rejuvenecer, no esperan otra cosa que el sueño de la muerte, así también vosotros, debilitados por los asuntos mundanos, os habéis entregado a la negligencia y no habéis echado vuestras preocupaciones sobre el Señor, sino que vuestro pensamiento se rompió y os habéis aviejado con vuestras tristezas». 4. «Señor, quisiera saber por qué estaba sentada en el trono». «Porque todo el que está débil se sienta en un trono a causa de su debilidad a fin de sostener la debilidad de su cuerpo. Ya tienes ahí el contenido de la primera visión».

[20] XII. 1. «En la segunda visión la viste de pie, con el aspecto más joven y más alegre que en la anterior ocasión, pero con la carne y los cabellos de una anciana. Escucha también —dice— esta comparación. 2. Cuando un anciano ya desesperado por su debilidad y pobreza no espera otra cosa sino el último día de su vida, y luego de pronto le sobreviene una herencia, se levanta al enterarse, y lleno de alegría se reviste de fuerza. Y ya no anda tendido, sino de pie, y rejuvenece su espíritu que estaba ya consumido por sus acciones anteriores. Ya no está sentado, sino que se comporta virilmente. Así también vosotros, al escuchar la revelación que el Señor os reveló. 3. Porque se apiadó de vosotros y rejuveneció vuestros espíritus, y os desprendisteis de vuestras debilidades; os hizo recobrar la fuerza y os fortaleció en la fe; y el Señor, al ver vuestro fortalecimiento, se alegró. Y por ello os mostró la construcción de la torre y os mostrará otras cosas si entre vosotros vivís en paz de todo corazón».

[21] XIII. 1. «En la tercera visión la viste más joven, bella y alegre; su figura era hermosa. 2. Si a un hombre triste le llega una buena noticia, al punto se olvida de sus anteriores tristezas y no espera otra cosa sino la noticia que ha escuchado. En adelante se fortalece para el bien y rejuvenece su espíritu por la alegría que recibió. Así también vosotros habéis alcanzado el rejuvenecimiento de vuestros espíritus al ver estos bienes. 3. Que la vieses sentada en un banco obedece a que se trata de una posición firme puesto que el banco tiene cuatro patas y se mantiene en pie con firmeza, pues también el mundo está sostenido por medio de los cuatro elementos. 4. Así pues, los que se conviertan serán totalmente jóvenes y cimentados con tal de que se conviertan de todo corazón. Ya has recibido la revelación completa; ya no pidas más sobre la revelación. Si algo fuese necesario, te sería revelado».

BIBLIOGRAFÍA

Le Pasteur d'Hermas, ed. R. Joly, Paris 1958.

Der Hirt des Hermas, ed. M. Whittaker, Berlin 1967.

El pastor de Hermas, ed. J.J. Ayán Calvo, Madrid 1995.

Il pastore di Erma, ed. M.B. Durante Mangoni, Bologna 2003.

Culbertson, P.L. ; Shippee, A.B. The pastor : readings from the patristic period, Minneapolis (MN) 1990.

6. S. JUSTINO (†165)

JUSTINO NACIÓ EN PALESTINA DE PADRES PAGANOS. Él mismo narra su trayectoria espiritual en busca de la verdad, y cómo recurrió a diferentes maestros de escuelas distintas, hasta que encontró el cristianismo. Llegado a Roma, fundó una escuela en la que enseñó su filosofía, la cristiana, y allí, por envidia de un maestro pagano seguidor de la escuela cínica, Crescente, fue denunciado como cristiano y murió mártir, probablemente en 165.

De su pensamiento es especialmente interesante la doctrina del Logos, que desempeña la función de mediador. El Logos de los filósofos (en griego razón) aparece en toda su plenitud en Cristo, aunque de un modo implícito estaba ya en el mundo, puesto que en cada inteligencia humana hay una semilla del Logos, capaz de germinar. La distinción entre λόγος ἐνδιάθετος (lógos endiáthetos, palabra inmanente) y λόγος προφορικός (lógos proforikós, palabra proferida) es de Teófilo, pero se encuentra de modo implícito en Justino. Esto supone una apertura al pensamiento filosófico griego, que ha marcado la historia del cristianismo, que nunca se cerró al diálogo con la razón. Justino es una figura muy rica, que compuso obras anti-heréticas hoy perdidas.

Justino es el primer escritor que completa la comparación entre Adán y Cristo, de San Pablo, con la de Eva y María. Justino tiene tendencias milenaristas, pensando que después de la resurrección habría mil años de vida feliz sobre esta tierra.

Presentamos un fragmento de la primera de sus dos Apologías dirigidas al emperador Antonino Pío (138-161), escritas hacia el año 150. Estos escritos de defensa (del griego ἀπολογία, defensa) del cristianismo, compuestos inspirándose en la Apología de Sócrates de Platón, reflejaban el derecho de los filósofos a la παρρησία (derecho a hablar de cualquier cosa) ante el emperador. Hubo diferentes cristianos que dirigieron escritos de este tipo al emperador: Arístides de Atenas, a Adriano (117-138) o a Antonino Pío (138-161); Taciano el Sirio, (además del Diatessaron), compuso el Discurso contra los griegos, (155-170); Atenágoras, la Súplica en favor de los cristianos (hacia 176-180); Teófilo de Antioquía, el A Autólico, (después de 180). Como característica común a

todos ellos se puede señalar la ausencia de citas bíblicas, puesto que estas no servían en un diálogo con paganos que ignoraban la Biblia: solo podían emplear argumentos filosóficos o de razón.

El segundo fragmento presentado corresponde al Diálogo con Trifón, un judío que Justino conoció en Éfeso. Las argumentaciones de Justino se fundamentan ahora en el Antiguo Testamento, base común aceptada por los dos interlocutores, y es Justino el primero que interpreta la Escritura con la Escritura. Para él, esta tiene dos niveles de significación que coexisten y no se anulan mutuamente, sino que se sobreponen: el Antiguo Testamento se debe leer a la luz que arroja sobre él el Nuevo, pues se narran acontecimientos que teniendo valor en sí mismos, lo tienen todavía mayor como prefiguración de eventos futuros. Es lo que llamamos exégesis tipológica: la conexión entre personas, acontecimientos, lugares e instituciones del Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento en la que se establece un nexo según el cual el primero no se significa solo a sí mismo, sino también al segundo y, por otra parte, el segundo comprende o realiza el primero. En este sentido, Adán, Moisés, Abraham... son figura o tipo de Cristo; Eva de María; la serpiente levantada en alto en el desierto de la crucifixión... El Nuevo Testamento frecuentemente entiende así (“interpreta”) algunos de los eventos y de las expresiones del Antiguo; se trata por tanto de un modo de comprenderlo autorizado, puesto que lo hace el autor sagrado bajo la inspiración del Espíritu Santo. La interpretación tipológica abrirá el camino a la alegórica, de la cual no es fácil distinguirla, porque son diversas respecto al contenido, pero no respecto al procedimiento hermenéutico (una lectura hecha a un nivel superior al de la letra). Justino, maestro de la interpretación tipológica, recurre también a la numerología y a las etimologías, pero con parsimonia y equilibrio.

PRIMERA APOLOGÍA 1-9

1. Al emperador Tito Elio Adriano Antonino Pío César Augusto, y a Verísimo su hijo, filósofo, y a Lucio, hijo por naturaleza del César filósofo y de Pío por adopción, amante del saber, al sagrado Senado y a todo el pueblo romano:

En favor de los hombres de toda raza, injustamente odiados y vejados, yo, Justino, uno de ellos, hijo de Prisco, que lo fue de Bacquio, natural de Flavia Neápolis en la Siria Palestina, he compuesto este discurso y esta súplica.

2. Los que son de verdad piadosos y filósofos, manda la razón que, desechando las opiniones de los antiguos, si no son buenas, solo estimen y amen la verdad: porque no solo veda el discreto razonamiento seguir a quienes han obrado o enseñado algo injustamente, sino que el amador de la verdad, por todos los modos, con preferencia a su propia vida, así se le amenace con la muerte, debe estar siempre decidido a decir y practicar la justicia. 2. Ahora bien, vosotros os oís llamar por doquiera piadosos y filósofos, guardianes de la justicia y amantes de la instrucción; pero que realmente lo seáis, es cosa que tendrá que demostrarse. 3. Porque no venimos a halagaros con el presente escrito ni a dirigiros un discurso por un mero agrado, sino a pediros que celebréis el juicio contra los cristianos conforme a exacto razonamiento de investigación, y no deis sentencia contra vosotros mismos, llevados de un prejuicio o del deseo de complacer a hombres supersticiosos, o movidos de irracional impulso o de unos malos rumores inveterados. 4. Contra vosotros, decimos, pues nosotros estamos convencidos de que por parte de nadie se nos puede hacer daño alguno, mientras no se demuestre que somos obradores de maldad o nos reconozcamos por malvados. Vosotros, matarnos, sí, podéis; pero dañarnos, no.

3. Mas, por que no se crea que se trata de una fanfarronada nuestra de audacia sin razón, pedimos que se examinen las acusaciones contra los cristianos, y si se demuestra que son reales, se los castigue como es conveniente sean castigados

los reos convictos; pero si no hay crimen de que argüirnos, el verdadero discurso prohíbe que por un simple rumor malévolo se cometa una injusticia con hombres inocentes, o, por mejor decir, la cometáis contra vosotros mismos, que creéis justo que los asuntos se resuelvan no por juicio, sino por pasión. 2. Porque todo hombre sensato ha de declarar que la exigencia mejor y aun la única exigencia justa es que los súbditos puedan presentar una vida y un pensar irreprensibles; pero que igualmente, por su parte, los que mandan den su sentencia, no llevados de violencia y tiranía, sino siguiendo la piedad y la filosofía, pues de este modo gobernantes y gobernados pueden gozar de felicidad.

3. Y es así que, en alguna parte, dijo uno de los antiguos: «Si tanto los gobernantes como los gobernados no son filósofos, no es posible que los estados prosperen» (cf. Platón, Rep., 5, 473). 4. A nosotros, pues, nos toca exponer al examen de toda nuestra vida y nuestras enseñanzas, no sea nos hagamos responsables del castigo de quienes, ignorando ordinariamente nuestra religión, pecan por ceguera contra nosotros; pero deber vuestro es también, oyéndonos, mostraros buenos jueces. 5. Porque ya en adelante, instruidos como estáis, no tendréis excusa alguna delante de Dios, caso que no obréis justamente.

4. Ahora bien, por llevar un nombre no se puede juzgar a nadie bueno ni malo, si se prescinde de las acciones que ese nombre supone; sobre todo, que si se atiende al de que se nos acusa, somos los mejores hombres. 2. Mas como no tenemos por justo pretender se nos absuelva por nuestro nombre, si somos convictos de maldad; por el mismo caso, si ni por nuestro nombre ni por nuestra conducta se ve que hayamos delinquido, deber vuestro es poner todo empeño para no haceros responsables de castigo, condenando injustamente a quienes no han sido convencidos judicialmente. 3. En efecto, de un nombre no puede en buena razón originarse alabanza ni reproche, si no puede demostrarse por hechos algo virtuoso o vituperable. 4. Y es así que a nadie que sea acusado ante vuestros tribunales, le castigáis antes de que sea convicto; mas tratándose de nosotros, tomáis el nombre como prueba, siendo así que, si por el nombre va, más bien debierais castigar a nuestros acusadores. 5. Porque se nos acusa de ser cristianos, que es decir, buenos; mas odiar lo bueno no es cosa justa. 6. Y hay más: con solo que un acusado niegue de lengua ser cristiano le ponéis en libertad, como quien no tiene otro crimen de que acusarle; pero el que confiesa que lo es, por la sola

confesión le castigáis. Lo que se debiera hacer es examinar la vida lo mismo del que confiesa que del que niega, a fin de poner en claro, por sus obras, la calidad de cada uno. 7. Porque a la manera que algunos, a pesar de haber aprendido de su Maestro Cristo a no negarle, son inducidos a ello al ser interrogados; así con su mala vida dan tal vez asidero a quienes ya de suyo están dispuestos a calumniar a todos los cristianos de impiedad e iniquidad.

8. Mas ni en esto se procede rectamente; pues sabido es que el nombre y atuendo de filósofo se lo arrogan algunos que no practican acción alguna digna de su profesión, y no ignoráis que aquellos de entre los antiguos que profesaron opiniones y doctrinas contrarias, entran todos en la común denominación de filósofos. 9. Y de estos hubo quienes enseñaron el ateísmo, y los que fueron poetas cuentan las impudencias de Zeus juntamente con sus hijos; y, sin embargo, a nadie prohibís vosotros profesar las doctrinas de ellos, antes bien establecéis premios y honores para quienes sonora y elegantemente insulten a vuestros dioses.

5. ¿Qué misterio puede haber en esto? Nosotros hacemos profesión de no cometer injusticia alguna y no admitir esas impías opiniones; y, sin embargo, no examináis nuestros juicios, sino que, movidos de irracional pasión y aguijados por perversos demonios, nos castigáis sin proceso alguno y sin sentir por ello remordimiento.

2. Pues vamos a decir la verdad, y es que, en lo antiguo, unos demonios perversos, haciendo sus apariciones, violaron a las mujeres y corrompieron a los jóvenes y mostraron espantajos a los hombres. Con ello se aterraron aquellos que no juzgaban por razonamiento las acciones practicadas, y así, llevadas del miedo, y no sabiendo que eran demonios malos, les dieron nombres de dioses y llamaron a cada uno con el nombre que cada demon se había puesto a sí mismo. 3. Y cuando Sócrates, con razonamiento verdadero e investigando las cosas, intentó poner en claro todo eso y apartar a los hombres de los démones, estos lograron, por medio de hombres que se gozan en la maldad, que fuera también ejecutado como ateo e impío, alegando contra él que introducía nuevos

demonios. Y lo mismo exactamente intentan contra nosotros. 4. Porque no solo entre los griegos, por obra de Sócrates, se demostró por razón la acción de los demonios, sino también entre los bárbaros por la razón en persona, que tomó forma y se hizo hombre y fue llamado Jesucristo, por cuya fe, nosotros, a los demonios que esas cosas hicieron, no solo no decimos que son buenos, sino malvados e impíos demonios, que no alcanzan o practican acciones semejantes ni aun a los hombres que aspiran a la virtud.

6. De ahí que se nos dé también nombre de ateos; y, si de esos supuestos dioses se trata, confesamos ser ateos; pero no respecto del Dios verdaderísimo, padre de la justicia y de la castidad y de las demás virtudes, en quien no hay mezcla de maldad alguna. 2. A Él y al Hijo, que de Él vino y nos enseñó todo esto, y al ejército de los otros ángeles buenos que le siguen y le son semejantes, y al Espíritu profético, les damos culto y adoramos, honrándolos con razón y verdad, y enseñando generosamente, a quien quiera saberlo, lo mismo que nosotros hemos aprendido.

7. Se nos objetará que ya algunos, detenidos, han sido convictos como malhechores. 2. Sea, pero también a muchos otros condenáis muchas veces, una vez que habéis averiguado la vida de cada uno de los acusados, pero no los condenáis por los que anteriormente fueron convictos. 3. Ahora bien, de modo general, no hay inconveniente en confesar que, al modo como entre los griegos quienes siguen las opiniones que les placen, todo el mundo les da el nombre único de filósofos; así también, un solo nombre común llevan los que entre los bárbaros han sido y parecido sabios, pues todos se llaman cristianos. 4. De ahí que os pidamos sean examinadas las acciones de todos los que os son denunciados, a fin de que quien sea convicto sea castigado como inicuo, pero no como cristiano; mas el que aparezca inocente, sea absuelto como cristiano, por no haber en nada delinquido. 5. Porque no os vamos a pedir que castiguéis a nuestros acusadores, pues bastante tienen con la maldad que llevan consigo y con su ignorancia del bien.

8. Y considerad que os hemos dicho eso en interés vuestro, por el hecho de que

en nuestra mano está negar cuando somos interrogados; 2. pero no queremos vivir en la mentira, pues deseando la vida eterna y pura, aspiramos a la convivencia con Dios, padre y artífice del universo, y por ello nos apresuramos a confesar nuestra fe, persuadidos que estamos y creyendo como creemos que esos bienes pueden alcanzar aquellos que por sus obras demostraron a Dios haberle seguido y deseado su convivencia, allí donde ninguna maldad ha de contrastarnos. 3. A la verdad, y dicho compendiosamente, eso es lo que esperamos y eso es lo que aprendimos de Cristo y nosotros enseñamos. 4. También Platón, de modo semejante, dijo que Minos y Radamante han de castigar a los inicuos que se presentan ante ellos; pero nosotros afirmamos que eso mismo sucederá, pero por medio de Cristo, y que el castigo que recibirán en sus mismos cuerpos, unidos a sus almas, será eterno, y no solo por un periodo de mil años, como él dijo. Ahora, si hay quien diga que esto es increíble o imposible, a nosotros nos toca el engaño y no a otro, mientras no seamos convencidos de haber cometido con nuestras obras injusticia alguna.

9. Tampoco honramos con variedad de sacrificios y coronas de flores a esos que los hombres, tras darles forma y colocarlos en los templos, les ponen también nombres de dioses, pues sabemos que son cosas sin alma y muertas y que no tienen la forma de Dios —nosotros no creemos, en efecto, que Dios tenga semejante forma cual dicen algunos imitar para tributarle honor—, sino que llevan los nombres y figuras de aquellos malos démones que un día aparecieron en el mundo. 2. Porque ¿qué necesidad hay de explicaros a vosotros, que lo sabéis, los modos como los artífices disponen la materia, ora puliendo y cortando, ora fundiendo y martilleando? 3. Lo cual no solo lo tenemos por cosa irracional, sino que se hace con insulto a Dios, pues teniendo Él gloria y forma inefable, se da nombre de Dios a cosas corruptibles y que necesitan de cuidado. Y muchas veces a lo que ha servido de instrumento ignominioso, con solo cambiarle la figura y darle forma conveniente por medio del arte, se le pone nombre de dios. 4. Y vosotros sabéis perfectamente que los artífices de tales dioses son gente disoluta y que viven envueltos en toda maldad, que no voy aquí a contar por menudo. No faltan entre ellos quienes corrompen a las esclavas que trabajan a su lado. 5. ¡Qué estupidez decir que hombres intemperantes fabrican y transforman dioses para ser adorados y que tales gentes sean puestas por custodios de los templos en que aquéllos son colocados, y no caen en la cuenta de que es ya una impiedad pensar o decir que los hombres pueden ser guardianes de los dioses!

DIÁLOGO CON TRIFÓN 41, 1-4; 86, 1-6; 100, 1-6; 113,1-7; 114, 1-2.5.

41. La ofrenda de la flor de harina, señores —proseguí—, que se mandaba ofrecer por los que se purificaban de la lepra (Lv 14, 10), era figura del pan de la Eucaristía que nuestro Señor Jesucristo mandó ofrecer en memoria de la pasión que Él padeció por todos los hombres que purifican sus almas de toda maldad, a fin de que juntamente demos gracias a Dios por haber creado el mundo y cuanto en él hay por amor del hombre, por habernos a nosotros librado de la maldad en que nacimos y haber destruido con destrucción completa a los principados y potestades por medio de aquel que, según su designio, nació pasible. [2] De ahí que sobre los sacrificios que vosotros entonces ofrecíais, dice Dios, como ya indiqué antes, por boca de Malaquías, uno de los doce profetas: No está mi complacencia en vosotros —dice el Señor—, y vuestros sacrificios no los quiero recibir de vuestras manos. Porque desde donde nace el sol basta donde se pone, mi nombre es glorificado entre las naciones, y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y sacrificio puro. Porque grande es mi nombre en las naciones —dice el Señor—, y vosotros lo profanáis (Ml 1, 10-12). [3] Ya entonces, anticipadamente, habla de los sacrificios que nosotros, las naciones, le ofrecemos en todo lugar, es decir, del pan de la Eucaristía y lo mismo del cáliz de la Eucaristía, a par que dice que nosotros glorificamos su nombre y vosotros lo profanáis.

[4] El mandamiento de la circuncisión, por el que se mandaba que todos los nacidos habían de circuncidarse absolutamente al octavo día (Gn 17, 12-14), era también figura de la verdadera circuncisión, por la que Jesucristo nuestro Señor, resucitado el día primero de la semana, nos circuncidó a nosotros del error y de la maldad. Porque el primer día de la semana, aun siendo el primero de todos los días, resulta el octavo de la serie, contando dos veces todos los días, sin dejar de ser el primero. (...)

86. Esto dicho, añadí: —Escuchad cómo este que, después de ser crucificado, las

Escrituras demuestran ha de venir glorioso, fue significado por el árbol de la vida, que se dijo haber sido plantado en el paraíso y por los acontecimientos de todos los justos. Moisés fue enviado con una vara a la redención del pueblo, y teniéndola en la mano en la dirección del pueblo, cortó por medio el mar. Por ello vio brotar agua de la roca, y arrojando un madero en el agua de Merra, que era amarga, la hizo dulce. [2] Echando Jacob unas varas a los canales de las aguas, logró que se empreñaran las ovejas de su tío materno para hacerse él con las crías. Por la vara se gloría él mismo de haber pasado el río. Una escalera dijo él haber visto y la Escritura nos manifestó que sobre ella estaba Dios. Ahora, que ese Dios no era el Padre, por las mismas Escrituras lo demostramos. Y habiendo Jacob derramado aceite en el mismo lugar, el mismo Dios que se le apareciera le da testimonio de haber sido a El a quien ungió allí la piedra. [3] También hemos demostrado por varios pasajes de las Escrituras que Cristo es llamado simbólicamente «piedra» e igualmente cómo a Él se refiera toda unción, ora de aceite, ora de mirra o de cualquier otro compuesto de bálsamo, pues dice la palabra: «Por eso te ungió, oh Dios, tu Dios, con óleo de regocijo, con preferencia a tus compañeros». Y es así que de Él participaron los reyes y ungidos todos el ser llamados reyes y ungidos, a la manera como El mismo recibió de su Padre el ser Rey y Cristo y Sacerdote y Mensajero y todos los otros títulos que tiene o tuvo. [4] La vara de Aarón, que retoñó, le señaló para sumo sacerdote. Como tallo de la raíz de Jesé profetizó Isaías que había de nacer Cristo. Y David dice que el justo es como un árbol plantado a par de las corrientes de las aguas, que da fruto en su tiempo y cuya hoja no cae (Sal 1, 3). El justo —dice otro texto— florece como una palma (Sal 91, 12). [5] Desde el árbol se apareció Dios a Abrahám, como está escrito: Junto a la encina de Mambré (Gn 18, 1). Setenta sauces y doce fuentes halló el pueblo, una vez pasado el Jordán. David dice que Dios le consuela en su vara y su bastón. [6] Eliseo, habiendo arrojado un leño al rio Jordán, sacó afuera el hacha de hierro con que los hijos de los profetas habían salido a cortar madera para construir la casa en que querían recitar y meditar la ley y los mandamientos de Dios. Así, a nosotros, bañados que estábamos por los gravísimos pecados que habíamos cometido, nuestro Cristo nos redimió al ser crucificado sobre el madero y purificarnos por el agua; y nos convirtió en casa de oración y de adoración. Una vara fue también la que mostró ser Judá el padre de los hijos que por un grande misterio habían nacido de Tamar (Gn 38, 25-26). (...)

100. Lo que sigue: «Mas tú moras en tu santuario, ¡oh gloria de Israel!»,

significaba que había de hacer algo digno de gloria y de admiración, resucitando al tercer día de entre los muertos, después que fue crucificado; gloria que efectivamente recibió de su Padre. Porque ya he demostrado que Cristo recibe los nombres de Jacob y de Israel. Y no solo se anuncia misteriosamente de Cristo en las bendiciones de José y de Judá —cosa ya por mí demostrada—, sino que en el Evangelio se escribe de El que dijo: Todo me ha sido entregado por mi Padre. Y: Nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo le conoce nadie sino el Padre y a quienes el Hijo se lo revelare (Mt 11, 22). Ahora bien, a nosotros nos ha Él revelado cuanto por su gracia hemos entendido de las Escrituras, reconociendo que Él es el primogénito de Dios y antes que todas las criaturas y, juntamente, hijo de los patriarcas, pues se dignó nacer hombre, sin hermosura, sin honor y pasible, hecho carne de una virgen del linaje de los patriarcas. [3] De ahí que en sus propios discursos, hablando de su futura pasión, dijo: Es menester que el Hijo del hombre sufra mucho, y sea reprobado por los fariseos y escribas, y sea crucificado y al tercer día resucite (Mc 8, 31; Lc 9, 22). Ahora bien, Él se llamaba a sí mismo Hijo del hombre, ora por razón de su nacimiento de una virgen, que era, como ya he dicho, del linaje de David, de Jacob, de Isaac y de Abrahán; o por ser Adán mismo padre de estos que acabo de enumerar, de quienes María trae su linaje. Porque sabemos que los padres de las hijas son también padres de los hijos de estas. [4] A uno de sus discípulos, que hasta entonces se había llamado Simón, Jesús le cambió el nombre por Pedro, por haberle reconocido, por revelación del Padre, como Cristo Hijo de Dios, y como Hijo de Dios le tenemos nosotros descrito en los Recuerdos de los Apóstoles, y como tal le confesamos nosotros, entendiendo por una parte que, por poder y voluntad del Padre, procedió de El antes de todas las criaturas. Cristo, digo, que en los discursos de los profetas es llamado Sabiduría, y Día, y Oriente, y Espada, y Piedra, y Vara, y Jacob e Israel, unas veces de un modo y otras de otro; y sabemos, por otra parte, que nació de la virgen como hombre, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por ése también fuera destruida. [5] Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte; mas la virgen María concibió fe y alegría cuando el ángel Gabriel le dio la buena noticia de que el Espíritu del Señor vendría sobre ella y la fuerza del Altísimo la sombrearía, por lo cual lo nacido en ella, santo, sería Hijo de Dios; a lo que respondió ella: Hágase en mí según tu palabra (Lc 1, 38). [6] Y de la virgen nació Jesús, al que hemos demostrado se refieren tantas Escrituras, por quien Dios destruye a la serpiente y a los ángeles y hombres que a ella se asemejan, y libra de la muerte a quienes se arrepienten de sus malas obras y creen en Él. (...)

113. Lo que yo digo es lo que sigue. A Jesús, llamado antes Ausés, como ya muchas veces he dicho, el que fue enviado junto con Caleb como explorador de la tierra de Canaán, fue Moisés quien le puso este nombre; pero tú no quieres averiguar por qué hizo eso, no se te ofrece ahí dificultad, no tienes interés en preguntar. De ahí que te pase por alto Cristo, y que leyendo no entiendas, y que ni aun ahora, al oír que Jesús es nuestro Cristo, no reflexionas que no sin motivo y al azar se le puso este nombre. [2] En cambio, por qué al primer nombre de Abrahán se le añadió una A, lo haces objeto de ciencia divina, y con aparato semejante nos explicas por qué al de Sara se le dio un R más. ¿Por qué no investigas de modo semejante por qué a Ausés, hijo de Navé, se le cambió por Jesus su nombre paterno entero? [3] Porque no solo se le cambió el nombre, sino que, habiendo sido sucesor de Moisés fue el único, de los que a su edad salieron de Egipto, que introdujo en la Tierra Santa a los restos que quedaron del pueblo. Y al modo que fue él, y no Moisés, el que introdujo al pueblo en la Tierra Santa, y se la distribuyó por suerte a los que con él entraron; así Jesús, el Cristo, hará volver la dispersión del pueblo y distribuirá a cada uno la tierra buena, aunque ya no como aquella. [4] Porque Josué les dio una herencia momentánea, por no ser el Cristo, Dios ni Hijo de Dios; pero Jesús, después de la santa resurrección, nos dará una posesión eterna. Aquel hizo parar el sol, después que se le cambió su nombre por el de Jesús y hubo recibido fuerza del espíritu del mismo Jesús. Porque ya he demostrado que Jesús fue quien se apareció a Moisés y Abrahám y a los otros patriarcas en general y conversó con ellos, sirviendo así a la voluntad del Padre; y aunque vino para nacer hombre de la Virgen María, Él es eterno. [5] Porque Él es en quien primero y por quien luego el Padre ha de renovar el cielo y la tierra. Este es el que ha de brillar en Jerusalén como una luz eterna. Este es el rey de Salem y sacerdote eterno del Altísimo, según el orden de Melquisedec. [6] Josué se dice haber circuncidado por segunda vez al pueblo con cuchillos de piedra, y esto era anuncio de la circuncisión con que Jesucristo nos ha circuncidado a nosotros de las piedras y demás ídolos. Josué además formó un montón. Es decir, en todo lugar fueron circuncidados del error del mundo con cuchillos de piedra, que son las palabras de nuestro Señor Jesús. Porque demostrado queda por mí que Cristo fue predicado por los profetas bajo las comparaciones de «piedra» y «roca». [7] Por los cuchillos de piedra entendemos, pues, las palabras de Cristo, por las que tantos que procedían de la incircuncisión recibieron la circuncisión del corazón, aquella justamente que Dios desde entonces exhortó a recibir aun aquellos que ya llevaban la que tuvo principio en Abrahám, como lo prueba el hecho de habernos contado que Jesús (= Josué)

circuncidó por segunda vez con cuchillos de piedra a los que entraron en aquella Tierra Santa.

114. Porque hay veces que el Espíritu Santo hacía cumplir acciones que eran figuras de lo porvenir; otras, pronunciaba palabras sobre lo que había de acontecer y, por cierto, hablando como si estuvieran sucediendo los hechos o hubieran ya sucedido. Si los lectores no caen en la cuenta de este procedimiento, no podrán seguir debidamente los discursos de los profetas. Voy a citar, por vía de ejemplo, algunos pasajes para que comprendáis lo que digo. [2] Cuando el Espíritu Santo dice por Isaías: «Como oveja fue llevado al matadero y como cordero ante quien le trasquila», habla como si la pasión se hubiera ya cumplido. Lo mismo cuando dice: «Yo extendí mis manos a un pueblo que no cree y contradice». Y lo otro: «Señor, ¿quién ha creído a lo que oyó de nosotros?», las palabras están dichas como si contaran algo ya acontecido. Y ya he demostrado que en muchas partes se le llama por comparación piedra a Cristo y, por traslación de sentido, Jacob e Israel.

BIBLIOGRAFÍA

Aune, D.E., Justin Martyr's Use Of The Old Testament, en Bulletin of the Evangelical Theological Society, 9 (1966), pp. 179-197.

Barnard, L.W., The Old Testament and Judaism in the Writings of Justin Martyr, en Vetus Testamentum 14 (1964), pp. 395-406.

Davey, D.M., Justin Martyr and the Fourth Gospel, en Scripture 17 (1965), pp. 117-22.

Katz, P., Justin's Old Testament Quotations and the Greek Dodekapropheton Scroll, en Studia Patristica 1 (1957), p.343.

Misiarczyk, L., Il midrash nel Dialogo con Trifone di Giustino martire, PŃock 1999.

Otranto, G., Esegesi biblica e storia in Giustino (Dial. 63-84), Bari 1979.

Piper, O.A., The Nature of the Gospel according to Justin Martyr, en Journal of Religion 41 (1961), pp. 155-68.

Pryor, J.W., Justin Martyr and the Fourth Gospel, en Second Century 9 (1992), pp. 153-169.

Romanides, J.S., Justin Martyr and the Fourth Gospel, en Greek Orthodox Theological Review 4 (1958-9), pp. 115-34.

Sibinga, J.S., The Old Testament Text of Justin Martyr, Leiden 1963.

Shotwell, W.A., The Biblical Exegesis of Justin Martyr, London 1965.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 434-438.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 37-39.

7. CARTA A DIOGNETO

ESCRITA HACIA EL FINAL DEL SIGLO II O COMIENZOS DEL III, nunca citada en la literatura antigua y descubierta en 1436 cuando iba a ser usada como envoltorio en una pescadería, la carta está dirigida a este personaje, que podría ser el emperador (conocido por Zeus), para responder a su interés por conocer la doctrina y vida de los cristianos.

Aunque la Escritura no se cita literalmente, como sucede en los escritos apologéticos, el contenido se basa en enseñanzas bíblicas, con el añadido de la experiencia vital. Esto se ve especialmente en el capítulo quinto, en el que la técnica de la antítesis, construida para despertar el interés de los lectores, refleja las enseñanzas del Evangelio, por ejemplo Mc 8, 35: «quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará».

CARTA A DIOGNETO I-II, V-VI

I. 1. Veo, excelente Diogneto, que tienes un vivo interés por conocer la religión de los cristianos y que indagas con claridad y cuidado las siguientes cuestiones: ¿En qué Dios creen y cómo lo adoran, para que todos ellos se sitúen por encima del mundo y desprecien la muerte, sin tener en cuenta los pretendidos dioses de los griegos ni guardar las creencias de los judíos? ¿Qué amor se tienen entre sí? ¿Por qué esta nueva raza o manera de vivir ha aparecido ahora en el mundo y no antes? 2. Por eso acojo con agrado tu buena disposición; y a Dios, que nos concede el hablar y el escuchar, le pido que a mí me otorgue hablar de tal manera que el que escucha llegue a ser mejor, y a ti te conceda escuchar de tal manera que no caiga en la tristeza quien te habla.

II. 1. ¡Comencemos! Una vez que te hayas liberado de todos los pensamientos que ocupan tu mente, arrancado la costumbre que te engaña y llegado a ser un hombre nuevo, como si volvieses a iniciar tu andadura humana —pues vas a escuchar un lenguaje también nuevo como tú mismo has confesado—, observa no solo con los ojos sino también con la inteligencia de qué sustancia son o qué forma tienen los que vosotros llamáis y consideráis dioses? 2. ¿No es este una piedra idéntica a la que pisamos? ¿No es el otro bronce de la misma calidad que los utensilios forjados para nuestro uso? ¿Y el otro no es madera, y para colmo podrida?

¿Y el otro no es plata que requiere de un hombre que la guarde para no ser robada? ¿Y el otro no es hierro que corroe la herrumbre? ¿Y el otro no es arcilla sin más dignidad que la utilizada para los más viles usos? 3. ¿No son todos ellos de materia corruptible? ¿No están forjados por el hierro y el fuego? ¿No modeló a uno el cantero, al otro el herrero, al otro el platero, y al otro el alfarero? Antes de que sus artesanos los hubiesen modelado con la forma actual, ¿no habían sido ya transformados por aquéllos, y aun ahora pueden ser transformados? ¿Acaso los actuales utensilios, hechos de la misma materia, no podrían llegar a ser

semejantes a esos dioses si caen en manos de los mismos artesanos? 4. Y viceversa, ¿los dioses que vosotros adoráis ahora no podrían convertirlos los hombres en utensilios semejantes a los demás? ¿No son todos ellos sordos, ciegos, inanimados, insensibles e incapaces de movimiento? ¿No están todos ellos sometidos a la podredumbre y la corrupción?

5. Vosotros los llamáis dioses, los servís, los adoráis; y, finalmente, acabáis siendo semejantes a ellos (cf. Sal 115, 8; 135, 8). 6. Por eso odiáis a los cristianos, porque no los tienen por dioses. 7. Vosotros suponéis y pensáis alabarlos pero, en realidad, ¿no los despreciáis más que los cristianos? ¿No los ridiculizáis y deshonráis mucho más cuando a los ídolos de piedra los veneráis sin ponerles guardia, mientras que a los ídolos de plata y oro los encerráis por la noche y les ponéis guardias durante el día para que no los roben?

8. Si esos dioses tienen sentimientos, los honores que creéis ofrecerles son más bien un castigo. Los adoráis con sangre y grasas demostrando así hasta qué punto carecen de sentimientos. 9. ¡Que lo soporte uno de vosotros! ¡Que uno de vosotros aguante que le suceda eso! Pero ningún hombre aguantará voluntariamente ese castigo, pues tiene sentimientos y razón. La piedra lo aguanta porque no tiene sentimientos. Por tanto, estáis mostrando la sensibilidad de vuestros pretendidos dioses.

10. Sobre el rechazo de los cristianos a servir a tales dioses tengo mucho más que decir, pero, si a alguien no le parece suficiente, considero superfluo continuar hablándole. (...)

V. 1. En efecto, los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por la nación ni por la lengua ni por el vestido. 2. En ningún sitio habitan ciudades propias, ni se sirven de un idioma diferente ni adoptan un género peculiar de vida. 3. Su enseñanza no ha sido descubierta por la reflexión y el desvelo de hombres curiosos; no defienden una enseñanza humana como hacen algunos. 4. Habitan ciudades griegas y bárbaras según le correspondió a cada uno; y, aunque

siguen los hábitos de cada región en el vestido, la comida y demás género de vida, manifiestan —y así es reconocido— la admirable y singular condición de su ciudadanía. 5. Todos ellos viven en sus respectivas patrias pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos pero lo soportan todo como extranjeros. Toda tierra extraña es su patria; y toda patria les resulta extraña. 6. Se casan como todos y tienen hijos, pero no los abandonan. 7. Comparten la mesa pero no la cama. 8. Están en la carne pero no viven según la carne (cf. 2 Co 10, 3; Rm 8, 12-13). 9. Pasan la vida en la tierra pero tienen su ciudadanía en el cielo (cf. Flp 3, 20). 10. Obedecen las leyes establecidas pero superan las leyes con su particular manera de vivir. 11. Aman a todos pero son perseguidos por todos. 12. Son desconocidos (cf. 2 Co 6, 9) pero son condenados. Se les mata pero son vivificados (cf. 2 Co 6, 9). 13. Son pobres pero enriquecen a muchos; les falta de todo pero están sobrados de todo (cf. 2 Co 6, 10). 14. Son despreciados pero en esos desprecios son glorificados (cf. 1 Co 4, 10; 2 Co 6, 8); se habla mal de ellos pero son justificados. 15. Se les injuria pero ellos bendicen (cf. 1 Co 4, 12; Rm 12, 14; Lc 6, 28); son afrentados pero ellos honran. 16. Aunque hacen el bien, son castigados como malhechores. Aunque son castigados, se alegran como si estuviesen siendo vivificados (cf. 2 Co 6, 10). 17. Como si fueran extranjeros son combatidos por los judíos y perseguidos por los griegos. Y quienes los odian no saben explicar el motivo de su enemistad.

VI. 1. En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo son los cristianos en el mundo. 2. El alma está difundida por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos, por las ciudades del mundo. 3. El alma vive en el cuerpo pero no tiene su origen en el cuerpo; los cristianos viven en el mundo pero no tienen su origen en el mundo (cf. Jn 15, 19; 17, 11.14.16). 4. El alma, aunque invisible, está encarcelada en un cuerpo visible. La existencia de los cristianos en el mundo es conocida, aunque su religión permanece invisible. 5 Sin que haya afrenta que lo justifique, la carne odia y combate al alma (cf. Ga 5, 17; 1 P 2, 11), porque esta le impide entregarse a los placeres. Sin que haya afrenta que lo justifique, el mundo odia a los cristianos (cf. Jn 15, 18-19; 17, 14), porque estos se enfrentan a los placeres. 6. A pesar del odio que recibe, el alma ama a la carne y a sus miembros; y los cristianos aman a quienes los odian (cf. Mt 5, 44; Lc 6, 27). 7. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella da cohesión al cuerpo. Los cristianos están retenidos en el mundo como en una prisión, pero dan cohesión al mundo. 8. El alma, aunque inmortal, habita en una tienda (cf. Sb 9, 15; 2 Co 5, 1.4; 2 P 1, 13-14) mortal. Los cristianos viven como forasteros entre las

realidades corruptibles aguardando la incorruptibilidad de los cielos. 9. El alma, aunque sea vejada por el hambre y la sed, se hace mejor. Los cristianos, aunque sean castigados, crecen cada día más. 10. Dios los estableció en un puesto tan grande que no les está permitido desertar.

BIBLIOGRAFÍA

A Diogneto ed. M.B. Artioli, H.-I. Marrou, Roma-Bologna 2008.

Didachè. Lettere di Ignazio d'Antiochia. A Diogneto ed. A. Clerici, Milano 2000.

Gli Apologeti greci, ed. C. Burini, Roma 1986.

Padres apostólicos, ed. J.J. Ayán Calvo, Biblioteca de patrística 50, Madrid 2000, pp. 533-572.

8. PASIÓN DE PERPETUA Y FELICIDAD (203)

LA PERSECUCIÓN A LOS CRISTIANOS GENERÓ un gran número de mártires. Desde el comienzo, el ejemplo de aquellos que habían dado testimonio de su fe en Cristo, produjo gran interés entre los cristianos y sus sufrimientos se pusieron por escrito. Así surgió la literatura martirial. Estos escritos se pueden clasificar en tres grandes grupos: Actas, Pasiones y Leyendas. Las primeras son copias literales de las actas de los tribunales judiciales, como las Actas de los martires Escilitanos (Numidia, 180); las segundas son narraciones de los mismos mártires o de testigos inmediatos, como la Pasión de Perpetua y Felicidad (Cartago, 203); las leyendas, en cambio, fueron redactadas mucho tiempo después del martirio, con fines de edificación y para ser leídas (de aquí el nombre) incluso durante la liturgia: tienen escaso valor histórico, pero en algunas de ellas se puede encontrar un núcleo verdadero, aunque embellecido, como en la Pasión de S. Fabio el abanderado, escrita cuando ya se había perdido la memoria de los hechos históricos, con datos tomados en préstamo de otros documentos martiriales.

La Pasión de Perpetua es la transcripción del diario de dos de los mártires que narran su propia experiencia en la cárcel. No contiene referencias directas a la Escritura, pero el fondo es bíblico y pretende ser considerada como libro inspirado, como se deduce de las primeras palabras del texto. En los sueños recurren algunos elementos del Apocalipsis.

PASIÓN DE PERPETUA Y FELICIDAD 1-4

I.1. Si los antiguos ejemplos de fe que atestiguan la gracia de Dios y edifican a los hombres, se han puesto por escrito para que su lectura, que hace revivir los acontecimientos, honre a Dios y conforte a los hombres, ¿por qué no se iban a escribir también testimonios más recientes que convienen a las dos razones mencionadas? 2. Para decirlo de otra manera, estas cosas pronto serán pasadas y necesarias a la posteridad, aunque en el momento presente se consideran de menor autoridad por la consabida veneración del pasado. 3. Pero que lo decidan los que piensan que, conforme a los tiempos, hay un único poder del único Espíritu Santo, a pesar de que los acontecimientos más recientes se han de juzgar como más importantes, por ser más recientes, de acuerdo con la sobreabundancia de la gracia que se nos ha anunciado para el final de los tiempos. 4. «En los últimos días, dice el Señor, infundiré mi Espíritu sobre todo hombre y profetizarán vuestros hijos e hijas; y sobre mis siervos y esclavas derramaré mi Espíritu; y los jóvenes verán visiones y los ancianos tendrán sueños» (Hch 2, 17; Jl 2, 28) 5. También nosotros reconocemos y veneramos tanto las profecías como las nuevas visiones, igualmente prometidas, y consideramos los demás dones del Espíritu Santo como útiles a la Iglesia, a quien se ha enviado para administrar todo don en toda circunstancia, conforme el Señor concedió a cada uno (cf. 1 Co 7, 17). Necesariamente lo pensamos así y lo conmemoramos en las lecturas que se hacen para gloria de Dios, de modo que ninguna debilidad o disminución de la fe estime que la gracia de Dios se ha concedido solo a los ancianos, sea en el honor del martirio sea en el de las revelaciones, puesto que Dios lleva a cabo siempre lo que promete, como anuncio para los que no creen, como incremento para los que creen. 6. Y nosotros, os anunciamos también a vosotros, hermanos e hijos, lo que oímos y tocamos, para que también vosotros (cf. 1 Jn 1, 1-3), que estuvisteis presentes, os acordéis de la gloria del Señor y los que ahora sabéis por haber oído estéis en comunión con los santos mártires y, por ellos, con nuestro Señor Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén (cf. Ap 7, 12).

II.1. Fueron apresados unos catecúmenos adolescentes: Revocato y Felicidad,

consiervos, Saturnino y Secúndulo. Entre ellos se encontraba también Vibia Perpetua, de familia honrada, bien educada, debidamente casada, 2. que tenía padres y dos hermanos, uno de ellos también catecúmeno, y un hijo recién nacido. 3. Esta tenía unos veintidós años. Ella misma narró su martirio, que sigue ahora, como lo dejó escrito de su mano y con su mismo sentido:

III.1. Cuando estábamos todavía con los guardianes —narra el texto— y mi padre deseaba convencerme con sus razonamientos e insistía en hacerme caer por puro cariño, dije: Padre, ¿ves, por ejemplo, ese vaso que está ahí tirado, un cántaro o lo que sea? Respondió: Lo veo. 2. Yo añadí: ¿Y se le puede dar otro nombre distinto a lo que es? Contestó: No. —Pues tampoco yo puedo tener otro nombre diverso de lo que soy: cristiana. 3. Entonces mi padre, enojado con estas palabras, se me echó encima para sacarme los ojos, pero solo logró sacudirme violentamente y se marchó, persuadido por los argumentos del diablo. 4. Así, en los pocos días en que estuvo ausente, di gracias al Señor y me consolé con su alejamiento. 5. En el mismo espacio de pocos días fuimos bautizados y el Espíritu Santo me dictó que no debía pedir otra cosa el día del bautismo, sino el sufrimiento de la carne. Pocos días después nos llevaron a la cárcel. Allí tuve miedo, pues nunca había estado en un lugar tan oscuro. 6. ¡Oh día cruel! ¡Qué emociones tan fuertes por haber recibido el privilegio de soportar la turbamulta y los golpes de los soldados! Además, también me atormentaba allí la preocupación por mi niño. 7. En ese momento, Tercio y Pomponio, los benditos diáconos que nos atendían, consiguieron el privilegio de que nos enviaran a un lugar mejor de la cárcel para aliviarnos un poco durante unas horas. 8. Entonces, saliendo de la cárcel, todos se reposaban. Yo daba de mamar a mi niño, que ya estaba desfallecido de inanición. Mientras me ocupaba de él, conversaba con mi madre, consolaba a mi hermano y encomendaba a mi hijo. Me afligía, al verlos afligirse por mí. 9. Sufrí tales preocupaciones muchos días y conseguí que mi niño se quedara conmigo en la cárcel. Con esto me consolé y me quité la preocupación y angustia por mi hijo. La cárcel se me hizo un palacio, de modo que prefería estar allí antes que en cualquier otro lugar.

IV.1. Entonces me dijo mi hermano: Querida hermana, has alcanzado una dignidad tal que puedes pedir una visión en la que se te muestre si tendrás que sufrir martirio o serás liberada. 2. Y yo, que era consciente de hablar con el

Señor, cuyos beneficios había recibido frecuentemente, se lo prometí segura diciéndole: Mañana te diré. Pedí la visión y se me hizo ver lo siguiente. 3. Veo una escalera de bronce tan alta que llegaba al cielo, y estrecha (cf. Gn 28, 12a; Mt 7, 13) . Por ella solo podía subir una persona a la vez y en sus bordes tenía clavados todo tipo de instrumentos metálicos. Había espadas, lanzas, garfios, sables, jabalinas, de modo que si alguien subiera con poco cuidado o sin mirar hacia arriba, se desgarraría y se dejaría trozos de carne adheridos a los hierros. 4. Bajo esa escalera había una serpiente, de enorme tamaño, acostada, que tendía emboscadas a quienes subían y los amedrentaba para que no se encaramasen. 5. Subió primero Sáturo, puesto que era él quien nos había instruido, y cuando nos habían apresado él no estaba sino que se entregó por nosotros después. 6. Cuando llegó a la cima de la escalera se volvió hacia mí y dijo: Perpetua, yo te ayudo, pero ten cuidado no te muerda la serpiente. Yo le respondí: No me hará mal (cf. Mc 16, 18a), en nombre de Jesucristo. 7. Y bajo la escalera, como demostrándome temor, el animal levantó lentamente la cabeza. Entonces hice ademán de poner el pie en el primer escalón, le pisé la testuz (cf. Gn 3, 15) y comencé a subir. 8. Arriba vi un enorme jardín. En medio había un hombre de blancos cabellos, con aspecto de pastor, sentado, de enorme estatura (cf. Ap 1, 14; Jn 10, 14), ordeñando ovejas. A su alrededor se encontraban muchos miles de personas vestidas de blanco. 9. El hombre levantó la cabeza, me miró y me dijo: Bienvenida, hija. Me hizo aproximarme y de la leche que estaba ordeñando me dio a probar un sorbo. Yo lo tomé con las manos juntas y me lo bebí. Y todos los que se encontraban allí alrededor dijeron Amén (cf. Ap 7, 12; 19, 4). 10. Al sonido de esta voz me desperté, todavía con el gusto de haber tomado no sé que cosa dulce. Acto seguido, le conté todo a mi hermano. Comprendimos entonces que nuestra pasión se iba a verificar y comenzamos a no tener ya ninguna esperanza puesta en este mundo.

BIBLIOGRAFÍA

Actas latinas de mártires africanos, ed. J. Leal, Ciudad Nueva, Fuentes Patrísticas, Madrid 2009.

Alès, A. d.', L'auteur de la Passio Perpetuae, en Revue d'Histoire Ecclésiastique 8 (1907), pp. 5-18.

Amat, J., L'authenticité des songes de la Passion de Perpétue et de Félicité, en Augustinianum 29 (1989), pp. 177-191.

Amat, J., Passion de Perpétue et de Félicité suivi des Actes. Introduction, texte critique, traduction, commentaire et index par J. Amat, Paris 1996.

Amat, J., Songes et visions. L'au-delà dans la littérature latine tardive, Paris 1985.

André-Delastre, L., Les visions de sainte Perpétue. L'au-delà vu par les chrétiens des premiers siècles, en La vie spirituelle 111 (1964), pp. 631-641.

Bastiaensen, A. A. R., Tertullian's Reference to the Passio Perpetuae in De Anima 55,4, en Studia Patristica 17, ed. E. A. Livingstone, Leuven 1993, pp. 790-795.

Beek, C.I.M.I. van, Passio Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, Nijmegen 1936.

Braun, R., Nouvelles observations linguistiques sur le rédacteur de la 'Passio Perpetuae', en Vigiliae Christianae 33 (1979), pp. 105-117.

Braun, R., Tertullien est-il le rédacteur de la Passio Perpetuae?, en Revue des Études Latines 33 (1956), pp. 79-81.

Bremmer, J.N., Perpetua and her Diary: Authenticity, Family and Visions, en Märtyrer und Märtyrerakten, ed. W. Ameling, Stuttgart 2002, pp. 77-120.

Bodrato, A., Lingua biblica e lingua letteraria nella Passio Perpetuae, en

Humanitas 44 (1989), pp. 374-390.

Campos, J., El autor de la «Passio SS. Perpetuae et Felicitatis», en Helmantica 10 (1959), pp. 357-381.

De Labriolle, P., Tertullien, auteur du prologue et de la conclusion de la passion de Perpétue et de Félicité, en Bulletin d' ancienne littérature et d'archéologie chrétiennes 3 (1913), pp. 126-132.

Duchesne, L., En quelle langue ont été écrits les Actes des Saintes Perpétue et Félicité?, en Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres 19 (1892), pp. 39-54.

Facchini, D., Gli Atti del martirio delle SS Perpetua e Felicita, en Bessarione 34 (1918), pp. 208-228.

Fridh, A., Le problème de la Passion des saintes Perpétue et Félicité, Göteborg 1968.

Gillette, G., Augustine and the significance of Perpetua's words: «And I was a man», en Augustinian Studies 32 (2001), pp. 115-125.

Lambot, C., Les sermons de saint Augustin pour les fêtes de martyrs, en Analecta Bollandiana 67 (1949), pp. 249-266.

Lomanto, V., Rapporti fra la «Passio Perpetuae» e «Passiones» africane, en Forma Futuri. Studi in onore del Cardinale M. Pellegrino, Torino 1975, pp. 566-586.

Massebieau, L., La langue originale des Actes des SS Perpétue et Félicité, en Revue d'Historie des Religions 24 (1881), pp. 97-101.

Mertens, C., Les premiers martyrs et leurs rêves. Cohésion de l'histoire et des rêves dans quelques «Passions» latines d'Afrique du Nord, en Revue d'Histoire Ecclésiastique 81 (1986), pp. 5-46.

Mertens, C., Les rêves dans les Passions des martyrs. Analyse narrative. en Augustinianum 44 (2004), pp. 269-319.

Orbán, A. P., The Afterlife in the Visions of the Passio SS. Perpetuae et

Felicitatis, en Fructus centesimus. Mélanges offerts à Gerard J. M. Bartelink à l'occasion de son soixante-cinquième anniversaire, ed. A. A. R. Bastiaensen, A. Hilhorst, C. H. Kneepkens, Steenbrugge 1989, pp. 269-277.

Petraglio, R., Des influences de l'Apocalypse dans la «Passio Perpetuae» 11-13, en L'Apocalypse de Jean. Actes du colloque de la Fondation Hardt, ed. Y. Christ, Genève 1979, pp. 15-30.

Petraglio, R., Lingua latina e mentalità biblica nella Passio sanctae Perpetuae. Analisi di caro, carnalis e corpus, Brescia 1976.

Petraglio, R., Passio Perpetuae et Felicitatis. Stile narrativo e sfondo biblico, en La narrativa cristiana antica. Codici narrativi, Strutture formali, Schemi retorici. XXIII Incontro di Studiosi dell'Antichità Cristiana, Roma 1995, pp. 185-192.

Prete, S., Il motivo onirico della «scala». Note su alcuni Atti dei martiri africani, en Augustinianum 19 (1979), pp. 521-526.

Robert, L., Une vision de Perpétue martyre, en Bulletin de Correspondance Hellénique 102 (1978), pp. 418-461.

Robert, L., Une vision de Perpétue martyre à Carthage en 203, en Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, Paris 1982, pp. 228-276.

Robinson, J.A., The Passion of S. Perpetua, Cambridge 1891.

Saxer, V., Atti dei martiri dei primi tre secoli, Padova 1989.

Schick, C., Per la questione del latino africano. Il linguaggio dei più antichi Atti dei Martiri e di altri documenti volgarizzanti, en Rendiconti del Istituto Lombardo Classe di Lettere e Scienze Morali e Storiche 96 (1962), pp. 191-234.

Steinhauser, K.B., Augustine's Reading of the Passio Sanctarum Perpetuae et Felicitatis, en Studia Patristica 33, ed. E. A. Livingstone, Leuven 1997, pp. 244-249.

9. IRENEO DE LYON (130/140-200)

ORIGINARIO DEL ASIA MENOR Y NACIDO hacia 130-140, obispo de Lyon tras la muerte de su predecesor Potino, durante el pontificado de Víctor (189-198), escribió un tratado en cinco libros Contra las herejías (a veces titulado Contra los herejes), para combatir las distintas escuelas gnósticas, y una especie de catecismo, la Demostración de la predicación apostólica. Con la primera, Ireneo se consagra como el primer escritor cristiano que compone un tratado sobre la fe completo y sistemático.

El gnosticismo es un movimiento religioso de redención en el que se retoma, de manera particular e inconfundible, la posibilidad de una interpretación negativa del mundo y de la existencia, que ha cristalizado en una coherente concepción de rechazo del mundo y que, a la vez, encuentra su expresión característica en la acuñación de términos, en el lenguaje figurado y en una mitología artificiosa. Entre las características más salientes del gnosticismo se pueden enumerar las siguientes: dualismo cosmológico con una oposición irreductible entre materia y espíritu, cuerpo y alma; recurso a las genealogías divinas, en las que los eones proceden por parejas y engendran otros eones; una antropología tricotómica, en la que los hombres se dividen en tres categorías: materiales, animales y espirituales, de los cuales solo estos últimos poseen un alma, identificada con la chispa divina; otros reduccionismos que conducen a una teología reductiva, en la que se privilegia, hasta el punto de ser exclusiva, el conocimiento sobre la moral, la exégesis alegórica sobre la literal, se defiende la salvación solo para algunos (no hay libertad), se valoriza el espíritu hasta negar la realidad del cuerpo de Cristo (docetismo), y se eligen solo algunos libros de la Biblia, y estos incompletos. Sus principales exponentes fueron Carpócrates, Basílides, Menandro, Cerdón, Valentín. Lugar aparte requiere Marción, por las características de su movimiento que difieren sustancialmente de las de los otros.

Se debe mencionar también aquí la literatura apócrifa. El término apócrifo (secreto) aludía inicialmente a una revelación transmitida solo a algunos (no a todos los cristianos) y que solo se podía comunicar a algunas personas elegidas. Después, apócrifo tomó el significado de falso y se extendió a todo texto que pretendía hacerse pasar por revelado. A veces estos escritos son llamados

pseudoepigráficos. Aunque existen apócrifos del Antiguo Testamento, algunos retocados por los cristianos, el mayor número de ellos corresponde al Nuevo (evangelios, actos, cartas y apocalipsis apócrifos) y buen número de ellos contiene doctrinas gnósticas. Ireneo tendrá que impugnar estos escritos, que transmiten las doctrinas que él rechaza.

La exégesis de Ireneo se caracteriza por una lectura cristológica (tipológica) del Antiguo Testamento, en el que tiene lugar prevalente la doctrina de la recapitulación, y por una lectura prevalentemente literal del Nuevo Testamento. Las dos principales preocupaciones de Ireneo son la continuidad de los dos Testamentos y la progresividad de la Revelación; y esto se manifiesta en su empleo de la tipología, que él llama alegoría, como opuesta a la de los gnósticos. La lectura cristológica del Antiguo Testamento se hace a dos niveles: las profecías tienen una explicación inmediata; los hechos imponen dos significados: histórico y alegórico. Así, Ireneo ofrece una riqueza muy sugestiva. Él es el primero que considera el Nuevo Testamento a la misma altura que el Antiguo. Los elementos más sobresalientes de su exégesis son: el empleo de la regula ueritatis como reguladora de la interpretación bíblica; la tradición como normativa de la exégesis; la consonancia de toda la Biblia. De sus páginas se pueden extraer dos reglas muy útiles: los pasajes más oscuros se interpretan a partir de los más claros; no se deben investigar cuestiones inútiles.

Presentamos dos textos de Ireneo. El primero sirve para entender la esencia del gnosticismo (también desde el punto de vista exegético, con su alegoría forzada) y la proliferación de escritos apócrifos. El segundo, sobre la creación del hombre, es muestra de la tipología y de la doctrina de la recapitulación.

IRENEO, CONTRA LOS HEREJES I, 1.20-22

1,1. Dicen que en las alturas invisibles e inefables existe un Eón perfecto, preexistente, al que llaman Protoprincipio, Protopadre y Abismo (Bythos): él sería invisible, incomprensible, sempiterno e ingénito, y vivió en un profundo reposo y soledad por siglos infinitos. Con él estaba el Pensamiento (Ennoaia), a quien también llaman Gracia (Cháris) y Silencio (Sigè). Cierto día este Abismo decidió emitir el Abismo como Principio (Archè) de todas las cosas: entonces depositó este como Semen (Spérma) que había pensado emitir, en el vientre del Silencio, que era su compañera. Esta recibió el semen y quedando preñada engendró la Mente (Noûn), según la imagen y semejanza del que lo había emitido, y la única capaz de captar la grandeza del Padre. A la Mente también lo llaman el Unigénito (Monogenê), o bien el Padre o el Principio de todas las cosas. Junto con él fue emitida la Verdad (Alétheia). Esta es la original y primitiva Tétrada de Pitágoras, a la que también llaman la raíz de todas las cosas: está formada por Abismo, Silencio, Mente y Verdad.

El Unigénito, habiéndose dado cuenta de por qué motivo había sido emitido, a su vez emitió el Verbo (Lógos) mismo y la Vida (Zoé), Padre de todos los que vendrían después de él, principio y formación de todo el Pléroma. A su vez, el Logos y la Vida, a manera de unión matrimonial (sydzygía), emitieron el Hombre (Anthropos) y la Iglesia (Ekklesía). Esta es la Ogdóada primigenia, raíz y sustrato de todas las cosas, que ellos designan con cuatro nombres: Abismo, Mente, Logos y Hombre. Cada uno de estos está formado por un elemento masculino y otro femenino, de esta manera: en primer lugar el Protopadre se ha unido sexualmente con su Pensamiento (al que llaman Gracia y Silencio); el Unigénito (también nombrado Mente), se unió con la Verdad; en seguida el Verbo con la Vida; y por último el Hombre con la Iglesia.

1,2. Como todos estos Eones fueron emitidos para la gloria del Padre, queriendo por su cuenta glorificar al Padre, a su vez produjeron otras emisiones por vía

matrimonial. El Verbo y la Vida, después de haber emitido el Hombre y la Iglesia, emitieron otros diez Eones, a los cuales han puesto estos nombres: Abismal (Bythios) y Confusión (Míxis), Agératos y Unidad (Hénosis), Autoproducto (Autophyès) y Satisfacción (Hedoné), Inmóvil (Akínetos) y Mezcla (Synkrasis), Unigénito (Monogenès) y Felicidad (Makaría). Estos son, dicen, los diez Eones que el Verbo y la Vida emitieron. A su vez el Hombre y la Iglesia emitieron doce Eones, a quienes nombran: Paráclito (Parákletos) y Fe (Pístis), Paterno (Patrikòs) y Esperanza (Elpís), Materno (Metrikòs) y Caridad (Agápe), Eterno (Aeínous) y Entendimiento (Synesis), Eclesiástico (Ekklesiastikòs) y Dicha (Makariotès), Deseado (Theletòs) y Sabiduría (Sophía).

1,3. Esta es su desvariada doctrina de los treinta Eones impronunciables e inconoscibles. Este Pléroma, según ellos invisible y espiritual, está dividido en los tres grupos de la Ogdóada, la Década y la Docena. Por eso dicen que el Salvador -al que se niegan a llamar Señor- durante treinta años nada hizo en público, a fin de revelar el misterio de los Eones. En cambio dicen que los treinta Eones quedan claramente declarados en la parábola de los obreros enviados a la viña: a unos se les envía en la hora prima, a los segundos alrededor de la tercia y a los terceros a la sexta, otros a la nona, y a los últimos a la undécima. Si se suman las diversas horas, producen el número treinta, pues uno más tres más seis más nueve más once suman treinta. Según ellos, estas horas representan a los Eones. Y estos son los grandes, admirables y recónditos misterios, frutos de sus maquinaciones, además de todos los otros pasajes de las Escrituras que ellos amoldan para que se acomoden a sus creaciones.

20,1. Además de estos, ellos han añadido una multitud de escritos apócrifos y bastardos, que causan admiración a los necios, que desconocen las verdaderas Escrituras. Entre otras difunden aquella fábula sobre el Señor que, cuando era niño y aprendía las letras, su maestro le habría dicho como se acostumbra: «Di álpha», y el habría respondido: «Alpha». De nuevo le habría ordenado decir: «Béta», y el Señor le habría respondido: «Primero dime tú qué es álpha, y luego yo te diré lo que es béta». Y la explican diciendo que solo él conocía al Desconocido, escondido bajo la figura del álpha.

20,2. También distorsionan algunas partes del Evangelio, haciéndolas que signifiquen cosas semejantes. Por ejemplo, sobre aquello que respondió a su Madre cuando tenía doce años: «¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 49) Les hablaba del Padre que para ellos era desconocido; y por eso habría enviado a los discípulos para anunciar a las doce tribus (Mt 10, 5-6) al Dios desconocido. A aquel que le dijo: «Maestro bueno», le respondió, para hacerle caer en la cuenta quién es el verdadero Dios: «¿Por qué me llamas bueno? Uno solo es bueno, el Padre que está en los cielos» (Mt 19, 16-17). Y dicen que llamó cielos a los Eones. Por lo mismo no habría querido responder a quienes le preguntaron: «¿Con qué Poder haces estas cosas?» (Mt 21, 23) sino que más bien los confundió al retorcerles la pregunta (Mt 21, 24-27), porque, según ellos, al negarse a hablar quería ocultar al Padre desconocido. Y cuando dijo: «Con frecuencia he deseado oír una de estas palabras, pero no hallé quien la dijese», claramente, dicen ellos, se refería al único Dios verdadero al que ellos no conocían. También cuando se acercó a Jerusalén y llorando sobre la ciudad dijo: «¡Si conocieses hoy lo que te trae la paz!, pero se te oculta» (Lc 19, 42), con estas palabras habría indicado el misterio escondido en el Abismo. Y también cuando dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y aprended de mí» (Mt 11, 28-29), habría anunciado la verdad del Padre y prometido enseñarles lo que ellos no conocían.

20,3. Como culminación de sus pruebas acerca de lo dicho, ellos aportan estas palabras: «Te confieso, Padre, Señor de la tierra y del cielo, porque has escondido estas cosas a los entendidos y prudentes y las has revelado a los pequeños. Gracias, Padre, porque esto te agradó. Todo me lo ha entregado el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, ni al Hijo sino el Padre, y aquél a quien el Hijo se lo revelare» (Mt 11, 25-27). Dicen que con estas palabras de modo evidente el Señor habría revelado que, antes de su venida, nadie había conocido al Padre de la Verdad; y de ahí deducirían que todos habrían conocido siempre al Creador y Hacedor; en cambio sus palabras anunciarían al Padre desconocido para todos.

21,1. Su enseñanza acerca de la redención afirma que esta sería invisible e incomprensible, porque es la Madre de todas las cosas incomprensibles e invisibles. Pero, como es inestable, no se podría explicar de modo sencillo ni con

una sola teoría, puesto que cada uno de ellos la transmite como se le viene en gana: pues cuantos pontífices hay de esta doctrina mística, otras tantas son sus redenciones. Este engaño lo ha difundido Satanás, que busca apartar del bautismo para la nueva vida en Dios, y destruir la fe, como demostraremos cuando adelante los refutemos.

21,2. Enseñan que (la redención) es necesaria para quienes han adquirido la gnosis perfecta, para ser regenerados en la Potencia suprema; de otra manera nos sería imposible entrar en el Pléroma, porque, dicen, ella es la que nos hace descender hasta las profundidades del Abismo. El bautismo del Jesús visible sería para la remisión de los pecados; en cambio la redención del Cristo que descendió sobre él sería para lograr la perfección. El bautismo sería para los psíquicos, en cambio la redención para los pneumáticos. Juan predicó un bautismo de penitencia, en cambio Cristo trajo la redención para hacernos perfectos. Por eso dijo: «Con otro bautismo tengo que ser bautizado, y con ansiedad me dirijo a él» (Lc 12, 50). Asimismo cuando la madre de los hijos de Zebedeo le pidió que los pusiera a uno a su derecha y al otro a su izquierda en su reino, dicen ellos que el Señor les habría presentado esta redención, cuando les dijo: «¿Podéis recibir el bautismo con el que debo ser bautizado?» (Mt 20, 22; Mc 10, 38) Y también Pablo con frecuencia habría claramente revelado en qué consiste la redención en Jesucristo (Rm 3, 24; Ef 1, 7; Col 1, 14), y su doctrina coincidiría con la que ellos predican de modos tan variados y contrapuestos.

21,3. Algunos de ellos fabrican en su mente una recámara nupcial, y celebran ritos místicos pronunciando oraciones sobre los que han de ser consagrados. Dicen que celebran las nupcias espirituales a semejanza de las nupcias que se celebran en las regiones superiores. Otros los llevan a donde hay agua y al bautizarlos proclaman: «En el nombre del Padre universal y de la Verdad, madre de todas las cosas, que descendió sobre Jesús, para la unión, redención y comunión con todas las Potencias». Otros pronuncian palabras en hebreo, de modo que llenan de estupor y aun de miedo a los bautizandos: «Basemà chamossè baaianorà mistadía rhouadà, koustà, babophòr kalachtheî», que se traduce: «Invoco lo que está sobre toda Potestad del Padre, cuyo nombre es Luz, Espíritu y Vida, porque has reinado en este cuerpo». Otros proclaman la redención con estas palabras: «El Nombre escondido a toda Divinidad, Potestad

y Verdad, del que Jesús Nazareno se revistió en las regiones de la Luz del Cristo que vive por el Espíritu Santo para la redención de los Angeles, el Nombre de la restauración: Messía oupharégna mempsai mèn chal daían mosomè daéa akphar nepseu oua Jesoû Nadzaría». Esta última sentencia se traduce así: No divido el Espíritu de Cristo, corazón y Potestad misericordiosa que está sobre los cielos. ¡Que pueda gozar de tu Nombre, Salvador verdadero!» Esto es lo que pronuncian los que llevan a cabo la iniciación. A su vez los iniciados responden: «He sido confirmado y redimido, y redimo mi alma de este siglo y de todo lo que de él dimana; en el nombre de Iao, que ha redimido su alma para la redención, en el Cristo viviente». Y para concluir, los asistentes exclaman: «Paz a todos aquéllos sobre los cuales descansa este Nombre». En seguida ungen al bautizando con óleo perfumado; y dicen que esta unción es figura del perfume que invade lo que está sobre todas las cosas.

21,4. Otros piensan que no tiene sentido llevar al bautizando al agua. Prefieren mezclar óleo con agua, y pronunciando palabras semejantes a las que hemos dicho arriba, les ungen la cabeza para, según dicen, consagrarlos para la redención. Los ungen con el mismo óleo perfumado. Otros rechazan todas esas ceremonias, y dicen que no necesitan representar por medio de creaturas visibles y corruptibles el misterio de la inefable e invisible Potencia; pues lo que la mente no puede concebir, así como las cosas incorpóreas que sobrepasan los sentidos, no se pueden figurar por medio de cosas sensibles y corporales. La redención perfecta consistiría para ellos en la gnosis de la Grandeza inefable; pues de la ignorancia nacen la penuria y la pasión, los cuales quedan disueltos por la gnosis, que destruye todas las cosas nacidas de la ignorancia. Por ello la redención del hombre interior reposaría en la gnosis. Y esta redención no sería corpórea, ya que el cuerpo es corruptible; ni psíquica, porque también el alma ha nacido de la pasión; sino que tiene como habitación el espíritu; por ello la redención es necesariamente pneumática. Porque el hombre interior y pneumático se redime por medio de la gnosis, y le basta tener el conocimiento de todas las cosas. Esta sería la redención verdadera.

21,5. Otros celebran el rito de la redención sobre los que acaban de morir, derramando óleo y agua sobre su cabeza, o el óleo perfumado que dijimos arriba junto con agua, mientras pronuncian las mismas invocaciones, a fin de que (los

difuntos) se hagan inagarrables e invisibles para los Principados (Archontes) y Potestades, a fin de que su hombre interior pueda subir más allá de los lugares invisibles. De este modo su cuerpo se quedaría en este mundo creado, mientras su alma se elevaría hasta el Demiurgo. Y les ordenan que, cuando lleguen, los que han muerto digan a las Potencias estas palabras: «Yo soy un hijo nacido del Padre, del Padre preexistente, e hijo también en el Preexistente. Vine para verlo todo, mis cosas y las ajenas porque pertenecen a Achamot, la Mujer que las hizo para sí, habiendo tomado su origen del Preexistente. Ahora regreso a mi origen, de donde salí». Y dicen que, con estas palabras, escapan de las Potestades.

También deben llegar hasta donde están los (Angeles) que forman la corte del Demiurgo, a los cuales deberán decir: «Soy un vaso más precioso (Rm 9, 21) que la Mujer que os engendró. Si vuestra Madre ignora sus raíces, yo me he conocido a mí mismo, sé de dónde provengo e invoco a la Sabiduría incorruptible que está en el Padre, la cual es Madre de vuestra Madre, y que no tiene Padre ni esposo varón. Pues la que os ha hecho es una Mujer nacida de Mujer, que no conoce a su Madre y piensa que ella existe por sí sola. Yo, en cambio, invoco a su Madre». Oyendo estas cosas los que rodean al Demiurgo quedarán turbados al aprender cuál es la raíz y origen de su Madre. En cambio los bautizados irán a su Madre, desechando el lazo que a ellos los une, es decir el alma.

Esto es lo que hemos sabido acerca de sus teorías sobre la redención, y cómo estas discrepan entre sí tanto en la doctrina como en el modo de transmitirla. Pero los que de recién se les juntan andan buscando cada día nuevas cosas que inventar para producir frutos que ningún otro haya imaginado. Por eso es muy difícil describir sus opiniones.

22,1. Por nuestra parte conservemos la Regla de la Verdad, que se resume en lo siguiente: Hay un solo Dios Soberano universal que creó todas las cosas por medio de su Verbo, que ha organizado y hecho de la nada todas las cosas para que existan (2 M 7, 28; Sb 1, 14), como dice la Escritura: «Por la Palabra del Señor se afirmaron los cielos, y sus estrellas con el Espíritu de su boca» (Sal

33[32], 6); y también: «Todo fue hecho por él, y sin él nada ha sido hecho» (Jn 1, 3). Nada de lo que existe se exceptúa, sino que el Padre ha hecho todas las cosas por sí mismo, las visibles y las invisibles (Col 1, 16), las sensibles y las inteligibles, las temporales en vista de una Economía y las sempiternas y eternas (2 Co 4, 18). No las hizo por medio de Ángeles o de Potestades separadas de su voluntad; pues el Dios de todas las cosas no necesita de ellos; sino que hizo todas las cosas por medio de su Verbo y de su Espíritu, las ordena, gobierna y da el ser a todas. El ha hecho el mundo, pues el mundo es parte del universo; él plasmó al hombre (Gn 2, 7). Este mismo es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Mt 22, 29; Ex 3, 6), sobre el cual no hay ningún otro Dios, ni Principio, ni Potestad ni Pléroma. El mismo es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 1, 3), como adelante probaremos.

Manteniendo, pues, esta Regla, aunque otros digan muchas cosas diversas, fácilmente les probaremos que se han desviado de la verdad. Pues casi todos los herejes dicen que hay un solo Dios, pero lo cambian por sus perversas doctrinas, volviéndose ingratos para con el que los hizo, como lo hacen los paganos por la idolatría. Desprecian la creatura (plásma) modelada por Dios, oponiéndose a su salvación, y tornándose al mismo tiempo acérrimos acusadores y falsos testigos contra sí mismos. Ellos también resucitarán en la carne, aunque les pese, para que reconozcan el poder que los resucita de la muerte; aunque no se contarán entre los justos, por motivo de su incredulidad.

IRENEO, CONTRA LOS HEREJES IV, 20,1; IV, 25, 2-3; IV, 26, 1-2; V, 15,4-16,2.

IV,20,1. No es posible conocer a Dios en su grandeza; pues es imposible medir al Padre: mas según su amor (pues este es el que nos conduce a Dios por el Verbo), obedeciéndolo, aprendemos constantemente cuán grande es Dios, y que él por sí mismo crea, elige, adorna y contiene todas las cosas, y entre todas estas también está incluido nuestro mundo. Nosotros mismos fuimos hechos junto con estas cosas que él contiene. A esto se refiere la Escritura cuando dice: «Y Dios plasmó al hombre, tomando el barro de la tierra, e infundió en su cara el soplo de vida» (Gn 2, 7). Por tanto, no fueron los ángeles quienes nos hicieron o plasmaron, pues los ángeles no podían reproducir la imagen de Dios; ni otro alguno, fuera del Verbo del Señor, ni algún Poder que no fuese el mismo Padre universal. Porque Dios no tenía necesidad de ningún otro, para hacer todo lo que Él había decidido que fuese hecho, como si Él mismo no tuviese sus manos. Pues siempre le están presentes el Verbo y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales libre y espontáneamente hace todas las cosas, a los cuales habla diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 26): toma de sí mismo la substancia de las creaturas, el modelo de las cosas hechas y la forma del ornamento del mundo.

IV,25,2-3

25,2. Estas cosas fueron representadas en figura muchas veces, por ejemplo en Tamar, la nuera de Judá (Gn 38, 27-30): habiendo ella concebido gemelos, uno de ellos asomó primero la mano; y, como la comadrona pensó que era el primogénito, le ató en la mano como señal un listón rojo. Pero, una vez que hizo esto, él retiró la mano, y nació primero su hermano Fares, y solo en segundo lugar Záraj, el que tenía la mano atada con el listón rojo. De esta manera la Escritura hizo caer en la cuenta de que el pueblo marcado con el listón rojo, es decir el que viniendo del prepucio acoge la fe, se mostró primero en los

patriarcas; luego, habiendo retirado la mano, nació su hermano; solo después nació el que había sido marcado con el listón rojo, que significa la pasión del Justo, prefigurada en un principio por Abel y descrita por los profetas, que se consumó en el Hijo de Dios, en los últimos tiempos.

25,3. Era necesario que algunas cosas de antemano fueran anunciadas por los patriarcas, a la manera propia de los antiguos padres; otras, mediante las figuras propias de la Ley, por los profetas; finalmente a otras les darían forma los que reciben la filiación adoptiva, mediante la forma de Cristo. Todas ellas, sin embargo, se manifiestan en el único Dios. Porque, siendo Abraham uno solo, prefiguraba los dos Testamentos, en los cuales unos sembraron y otros cosecharon: «En esto se muestra verdadera la palabra, porque uno es el que siembra», es decir un pueblo, «y otro el que cosecha» (Jn 4, 37); pues uno solo es el Dios que da la semilla a los sembradores y el pan al segador para que coma (2 Co 9, 10; Is 55, 10), así como es uno el que planta y otro el que riega, pero el único Dios el que da el crecimiento (1 Co 3, 7). Los patriarcas y profetas sembraron la palabra acerca de Cristo, pero la Iglesia ha cosechado, es decir, recogido el fruto. Por eso ellos pedían tener una tienda en ella, como dice Jeremías: «¿Quién me dará una definitiva habitación en el desierto?» (Jr 9, 1), «a fin de que el sembrador y el segador se alegren juntos» (Jn 4, 36) en el Reino de Cristo, el cual está presente en todos aquellos a quienes Dios quiso concederles que su Verbo estuviera con ellos.

IV,26,1-2

26,1. Por consiguiente, si alguien lee atentamente las Escrituras, hallará en ellas la palabra acerca de Cristo y la figura anticipada de la vocación nueva. Este es «el tesoro escondido en el campo» (Mt 13, 44), es decir en este mundo -puesto que «el campo es el mundo» (Mt 13, 38), escondido en las Escrituras, puesto que estaba insinuado en los tipos y figuras, que los seres humanos no podían naturalmente comprender antes de que se cumpliera lo que estaba profetizado, o sea la venida de Cristo. Por eso el profeta Daniel decía: «Oculta las palabras y sella el libro hasta el tiempo final, hasta que muchos aprendan y se cumpla lo

que saben. Pues, cuando la persecución haya llegado a su fin, se sabrán todas estas cosas» (Dn 12, 4.7). Y Jeremías dice: «Estas cosas se comprenderán al final de los tiempos» (Jr 23, 20). En efecto, cualquier profecía es para los seres humanos enigmática y ambigua hasta que se cumple; mas cuando llega el tiempo y sucede lo profetizado, entonces se pueden explicar las profecías claramente.

Por eso aun en nuestros tiempos lo que se lee en la Ley les parece una fábula a los judíos. Es que no tienen aquello que lo explica todo, como es lo que toca a la venida del Hijo de Dios hecho hombre. En cambio para los cristianos, cuando lo leen, se convierte en el tesoro escondido en el campo, revelado y explicado por la cruz de Cristo, que les da inteligencia a los seres humanos y muestra la sabiduría de Dios; también manifiesta las Economías en favor de los hombres, prefigura el Reino de Cristo y anuncia de antemano la heredad de la Ciudad Santa. Desde antes proclama que la persona amante de Dios de tal manera avanzará, que verá a Dios y escuchará su Palabra; y de tal escucha recibirá tal esplendor, que los demás no podrán mirar la gloria de su rostro (2 Co 3, 7; Ex 34, 29-35), como dijo Daniel: «Los sabios brillarán como luminarias en el firmamento, y la multitud de los justos como estrellas, por siglos sin fin» (Dn 12, 3). Por consiguiente, si alguien lee las Escrituras como acabamos de explicar —así como Cristo enseñó a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos, mostrándoles a partir de las Escrituras que «era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y así entrara en su gloria», «y en su nombre se predicara el perdón de los pecados en todo el mundo» (Lc 24, 26.46-47)—, llegará a ser un perfecto discípulo, como aquel «padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (Mt 13, 52).

26,2. Por este motivo es preciso obedecer a los presbíteros de la Iglesia. Ellos tienen la sucesión de los Apóstoles, como ya hemos demostrado, y han recibido, según el beneplácito del Padre, el carisma de la verdad junto con la sucesión episcopal. En cambio a los otros, que se apartan de la sucesión original y se reúnen en cualquier parte, habrá que tenerlos por sospechosos, como herejes que tienen ideas perversas, o como cismáticos llenos de orgullo y autocomplacencia, o como hipócritas que no buscan en su actuar sino el interés y la vanagloria. Todos estos se apartan de la verdad.

V,15,4-16,2

15,4. También yerran los seguidores de Valentín, cuando dicen que el hombre no fue plasmado de la tierra, sino de una materia fluida y difusa. Porque es evidente que la tierra con la que el Señor formó los ojos del ciego es la misma con la cual plasmó al hombre al principio. Porque no era congruente que plasmase de una cosa los ojos y de otra el resto del cuerpo. Por el contrario, aquel mismo que al principio plasmó a Adán, con el cual el Padre habló: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1, 26), en los últimos tiempos se manifestó a los hombres, al formar la visión del que, nacido de Adán, era ciego. Por eso la Escritura indica lo que había de suceder, cuando, habiéndose escondido Adán después de su desobediencia, al atardecer el Señor se acercó a él y lo llamó, preguntando: «¿Dónde estás?» (Gn 3, 1). En los últimos tiempos el mismo Verbo de Dios vino a llamar al ser humano, para recordarle sus obras por las cuales se había escondido de Dios. Pues, así como entonces Dios buscó a Adán al atardecer para hablarle, así también en los últimos tiempos por medio de la misma voz lo visitó en busca de su raza.

16,1. Y porque Dios plasmó de la tierra a Adán en todo cuanto es humano, la Escritura afirma que Dios le dijo: «Con el sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra de la cual fuiste sacado» (Gn 3, 19). Pero si nuestros cuerpos vuelven a otra tierra después de la muerte, en consecuencia, de ella debería haber sido formado su cuerpo; en cambio, si vuelven a la misma, es evidente que de esta tierra ha sido plasmado, como el Señor lo puso de manifiesto cuando le abrió con ella los ojos al ciego. El Evangelio deja bien claro, por una parte qué mano de Dios plasmó a Adán y por la cual fuimos plasmados también nosotros; por otra, que es el mismo Padre, cuya voz desde el principio hasta el fin se hace presente a su creación; así como también la substancia con la cual fuimos modelados. No es posible, pues, buscar otro Padre fuera de este, ni otra substancia para ser plasmados, fuera de la que el Señor indicó y mostró, ni otra mano de Dios fuera de aquella que desde el principio hasta el fin nos modela y adapta a la vida, y que está presente a su creación para perfeccionarla según la imagen y semejanza de Dios.

16,2. Que todo esto sea verdadero, quedó probado cuando el Verbo de Dios se hizo hombre, haciéndose él mismo semejante al hombre y haciendo al hombre semejante a él a fin de que, por esa semejanza con el Hijo, el hombre se haga precioso para el Padre. En los tiempos antiguos, en efecto, se decía que el hombre había sido hecho según la imagen de Dios; pero no se mostraba, pues aún era invisible el Verbo, a cuya imagen el hombre había sido hecho. Por tal motivo este fácilmente perdió la semejanza. Mas, cuando el Verbo de Dios se hizo carne (Jn 1, 14), confirmó ambas cosas: mostró la imagen verdadera, haciéndose él mismo lo que era su imagen, y nos devolvió la semejanza y le dio firmeza, para hacer al hombre semejante al Padre invisible por medio del Verbo visible.

BIBLIOGRAFÍA

Blanchard, Y.-M., Irénée de Lyon. Témoin du développement du Canon testamentaire, Paris 1990.

Brox, N., Die biblische Hermeneutik des Irenaeus, en Zeitschrift für Antikes Christentum 2 (1998), pp. 210-248.

Campenhausen, H. von, Irenäus und das NT, en Theologische Literaturzeitung 90 (1965), pp. 1-8.

Herrera, S., S. Irénée de Lyon exégète, Paris 1920.

Lawson, J., The Biblical Theology of S. Irenaeus, Epworth 1949.

McRay, J., Scripture and Tradition in Irenaeus, en Restoration Quarterly 10 (1967), pp. 1-11.

Robert, R., Le témoignage d'Irénée sur la formation des évangiles, en Revue Thomiste 87 (1987), pp. 243-259.

Simonetti, M., Per typica ad vera, note sull'esegesi di Ireneo, en Vetera Christianorum 18 (1981), pp. 357-382.

Tortorelli, K.M., Some methods of interpretation in St Irenaeus, en Vetera Christianorum 30 (1993), pp. 123-132.

Vogt, H.J., Die Geltung des ATs bei Irenäus von Lyon, en Tübinger Theologische Quartalschrift 160 (1980), pp. 17-28.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 477-506 (con una speciale contribuzione di N. Brox).

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 39-44.

10. TERTULIANO (155CA.-222CA.)

NACIDO EN CARTAGO HACIA EL 155, o a más tardar en 160, las escasas informaciones de que disponemos sobre Tertuliano se nos han transmitido por Jerónimo. La mayor parte de la producción de Tertuliano coincide con el periodo de Septimio Severo, emperador desde el 193 hasta el 211 d.C. En efecto, Tertuliano debió de convertirse antes del 197 y el culmen de su vida como escritor cristiano se debe poner en torno al 213, momento a partir del cual se unió al montanismo, más bien una adhesión incondicional al rigorismo, al profetismo y a la inminencia de la parusía, elementos que tomados con las debidas cautelas no ofrecían ningún problema a la ortodoxia. Después del 213 no tenemos más datos sobre Tertuliano y probablemente murió hacia el 220, quizá reconciliado con la gran Iglesia, aunque este hecho no se pueda confirmar.

Entre las características principales de Tertuliano, se puede subrayar el profundo conocimiento de la Escritura, con más de quince mil citas y referencias bíblicas. Como peculiaridad de su exégesis, encontramos el equilibrio entre letra y alegoría, aunque le falta la terminología (alegoría no es alegoresis, pero él las identifica). La exégesis, entre otras cosas, está regulada por la Regula fidei; la antigüedad da derecho a la interpretación y quien introduce novedades (los herejes) pierde este derecho (prescripción). Tertuliano rechaza la alegoría de los gnósticos pero también, alternativamente, la negación marcionita de la alegoría. Los principios de su exégesis serían tres: la mayoría de las afirmaciones de la Escritura sirven para interpretar la minoría, y no al contrario: secundum plura intellegi pauciora (Prax. 20,2.); se debe privilegiar el uso de la interpretación literal, especialmente cuando se trata de las palabras de Jesús; y el principio de autoridad: la interpretación más antigua pesa más.

Presentamos dos textos de Tertuliano en los que se puede ver sea la teorización, sea la puesta en práctica de su método exegético.

CONTRA MARCIÓN III,5.14.

5. 1. He declarado estas cosas como primera aproximación, como de lejos. Pero a partir de ahora, veo que hay otras líneas que seguir con certeza y de cerca, con las que habrá que luchar, es decir, con las Escrituras del Creador. Según estas, probaré que Cristo era del Creador, en cuanto que [las Escrituras] fueron cumplidas por su Cristo; pero también debo preguntarme sobre la forma de las mismas Escrituras, su naturaleza, por así decirlo, no vaya a ser que, traídas a colación en la controversia, cuando se esgrimen como causas, mezclando la defensa de ellas y la de las causas, desvíen la atención del lector.

2. Alego, por tanto, dos causas para el discurso profético, que deben conocer nuestros adversarios. Una, por la que se enuncian las cosas futuras como ya realizadas. Pues compete a la Divinidad considerar como acaecidas cualesquiera cosas que hubiese decretado, puesto que no hay en ella [en la Divinidad] diferencia de tiempo y en la cual la misma eternidad predispone un estado único de los [diversos] tiempos. Es más familiar a la predicción profética demostrar aquello que prevé, mientras lo prevé, como ya visto y, por tanto, como ya acaecido; esto es, que en todo caso deberá ser, como en Isaías ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos (Is 50, 6). 3. Sea que Cristo ya entonces hablase de sí, como creemos nosotros, sea que el profeta lo dijese de sí mismo, como piensan los hebreos, lo que no había sucedido aún sonaba como ya acaecido. La otra causa será aquella por la cual la mayor parte de las cosas se presenta en modo figurado por enigmas, alegorías y parábolas, que deben entenderse de modo diverso a como están escritas. Pues leemos que los montes destilarán vino (Jl 4, 18) no como si debieras esperar vin brûlé de las piedras o moscatel de las rocas; y si oímos de una tierra que mana leche y miel (Ex 13, 3), no pienses que de los terrones vas a poder recoger galletas o pasteles. Porque tampoco Dios se las prometió de brujo o agricultor, diciendo, pondré ríos en la región sedienta y en el desierto boj y cedros (cf. Is 41, 19). Como también, predicando la conversión de las naciones, me bendecirán los animales campestres, las sirenas y las hijas de las aves (cf. Is 43, 20), no sacará,

ciertamente, augurios de las crías de las golondrinas, de los zorros, y de aquellas monstruosas y fabulosas encantadoras.

4. ¿Y qué más diré yo de este género [de profecía]? Pues el mismo Apóstol de los herejes [Pablo, el Apóstol preferido de Marción] interpreta la misma ley que concede a los bueyes que trillan tener la boca libre (cf. Dt 25, 4; 1 Co 9, 9), no acerca de los bueyes, sino de nosotros mismos, y entiende que la piedra que los acompañaba para suministrarles la bebida era Cristo (cf. 1 Co 10, 4) y, además, enseña a los gálatas (cf. Ga 4, 22-25) que las elucidaciones de los dos hijos de Abraham corrían alegóricamente, y sugiriendo a los efesios (cf. Ef 5, 31-32) que lo que al comienzo se predicó sobre el hombre, que había de abandonar al padre y a la madre y que serían dos en una sola carne, él lo entendía de Cristo y la Iglesia.

III.14.1 Esta nuestra interpretación se sostendrá por el hecho de que mientras en otros lugares Cristo es considerado guerrero por los vocablos de armas y otras palabras, te convencerás a partir de la comparación con otros sentidos. Dice David: Ciñe tu espada al costado (Sal 45, 4). Pero ¿Qué lees sobre Cristo? Eres la más hermosa de las personas, la gracia se derrama por tus labios (Sal 45, 3). 2. Me río si a quien ceñía la espada para la guerra se le acaricia al mismo tiempo con la gracia de su belleza y sus labios. Así también, añadiendo, marcha, cabalga, reina, agrega en pro de la verdad, la piedad y la justicia (cf. Sal 45, 5). ¿Quién obrará estas cosas con la espada y no, más bien, las contrarias: engaño, impiedad e injusticia, es decir, las acciones propias de las batallas? Veamos, pues, si es otra la espada, cuyo obrar es diverso.

3. El Apóstol Juan, en el Apocalipsis (cf. Ap 19, 21; 2, 12), describe la espada que procede de la boca de Dios como de doble filo, aguda, que se debe entender como palabra divina, de doble filo, doblemente aguda, en los dos testamentos, de la ley y el evangelio, aguda por su sabiduría, enemiga del diablo, que nos arma contra los enemigos espirituales de toda maldad y concupiscencia, que nos separa de los más queridos por el nombre de Dios. 4. Y si no quieres reconocer a Juan, tienes a nuestro común maestro Pablo, que ciñe nuestros flancos con la

armadura de justicia y que nos calza con la preparación del evangelio de la paz, no de guerra, que nos ordena aferrar el escudo de la fe, con el que podemos extinguir todas las armas incendiarias del diablo, y el yelmo de la salvación, y la espada del espíritu, que es, dice, la palabra de Dios (cf. Ef 6, 18). 5. Esta es la espada que el Señor mismo vino a traer a la tierra, no la paz (cf. Mt 10, 34). Si Cristo es tuyo, entonces es también guerrero. Si no es guerrero, porque está blandiendo una espada alegórica, era lícito que el Cristo del Creador, en el salmo, estuviera ceñido de la espada figurada de la palabra, sin armas bélicas, de modo que se le adapte la ya dicha circunstancia y gracia de los labios, pues ya se ceñía al muslo en David, una vez que fuera enviada a la tierra.

6. Esto es lo que dijo: marcha, cabalga, reina (Sal 45, 5). Extendiendo su palabra a toda la tierra para convocar a todas las naciones, para prosperar con el éxito de la fe, por la cual se le recibe, y reinando después, pues venció la muerte con su resurrección. Y te conducirá, dice, magníficamente tu diestra (Sal 45, 5), es decir, la fuerza de la gracia espiritual, por la cual se obtiene el conocimiento de Cristo. 7. Agudas son tus flechas (Sal 45, 6), tus preceptos vuelan a todas partes, y son advertencias y heridas del corazón, que llenan de compunción y perforan toda conciencia. Caerán ante ti los pueblos (cf. Sal 45, 6), sin duda para adorarte. Así es el Cristo del Creador, potente en la guerra, armado para la batalla, así recibe los despojos bélicos, no solo de Samaría (cf. Is 8, 4), sino de todas las gentes. Reconoce aquí, pues, el expolio figurado de aquel cuyas armas aprendiste que son alegóricas. Puesto que figuradamente ha hablado el Señor y ha escrito el Apóstol, no usamos temerariamente sus interpretaciones, cuyos ejemplos también admiten los adversarios y así, en tanto será de Isaías el Cristo que viene, en cuanto no fue guerrero, pues no lo predice tal Isaías.

LA RESURRECCIÓN 8,1-6.21, 1-6.

8.1. Y estas son las argumentaciones, como sacadas del dominio público de la humana condición, que he aportado en defensa de la carne. Veamos ahora la propia doctrina del nombre cristiano, y cuánto es la prerrogativa otorgada a esta frívola y sórdida sustancia de parte de Dios. 2. Aunque bastaría el hecho de que ninguna alma puede alcanzar la salvación, a no ser que crea mientras está en la carne: ya que la carne es el quicio de la salvación, y cuando el alma se une a Dios por la salvación, es esta misma carne la que hace que Dios pueda elegir el alma. 3. Pues se lava la carne, para que se limpie el alma; se unge la carne, para que se consagre el alma; se signa la carne, para que el ama quede protegida; la carne queda ensombrecida por la imposición de la mano, para que el alma se ilumine por el Espíritu; la carne se alimenta con el cuerpo y la sangre de Cristo, para que el alma se nutra. No se pueden separar en la recompensa, aquellas cosas que unió la obra.

4. Pues los sacrificios gratos a Dios, quiero decir las luchas del alma, ayunos, vigilias, comidas insípidas y desechos consecuentes de esta necesidad, la carne los establece con su propia incomodidad. Y también la virginidad, la viudez, y la decente simulación del matrimonio a escondidas, y conocerlo solo una vez, alaban a Dios como bienes de la carne. 5. Ea pues, ¿qué piensas de ella cuando, en nombre de la fe, se debate, puesta en ridículo y expuesta al odio público; cuando se consume en las cárceles en la más oscura lejanía de la luz, en la penuria de higiene, en la aspereza, suciedad, ultraje del alimento; ni siquiera libre en el sueño, pues está atada al lecho, torturada por los mismos lienzos; cuando ya a la luz es torturada con todo género de tormentos; cuando, en fin, se ve exhausta con los suplicios; haciendo el esfuerzo de devolver a Cristo, muriendo, el favor y, muchas veces, hasta con la misma cruz, por no hablar de las más atroces invenciones de tormentos? 6. Felicísima y gloriosísima ella, que puede igualar tanta deuda ante Cristo Señor, de modo que solo le debe que ha dejado de deberle algo, tanto más obligada cuanto más absuelta. (...)

21, 1-6

21.1. Si, por tanto, a veces y en parte, preguntas, ¿por qué no se pueden estas cosas entender espiritualmente en el edicto de la resurrección? Porque hay una razón de la más alta importancia. Primero, ¿que harán todos los otros escritos divinos, que tan abiertamente atestiguan la resurrección corporal de modo que no admitan ni la sospecha de un significado figurado? 2. Y sería justo lo que arriba hemos declarado: las cosas inciertas se deben juzgar a la luz de las ciertas y las oscuras de las manifiestas, no sea que en la discordia entre lo cierto y lo incierto, lo manifiesto y lo oscuro, se disipe la fe, se dude de la verdad, la misma divinidad sea considerada como inconstante. 3. Además, porque no es verosímil que la naturaleza del sacramento en el que se contiene toda la fe, en el que está toda la disciplina, parezca que se anuncia de modo ambiguo y se proponga con oscuridad, cuando la esperanza de la resurrección, si no es manifiesta acerca del juicio y el premio, no podría persuadir a ninguno hacia esta religión, condenada al odio público y a la murmuración hostil.

4. No hay obra cierta con recompensa incierta, no hay temor justo cuando es dudoso el peligro: y la recompensa y el peligro dependen del evento de la resurrección. 5. Pero si una profecía tan manifiesta ha lanzado contra ciudades, pueblos y reyes decretos y juicios de Dios, tan acordes con tiempos, lugares y personas, ¿cómo es que sus eternas y universales disposiciones, dirigidas a todo género de hombres, se alejen de su luz? Estas, cuanto más importantes sean, tanto más claras deben ser, para que se juzguen importantes. 6. Y pienso que a Dios no se le puede atribuir ni la envidia, ni el dolo, ni la inconstancia, ni la charlatanería, por las cuales se suele poner en duda la promulgación de las cosas rectas.

BIBLIOGRAFÍA

Barlow, R.M., Biblical Inspiration in Tertullian, en The Theologian 13 (1957), pp. 40-44.

Dunn, G.D., Tertullian's Scriptural Exegesis in de praescriptione haereticorum, en Journal of Early Christian Studies 14 (2006), pp. 141-155.

Eno, R.B., Scripture and Tradition in Tertullian, en The Quadrilog: Tradition and the Future of Ecumenism - Essays in Honour of George H.Tavard, ed. K. Hagen, Minneapolis 1994, pp. 13-31.

Hamman, A., La typologie biblique et sa formulation chez Tertullien, en Eulogia. Mélanges off. à A.A.R. Bastiaensen. Ed. G.J.M. Bartelink, The Hague 1991, pp. 137-146.

Hanson, R.P.C., Notes on Tertullians interpretation of scripture, en Journal of Theological Studies 12 (1961), p. 273-279.

Jansen, J.F., Tertullian and the New Testament, en Second Century 2 (1982), pp. 191-207.

Karpp, H., Schrift und Geist bei Tertullian, Gutersloh 1955.

Karpp, H., Schrift, Geist und Wort Gottes. Geltung und Wirkung der Bibel in der Geschichte der Kirche. Von der Alten Kirche bis zum Ausgang der Reformationszeit, Darmstadt 1992.

Kuss, O., Zur Hermeneutik Tertullians, en Neutestamentliche Aufsätze Festschrift fur Prof. Josef Schmid zum 70. Geburtstag, by J. Blinzler; O. Kuss; F. Mussner 1953, pp. 138-160.

Leal, J., Credibile [...] quia ineptum: Tertuliano y el problema de la interpretación, Roma 2012 (especialmente 7. La exégesis de Tertuliano y 8. Tipología y alegoría en Tertuliano, pp. 107-153).

O’Malley, T.P., Tertullian and the Bible. Language —Imagery —Exegesis, Nijmegen-Utrecht 1967.

Sider, R.D., Credo quia absurdum? in Classical World 73 (1980), pp. 417-419.

Siniscalco, P., Appunti sulla terminologia esegetica di Tertulliano, en La terminologia esegetica nell’antichità, Bari 1987, pp. 103-122.

Speigl, J., Tertullian als Exeget, en Stimuli. FFS., E.Dassmann, Münster 1996, pp.171-173.

Viciano, A., Principios de hermenéutica bíblica en el tratado ’Adversus judaeos’ de Tertulliano, en Biblia y Hermenéutica. VII Simposio Internacional de Teología, Pamplona, 1986, pp. 637-644.

Waszink, J.H.. Tertullian’s Principles and methods of Exegesis, en Early Christian Literature and the Classical Intellectual Tradition. In honorem Robert M. Grant, Paris 1979, pp. 17-31.

Zimmermann, G., Die hermeneutischen Prinzipien Tertullians, Wurzburg 1937.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis: the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 593-622.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria: un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 45-47.

11. HIPÓLITO

BAJO EL NOMBRE DE HIPÓLITO SE PRESENTAN distintas entidades históricas y/o histórico-literarias: el escritor Hipólito, mencionado por Eusebio de Cesarea, el De viris illustribus de Jerónimo y otros testimonios orientales, ignorado en occidente, autor de una obra titulada Contra Noeto y de un grupo de escritos exegéticos; el autor de la Refutatio omnium haeresium y escritos emparentados, localizado en Roma, en oposición a los papas Ceferino y Calixto, en los primeros decenios del siglo III; el presbítero y mártir Hipólito, muerto en Cerdeña con Ponciano Papa y venerado en Roma y Porto. Las relaciones entre estas tres entidades se explican de diferentes maneras. La tradición identifica las tres en un solo personaje, Hipólito de Roma. La hipótesis de Loi-Simonetti, que seguimos aquí, intenta reconducir las tres entidades a dos personajes históricos. Parte importante de la discusión es el hecho de que a mitad del siglo XVI se descubrió una estatua de Hipólito, ahora en la Biblioteca Vaticana, donde estaban grabados los títulos de sus obras. Pero más tarde se descubrió que la estatua no representaba a Hipólito y la lista de las obras no se podía considerar fiable. Para esta misteriosa figura, remitimos a los estudios de M. Simonetti y del Instituto Patrístico “Augustinianum”.

Con el nombre de Hipólito se entiende aquí el autor de una obra titulada Contra Noeto y de un conjunto de escritos exegéticos: un Comentario a David; un Comentario al Cántico de los Cánticos; una Homilía sobre la Historia de David y Goliat; una Homilía sobre los Salmos; y una Homilía sobre la Pascua. Se conocen los nombres de diez y siete obras exegéticas perdidas, que pertenecen en su mayoría al Antiguo Testamento. Algunos investigadores piensan que Hipólito es el iniciador de la exégesis como género literario autónomo.

Este grupo de tratados exegéticos, transmitidos con el nombre de Hipólito, sigue el método alegórico, aunque con moderación, y centrado en la cristología. Se puede hablar de extensión de la tipología, puesto que Hipólito es el primer escritor cristiano que hace un comentario sistemático a un libro de la Biblia: así se constituye en género literario autónomo (no polémico, como podía suceder hasta este momento). Encontramos en este autor algunas ocasiones en que fuerza el texto con la alegoría: por ejemplo Las bendiciones son solamente alegoría y

parece que Hipólito no esté interesado en el sentido literal. Esto no significa que niegue la historicidad de los hechos, sino que tales acontecimientos se han realizado para constituir una anticipación de Cristo y la Iglesia. Los criterios empleados son, por tanto: el rechazo del sentido literal en beneficio del alegórico; el origen etimológico de la alegoría; el refuerzo de la interpretación de un pasaje con citas de otros pasajes conectados con el primero. Este criterio no se aplica sistemáticamente y, a veces, la interpretación alegórica parece injustificada. Así, la ratio exegética de Hipólito parece aproximativa y defectuosa. Prinzivalli habla de alternancia sin reglas de interpretación literal e interpretación alegórica.

BENDICIONES DE JACOB 15-19.

A ti, Judá, te alaben tus hermanos; tu mano en la cerviz de tus enemigos: ¡inclínense ante ti los hijos de tu padre! Cachorro de león, Judá; de un brote, hijo mío, procedes; se agacha, se echa cual león o cual leona, ¿quién le va a desafiar? No se irá cetro de mano de Judá, bastón de mando de entre sus piernas, hasta que venga el que le pertenece, y al que harán homenaje los pueblos. El que ata a la vid su borrico y a la cepa el pollino de su asna; el que lava en vino su túnica y en sangre de uvas su sayo; el de ojos rubicundos por el vino, y blanquean sus dientes más que leche (Gn 49, 8-12).

¿Cómo pueden ser iguales estas cosas que las que encontramos dichas antes sobre Rubén? (...) Pero dirá alguno: ¿Por qué razón ha parecido bien al profeta dar esta bendición a Judá, mientras no lo ha hecho así con los precedentes? Apréndelo. Porque David debía nacer de la tribu de Judá y Cristo de David según la carne, [y el profeta], conociendo el futuro en espíritu, ha bendecido a David descendiente de Judá y a Cristo que había de nacer de David según la carne, para que no recibiera de Dios solamente la bendición espiritual, sino también según la carne. (...)

16. Dice así Jacob: A ti, Judá, te alaben tus hermanos; tu mano en la cerviz de tus enemigos: ¡inclínense ante ti los hijos de tu padre! ¿Quiénes son los hermanos que lo alaban y lo adoran, sino los Apóstoles, a los que llamó el Señor mis hermanos y coherederos (cf. Mt 12, 49-50)? Decir tu mano en la cerviz de tus enemigos es decir, ya que extendiendo las manos ha tenido la fuerza en la lucha contra los enemigos para triunfar sobre las potencias, ya que se hizo señor y dueño de quienes son sus enemigos según la carne y establecido por el Padre juez de todos (cf. Jn 5, 22).

Cachorro de león, Judá; de un brote, hijo mío, procedes. Diciendo león y cachorro de león ha mostrado sabiamente dos Personas: el Padre y el Hijo. Al decir de un brote, hijo mío, procedes lo ha hecho para mostrar la generación de la carne de Cristo, el cual, encarnado, concebido del Espíritu Santo en el seno de la Virgen, ha brotado en ella y como flor y perfume de buen olor y se ha mostrado viniendo al mundo. Después, diciendo cachorro de león ha mostrado la generación de Dios según el Espíritu, como un rey que nace de otro rey. Y no ha callado sobre su generación según la carne, sino que dice: de un brote, hijo mío, procedes. En efecto, dice Isaías: Dará un vástago el tronco de Jesé, un retoño de sus raíces brotará (Is 11, 1). En efecto, la raíz de Jesé era la estirpe de los padres, como una raíz plantada, y la vara nacida de ellos era María, porque era de la casa y familia de David (cf. Lc 2, 4). La flor que ha nacido de ella era Cristo, como profetizó Jacob: de un brote, hijo mío, procedes.

En cuanto a se agacha, se echa cual león o como un cachorro, lo dijo para significar los tres días que permaneció recostado en la tumba, donde permaneció en el seno de la tierra. Como también el Señor lo testificó diciendo: Porque así como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches (Mt 12, 40). Y David, preanunciándolo, dice: Me acuesto y me duermo, me despierto: Yahvé me sostiene (Sal 3, 6). Igualmente dice Jacob: quién lo despertará? Y no dice: nadie lo despertará, sino quién? para que entendamos que es el Padre quien ha despertado al Hijo de entre los muertos. Como también dice el Apóstol: ...y Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos (Ga 1, 1); y Pedro dice: a este, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio (Hch 2, 24). (...)

18. Y después dice: ata a la vid su borriquillo y a la cepa el pollino de su asna (Gn 49, 11), mostrando las dos llamadas enlazadas con Él como viña y llevadas juntas a la unidad por su amor; asna y asno purificados a un tiempo por la palabra, sobre los cuales el Salvador, montado, hizo su entrada en Jerusalén (cf. Mt 21, 5). Después añade: lava en vino su vestimenta, ¡qué místicamente ha indicado su bautismo! Cuando subió del Jordán y hubo lavado sus aguas, recibió la gracia y el don del Espíritu Santo (cf. Mt 3, 13-17). Llamó vestimenta a su carne y vino al Espíritu del Padre, que descendió sobre Él en el Jordán. Y en

sangre de uvas su sayo: sayo del Logos significa los gentiles, que han sido considerados como su sayo, como se dice por el profeta: ¡Por mi vida! —oráculo de Yahveh— que con todos ellos como con velo nupcial te vestirás (Is 49, 18). Porque Él mismo, colgado de la cruz, era racimo y uva, porque del costado atravesado manó sangre y agua (Jn 19, 34), aquella para redención, esta para lavado, como justamente dijo el profeta: lava en vino su túnica y en sangre de uvas su sayo.

19. Después, indicando a sus profetas y apóstoles, dice: el de los ojos encandilados de vino, el de los dientes blancos de leche. Los ojos de Cristo son sus profetas, que se regocijan por la fuerza del Espíritu y preanuncian los sufrimientos que habría de padecer y que servirían a las generaciones futuras para que todo hombre que crea pueda ser salvado. Lo de los dientes blancos de leche, significa o bien los apóstoles santificados por el Logos que se han convertido como en leche, que nos han dado el alimento espiritual y celestial; o bien significa los mandamientos del Señor, que salen de la boca santa, convertidos para nosotros en leche, para que alimentándonos con ellos podamos tomar el pan celestial.

BIBLIOGRAFÍA

Hippolyte de Rome, Sur les bénédictions d'Isaac, de Jacob et de Moïse, ed. M.Brière, L.Mariès, B.-C. Mercier, París 1954.

Institutum Patristicum «Augustinianum», Ricerche su Ippolito, Roma 1977.

Institutum Patristicum «Augustinianum», Nuove ricerche su Ippolito, Roma 1989.

Ippolito, Le benedizioni di Giacobbe; traduzione, introduzione e note ed. Manlio Simonetti, Roma 1982.

Dunbar, D. G., Hippolytus of Rome and Eschatological Exegesis of the Early Church, en The Westminster Theological Journal 45 (1983), pp. 322-339.

Jonge, M. de, Hippolytus' Benedictions of Isaac, Jacob and Moses' and the Testaments of the Twelve Patriarchs, en Bijdragen. International Journal in Philosophy and Theology 46 (1985), pp. 245-260.

Prinzivalli, E., L'esegesi di Ippolito, en La Bibbia nell'Antichità Cristiana, ed. E. Norelli, Bologna 1993, pp. 319-327.

Simonetti, M., Note su antichi commenti alle Benedizioni dei Patriarchi, en Annali della Facoltà di Lettere-Filosofia e Magistero di Cagliari 28 (1960), pp. 403-471.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 528-535.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 53-63.

12. CIPRIANO DE CARTAGO (210CA.-258)

CIPRIANO FUE OBISPO DE CARTAGO ENTRE 249 y 258, año en que murió mártir. Su actividad como obispo se desarrolla durante la persecución de Decio, a la cual se sustrajo huyendo (desde su refugio siguió gobernando la iglesia de Cartago y tras la persecución tuvo que resolver el problema de los lapsi), y la persecución de Valeriano. Los dos maestros de Cipriano son la Biblia y Tertuliano, que constituían su lectura diaria y que conocía a fondo. Las obras de Cipriano son prevalentemente pastorales. El De lapsis, por ejemplo, establece las reglas que se seguirán para la readmisión de los apóstatas durante las persecuciones; en el De unitate Ecclesiae, uno de sus tratados más influyentes a lo largo de los siglos, establece que hay una sola Iglesia, edificada sobre Pedro, y fuera de ella no hay posible salvación. Su última obra fue una exhortación al martirio, Ad Fortunatum, constituida por una selección de pasajes bíblicos sobre los deberes de los cristianos en tiempo de persecución.

En ámbito bíblico Cipriano es importante por las colecciones de testimonia bíblicos (Ad Quirinum, Ad Fortunatum) orgánicamente ordenados. Su exégesis es marcadamente tipológica, pero no emplea una terminología unívoca para designarla, usando los términos sacramentum, typus, imago, figura, exemplum, pero nunca allegoria. Como es lógico, su interés es más pastoral que exegético y por eso su método consiste en una lectura cristológica del Antiguo Testamento, tanto que algunos hablan incluso de cristologización, vista la abundancia de citas, a veces catenae, con una neta relevancia del Antiguo Testamento.

Presentamos un fragmento de su obra más conocida en el cual se observan los rasgos exegéticos del obispo de Cartago.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA, 7-10.

7. Este misterio de unidad, este vínculo de concordia indisoluble, se pone de manifiesto cuando en el Evangelio la túnica del Señor Jesucristo de ninguna forma se descose ni se desgarra, sino que más bien la recibe íntegra y la posee intacta e indivisa quien, después de echar suerte sobre ella, se ha revestido de Cristo (cf. Rm 13, 14; Ga 3, 27). La divina Escritura dice estas palabras: En cuanto a la túnica, ya que no iba cosida por la parte superior; sino que estaba tejida de una pieza, se dijeron entre ellos: «No la rompamos, sino echemos a suertes a ver a quien le toca» (Jn 19, 23-24). Él traía la unidad que proviene de arriba, es decir, del cielo y del Padre; unidad que de ningún modo puede ser destruida por el que la recibe y posee, sino que es adquirida total y firmemente indisoluble: no puede poseer, por tanto, la túnica de Cristo quien rompe y divide la Iglesia de Cristo. Por el contrario, cuando a la muerte de Salomón se dividió su reino y su pueblo, el profeta Ajías salió al encuentro del rey Jeroboam en el campo, rasgó sus vestidos en doce jirones y le dijo: Toma para tí diez jirones, porque así dice el Señor: «He aquí que voy a partir el reino de Salomón y te daré diez cetros, y quedarán dos cetros para él en consideración a mi siervo David y a la ciudad de Jerusalén, que elegí para poner en ella mi nombre» (1 R 11, 31-32). Ya que iban a separarse las doce tribus de Israel, el profeta Ajías desgarró su manto, pero como el pueblo de Cristo no puede dividirse, su túnica, tejida toda de una pieza e inconsútil, no fue partida por los que la poseyeron. Indivisa, de una pieza, bien tejida, muestra la indisoluble concordia de nuestro pueblo, de los que nos hemos revestido de Cristo. Por la significación reveladora y la figura de su vestidura proclamó la unidad de la Iglesia.

8. ¿Quién será, por tanto, tan malvado e infiel, quién tan demente por la locura de la discordia, que crea que puede romperse, o que se atreva él mismo a romper la unidad de Dios, la túnica del Señor, la Iglesia de Cristo? Cristo mismo nos advierte y nos lo enseña en su Evangelio diciendo: Y serán un solo rebaño y un solo pastor (Jn 10, 16). ¿Y puede pensar todavía alguien que en un solo redil puede haber muchos pastores o muchos rebaños? Del mismo modo el apóstol Pablo, refiriéndose a esta misma unidad, la recomienda y nos exhorta a ella

cuando dice: Os ruego, bermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos digáis una misma cosa y no baya cismas entre vosotros, al contrario, permaneced unidos en un mismo sentir y un mismo pensar (1 Co 1, 10). Y reitera en otro lugar: Soportándoos mutuamente con amor; esforzándoos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz (Ef 4, 2-3). ¿Piensas tú que puede mantenerse en pie y continuar viviendo quien se aparta de la Iglesia y se construye otras moradas y domicilios distintos, después de lo que se le dijera a aquella (Rahab), en la que estaba prefigurada la Iglesia: Reunirás a tu padre y a tu madre, a tus hermanos y a toda la familia de tu padre junto a ti en tu misma casa, y todo el que salga de la puerta, será responsable de lo que le suceda (Jos 2, 18-19)? Igualmente también el rito de la Pascua consistía, según la ley del Éxodo, en que el cordero, que era sacrificado como figura de Cristo, se debía comer en una sola casa. Así lo dice Dios con estas palabras: Será comido en una sola casa, y no arrojaréis su carne fuera de la casa (Ex 12, 46). La carne de Cristo y las cosas santas del Señor no pueden ser arrojadas fuera, y no existe otra casa para los creyentes más que la única Iglesia. El Espíritu Santo anuncia y señala en los Salmos esta casa y esta morada de espíritus unidos diciendo: Dios que hace habitar en una misma casa a los que tienen una sola alma (Sal 67, 7). En la casa de Dios, en la Iglesia de Cristo, habitan los que tienen una sola alma, y en ella perseveran los que viven en concordia y los sencillos.

9. Por ello también vino el Espíritu Santo en forma de paloma. Se trata de un animal sencillo y alegre, sin amargura ni hiel, que no se ensaña con picotazos, ni ataca con sus uñas; se siente bien en compañía de los hombres y solo conoce la concordia de una sola casa; cuando crían, alimentan juntas a sus polluelos; cuando emigran, vuelan en bandadas; viven en comunidad, se manifiestan su afecto con el beso de su boca y cumplen en todo la ley de un vivir unánimes. Esta sencillez debe reconocerse en la Iglesia; esta caridad debe lograrse, imitando el amor fraternal de las palomas, la mansedumbre y bondad de los corderos y ovejas. ¿Qué lugar puede ocupar en el corazón del cristiano la fiereza de los lobos, la rabia de los perros, el veneno mortal de las serpientes o la crueldad sanguinaria de las fieras? Hay que dar gracias de que todos estos se encuentren fuera de la Iglesia, para que las palomas y ovejas de Cristo no se contagien de su crueldad y veneno. No pueden coexistir ni unirse la amargura con la dulzura, las tinieblas con la luz, la lluvia con el tiempo sereno, la guerra con la paz, la esterilidad con la fecundidad, la sequía con las fuentes de agua, la tempestad con la calma. No cabe pensar que los buenos puedan separarse de la

Iglesia: el viento no arrastra el trigo, ni el huracán derriba el árbol firmemente enraizado. Solo las pajas ligeras son arrastradas por el vendaval y los árboles endebles son derribados por la fuerza del torbellino. A estos son a los que repudia y censura el apóstol Juan cuando dice: Se alejaron de nosotros, pero no eran de los nuestros; si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros (1 Jn 2, 19).

10. De aquí han surgido y surgen frecuentemente las herejías, por no mantener la paz la mente perversa, por no conservar la unidad la perfidia disgregadora. El Señor permite y soporta estas cosas, respetando la libertad de cada uno, para que brille con luz clara la fe íntegra de los escogidos, al ser examinados nuestros corazones y mentes con el criterio de la verdad. El Espíritu Santo nos lo señala, por medio del apóstol, cuando dice: Es necesario que haya herejías, para que se ponga de manifiesto quiénes son los probados entre nosotros (1 Co 11, 19). Así son probados los que son fieles y se descubren los infieles; así además, ya aquí, antes del día del juicio, se distinguen los justos de los injustos y se separa el trigo de la paja. Estos últimos son los que, sin ninguna disposición divina, se colocan al frente de unos temerarios aventureros; los que sin designación legal se constituyen en jefes y se apropian el título de obispos, sin que nadie les haya conferido el episcopado; a ellos los califica el Espíritu Santo en los Salmos como los que están sentados en la cátedra de la pestilencia, pues son peste y corrupción de la fe, serpientes que engañan con la boca y artífices de la corrupción de la verdad, vomitando un letal veneno de sus lenguas pestilentes; cuyas palabras cunden como un cáncer y su doctrina infunde un virus mortal en las almas y corazones de cada uno.

BIBLIOGRAFÍA

Fahey, M.A., Cyprian and the Bible: A Study in Third Century Exegesis, Tübingen 1971.

Fasholé-Luke, E., Who is the Bridegroom? An Excursion into St. Cyprian's Use of Scripture, en Studia Patristica 12 (1975), pp. 294-298.

Gallicet, E., Cipriano e la Bibbia: «fortis ac sublimis vox«, en Forma futuri. Studi in onore del card. M. Pellegrino, Torino 1975, pp.43-52.

Gallicet, E., L'Antico Testamento nell'Ad Demetrianum di Cipriano, en Augustinianum 22 (1982), pp. 199- 202.

Gargano, I., Il Padre nostro e la preghiera nell'esegesi di San Cipriano, en Parola Spirito e Vita 3 (1981), pp. 199-211.

Parvis, P., The teaching of the Fathers; Cyprian in the mirror of Scripture, en Clergy Review 69 (1984), pp. 180-182 (205-209).

Romeo Pallás, J.M., La Biblia Cyprianea. Una muestra de su reconstrucción, en Actes Del IXè. Simposi de la Secció Catalana de la SEEC, pp. 787-790.

Sachot M., Saint Cyprien. De la tradition de l'Ecriture à l'écriture de la Tradition. De Mt 16, 18-19 au De Ecclesiae catholicae unitate, S. Cyprien, c. IV in Du texte à la parole, Paris 1982.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 625-633.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 231-232.

13. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (150-215CA.)

NACIDO HACIA 150 Y CONTEMPORÁNEO DE IRENEO, Tertuliano e Hipólito, Clemente se convirtió al cristianismo tras una búsqueda de la verdad que lo había conducido hasta el sur de Italia, Siria y Palestina. Finalmente se encontró con Panteno en Alejandría, donde era maestro de la escuela. Clemente sustituye a Panteno hacia el 200 como director de la escuela, pero enseguida tuvo que huir durante la persecución de Septimio Severo (202-203). Murió en Jerusalén poco antes de 215. Escribió lo que algunos consideran una trilogía, Protréptico, Pedagogo, Estrómata, que ilustra bien cual podía ser el plan de estudios de la escuela alejandrina en su misión de sustituir el gnosticismo con una gnosis cristiana. Esta triple división -que corresponde a los tres tipos de hombres según los gnósticos: materiales, animales y espirituales-, se convierte ahora en una clasificación más espiritual que antropológica. Se puede mencionar también su Quis dives salvetur?, obra de tipo homilético.

Clemente usó continuamente la Escritura. Tenía un conocimiento completo de la literatura cristiana primitiva, sea de la Biblia sea de las otras obras post-apostólicas. Cita más de mil veces el Antiguo Testamento y dos mil el Nuevo. También conoce bastante bien los clásicos, a los cuales cita no menos de trescientas veces, pero no todos atribuyen a este uso el mismo valor en relación al pensamiento global del autor. Ciertamente se puede observar una especie de acuerdo general entre los críticos sobre el carácter eminentemente cristiano de este autor, con una cierta preeminencia del carácter puramente filosófico.

Clemente se nutre de la Escritura, pero su erudición bíblica no parece tan extraordinaria cuando se compara con la de los antiguos que, como él, muestran una familiaridad muy fuerte con el texto sagrado. Es más interesante subrayar que Clemente no solamente cita la Biblia de memoria, sino que ha debido tener frecuentemente los textos al alcance de la mano. Según Mondésert se debería aceptar la hipótesis según la cual nuestro autor se sirvió de antologías del género de los testimonia, reuniendo textos clásicos sobre un tema. Pero el hecho de que Clemente haya usado florilegios bíblicos sería completamente conforme a su método de trabajo. Clemente distingue diversos sentidos de la Biblia: histórico (el obvio de los hechos históricos), doctrinal (moral, religioso, teológico),

profético (mesiánico; las profecías propiamente dichas y el sentido típico), filosófico (cosmológico: las dos tablas de la ley representan la tierra y el cielo; psicológico: Sara y Agar representan la sabiduría cristiana y la filosofía pagana), místico (las relaciones del alma con Dios en su camino progresivo hacia Él).

Al final de su obra mayor, los Estrómatas, Clemente Alejandrino, en una página conclusiva, enumera los errores fundamentales de los herejes en el empleo de la Escritura: uso selectivo de libros y textos bíblicos, y seleción defectuosa de ellos, ausencia de atención a la especificidad de los diversos libros sagrados, manipulación de frases ambiguas, extrapolación del contexto, interpretación forzada para confirmar ideas a priori, interpretación literal de la alegoría, omisión de textos paralelos, falsificación del texto, interpretación blasfema, esto es, negación del sentido evidente (Draczkowski). De esta lista se puede deducir la consideración en que tenía la exégesis cristiana. Si a esto se añade su declaración en favor de la unidad de doctrina de toda la Escritura, la consideración de la especificidad de las lenguas y la aplicación de las normas de la Iglesia (Palucki), se puede decir que tenemos un panorama completo de la exégesis del Alejandrino.

Es muy conocida por todos la inclinación de la escuela alejandrina hacia la exégesis alegórica. Clemente sigue esta tendencia y considera la Escritura como la voz misma del logos retomando el concepto tradicional de que el Evangelio es la realización y el cumplimiento de la ley: los Testamentos son dos por su nombre y edad, pero uno solo con respecto a la eficacia, y es un único Dios, por medio de su Hijo, el que los da. Las palabras de Cristo son expresión de una sabiduría divina misteriosa que no debemos escuchar con oído carnal. De aquí resulta evidente que tal concepción de la palabra sagrada privilegia la interpretación de tipo alegórico. La alegoría constituye el principio hermenéutico principal sobre el que se funda la distinción de la enseñanza bíblica en dos niveles y permite pasar del nivel inferior literal al superior, penetrando los aspectos menos evidentes de esa enseñanza. Los textos no deben interpretarse alegóricamente en todas sus palabras, sino solo en aquellas que indican el concepto general del pasaje. A pesar de esto, Clemente no se ha preocupado nunca de armonizar, en una doctrina coherente, interpretación literal y alegórica. Clemente continúa y revaloriza la tipología tradicional, atestiguando la unidad de los dos Testamentos y proponiendo el concepto de Revelación progresiva. Las diversas influencias que convergen en Clemente le estimulan a veces a acumular, en un mismo pasaje bíblico, diferentes interpretaciones alegóricas, inaugurando un procedimiento que se convertirá en distintivo de la interpretación alejandrina

(Simonetti).

ESTRÓMATA V, 6, 32-40.

32.1. Sería excesivo recorrer todos los [escritos] proféticos y de la Ley para explicar lo que han dicho mediante enigmas. En efecto, casi toda la Escritura está anunciada de esa manera. No obstante, para quien tenga inteligencia, me parece, es suficiente exponer unos pequeños ejemplos para demostrar lo propuesto. 2. Así, manifiesta la significación oculta de las siete murallas alrededor del antiguo templo, referida entre los hebreos; o la disposición del vestido talar del sacerdote, que por medio de distintos símbolos relacionados con cosas visibles, insinuaba la composición desde el cielo hasta la tierra. 3. El velo y las cortinas [del templo] estaban confeccionados con jacinto y púrpura, con escarlata y lino; insinuaban la manifestación de Dios, como la naturaleza de los elementos comporta; porque la púrpura viene del agua, el lino de la tierra, y el jacinto, que es sombrío, se asemeja al aire, al igual que la escarlata al fuego.

33.1. En medio del velo y de las cortinas del templo, allí donde podían entrar los sacerdotes, se encontraba un incensario, símbolo de la tierra, colocada en medio de este mundo, desde la que brotan las exhalaciones. 2. Pero en medio estaba también el espacio aquel situado más allá de las cortinas, donde únicamente podía entrar el gran sacerdote en días señalados; y el atrio que le circundaba externamente, accesible a todos los hebreos. Por eso decían que era lo más intermedio del cielo y la tierra. Otros, en cambio, afirman que era símbolo del mundo inteligible y del sensible. 3. En efecto, el velo, barrera para la infidelidad laica, estaba extendido delante de las cinco columnas, separando a los que estaban en el círculo externo. 4. Así, con sentido muy misterioso, se alude a los cinco panes multiplicados por el Salvador y que fueron suficientes para la muchedumbre de los oyentes. En verdad que son muchos los que se aferran a lo sensible, como si fuera lo único que existiese. 5. Mira en derredor tuyo, dice Platón, no sea que alguno de los no iniciados escuche. Son aquellos que piensan que solo existe lo que pueden aferrar con sus manos; pero las acciones y producciones, y todo aquello que es invisible, no lo admiten como parte de la realidad (Theaet. 155 E). 6. Tales son, pues, los que atienden únicamente a los cinco sentidos. Sin embargo, entender a Dios es inaccesible a los oídos y sus

homogéneos.

34.1. Por ello, el Hijo es llamado rostro del Padre, y se encarnó para ser percibido por los cinco sentidos: el Logos, el revelador del carácter propio del Padre. 2. Si vivimos en espíritu, conformémonos según el espíritu (Ga 5, 25). Nosotros caminamos en fe, no en visión (2 Co 5, 7), dice el noble Apóstol. 3. En efecto, el ministerio sacerdotal se ocultaba tras la parte interior del velo, que separaba mucho a los que actuaban dentro de él respecto de los que permanecían fuera. 4. De nuevo, el velo de la entrada al santo de los santos: había allí cuatro columnas, como recuerdo de la santa tétrada de las antiguas alianzas; 5. existía también el tetragrama, nombre místico, que únicamente era portado por quienes podían entrar en el santuario; y se pronunciaba Yahwé, que se traduce como el que es y el que será. 6. Ciertamente, también entre los griegos el nombre dios está compuesto de cuatro letras. 7. Pero solo el Señor, hecho Sumo Pontífice, entrará en el mundo inteligible, al penetrar por medio de la pasión, introduciéndose en la gnosis del Inefable y elevándose por encima de todo nombre (Flp 2, 9) que se expresa con fonema. 8. Sí, ciertamente, también el candelabro estaba colocado en la parte meridional del incensario, por el que se hacían visibles los movimientos de los siete luceros que realizan sus circunvoluciones en la parte meridional. 9. Porque en cada lado del candelabro surgían tres brazos, y en cada uno de ellos estaban las lámparas; ahora bien, el sol, como el candelabro, situado en medio de los otros planetas, envía su luz a los que están por encima y por debajo de él, según una divina música.

35.1. Pero además el candelabro encierra otro enigma: el signo representativo de Cristo, no solo por la figura, sino también porque ilumina de muchas maneras en diversos modos (Hb 1, 1) a quienes creen en Él, esperan en Él y vuelven hacia Él su mirada con motivo del servicio de los primeros. 2. Se dice también que tiene siete ojos (Za 4, 10) tiene el Señor los siete espíritus (Ap 3, 1; 4, 5; 5, 6) que reposan sobre el retoño que florece de la raíz de Jesé (Is 11, 1). 3. En la parte norte del incensario estaba la mesa sobre la que se hacía la proposición de los panes, porque los vientos bóreas son los más fértiles. 4. Pero también podría significar las diversas mansiones de las iglesias que conspiran a un solo cuerpo y a una sola asamblea. 5. Lo referente al arca santa recuerda las cosas del mundo inteligible, escondido y guardado a las muchedumbres. 6. También aquellas

estatuas de oro de seis alas cada una de ellas, o indican las dos osas, como algunos prefieren, o lo que es mejor, los dos hemisferios, pues el nombre de los Querubines quiere expresar conocimiento abundante. 7. No obstante, ambos [Querubines] tienen doce alas, y, mediante el ciclo del zodíaco y el tiempo que dura alrededor de sí mismo, indican el mundo sensible.

36.1. Me parece que sobre esto también la tragedia, hablando de las cosas naturales, dice:

Un tiempo incansable y entero se engendra a sí mismo,

circulando alrededor de una eterna corriente,

y ambas constelaciones,

con rápidas agitaciones de las alas,

vigilan el polo Atlántico.

2. Ahora bien, Atlante, el polo que no sufre, puede ser ciertamente la esfera que no se mueve, pero es mejor concebirlo como eternidad inmóvil. 3. Pienso que es preferible atribuir al arca, cuyo nombre hebreo es thébôtd, otra significación. Se interpreta ciertamente como uno por uno de todos los lugares. Ahora bien, tanto si indica la ogdóada y el mundo inteligible, o también a Dios, que contiene en sí mismo todas las cosas, que no tiene forma y es invisible, pasémoslo ahora por alto. Por lo demás, indica el descanso de los espíritus glorificadores que los Querubines dan a entender. 4. En efecto, no es creíble que quien nunca aconsejó hacer siquiera una imagen grabada, Él mismo hiciera una estatua de lo santo (cf. Ex 20, 4); en el cielo no existe un viviente compuesto y perceptible por los sentidos que sea de esa manera; mas bien el rostro es símbolo de un alma racional, y las alas son los servicios cultuales y las actividades que ejercen las potencias de derecha e izquierda; en cambio, la voz es una gloria de agradecimiento en incesante contemplación.

37.1. Sea suficiente haber alcanzado la interpretación mística. El vestido talar del sumo sacerdote es símbolo del mundo sensible, y los siete planetas están simbolizados en las cinco piedras y los dos carbones encendidos representan a Cronos y a la Luna; aquél es meridional, húmedo, terreno y pesado; en cambio, esta es semejante al aire. Por eso algunos la llaman Artemis, porque corta el aire, aunque este sea sombrío. 2. A los que colaboran en el nacimiento de las cosas se les coloca en los planetas, conforme a la divina providencia, y con razón están situados sobre el pecho y los hombros [del sacerdote], pues por ellos se significa la acción creadora, que tienen lugar en la primera semana. El pecho es la morada del corazón y del alma. 3. Y también, en otro sentido, las piedras preciosas serían las formas de salvación: unas colocadas en las partes altas de todo el cuerpo salvado, y otras en las partes inferiores. 4. También las trescientas sesenta campanillas que cuelgan del vestido talar son la duración del año, el año de gracia del Señor (Is 61, 2; Lc 4, 19), que proclama y catequiza la gran manifestación del Salvador. 5. Mas, también la tiara de oro que se pone encima indica la autoridad regia del Señor, porque el Salvador es la cabeza de la Iglesia (Ef 5, 23).

38.1. Así, la tiara que está por encima es señal de hegemonía absoluta. De otra parte, hemos oído, como se dice: Dios es la cabeza de Cristo (1 Co 11, 3), y Padre de nuestro Señor Jesucristo (2 Co 1, 3; 11, 31; Ef 1, 3). 2. Por cierto, el pectoral que contiene el efod, es símbolo del trabajo, pero del racional (esto alude al Logos), constituido por Él y es imagen del cielo hecho por el Logos, que está sometido a la cabeza de todos, a Cristo, y que se mueve a su mismo compás. 3. Así pues, las piedras de esmeralda resplandecientes del efod significan el sol y la luna, colaboradores de la naturaleza. 4. Un hombro, me parece, es el comienzo de la mano. Las doce piedras colocadas en cuatro filas sobre el pecho nos trazan el círculo del zodíaco, conforme a las cuatro estaciones del año. 5. Por otra parte, es conveniente que estén sometidos a la cabeza del Señor la Ley y los profetas, ya que por ellos están representados los justos de ambos Testamentos. Nosotros bien podemos llamar profetas y justos a los Apóstoles, porque un solo y mismo Espíritu Santo actúa en todos. 6. Como el Señor está por encima del mundo entero, incluso mas allá del inteligible, así también era digno que estuviera grabado en la placa de metal el nombre que está por encima de todo principio y potestad (Ef 1, 21; Flp 2, 9), grabado en razón de los mandamientos escritos y

mediante la presencia sensible. 7. Y se llama Nombre de Dios. Además, el Hijo actúa tal como ve la suma bondad del Padre, y es llamado Dios Salvador, principio de todas las cosas, que es copia del Dios invisible (Col 1, 15), la primera y antes de [todos] los siglos, y que modeló todas las cosas nacidas después de ella.

39.1. También lo racional manifiesta la profecía que grita por el Logos, y que proclama el juicio futuro, pues es el mismo Logos quien profetiza, juzga y discierne cada cosa. 2. Se dice también que el vestido, que llega hasta los pies, profetiza la economía según la carne, mediante la cual fue visto más cercano al mundo. 3. Por eso, una vez quitada la vestidura santificada, el sumo sacerdote (el mundo y la creación en el mundo han sido santificados por quien ha reconocido buenas las cosas que se hicieron) se lava y se reviste con otra [túnica], santa de lo santo, por así decir, la que le acompaña [para entrar] en el santuario; 4. me parece que se refiere al levita gnóstico como superior a los otros sacerdotes, porque estos se lavan con agua, son revestidos de la sola fe y reciben la única mansión que les es propia; aquél [levita gnóstico] discierne lo inteligible desde lo sensible, apresurándose en su ascensión, respecto de los otros sacerdotes, hacia la entrada de lo inteligible, es lavado de las cosas de aquí abajo no con agua, como antes era lavado el alistado en la tribu de Leví, sino ya por el Logos gnóstico.

40.1. En efecto, teniendo totalmente puro el corazón, manteniendo muy bien enderezada también la conducta en todo, y acrecentando su valer mucho más que el sacerdote, purificado con sencillez en palabra y vida, revestido con el destello de la gloria, recibiendo de aquel hombre espiritual y perfecto la inefable herencia, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni al corazón del hombre subió (1 Co 2, 9), hecho hijo y amigo, se hincha de insaciable contemplación cara a cara (1 Co 13, 12). Pero nada hay como escucharlo del mismo Logos, que da una inteligencia más plena mediante la Escritura. 2. Dice así: Y se quitará la vestidura de lino que se había puesto al entrar en el santuario, y la dejará allí. Y lavará su cuerpo con agua en lugar sagrado y se pondrá su vestido (Lv 16, 23-24). 3. Por otra parte, me parece a mí que el Señor se desviste y se vuelve a vestir cuando desciende al mundo sensible; de otra manera: quien ha creído gracias a Él se desviste y se coloca el vestido santificado, como indicó también el Apóstol. 4. De ahí que, a

imagen del Señor, se elegían como sumos sacerdotes a los más estimados de la tribu santificada, y los elegidos eran ungidos para ser reyes y profetas.

BIBLIOGRAFÍA

Brooks, J.A., Clement of Alexandria as a Witness to the Development of the New Testament Canon, en Second Century 9 (1992), pp. 41-55.

Camelot, Th., Clément d'Alexandrie et l'Écriture, en Revue Biblique 53 (1946), pp. 242-248.

Colunga, A., Clemente de Alejandría escriturario, en Helmantica 1 (1950), pp. 453-571.

Daniélou, J., Typologie et allégorie chez Clément d'Alexandrie, en Studia Patristica 4 (1961), pp. 50-57.

Draczkowski, F., The educational function of the Old Testament in Clement of Alexandria's Conception. Written Kerygma in Theory and Practice, en Roczniki teologisczno-kanonisczne 26 (1979), pp. 17-29.

Draczkowski, F., Errori di base nell'esegesi eterodossa secondo l'insegnamento di Clemente Alessandrino, en Esegesi e catechesi nei padri (sec. II-IV), ed. S. Felici, Roma, 1993, pp. 97-106.

Fernández Ardanaz, S., El problema hermenéutico en la interpretación de la obra de Clemente Alejandrino, en Scriptorium Victoriense 36 (1989), pp. 278-339.

Mees, M., Die Zitate aus dem Neuen Testament bei Clemens von Alexandrien, Bari 1970.

Mondésert, C., Clément d'Alexandrie. Introduction à l'étude de sa pensée religieuse à partir de l'Écriture, Paris 1944.

Nardi, C., Clemente di Alessandria, en La Bibbia nell'Antichità Cristiana, ed. E. Norelli, Bologna 1993, pp.

Osborn, E., Logique et exégèse chez Clément d'Alexandrie, en Lectures anciennes de la Bible, ed. P. Maraval, Strasbourg 1987, pp. 169-190.

Palucki, J., Principi fondamentali di una corretta esegesi nel pensiero di Clemente Alessandrino, en Esegesi e catechesi nei padri (sec. II-IV), ed. S. Felici, Roma 1993, pp. 107-120.

Treu, U., Etymologie und Allegorie bei Klemens von Alexandrien, en Studia Patristica 4 (1961), pp. 191-211.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis: the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 507-515.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria: un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 66-73.

14. ORÍGENES (185-253)

LA FIGURA DE ORÍGENES ES CONSIDERADA habitualmente como la más grande en ámbito exegético. Nació en Alejandría hacia 185 y se dice que había aprendido las Escrituras de memoria cuando era pequeño. Cuando murió su padre Leónidas en el 202, tuvo que trabajar para sostener a la familia. Orígenes abrió una escuela de gramática y el obispo Demetrio le encomendó la formación de los catecúmenos, asumiendo durante un tiempo este doble cometido. Cuando la familia no tuvo ya necesidad de mantenimiento, dejó la enseñanza profana para dedicarse completamente a la catequesis. Hacia 231 fue invitado a ir a Atenas para discutir con grupos de herejes. Durante el viaje, en Cesarea de Palestina, Teoctisto y Alessandro lo ordenaron sacerdote. Demetrio, irritado por esta ordenación, exilió a Orígenes. Entonces se retiró a Cesarea donde retomó la enseñanza y la predicación. Durante la persecución de Decio, en 250, fue apresado y torturado. La muerte del emperador le proporcionó la libertad, pero pocos meses después murió, con sesenta y nueve años, probablemente en 253.

Orígenes es el autor más fecundo de la antigüedad, tanto pagana como cristiana, pero gran parte de su producción se ha perdido porque se realizó una selección doctrinal evitando los textos en los que defendía la preexistencia de las almas y la apocatástasis. Importante para conocer las tendencias teológicas de Orígenes es su De principiis, que conocemos en traducción latina. El Contra Celso es una apología contra las acusaciones dirigidas a los cristianos. Sus obras, en lo que se refiere a los estudios bíblicos, se pueden clasificar en dos grandes grupos. Al primero pertenece, en ámbito estrictamente filológico, las Hexaplas, edición crítica de toda la Biblia en la que se emplean distintas traducciones dispuestas en columnas. Al segundo grupo pertenecen todos los comentarios, cuyo número es extraordinario.

Simonetti hace las siguientes consideraciones, que él llama preliminares, pero que se puede decir que son esenciales: en cuanto palabra de Cristo, la Escritura, en la que nada es inútil y cada palabra tiene su razón de ser, tiene toda ella significación cristológica; este es el significado espiritual que se debe buscar casi siempre más allá del literal; toda la Escritura debe ser espiritualmente útil al intérprete y a su público; la Escritura tiene dos niveles de significado, el literal,

que corresponde a la realidad sensible, y espiritual, que concierne a la realidad inteligible, dos realidades que platonicamente Orígenes descubre en todo el universo; el nivel literal está al alcance de los simples, de los que comienzan en la fe, y el nivel espiritual, en cambio, es accesible solo a los perfectos. Estos dos sentidos son la sombra y la verdad. Cuando Orígenes teoriza, amplía el esquema fundamental con un tercer sentido intermedio, llamado psicológico por algunos, que sería la imagen, completando así la triple distinción tradicional, que se encuentra, a su vez, en diversos niveles: en la antropología (cuerpo, alma y espíritu), en la historia de la salvación (ley, profetas, evangelios), en la clasificación del progreso espiritual (incipientes, proficientes, perfecti).

Considerando las características de su exégesis, se puede decir que su novedad es la de organizar y sistematizar los datos sobre la base de un conocimiento del texto bíblico superior al de los autores precedentes, de una reflexión exegética mucho más profunda y de un conocimiento crítico hasta entonces desconocido. Conviene subrayar la utilización de criterios metodológicos precisos, de modo que Orígenes ha hecho de la hermenéutica bíblica una verdadera y propia ciencia y, en ese sentido, ha condicionado en modo definitivo toda la exégesis posterior. La obra exegética de Orígenes se ha realizado en formas diversas, que los antiguos distinguieron en escolios, homilías y comentarios. Los escolios eran colecciones de pasajes escogidos de distintos libros de la Escritura, seleccionados por la dificultad o interés. Las Homilías fueron predicadas en Cesarea y se adaptan a las exigencias de un público mixto en el que prevalecían los indoctos. Los comentarios reflejan la dimensión escolar de la exégesis origeniana: el maestro se ve rodeado por un auditorio restringido y seleccionado y, por tanto, profundiza la investigación en modo sistemático. Orígenes ha hecho dar un incalculable salto de calidad a la exégesis cristiana, llevándola a los niveles de la más experimentada exégesis griega y emplea todos los procedimientos típicos de la tradición alejandrina: numerología, etimología, sentido alegórico, etc. Orígenes sigue desarrollando la tipología tradicional, pero en armonía con el espiritualismo de su forma mentis y tiende a excluir que hechos históricos del Antiguo Testamento puedan ser tipo de otros hechos históricos del Nuevo y de la vida de la Iglesia, dándoles un significado espiritual.

SOBRE LOS PRINCIPIOS 4, 2, 1-5.

IV.2.1. Después de haber hablado de modo sumario acerca de que las divinas Escrituras son inspiradas por Dios, es necesario examinar la manera de leerlas y de comprenderlas porque la mayor parte de los errores han surgido porque muchos no han encontrado el método con que se debe recorrer las santas lecturas.

De hecho, los duros de corazón y los ignorantes de entre los que provienen de la circuncisión no han creído en nuestro Salvador, porque pretendieron seguir la letra de sus profecías y no vieron de modo sensible que él anunció la liberación a los prisioneros (cf. Is 61, 1; Lc 4, 19), ni que edificó la que suponen que verdaderamente es la ciudad de Dios (cf. Sal 50, 20; Is 60, 10; Dn 9, 25; Za 1, 16), ni que destruyó los carros de Efraín ni los caballos de Jerusalén (cf. Za 9, 10), ni que comió manteca y miel, ni que escogió el bien antes de haberlo conocido o preferido al mal (cf. Is 7, 15); y además, porque suponían que había sido profetizado que el lobo, animal de cuatro patas, debía pastar con el cordero; que el leopardo debía reposar con el ciervo; que el ternero, el toro y el león debían ser alimentados juntos, guiados por un niño pequeño; que la vaca y el oso debían habitar juntos, mientras sus crías eran nutridas unas con otras, y que el león debía comer paja como el buey (cf. Is 11, 6-8; 65, 25); una vez que vieron que nada de esto se realizó de modo sensible en la venida del que, por nosotros, es creído el Mesías, no aceptaron a nuestro Señor Jesús, sino que lo crucificaron como a uno que ilegítimamente se había autoproclamado Mesías.

Por su parte, los que provienen de las herejías, cuando leen: Un fuego se ha encendido por mi furor (Jr 15, 14); Yo soy un Dios celoso, que castiga los pecados de los padres en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación (Ex 20, 5); Me he arrepentido de haber ungido a Saúl como rey (1 S 15, 11); Yo soy Dios, que hace la paz y crea los males (Is 45, 7); y en otras partes: No hay mal en la ciudad que no haya hecho el Señor (Am 3, 6); e incluso: Bajó el mal, de

parte del Señor, a las puertas de Jerusalén (Mi 1, 12); Un espíritu malvado, de parte de Dios, asfixiaba a Saúl (1 S 16, 14); y muchísimos otros [textos] semejantes a estos, si bien no han osado dudar que las Escrituras provengan de Dios, creyendo más bien que ellas pertenecen al Creador que adoran los judíos (pues encuentran al Creador como imperfecto y no bueno), han pensado que el Salvador ha venido a anunciar un Dios más perfecto, que afirman que no es el Creador, ante el cual tienen diferentes actitudes. Y una vez que han rechazado al Creador, el único Dios inengendrado, se han dedicado a las ficciones, inventándose suposiciones, pensando que de acuerdo a ellas han sido creadas las realidades visibles y algunas otras invisibles, tal como imaginó su alma.

Y además, los más incautos de entre los que declaran pertenecer a la Iglesia no han aceptado a ninguno superior al Creador —y hacen esto sanamente—, pero aceptan tales cosas acerca de El, como las que ni siquiera corresponden al hombre más cruel y más injusto.

IV.2.2. Sin embargo, la causa de las falsas opiniones y de los discursos impíos y vulgares sobre Dios, de todos los que han sido mencionados, no parece ser ninguna otra que la Escritura no comprendida según las realidades espirituales, sino acogida como simple letra. Por esto, a los que están convencidos de que los santos libros no son escritos de hombres, sino que han sido compuestos y han llegado a nosotros por inspiración del Santo Espíritu, de acuerdo a la voluntad del Dios del universo y a través de Jesucristo, se les debe señalar los que se presentan como los métodos propios de quienes se atienen a la regla de Jesucristo, de cuerdo a la sucesión de los apóstoles de la Iglesia celeste.

Todos, incluso los más incautos de entre los que adhieren a la Palabra, han creído que ciertas acciones salvíficas expresadas por las Escrituras divinas contienen misterios, pero los prudentes y ponderados declaran no saber cuáles son ellos. Sin embargo, si alguno se cuestionara acerca del incesto de Lot, de las dos mujeres de Abraham, de las dos hermanas casadas con Jacob y de las dos sirvientas que han procreado de él (cf. Gn 19, 30-36; 16, 1-2; 29, 15-30; 30, 1-13), no dirán sino que en esto se encuentran misterios no comprendidos por

nosotros. Además, cuando se lee la construcción del Tabernáculo, una vez convencidos de que los hechos descritos son figuras (cf. Ex 25, 40; Hb 9, 11; 10, 1; Ex 25-31.35-39), investigan a qué podrán aplicar cada una de las cosas que han sido dichas sobre el Tabernáculo. En cuanto a la convicción de que el Tabernáculo es figura de algo, no se equivocan, pero en cuanto a la aplicación de la palabra, de modo digno de la Escritura, a una determinada realidad de la cual el Tabernáculo es figura, entonces fallan. Y declaran que toda narración que se considera que habla de matrimonios, generación de hijos, guerras, o en fin, de lo que fuera aceptado como histórico por la mayoría, son figuras; pero, en cuanto al contenido de estas [figuras], el significado referido a cada una de ellas no se aclara mucho, ya sea por una disposición poco ejercitada o bien por precipitación, o incluso, cuando alguno esté bien ejercitado y no sea precipitado, porque descubrir estas realidades es difícilísimo hasta el exceso para los hombres.

IV.2.3. ¿Y qué se debe decir acerca de las profecías, que todos sabemos que están llenas de enigmas y de palabras oscuras? Y si nos aproximamos a los evangelios, también su comprensión exacta, puesto que es la comprensión de Cristo, requiere de la gracia que ha sido concedida al que dijo: Pero vosotros tenéis la comprensión de Cristo, para que conozcamos lo que nos ha sido regalado por Dios. Y hablamos esto, no con palabras aprendidas de la sabiduría humana, sino con [palabras] aprendidas del Espíritu (1 Co 2, 16.12-13). ¿Y quién, leyendo lo que ha sido revelado a Juan, no se espantaría por la proclamación de misterios inefables, que están a la vista incluso para el que no comprende los escritos? ¿Y a quién, de entre los que saben examinar las palabras, le parecerán claras y fácilmente comprensibles las cartas de los apóstoles, dado que también allí innumerables [pasajes] presentan, como por medio de una rendija, una pequeña pista de tan grandes y tan numerosos sentidos? Por ello, siendo así las cosas, y dado que son innumerables los que se equivocan, no está exento de peligro declarar que, en la lectura, se comprenden fácilmente los [pasajes] que requieren la llave del conocimiento, la cual —afirma el Salvador— se encuentra con los legistas (cf. Lc 11, 52). Pero, los que no aceptan que la verdad se encontraba con los [legistas] antes de la venida de Cristo expliquen de qué modo nuestro Señor Jesucristo dice que la llave del conocimiento se encontraba con ellos, los cuales —según dicen estos— no poseen los libros que contienen los inefables y consumados misterios del conocimiento. Pues esto contiene el texto: ¡Ay de vosotros, legistas!, porque

habéis tomado la llave del conocimiento: vosotros no entrasteis, y [se lo] impedisteis a los que quieren entrar (Lc 11, 52).

IV.2.4. Entonces, este nos parece el método con que se debe leer las Escrituras y acoger su sentido: el que está delineado por los mismos oráculos. En Salomón, en Proverbios, encontramos un cierto precepto acerca de las doctrinas de los escritos divinos: Y tú, inscribe esto tres veces en la voluntad y en el conocimiento, para responder palabras verdaderas a los que te aborden (Pr 22, 20-21). Por lo tanto, se requiere inscribir tres veces en la propia alma los sentidos de las santas Escrituras. De modo que, el demasiado simple se beneficie, por así decirlo, de la carne de la Escritura (de esta manera llamamos a la interpretación inmediata); el que ha ascendido un poco [se beneficie] de algo así como del alma de la [Escritura]; y el perfecto [se beneficie] de la ley espiritual, que contiene una sombra de los bienes futuros (cf. Hb 10, 1; Col 2, 17; Rm 5, 14; Rm 7, 14), el cual es semejante a aquellos a los que el Apóstol dice: Pero hablamos una sabiduría entre los perfectos, pero no la sabiduría de este siglo, ni de los perecederos príncipes de este siglo, sino que hablamos la sabiduría de Dios, escondida en el misterio, la que Dios ha predestinado antes de los siglos para nuestra gloria (1 Co 2, 6-7). Pues bien, tal como el hombre está compuesto de cuerpo, alma y espíritu, del mismo modo también la Escritura que Dios ha dispuesto conceder para la salvación de los hombres (cf. 1 Ts 5, 23).

Por esto, nosotros explicamos de esta manera también lo que está en el libro de El Pastor, que es desestimado por algunos, en que se ordena a Hermas escribir dos libros y, después de esto, anunciar él mismo a los ancianos de la Iglesia lo que ha aprendido del Espíritu. Este es el texto mismo: Escribirás dos libros y darás uno a Clemente y uno a Grapta. Mientras Grapta amonestará a las viudas y a los huérfanos, Clemente [lo] enviará a las ciudades de fuera, pero tú [lo] anunciarás a los ancianos de la Iglesia. Pues bien, Grapta, la que amonesta a las viudas y a los huérfanos, es la simple letra que amonesta a los niños, es decir, a las almas que aún no son capaces de dirigirse a Dios como Padre y que, por ello, son llamadas huérfanos, y amonesta también a las que ya no están vinculadas al esposo ilegítimo, pero que son viudas porque aún no han llegado a ser dignas del Esposo. Clemente, por su parte, quien ya toma distancia de la letra, se dice que envía lo dicho a las ciudades de fuera, como si habláramos de las almas que se

encuentran fuera de lo corporal y de los sentidos de abajo. En cambio, el discípulo del Espíritu en persona, ya no por medio de las letras, sino por medio de las palabras vivas, recibe la orden de anunciar a los ancianos de toda la Iglesia, que se han vuelto canosos a causa de la prudencia.

IV.2.5. Pero dado que hay algunos textos bíblicos que de ningún modo tienen el [sentido] corporal, como mostraremos en lo que sigue, hay algunos pasajes en que se debe buscar solo —por decirlo así— el alma y el espíritu de la Escritura. Tal vez, por esto las tinajas que se dice que estaban destinadas para la purificación de los judíos, como se aprende en el evangelio según Juan (cf. Jn 2, 6), acogen respectivamente dos o tres medidas: dado que la palabra habla veladamente acerca de los que, según el Apóstol, son judíos en lo oculto, puesto que ellos se purificaban por medio de la palabra de las Escrituras, y mientras en algunos pasajes caben —por así decir— dos medidas, el sentido del alma y el del espíritu, en otros caben tres, puesto que algunos pasajes, además de los [sentidos] ya mencionados, tienen también un [sentido] corporal que es capaz de beneficiar. Con razón las seis tinajas son para los que se purifican en el mundo, creado en seis días, el número perfecto.

COMENTARIO A JUAN XIII, 1, 3- 6, 39.

Jesús le respondió: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna. (Jn 4, 13-14)

3. Esto respondió en segundo lugar Jesús a la samaritana, pues antes le había dicho: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva. Y ahora, cuando la exhortaba a pedir el agua viva, le respondió aquellas palabras que hemos citado. 4. A lo primero no respondió nada la samaritana, sino que quedó en la incerteza con respecto a la declaración de las aguas. Después de la segunda respuesta del Señor, acogiéndola, respondió: dame de esa agua. 5. Quizá aquí está la doctrina según la cual nadie recibe el don de Dios sino el que lo ha pedido. Y el Padre por el salmo exhorta al Salvador a pedir para que se le dé, como nos enseña el Hijo diciendo: Él me ha dicho: «Tú eres mi hijo... Pídeme, y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra (Sal 2, 7-8). Y el Salvador dice: Pedid y se os dará, porque todo el que pide recibe (Mt 7, 7-8). 6. Parece que la Samaritana pide agua a Jesús, pero en cambio, como dijimos, cuando escucha la comparación de las dos aguas, es imagen de los herejes que se ocupan de la Escritura. 7. Y ve que lo que sucedió, bebiendo de un pozo que creía profundo, que no se sació ni fue librada de la sed.

II.8. Veamos, por tanto, qué significa todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed. De las palabras tener sed y tener hambre, en sentido corporal, hay dos significados: uno cuando desprovistos de alimento tenemos necesidad de él y lo deseamos porque se ha extinguido el elemento húmedo. El otro, cuando los pobres y los que sufren necesidad, aunque estén saciados, dicen con frecuencia que tienen hambre o sed. 9. Y de lo primero tienes testimonio en el Éxodo, cuando se encontraron sin alimento el día quince del segundo mes después de su salida del país de Egipto. Toda la comunidad de los israelitas empezó a

murmurar contra Moisés y Aarón en el desierto. Los israelitas les decían: «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahveh en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea.» Yahveh dijo a Moisés: «Mira, yo haré llover sobre vosotros pan del cielo; el pueblo saldrá a recoger cada día la porción diaria; así le pondré a prueba para ver si anda o no según mi ley (Ex 16, 1-4). (...) 12. Encontrarás un ejemplo del segundo significado en Pablo, que dice: Hasta el presente, pasamos hambre, sed, desnudez (1 Co 4, 11). El primer modo de sentir hambre y sed necesariamente sucede a cuerpos sanos. El segundo a los que son necesitados.

III.13. Se ha de buscar, por tanto, en la expresión el que beba de esta agua, volverá a tener sed, qué significa tener sed. Primero, por lo que respecta al sentido corpóreo o que inmediatamente es visible, se quiere decir que, aunque se sacie momentáneamente el que bebe, pronto sufrirá la misma pasión cuando se le quite la bebida, es decir, volverá a tener la misma sed que tuvo antes. 14. Dice el Señor: el que beba del agua que yo le dé, se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna. (Jn 4, 13-14). 15. ¿Cómo podrá tener sed el que tiene en sí una fuente? El sentido principal podría ser este: El que participa, dice, de palabras que solo en apariencia son profundas, se saciará poco tiempo, hasta que pueda aceptar como muy profundos los pensamientos alcanzados que le parece descubrir. Después, sin embargo, reflexionando mejor, de nuevo dudará sobre aquello que le había serenado, puesto que la pretendida profundidad del discurso no podrá darle la comprensión del objeto. 16. Por tanto, aunque condescienda alguno corregido por la verosimilitud de lo que se dice, después encontrará en sí mismo idéntica duda a la que tenía antes de aprender aquellas cosas. Yo tengo, en cambio, una palabra que se convierte en una fuente de agua de vida en aquel que recibe lo que yo prometo. Y tantos beneficios voy a concederle al que tome mi agua, que brotará en él en una fuente de aguas que saltan, con una inteligencia que brinca, siguiendo en esta agua inquieta el pensamiento que danza y vuela, y este saltar y volar lo lleva hacia lo alto, hacia la vida eterna. 17. Como en el Cantar de los cantares dice Salomón sobre el esposo: Hélo aquí que ya viene, saltando por los montes, brincando por los collados (Ct 2, 8). 18. Como el esposo viene saltando en las almas más nobles y divinas, llamadas montes, y brincando en las inferiores, llamadas collados, así la fuente que se ha hecho en aquel que bebe el agua dada por Jesús salta a la vida eterna. 19. Y quizá saltará más allá de la vida eterna, hacia el Padre, que está sobre la vida eterna, pues

Cristo es la vida, y el que es mayor que Cristo es mayor que la vida.

IV.20. El que bebe del agua que Jesús le da, tendrá en él una fuente de agua que brota para vida eterna, cuando se cumpla el anuncio de la bienaventuranza sobre el tener hambre y sed de justicia. 21. Pues dice el Logos: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados (Mt 5, 6). 22. Y quizá, porque tener hambre y sed de justicia es ya estar saciados, si alguien hiciera justicia antes de saciarse, es necesario que tenga hambre y sed para saciarse, para poder decir: Como jadea la cierva, tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios. Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios? (Sal 41, 2-3).

23. Cuando tengamos sed, es bueno beber primero de la fuente de Jacob, pero no llamándola pozo como la samaritana. El Salvador, respondiendo a sus palabras, no dice que sea agua de pozo, sino simplemente: el que beba de esta agua, volverá a tener sed. 24. Pues si al que bebe de esta agua no le alcanzase ninguna utilidad, Jesús no se habría sentado junto a la fuente, ni habría dicho a la samaritana: Dame de beber. 25. Además, conviene observar que Jesús, a la samaritana que le pedía agua, no le prometió que se la daría de ningún otro lugar sino de la fuente, diciendo: Vete, llama a tu marido y vuelve acá.

V. 26. Veamos si la afirmación de que quien bebe de la fuente de Jacob tendrá de nuevo sed y quien bebe del agua que le da Jesús tendrá en sí una fuente de agua que brota para vida eterna indica que es distinta la utilidad que obtienen y obtendrán los que tratan con la misma verdad que aquella utilidad que consideramos que proviene de las Escrituras, siempre que sean entendidas correctamente. 27. Especialmente porque la Escritura no puede contener algunos de los más importantes y divinos misterios, como tampoco el lenguaje humano, pues algunos significados, aunque sean divinos, se expresan con palabras humanas. Hay además otras muchas cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran (Jn 21, 25). 28. Pues lo que dijeron aquellos siete truenos, se le prohíbe a Juan escribirlo (cf. Ap 10, 4); 29. y Pablo dice que oyó palabras

inefables que el hombre no puede pronunciar (cf. 2 Co 12, 4). A los ángeles era lícito decirlas, pero no a los hombres, pues todo es lícito, mas no todo conviene (1 Co 6, 12). 30. Verdaderamente oyó palabras inefables que, dice, no es lícito decir al hombre, y yo pienso que las Escrituras no constituyen sino los primeros rudimentos y una pequeña y brevísima introducción al conocimiento, siempre que se interpreten adecuadamente.

31. Por tanto, piensa si la fuente de Jacob, de la que bebió una vez, pero ya no bebe, y de la cual bebían sus hijos, que ya tienen una bebida mejor de la cual bebieron sus ganados, pueda ser toda la Escritura: el agua de Jesús está por encima de todo lo que se escribió (cf. 1 Co 4, 6). 32. No a todos es lícito escrutar lo que está escrito, sino a los que se asimilen a ello, no sea que se asombre de que se le diga: No busques cosas demasiado difíciles; no indagues cosas demasiado grandes para tí (Si 3, 21).

VI. 33. Pues si decimos que hay algo por encima de lo que está escrito, no por eso decimos que pueda ser conocido por muchos, pero a Juan, que oye, no se le permite escribir qué son esas palabras de los truenos (cf. Ap 10, 3) y, aunque las sabe, no las escribe para dispensar al mundo, pues consideraba que no cabrían en el mundo todos los libros que deberían escribirse (cf. Jn 21, 25). 34. Mas también las cosas que supo Pablo están sobre todo lo escrito, ya que las que estaban escritas las pronunciaron hombres. Y lo que ni el ojo vio, está sobre las cosas escritas y lo que ni el oído oyó (1 Co 2, 9), no puede ser escrito. 35. Y lo que ni al corazón del hombre llegó (1 Co 2, 9), es mayor que la fuente de Jacob, porque de la fuente de agua que brota para vida eterna se manifiestan las cosas que ya no tiene el corazón del hombre, sino que pueden decir: nosotros tenemos la mente de Cristo, para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu (cf. 1 Co 2, 16.12-13). 36. Mira si es posible que la sabiduría humana no pronuncie falsos dogmas, sino los primeros elementos de la verdad y lo que llega a quien es todavía hombre. Lo que el Espíritu enseña es, quizá, la fuente de agua que brota para vida eterna.

37. Las Escrituras son introducciones por las cuales, entendidas cuidadosamente y ahora llamadas fuente de Jacob, se ha de subir a Jesús para que nos dé la fuente de agua que brota para vida eterna. 38. Además, no todos sacan de la misma manera de la fuente de Jacob. Si bebe Jacob con sus hijos y ganados, y también la samaritana viene a beber, mira no sea que beba de otra manera y más sabiamente Jacob con sus hijos; de otra manera, más sencillamente y en un modo más adecuado a las bestias, los ganados; y también, en modo distinto a Jacob sus hijos y sus ganados, bebió la samaritana. 39. Los sabios beben de la Escritura como Jacob y sus hijos; los más rudos y simples, los llamados ganado de Cristo, beben como el ganado de Jacob; los que interpretan mal las Escrituras y encuentran cosas indignas, pensando que las entienden, beben como la samaritana antes de creer en Jesús.

BIBLIOGRAFÍA

Anatolios, K., Christ, Scripture, and the Christian Story of Meaning in Origen en Gregorianum 78/1 (1997), pp. 55-77.

Andripoulos, P., The Incarnate Logos in the Hermeneutics of Origen, en Eisègèseis Prótou Orthodoxou Hermèneutikou Synedriou, 193-217, Athens 1973.

Astruc-Morize, G. - Le Boulluec, A., Le sens caché des Ecritures selon Jean Chrysostom et Origène en Studia Patristica 25 (1993), pp. 1 -26.

Balthasar, H. U. von,. Parole et Mystère chez Origène, Paris 1958.

Barthélemy, D., Origène et le texte de l'Ancien Testament, en Epektasis. Mélanges patristiques offerts au Cardinal Jean Danielou, 247-261, Paris 1972.

Biffi, I., Esegesi scientifica ed esegesi allegorica; un divario impertinente, en TltSett 17 (1992), pp. 3-15.

Bostock, G., Allegory and the Interpretation of the Bible in Origen, en Literature and Theology 1 (1987), pp. 39-53.

Buzescu, N., Conceptul de 'Evanghelie' la Origen, en Studii Teologice 30 (1978), pp. 216-230.

Caballero Cuesta, J. M., Orígenes intérprete de la Sagrada Escritura, Burgos 1956.

Cocchini, F., La "lettera", il "velo" e "l'ombra". Presupposti scritturistici della polemica antigiudaica di Origene, en ASE 14 (1997), pp. 101-119.

Cocchini, F., Origene : teologo esegeta per una identità cristiana, Bologna 2006.

Crouzel, H., L'Hadès et la Géhenne selon Origène, en Gregorianum 59 (1978), pp. 291-331.

Crouzel, H., Le contexte spirituel de l’exégèse dite spirituelle, en Origeniana Sexta. Origène et la Bible/Origen and the Bible. Actes du Colloquium Origenianum Sextum. Chantilly, 30 août-3 septembre 1993, ed. G. Dorival - A. Le Boulluec, Louvain 1995, pp. 333-342.

Daly, R. J., The Hermeneutics of Origen: Existential interpretation in the Third Century, en The Word in the World: Essays in Honor of F.L. Moriarty, Cambridge 1973, pp. 135-43.

Danielou, J., Origène comme exégète de la Bible, en Studia Patristica 1 (1957), pp. 280-290.

Eckart, M., Das Verständnis des biblischen Wortes bei Origenes, Roma 1962.

Fadarini, S., Origene e la necessita dell’allegoria nella lettura dell’Antico Testamento, en Ist. Lombardo, Rendiconti lett. stor. 116 (1985), pp. 61-71.

Gasparro, G.S., Doppia creazione e peccato di Adamo: fondamenti biblici e presupposti platonici dell’esegesi origeniana, en Origeniana Secunda, ed. H. Crouzel - A. Quacquarelli, Roma 1980, pp. 57-67.

Gasparro, G.S., Restaurazione dell’immagine del celeste e abbandono dell’immagine del terrestre nella prospettiva origeniana della doppia creazione, en Archè e Telos. L’antropologia di Origene e di Gregorio di Nissa. Analisi storico-religiosa, ed. U. Bianchi, Milan, 1981, pp. 231-266.

Gögler, R., Zur Theologie des biblischen Wortes bei Origenes, Patmos 1963.

Gögler, R., Die christologische und heilstheologische Grundlage der Bibelexegese des Origenes, en TQ 136 (1956), pp. 3 -29.

Guinot, J. N., L’heritage origénien des commentateurs grecs du prophète Isaïe, en Origeniana Quarta, pp. 379-389.

Hallström, G. A., Charismahc succession; a study on Origen’s concept of prophecy, Helsinki 1985.

Hanson, R. P. C., Interpretations of Hebrew Names in Origen, en VigChr 10 (1956), pp. 103-123.

Hanson, R. P. C., Allegory and Event. A Study of the Sources and Significance of Origen's Interpretation of the Bible, 1958.

Harl, M., Pointes antignostiques d'Origene; le questionnement impie des Écritures, en Studies in Gnosticism and Hellenistic Religions, ed. G. Quispel, 1981, pp. 205-217.

Harl, M. , La "bouche" et le "coeur" de l'Apôtre: deux images bibliques du <sens divin> de l'homme (Prov 2:5) chez Origène, en Ferma Futuri Studi Card. M. Pellegrino, Torino 1975, pp. 17-42.

Harl, M., Origène et les interprétations patristiques grecques de l'obscurité biblique, en VigChr 36 (1982), pp. 334-371.

Harl, M., Origène et la sémantique du langage biblique, en VigChr 26 (1972), pp. 161-187.

Harl, M., Origène et la fonction revelatrice du Verbe incarné, Paris 1958.

Heither, T., Origenes, ein moderner Exeget?, en EA 65 (1989), pp. 359-375.

Heither, T., Die Begegnung am Brunnen. Ein Beispiel für die Exegese des Origenes, en EA 69 (1993), pp. 5-18.

Heither, T., Origenes als Exeget. Ein Forschungsüberblick, en Stimuli, Fs. Dakmenn, ed. G. Schöllgen - C. Scholten, Munster 1996, pp.141-153.

Hollerich, M. J., Origen's Exegetical Heritage in the Early Fourth Century: The Evidence of Eusebius, en Origeniana Quinta, Louvain 1989, pp. 542-548.

Holmes, M. W., Origen and the Inerrancy of Scripture, en JETS 24 (1981), pp. 221-231.

Kerkvoorde, A., L'efficacité de la Parole de Dieu chez Origène, en AsSeign 23 (1967), pp. 72-86.

Kettler, F.-H., Funktion und Tragweite der historischen Kritik des Origenes an den Evangelien, en Kairos 15 (1973), pp. 36-49.

Klosterman, E., Formen der exegetischen Arbeiten des Origenes, en TLZ 72

(1947), pp. 203-208.

Läuchli, S., Origen’s Interpretation of Judas Iscariot, en ChH 22 (1953), pp. 259-268.

Läuchli, S., Das Problem des Geschichtlichen bei Origenes, eine Studie zum Verhältnis des Geschichtlichen zur Interpretation, NewYork 1950.

Läuchli, S., Die Frage nach der Objectivität der Exegese des Origenes, en TZ 10 (1954), pp. 175-197.

Lange, N.R.M. de, Origen and Jewish Bible Exegesis, en JJS 22 (1971), pp. 31-52.

Leanza, S., Origene, en La Bibbia nell’Antichità Cristiana, ed. E. Norelli, Bologna 1993, pp. 377-407.

Le Boulluec, A., Les représentations du texte chez les philosophes grecs et l’exégèse scripturaire d’Origène. Influences et rnutations, en Origeniana Quinta, ed. R. J. Daly, Louvain 1992, pp.101-118.

Letellier, J., Le Logos chez Origène, en RSPhTh 75 (1991), pp. 587-612.

Lobo, R., Sämkhya-Yoga und spätantiker Geist: eine Untersuchung der Allegorese des Origenes im Lichte der indischen Philosophie, Munich 1972.

Lubac, H. de, Geist aus der Geschichte. Das Schriftverstandnis des Origenes, Einsiedeln 1968.

Macleod, C. W., Allegory and Mysticism in Origen and Gregory of Nyssa, en JThS 22 (1971), pp. 362-379.

McCartney, D. G., Literal and allegorical interpretation in Origen’s Contra Celsum, en WTJ 48 (1986), pp. 281-301.

Monaci Castagno, A., Origene predicatore e i suo pubblico, en BLE 90 (1987), pp. 136 ss.

Nardoni, E., Origen’s concept of biblical inspiration, en SecCen 4 (1984), pp. 9-23.

Neri, U., Origene, Testi ermeneutici, Bologna 1996.

Orbe, A., La excelencia de los profetas según Orígenes, en EstB 14 (1955), pp. 191-221.

Pagels, E. H., Origen and the Prophets of Israel: A Critique of Christian Typology, en JANES 5 (1973), pp. 335-344.

Papanikolaou, A. D., The Allegorical Exegetical Method of Origen, en ThAthen 45 (1974), pp. 347-359.

Perrone, L., La legge spirituale. L'interpretazione della Scrittura secondo Origene ("I Principi", IV 1-3), en RAMi 17 (1992), pp. 338-363.

Perrone, L., L'argomentazione di Origene nel trattato di ermeneutica biblica. Note di lettura di Περὶ ἀρχῶν IV 1-3, en Studi Classici e Orientali 40 (1990), pp. 161-203.

Persic, A., Esegesi biblica cristiana e desacralizzazione del cosmo. Origene e Giovanni Filopono precursori della concezione galileiana del rapporto fra scienza e rivelazione, en Studia Patristica 32 (1985), pp. 89-100.

Prat, F., Origène : le théologien et l'exégète, Paris 1907.

Prinzivalli, E., Per un'indagine sull'esegesi del pensiero origeniano nel IV secolo, en ASEs 11: pp. 433-460.

Ramos-Lissón, D., Alegorismo pagano y alegorismo cristiano en Orígenes. La polémica Contra Celso, en Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano, ed. A. Gonzalez Blanco - J. M. Blásquez Martínez, Murcia 1990, pp.125-136.

Scalise, C. J., Allegorical flights of fancy: the problem of Origens exegesis, en GOTR 32 (1987), pp. 69-88.

Simonetti, M., Origene esegeta e la sua tradizione, Brescia 2004.

Simonetti, M., Ancora su allegoria e termini affini in alcuni scrittori greci, en ASEs 8 (1990/1), pp. 363-384.

Studer, B., L’esegesi doppia in Origene, en ASEs 10 (1993), pp. 427-437.

Torjesen, K J., Hermeneutical procedure and theological method in Origen’s exegesis, en Studia Patristica 28 (1986).

Torjesen, K J., “Body”, “Soul” and “Spirit” in Origen’s Theory of Exegesis, en AThR 67 (1985), pp. 17-30.

Villey, L., Origène, lecteur de l’Écriture, Paris 1996.

Vogt, H. J., The later exegesis of Origen, en Mémorial Dom Jean Gribomont (1920-1986), Roma 1988, pp. 585-591.

Vogt, H. J., Die Lehre des Origenes von der Inspiration der Heiligen Schrift: ein Vergleich zwischen der Grundlagenschrift und der Antwort auf Kelsos, en ThQ 170 (1990), p. 170.

Vogt, H. J., Origenes als Exeget; herausgegeben von Wilhelm Geerlings. Paderborn 1999.

Wiles, M.P., Origen as Biblical Scholar, en Cambridge History of the Bible, ed. P.R. Ackroyd 1970, pp. 454-510.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 563-574.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 73-98.

15. EUSEBIO DE CESAREA (265-339)

EUSEBIO DE CESAREA EN PALESTINA (que no se debe confundir con Eusebio de Cesarea en Capadocia, † 370), nació probablemente en esa misma ciudad hacia el año 265. Fue discípulo de Pánfilo de Cesarea y, a través de él, de Orígenes, y conservó siempre una gran veneración por los dos, hasta el punto de ser llamado Eusebio Pánfilo. Cesarea había conservado la biblioteca de Orígenes, que era extremadamente rica. En 313, Eusebio fue nombrado obispo de Cesarea y se vio implicado en la controversia arriana. Durante la reorganización del partido pro-arriano, tras el concilio, se alió abiertamente con Eusebio de Nicomedia, el obispo que representaba esta facción.

La Historia ecclesiastica, su obra más importante, es una mina de informaciones a través de las cuales se conocen algunos autores y sus obras, después perdidas, de las cuales cita textualmente amplios pasajes. La Vida de Constantino es un escrito de encomio, un género literario entonces muy común, dedicado a la memoria del emperador.

En el campo de las Escrituras y de la exégesis, Eusebio continuó el trabajo de restitución del texto bíblico que había comenzado Orígenes; compuso una tabla para localizar con facilidad los pasajes comunes de los cuatro Evangelios (cánones eusebianos); preparó un diccionario geográfico de los lugares citados en la Biblia (Onomasticon) que aún se conserva. Escribió también algunas obras de exégesis (Salmos, Isaías) y tratados destinados a clarificar algunos puntos oscuros (Cuestiones y respuestas sobre los evangelios, La poligamia de los patriarcas, La Pascua).

Eusebio se encuentra a mitad de camino entre alejandrinos y antioquenos, aunque es más propenso a la exégesis espiritual (ejerciendo, no obstante, una vigilancia crítica con respecto a Orígenes y Marcelo). En realidad, muchas veces admite la alegoría solo cuando le obliga el lenguaje simbólico de la Escritura. Para hablar del sentido literal emplea expresiones como πρὸς λέξιν (pros léxin) o καθ’ἱστορίαν (kata historían), y para referirse al sentido espiritual διάνοια (diánoia o intelecto) o θεωρία (theoría o visión).

El pasaje de la Historia Ecclesiastica aquí reproducido es un importante testimonio del canon del Nuevo Testamento.

HISTORIA ECLESIÁSTICA, III, 24-25.

III,24,1 Que este testimonio de Clemente sirva aquí a la vez de narración y de provecho para los que lleguen a leerlo. Pero indiquemos los escritos incontrovertidos de este apóstol.

2. En primer lugar quede reconocido como auténtico su Evangelio, que se lee por entero en todas las iglesias de bajo el cielo. Sin embargo, el hecho de que los antiguos con buena razón lo catalogaran en el cuarto lugar, detrás de los otros tres, acaso pudiera explicarse de la manera que sigue. 3. Aquellos hombres inspirados y en verdad dignos de Dios —los apóstoles de Cristo, digo—, purificadas hasta el colmo sus vidas y adornadas sus almas con toda virtud, hablaban, no obstante, la lengua de los simples (cf. Hch 4, 13; 1 Co 2, 1; 2 Co 11, 6). Al menos, aunque la fuerza divina (cf. Hch 1, 8) y obradora de milagros que el Salvador les había dado los hacía audaces, ni sabían ni intentaban siquiera ser embajadores de la doctrina del Salvador con la persuasión y con el arte de los discursos, sino que, usando solamente de la demostración del Espíritu divino que obraba con ellos y del solo poder de Cristo (cf. 1 Co 2, 4) que se ejercía a través de ellos, anunciaron el conocimiento del reino de los cielos por toda la tierra habitada, sin preocuparse gran cosa de ponerlo por escrito. 4. Y obraban así en cuanto servidores de un ministerio mayor y que está por encima del hombre. Y así, Pablo, el más capaz de todos en la preparación de discursos y el de más vigoroso pensamiento, no dejó por escrito más que sus brevísimas cartas, y eso que podía decir cosas infinitas e inefables por haber alcanzado la contemplación de hasta el tercer cielo, ya que había sido arrebatado hasta el paraíso mismo y se había hecho digno de escuchar las palabras inefables de allá (cf. 2 Co 12, 2-4).

5. Tampoco faltaba experiencia de estas mismas cosas a los demás acompañantes de nuestro Salvador, los doce apóstoles de una parte y los setenta discípulos de otra, así como otros innumerables, además de estos. Y, sin embargo, de todos ellos solamente Mateo y Juan nos han dejado memorias de las conversaciones

del Señor, y aún es tradición que se pusieron a escribir forzados a ello. 6. Efectivamente, Mateo, que primero había predicado a los hebreos, cuando estaba a punto de marchar hacia otros, entregó por escrito su Evangelio, en su lengua materna, supliendo así por medio de la escritura lo que faltaba a su presencia entre aquellos de quienes se alejaba. 7. Marcos y Lucas habían ya publicado sus respectivos evangelios, mientras Juan se dice que en todo ese tiempo seguía usando de la predicación no escrita, pero que al fin llegó también a escribir, por el motivo siguiente. Los tres evangelios escritos anteriormente habían sido ya distribuidos a todos, incluso al mismo Juan, y se dice que este los aceptó y dio testimonio de su verdad, pero también que les faltaba únicamente la narración de lo que Cristo había obrado en los primeros tiempos y al comienzo de su predicación. 8. La razón es verdadera. Es posible ver, efectivamente, que los tres evangelistas han puesto por escrito solamente los hechos que siguieron al encarcelamiento de Juan Bautista, durante solo un año, y que son ellos los que advierten de esto mismo al comienzo de los relatos. 9. Por ejemplo, después del ayuno de cuarenta días y de la tentación que siguió, Mateo declara la fecha de su propio escrito cuando dice: Y oyendo que Juan había sido entregado, se retiró de Judea a Galilea (Mt 4, 12). 10. Y lo mismo Marcos, que dice: Después de ser entregado Juan, Jesús vino a Galilea (Mc 1, 14). Y Lucas, antes de dar comienzo a los hechos de Jesús, hace parecida observación, diciendo que Herodes añadió, a los males que había cometido, este otro: Encerró a Juan en la cárcel (Lc 3, 19-20).

11. En consecuencia se dice que por esto se le animó al apóstol Juan a transmitir en su Evangelio el período silenciado por los primeros evangelistas y las obras realizadas en este tiempo por el Salvador, es decir, las anteriores al encarcelamiento del Bautista, y que esto mismo se indica, bien cuando dice: Este comienzo tuvieron los milagros de Jesús (Jn 2, 11), bien cuando menciona al Bautista entre medio de los hechos de Jesús diciendo que todavía seguía bautizando en Ainón, cerca de Salim. Lo expresa claramente al decir: Porque Juan no había sido encarcelado todavía (Jn 3, 23-24). 12. Juan, por lo tanto, transmite en su Evangelio escrito lo que Cristo obró antes de que el Bautista fuera encarcelado, mientras que los otros tres evangelistas recogen los hechos posteriores al encarcelamiento del Bautista.

13. A quien ponga atención a todo esto no tiene ya por qué parecerle que los evangelios difieren entre sí, puesto que el de Juan contiene las obras primerizas de Cristo, y los otros la historia del final del período. Y, en consecuencia, es también probable que Juan pasara por alto la genealogía carnal de nuestro Salvador por haberla escrito ya anteriormente Mateo y Lucas, y comenzase hablando de su divinidad, cual si el Espíritu divino se lo hubiera reservado a él como más capaz. 14. Bástenos, pues, lo dicho sobre la escritura del Evangelio de Juan. La causa de haberse escrito el Evangelio de Marcos queda explicada ya arriba.

15. Por lo que hace a Lucas, también él, al comenzar su escrito, expone de antemano el motivo por el cual lo ha compuesto. Debido a que muchos otros se ocuparon con demasiada precipitación a hacerse una narración de los hechos de que él mismo estaba bien enterado, él se sintió obligado a apartarnos de las dudosas suposiciones de los otros y nos ha transmitido por medio de su Evangelio el relato seguro de todo aquello cuya verdad ha captado suficientemente aprovechando la convivencia y el trato con Pablo, así como la conversación con los demás apóstoles. 16. Y esto es lo que tenemos sobre el tema. En momento más apropiado trataremos de explicar, por medio de citas de los antiguos, lo que sobre este punto han dicho otros también.

17. De los escritos de Juan, además del Evangelio, también se admite sin discusión, por modernos y por antiguos, la primera de sus cartas. En cambio se discuten las otras dos. 18. Por lo que hace al Apocalipsis, todavía hoy la opinión de muchos se bifurca en uno u otro sentido. También él recibirá en el momento oportuno su sanción, extraída del testimonio de los antiguos.

25.1. Llegados aquí, es razón de recapitular los escritos del Nuevo Testamento ya mencionados. En primer lugar hay que poner la tétrada santa de los Evangelios, a los que sigue el escrito de los Hechos de los Apóstoles. 2. Y después de este hay que poner en lista las Cartas de Pablo. Luego se ha de dar por cierta la llamada I de Juan, como también la de Pedro. Después de estas, si parece bien, puede colocarse el Apocalipsis de Juan, acerca del cual

expondremos oportunamente lo que de él se piensa.

3. Estos son los que están entre los admitidos (ὁμολογουμένοις). De los libros discutidos (ἀντιλεγομένων), en cambio, y que, sin embargo, son conocidos de la gran mayoría, tenemos la Carta llamada de Santiago, la de Judas y la II de Pedro, así como las que se dicen ser II y III de Juan, ya sean del evangelista, ya de otro del mismo nombre. 4. Entre los espurios (νόθοις) colóquense el escrito de los Hechos de Pablo, el llamado Pastor y el Apocalipsis de Pedro, y además de estos, la que se dice Carta de Bernabé y la obra llamada Enseñanza de los Apóstoles, y aun, como dije, si parece, el Apocalipsis de Juan: algunos, como dije, lo rechazan, mientras otros lo cuentan entre los libros admitidos. 5. Mas algunos catalogan entre estos incluso el Evangelio de los hebreos, en el cual se complacen muchísimo los hebreos que han aceptado a Cristo. Todos estos son libros discutidos (ἀντιλεγομένων). 6. Pero hemos creído necesario tener hecho el catálogo de estos igualmente, distinguiendo los escritos que, según la tradición de la Iglesia, son verdaderos, genuinos y admitidos (τάς τε κατὰ τὴν ἐκκλησιαστικὴν παράδοσιν ἀληθεῖς καὶ ἁπλάστους καὶ ἀνωμολογημένας γραφὰς), de aquellos que, diferenciándose de estos por no ser testamentarios, sino discutidos (ἀντιλεγομένας), no obstante, son conocidos por la gran mayoría de los autores eclesiásticos, de manera que podamos conocer estos libros mismos y los que con el nombre de los apóstoles han propalado los herejes pretendiendo que contienen, bien sean los Evangelios de Pedro, de Tomás, de Matías o incluso de algún otro distinto de estos, o bien de los Hechos de Andrés, de Juan y de otros apóstoles. Jamás uno solo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos. 7 Pero es que la misma índole de la frase difiere enormemente del estilo de los apóstoles, y el pensamiento y la intención de lo que en ellos se contiene desentona todavía más de la verdadera ortodoxia: claramente demuestran ser engendros de herejes. De ahí que ni siquiera deben ser colocados entre los espurios (νόθοις), sino que debemos rechazarlos como enteramente absurdos e impíos.

BIBLIOGRAFÍA

Azzali Bemardelli, G., 1 Pt 1,18-19 e 1 Gv 1,7 nell'esegesi di Eusebio di Cesarea, di Cirillo di Gerusalemme, di Epifanio, en Sangue et antropologia nella teologia; atti della VI settimana, Roma 23-28 novembre 1987, ed. F. Vattioni, Roma 1989, pp. 853-893.

Barthélemy, D., Eusébe, la Septante et 'les autres', en La Bible et les Pères, ed. A. Benoit et al., Paris 1971, pp. 51-65.

Carpino, F., Origene, Eusebio e Ilario sul Salmo 118, en ASEs 3 (1985/6) pp. 57-64.

Curti, C., Due articoli Eusebiani ('Commentarii in Psalmos'), Noto 1971.

Curti, C., L'interpretazione di Ps 67:14 in Eusebio di Cesarea. La sua fortuna presso gli esegeti greci e latini del Salterio, en Fs. G. Lazzati, ed. R.Cantalamessa, Milano 1979, pp. 195-207.

Curti, C., I Commentarii in Psalmos di Eusebio di Caesarea; tradizione diretta (Coislin 44) e tradizione catenaria, en Critica testuale, ed. E. Flores, Roma 1979/81, pp. 373-382.

Curti, C., L'esegesi di Eusebio di Caesarea; caratteri e sviluppo, en Transformazioni, 1982/85, pp. 459-478.

Curti, C., Eusebiana I: Commentarii in Psalmos, Catania 1989.

Curti, C., La cronologia dei 'Commentarii in Psalmos' di Eusebio di Cesarea, en Quaderni catanesi di cultura classica e medievale 2 (1990), pp. 53-65.

Decker, D. de, Évocation de la Bible dans le 'Discours à l'Assemblée des Saints' prêté à l'empereur Constantin, en Studia Biblica, 6th International Congress on Biblical Studies Edited by E. A. Livingstone. JSOTS 11. Oxford, 1978-1979, pp. 133-143.

Dorival, G., La reconstitution du Commentaire sur les Psaumes d'Eusèbe de Césarée grâce aux chaines exégétiques grecques, en particulier la châine de Nicétas, en StPatr 15 (1975/84), pp. 170-176.

Dörrie, H., Une exégèse néoplatonicienne du prologue de l'Evangile selon S. Jean (Amélius chez Eusèbe, Prep. Ev. 11,19, 1-4), en Epektasis. Mélanges patristiques offerts au Cardinal Jean Daniélou, Paris 1972, pp.75-87.

Fedalto, G., Il toponimo di 1 Petr. 5:13 nella esegesi di Eusebio di Cesarea, en VetChr 20 (1983), pp. 461-466.

Gallagher, E. V., Piety and Policy; Eusebius' defense of the Gospel, en Systemic 2 (1989), pp. 138-155.

Gamba, G. G., La disposizione 'Matteo, Luca, Marco, Giovanni' nella tradizione antica (Clemente, A., Eusebio), contributo alla soluzione della Questione Sinottica, en Fs. S. Cipriani, Parola e Spirito, 1982, pp. 25-36.

Geraci, G., L'utilizzazione dell'Antico Testamento nelle Quaestiones et responsiones di Eusebio di Caesarea, en ASEs 2 (1985), pp. 251-255.

Gorday, P. I., Paul in Eusebius and other Early Christian Literature, en Eusebius, Christianity and Iudaism, ed. H.W. Attridge, G.I. Iata, Leiden 1992, pp. 139-165.

Green, H. B., Matthew 28:19, Eusebius, and the lex orandi, en Fs. H. Chadwick: The Making of Orthodoxy, 1989, pp. 124-141.

Guinot, J.-N., Théodoret imitateur d'Eusèbe; l'exégèse de la prophétie des 'soixante-dix semaines' (Dan 9:24-27), en Orpheus 8 (1987), pp. 283-309.

Hollerich, M. J., Eusebius as a Polemical Interpreter of Scripture, en Eusebius, Christianity and

Iudaism, ed. H. W. Attridge, G. Hata, Leiden 1992, pp.585-618.

Jenkins, R. G., The Biblical Text of the Commentaries of Eusebius and Jerome on Isaiah, en Abr-n. 22 (1983/84), pp. 64-78.

Merkel, H., Die Pluralität der Evangelien als theologisches und exegetisches Problem in der Alter Kirche, Bern 1978.

Möhle, A., Jesaja Kommentar, en ZNW 33 (1934), pp. 67-89.

Nordenfalk, C., (Eusebius) Canon tables on papyrus, en Dumbarton Oaks Papers 36 (1982), pp. 29-36.

Penna, A., Il ‘De consensu evangelistarum’ ed i ‘canoni eusebiani, en Bib 36 (1955), pp. 1-19.

Perrone. L., Le Quaestiones evangelicae di Eusebio di Caesarea; alle origini di un genere letterario, en ASE 7,2 (198/90), pp. 417-35.

Places, E. des, Eusèbe de Césarée, commentateur; platonisme et Écriture Sainte, en ThH 63, Paris 1982.

Robbins, G. A., Peri tôn endiathékôn graphôn; Eusebius and the formation of the Christian Bible (canon), Duke 1986.

Robbins, G. A., Fifty copies of the sacred writings (Eusebius, Vita Constantini 4,36); entire Bibles or Gospel books?, en 10th Patristic 19 (1989), pp. 91-98.

Sant, C., Interpretatio Veteris Testamenti in Eusebio Caesariensi, en VD 45 (1967), pp. 79-90.

Sant, C., The Old Testament Interpretation of Eusebius of Caesarea. The Manifold Sense of Holy Scripture, Malta 1967.

Sant, C., Eusebius of Caesarea’s Views on the Canon of the Holy Scriptures and the Texts he used in His Works, en MELi 23/1-2 (1972), pp. 23-33.

Sellew, Ph., Eusebius and the Gospel, en Eusebius, Christianity and Iudaism, ed. H. W. Attridge, G. Hata, Leiden 1992, pp. 110-138.

Simonetti, M., Esegesi e ideologia nel Commento a lsaia di Eusebio, en RSLR 19 (1983), pp. 3-44.

Suggs, M. I., The Eusebian text of Mt, en NT 1 (1956), pp. 233-45.

Suggs, M. I., Eusebius’ Text of John in the ‘Writings against Marcellus’, en JBL 75 (1956), pp. 137-142.

Suggs, M. I., Eusebius and the Gospel Text, en HThR 50 (1957), pp. 307-310.

Tuccari, L., Eusebio e Basilio sul Salmo 59, en ASE 4 (1987), pp. 143-50.

Ulrich, E., The Old Testament Text of Eusebius: The Heritage of Origen, en Eusebius, Christianity and Iudaism, ed. H. W. Attridge, G. Hata, Leiden 1992, pp.543-562.

Wallace-Hadrill, D. S., Eusebius and the Gospel Text of Caesarea, en HThR 49 (1956), pp. 105-14.

Wallace-Hadrill, D. S., Eusebius of Caesarea's Commentary on Luke: Its Origin and Early History, en HThR 67 (1974), pp. 55-63.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 675-683.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 73-98.

16. ATANASIO (299-373)

NACIDO HACIA 298-299, OBISPO DE ALEJANDRÍA desde 328, tuvo un papel importante en el concilio de Nicea y sobresalió por su defensa de la ortodoxia. Atanasio merecería una amplia presentación. Se podrían recordar sus exilios en los imperios de Constantino, Constancio, dos veces, Juliano y Valente. Son muy importantes sus escritos Contra arrianos, las Cartas a Serapión sobre la divinidad del Espíritu Santo, la Carta a Epícteto en la que defiende la humanidad del Señor contra Apolinar de Laodicea, el Tomus ad Antiochenos, en el que resume las conclusiones del importantísimo sínodo de Alejandría del 362. La Vita Antonii tuvo mucha difusión y junto al De virginitate permite ver cómo comprendía Atanasio el desarrollo de la vida espiritual.

Aunque todas sus obras manifiestan su familiaridad con la Escritura, integrada en la realidad espiritual de la tradición cristiana, para él la exégesis fue una actividad marginal. Sus exposiciones sobre los salmos se han transmitido por las catenae griegas en algunas traducciones orientales y dependen en buena medida del comentario de Cipriano en el ámbito común de la tradición eusebiana. De lo que se puede deducir del texto reconstruido, la exégesis de Atanasio es muy atenta, rica de notas dirigidas a iluminar también palabras aisladas del texto y, en el comentario de los diversos salmos, muy variada. A veces únicamente literal e histórica, o para un mismo salmo literal y alegórica, casi constantemente interesada en la “hipótesis” de la identificación del personaje que pronuncia este o aquel salmo, o bien es protagonista o, incluso, al cual el salmo mismo puede referirse.

Atanasio se encuentra en el ámbito de una tradición exegética riquísima y ya firmemente establecida, como la alejandrina, y a ejemplo de Eusebio. Si se considera en general la exégesis de Atanasio, prácticamente limitada a su interpretación anti-arriana de la Escritura, ha sido resumida por algunos estudiosos en dos puntos: la finalidad y la triplicidad “persona, tiempo, ocasión”.

Si atendemos a su Comentario a los Salmos, podemos decir que Atanasio lee en el Salterio toda la historia de la salvación, desde la creación y el pecado de Adán y Eva, pero también el itinerario espiritual del alma del creyente y de todo el

nuevo pueblo hasta los últimos tiempos, con una atención particular por la encarnación del Logos.

La técnica exegética es articulada y está abierta a distintas interpretaciones. La literal puede ser histórica, y en ese caso el comentador se preocupa de explicar el salmo con la ayuda de los libros históricos y proféticos del Antiguo Testamento, citados frecuentemente. Otras veces, la exégesis literal se limita a la ilustración del texto, que se parafrasea o se explica en su significado inmediato. En interpretaciones de este tipo es frecuente el paso a la alegoría, con la atribución al salmo de un sentido moral o individual, o sea, referido a las acciones interiores del hombre, asediado por los demonios y que invoca la ayuda divina. En otros casos la interpretación es moral o individual, con carácter predominantemente ascético. El contenido de la exégesis alegórica es preferentemente tipológico, sobre todo cristológico y eclesiológico, pero no faltan interpretaciones más complejas.

La larga carta a Marcelino sobre el uso de los salmos es un documento exegético de primer orden. Atanasio desarrolla el concepto eusebiano de los salmos como compendio de toda la Escritura y, sobre todo, de lo que los salmos representan para el cristiano.

LA INTERPRETACIÓN DE LOS SALMOS 1-3.5.10-11.

1. Me admiro de tu propósito en Cristo, querido Marcelino. Pues toleras bien la prueba presente, aunque has sufrido mucho con ella, y no descuidas la ascesis. Preguntando al portador de la carta cómo te encuentras después de tu enfermedad, supe que tienes como entretenimiento todas las sagradas Escrituras, especialmente lees el libro de los Salmos, sobre todo tratando de alcanzar el verdadero significado de cada uno de ellos. Por eso te alabo, puesto que, por este libro y por todas las Escrituras, yo también nutro una gran pasión. Y teniéndola, coincidí una vez con un anciano muy estudioso y deseo escribirte lo que me decía sobre el Salterio, sosteniéndolo en la mano, pues tiene una cierta gracia y persuasión. Dijo así:

2. Toda nuestra Escritura, hijo mío, tanto Antigua como Nueva, está inspirada divinamente y es útil para enseñar, como está escrito (2 Tm 3, 16). Pero el libro de los Salmos, a aquellos que lo quieren escuchar, tiene para ellos cosas dignas de observación. Cada libro trata y sigue su propio argumento: como el Pentateuco la creación del mundo y los hechos de los patriarcas, la salida de Israel del Egipto y las disposiciones legales; el Triteuco [Josué, Jueces y Rut] la distribución de las tierras, los hechos de los jueces y la genealogía de David; los Reyes y Paralipómenos [Crónicas] las gestas de los reyes; Esdras la liberación de la cautividad, el retorno del pueblo y la construcción del templo y la ciudad; los Profetas las profecías sobre la venida del Salvador, exhortaciones a los preceptos, reprensiones a los transgresores y profecías sobre las gentes. Pero el libro de los Salmos canta, como conteniendo en sí el Paraíso, y muestra de nuevo, salmodiando, las cosas propias de los otros.

3. Lo que se refiere al Génesis lo canta en el Salmo 18: Los cielos cuentan la gloria de Dios, la obra de sus manos anuncia el firmamento; y en el 23: De Yahveh es la tierra y cuanto hay en ella, el orbe y los que en él habitan. Que él lo fundó sobre los mares. Lo que se refiere a Éxodo, Números y Deuteronomio, lo

cantó bellamente en el Salmo 77 y en el 113 diciendo: Cuando Israel salió de Egipto, la casa de Jacob de un pueblo bárbaro, se hizo Judá su santuario, Israel su dominio. Salmodia lo mismo en el Salmo 104: Luego envió a Moisés su servidor, y Aarón, su escogido, que hicieron entre ellos sus señales anunciadas, prodigios en el país de Cam. Mandó tinieblas y tinieblas hubo, mas ellos desafiaron sus palabras. Trocó en sangre sus aguas y a sus peces dio muerte. Pululó de ranas su país, hasta en las moradas de sus reyes; mandó él, y vinieron los mosquitos, los cínifes por toda su comarca. Y todo este Salmo y el 105 describen las mismas cosas. Y por lo que se refiere al sacerdocio y a la tienda, canta la salida de la tienda el Salmo 28: ¡Rendid a Yahveh, hijos de Dios, rendid a Yahveh gloria y poder! (...)

5. Lo que se refiere a los profetas se significa en todos los Salmos. Sobre la venida del Salvador, y que es Dios el que vendrá, se dice en el Salmo 49: Viene nuestro Dios y no se callará; y en el 117: ¡Bendito el que viene en el nombre de Yahveh! Desde la Casa de Yahveh os bendecimos. Yahveh es Dios, él nos ilumina. Y que este es el Logos del Padre, se dice así en el Salmo 106: Su palabra envió para sanarlos y arrancar sus vidas de la fosa. El Dios que viene es el Logos enviado. A este Logos, sabiendo que era Hijo de Dios, lo canta como voz del Padre en el Salmo 44: Bulle mi corazón de palabras graciosas, y de nuevo en el 109: Te he engendrado en el seno antes de la estrella de la mañana. ¿A qué otra cosa llama engendrado del Padre sino al Logos y su Sabiduría? Sabiendo que Él era, el Padre le dice: Sea la luz, el firmamento y todo (cf. Gn 1, 3-26), también este libro lo contiene, diciendo (Sal 32, 6): Por la palabra de Yahveh fueron hechos los cielos por el soplo de su boca toda su mesnada (...)

10. La gracia común del Espíritu está en todos [los libros]; en cada uno de ellos se encuentran los sucesos, y en todos, los mismos, como lo pide la necesidad y lo quiere el Espíritu. No importa si hay más o hay menos en esta necesidad, pues cada uno cumple sin falla su propio y perfecto cometido. Pero el libro de los Salmos tiene también su gracia singular y digna de observarse. Pues las demás cosas que tiene afines y en común con los otros libros, las tiene como algo propio y digno de admiración, porque los actos de cada alma y sus progresos y arrepentimientos, los contiene en sí descritos y expresados, de modo que quien quiera aceptarlas y entenderlas como un modelo, podrá formarse a sí mismo,

encontrándolas allí escritas. En los otros libros, quien escucha encuentra solo la ley que le ordena qué se debe hacer y qué no; encuentra también las profecías, que únicamente le indican que el Salvador debe venir; tiene la historia de la que puede aprender los hechos de reyes y santos. Pero en el libro de los Salmos, además de lo que cualquiera puede aprender escuchando, entiende y aprende los movimientos de su propia alma y, según lo que padece y comprende, puede adquirir de él un modelo para sus palabras. De modo que el que oye no solo pasa [por sus palabras], sino que aprende qué se debe decir y hacer para curar sus pasiones. Hay en los otros libros palabras que prohiben los males, pero en este encuentra de qué modo se debe apartar de ellos. Por ejemplo, se exhorta a la conversión. Y la conversión consiste en apartarse del pecado. En este libro se enseña cómo debe ser la conversión y qué se debe decir sobre ella. Y dice Pablo: La tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla (Rm 5, 3-5); pero en los Salmos está escrito expresamente cómo se deben tolerar las tribulaciones, qué se debe decir durante ellas, en qué modo es probado cada uno, cuáles son las palabras de los que esperan en el Señor. De nuevo el mandamiento es dar gracias por todo, pero los Salmos enseñan qué debe decir el que da gracias. Después, cuando oímos decir: Y todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones (2 Tm 3, 12), de los Salmos aprendemos qué deben decir los que escapan, y qué palabras debemos dirigir a Dios en la persecución y después de la persecución. Se nos ordena bendecir al Señor y confesarlo. Pero en los Salmos aprendemos como se debe alabar al Señor y con qué palabras lo confesamos. Y así, para cada situación todos encontrarán cantos divinos, para nosotros, para nuestras acciones, para la tranquilidad de nuestra situación.

11. También hay otra cosa maravillosa en los Salmos: en los otros libros las cosas que dicen los santos, a propósito de lo que dicen, los que las leen las refieren a las circunstancias de lo que está escrito: quien escucha se reconoce extraño al contenido del discurso, y las acciones referidas solo despiertan admiración y deseo de imitarlas. Pero quien toma el libro de los Salmos, recorre las profecías que se refieren al Salvador, como en las otras Escrituras, con admiración y adoración; pero los otros Salmos los lee como propios; y el que escucha, como si fuera el que los recita, siente compunción y da sentido a las palabras de los cantos como si fuesen suyas. Para ser más claro no dudo en repetir las mismas cosas, a ejemplo del Beato Apóstol (cf. Ga 1, 9). Muchas son la palabras propias de los patriarcas: Moisés hablaba y Dios respondía; Elías y

Eliseo invocaban a Dios en el monte Carmelo y repetían: Vive Yahveh, Dios de Israel, a quien sirvo (1 R 17, 1). Las palabras de otros santos profetas son, en primer lugar, sobre el Salvador. Después, dicen muchas cosas a las gentes y a Israel. Pero nadie diría como propias las palabras de los patriarcas, ni osaría repetir las palabras de Moisés como propias, ni las de Abraham sobre su descendencia, o sobre Ismael o sobre Isaac, aunque hubiera necesidad. Y si alguien sufriese con quien sufre o desease cosas mejores, no diría nunca como Moisés: Muéstrateme (Ex 33, 13), o también: Con todo, si te dignas perdonar su pecado..., y si no, bórrame del libro que has escrito (Ex 32, 32). Mas ninguno recurrirá nunca a las palabras de los profetas para reprender o alabar a quien cumple acciones similares a las que estos reprenden o alaban; ni el Vive Yahveh, Dios de Israel, a quien sirvo (1 R 17, 1) nadie osará imitarlo haciéndolo propio. Es claro a quien lee que estos libros no expresan esas palabras como propias, sino de los santos y de aquellos que por ellas se indican. Pero el que lee los Salmos, cosa admirable, excepto las profecías acerca del Salvador y las gentes, pronuncia las demás palabras como propias y las canta como si las hubiesen escrito para él mismo; y las escucha y las lee, no como dichas por otro o referidas a otro, sino como uno que hable de sí mismo; y las cosas que se dicen las refiere a Dios, como si las hiciera él mismo y hablase por sí mismo. Y no teme lo más mínimo usurpar las palabras de los Patriarcas, de Moisés o de otros profetas, sino que osa pronunciarlas como palabras propias y escritas por sí mismo. Pues los Salmos contienen dos tipos de acciones: tanto las de quien observa los preceptos, como las de quien los contraviene. Y es necesario que cualquier hombre se encuentre en ambas condiciones, y así pueda pronunciar las palabras de las dos situaciones, sea que haya observado los preceptos, sea que los haya trasgredido.

BIBLIOGRAFÍA

Armstrong, G. T., The Cross in the Old Testament According to Athanasius, Cyril of Jerusalem and the Cappadocian Fathers, en Theologia crucis—signum crucis. Fs. E. Dinkler, Tübingen 1979, pp. 17–38.

Armstrong, G. T., Athanasius, Epistola ad Marcellinum in interpretationem Psalmorum, en Ekklesiastikos Pharos 60 (1978), pp. 378–403.

Dorival, G., Athanase ou Pseudo-Athanase?, en RSLR 16 (1980), pp. 80-89.

Ferguson, E., Athanasius' 'Epistola ad Marcellinum in interpretationem Psalmorum, en StPatr 16, (1985), pp. 295–308.

Fischer, B., Psalmus Vox Christi patientis selon l'Épître à Marcellinus de S. Athanase en Politique et théol. chez Athanase d'Alexandrie, Ed. C. Kannengiesser, Paris 1974, pp. 305–11.

Kannengiesser, C., Athanasius von Alexandrien als Exeget, en Stimuli. Exegese und ihre Hermeneutik in Antike und Christentum. Festschrift für Ernst Dassmann. Ed. G. Schöllgen and C. Scholten, Münster 1996, pp. 336–343.

Marangoni, V. O., 'Yo y el Padre somos uno.' Estudio sobre la argumentación escriturística de S. Atanasio, en Strom 26 (1970), pp. 3–57.

Rondeau, M.-J., L'Épitre à Marcellinus sur les Psaumes, en VigChr 22 (1968), pp. 176–197.

Sieben, H.-J., Athanasius über den Psalter. Analyse seines Briefes an Marcellinus. Zum 1600. Todesjahr des Bischofs von Alexandrien, en ThPh 48 (1973), pp. 157–173.

Stead, C., Athanasius als Exeget, en Christliche Exegese zwischen Nicaea und Chalcedon, Ed. J. van Oort - U. Wickert, Kampen 1992, pp. 174–184.

Stead, G. C., St. Athanasius on the Psalms, en VigChr 39 (1985), pp. 65–78.

Tromp, N. J., Athanasius aan Marcellinus, een inleiding tot de Psalmen, en OGL 49 (1972), pp. 238–50.

Vian, G. M., L’esegesi Atanasiana ai Salmi, en ASE 1 (1984), pp. 53–58.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 708-721.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 202-204.

17. CIRILO DE JERUSALÉN (315-387)

CIRILO FUE OBISPO DE JERUSALÉN desde el 348. Expulsado tres veces de su diócesis por los arrianos, tuvo un importante papel en el concilio de Constantinopla. Hay dudas sobre la autenticidad de las homilías que presentamos aquí, con frecuencia atribuídas a Juan, sucesor de Cirilo en la sede de Jerusalén. Es necesario distinguir las catequesis que comentan el Símbolo de la fe y se predicaban antes del bautismo, de las catequesis mistagógicas, en las que se explica a los neófitos, durante la primera semana de Pascua, el sentido rito de la iniciación cristiana —bautismo, confirmación y eucaristía— tras la recepción de estos sacramentos en la vigilia de Pascua. Cirilo escribió también una homilía sobre la curación del paralítico en la piscina de Siloé.

En sus obras demuestra la importancia de la Escritura en la liturgia y la catequesis, pero su argumentación no es propiamente ni alegórica ni tipológica, pues no pretende explicar cómo interpretar la Biblia, sino simplemente hacer ver que se encuentra íntimamente unida a la experiencia bautismal. Su enfoque de la Escritura es principalmente catequético: la Escritura es la última fuente de conocimiento de la realidad, de cada aspecto de la condición humana y de Dios; contiene todo lo que se debe conocer sobre los misterios de la fe y, por tanto, no se puede afirmar nada sin ella. La Escritura se ve como testigo (martyr) y como conjunto de testimonios (martyriai). Estos son los términos que él mismo emplea en detrimento del más conocido typos, pero en cualquier caso la técnica exegética tipológica está muy presente en sus obras, principalmente con argumentos del tipo qal we homer (si... cuanto más...), pero también mostrando las semejanzas entre el typos y la aletheia (Cristo) para enfatizar la enseñanza catequética.

PRIMERA CATEQUESIS MISTAGÓGICA (CATEQUESIS 19)

A los recién bautizados. La lectura es de la primera epístola católica de Pedro, desde Sed sobrios, vigilad (1 P 5, 8), hasta el final de la carta.

1. Hijos legítimos y muy queridos de la Iglesia: hace ya tiempo que deseaba conversar con vosotros sobre estos misterios espirituales y celestiales. Y porque sé muy bien que la vista es mucho más fiable que el oído, estaba esperando este momento para llevaros de la mano a la pradera más luminosa y fragante de este paraíso, al recibiros mejor encaminados para lo que os dijera, con esta experiencia de las catequesis. Por otra parte, también os habéis hecho capaces de los misterios celestiales, una vez habéis sido considerados dignos del divino bautismo que da la vida. Y puesto que ahora hay que preparar una mesa de enseñanzas más perfectas, procedamos ya con toda diligencia a instruiros sobre estas cosas, para que conozcáis la significación que tuvo para vosotros lo sucedido en la tarde aquella del bautismo.

2. En primer lugar, entrasteis en el recinto que da acceso al baptisterio; y puestos de pie hacia el poniente, escuchasteis y se os ordenó extender la mano; y como si estuviera presente, renunciasteis a Satanás. Conviene que vosotros sepáis que esta figura está representada en la historia del Antiguo Testamento. Cuando Faraón, el más empedernido y cruel de los tiranos, estaba oprimiendo al pueblo libre y bien nacido de los hebreos, Dios envió a Moisés para arrancarlos de la pésima esclavitud de los egipcios. Se untaron las jambas con la sangre del cordero, para que el exterminador pasara por alto las casas que tenían la marca de sangre; y el pueblo hebreo fue liberado de modo extraordinario. Cuando el enemigo perseguía a los que habían alcanzado la libertad, y vio con sorpresa que el mar para ellos se partía, avanzaba al mismo tiempo pisándoles los talones, pero de repente quedó sumergido en el agua, precipitado en el mar Rojo (cf. Ex 14, 22-30).

3. Por lo demás, pásate conmigo de lo antiguo a lo reciente, de la figura a la realidad. Allí Moisés es enviado por Dios a Egipto; aquí Cristo es enviado por el Padre al mundo. Allí, para sacar de Egipto al pueblo oprimido; aquí Cristo para salvar a los que en el mundo están oprimidos por el pecado. Allí la sangre del cordero sirvió de protección frente al exterminador; aquí la sangre del Cordero inmaculado (cf. 1 P 1, 19), Jesucristo, es refugio contra los demonios. Aquel tirano persiguió a aquel pueblo antiguo hasta el mar; y este demonio cínico, abominable y origen del mal, te sigue a ti hasta las mismas fuentes de la salvación. Aquél quedó sepultado en el mar; y este desaparece en el agua de salvación.

4. Sin embargo, oyes que has de decir, con la mano extendida, como a uno que está presente: «Reniego de ti, Satanás». Quiero deciros además —es necesario— por qué os colocáis hacia el poniente. Puesto que el poniente es el lugar por donde viene la oscuridad y, siendo él oscuridad, en la oscuridad ejerce también el poder, por esta razón renegáis de aquel príncipe tenebroso y oscuro, mirando simbólicamente hacia el poniente. Pues, ¿qué es lo que decía cada uno de vosotros puesto de pie? «Reniego de ti, Satanás», de ti que eres tirano malvado y el más cruel. Estoy afirmando que ya no temo tu poder. Porque Cristo lo destruyó, y me ha hecho partícipe de su sangre y de su carne, para destruir por ellas la muerte con la muerte, sin que nunca más esté sujeto a la servidumbre. «Reniego de ti», serpiente engañosa y la más ruin. Reniego de ti, que maquinas insidias y practicas toda clase de iniquidad afectando amistad, e inspiraste a nuestros primeros padres la apostasía. «Reniego de ti, Satanás», autor y cómplice de toda maldad.

5. Después, en una segunda expresión, aprendes a decir: «Y a todas tus obras». Obra de Satanás es cualquier pecado, del que es necesario alejarse; igual que cuando alguien huye de un tirano, evita también sus armas por todos los medios. Cualquier clase de pecado se inscribe entre las obras del diablo. Y aprende además esto: que todo lo que dices, principalmente en aquel momento tan estremecedor, está escrito en el libro de Dios. En el caso, pues, de que hagas lo contrario de lo que dices, serás juzgado como transgresor. Renuncias, por tanto,

a las obras de Satanás, a todas las obras y pensamientos —quiero decir— que suceden al margen de la razón.

6. Luego continúas: «Y a toda su pompa». Pompa del diablo son la pasión desenfrenada por el teatro, las carreras de caballos, la caza, y cualquier vanidad de este género, de la que el santo pide a Dios que le libre, diciendo: Aparta mis ojos de mirar la vanidad (Sal 118, 37). Que no te domine la pasión por el teatro, donde tendrás que ver la chabacanería de los mimos practicada con excesos y una completa indecencia, junto con las danzas alocadas de hombres afeminados; ni tampoco el espectáculo de aquellos que en las cacerías se lanzan a sí mismos a las fieras para halagar el vientre miserable; para satisfacer el estómago con manjares, ellos se hacen en verdad alimento del estómago de fieras salvajes, y para hablar justamente, exponen en combate singular su vida por un precipicio, en favor del vientre, que es su dios (cf. Flp 3, 19). Evita asimismo las carreras de caballos, el espectáculo loco que arruina también las almas. Todo esto compone la pompa del diablo.

7. Hay que añadir a la pompa del diablo, además, las cosas que se ofrecen en honor de los ídolos en sus fiestas, sea carne, pan, u otra cosa parecida contaminada por la invocación de los infames demonios. Porque a la manera que el pan y el vino de la Eucaristía, antes de la invocación santa de la adorable Trinidad, eran simplemente pan y vino, pero, una vez hecha la invocación, el pan se hace cuerpo de Cristo, y el vino, sangre de Cristo; del mismo modo, estos alimentos de la pompa de Satanás, que por su naturaleza son puros, por la invocación de los demonios se vuelven contaminados.

8. Después dices: «Y a todo su culto». Culto del diablo es rezar en los templos de los ídolos; lo que se hace para honrar a los ídolos sin vida; encender lámparas o quemar incienso junto a las fuentes o ríos, como algunos que cruzaron hasta allí engañados por algún sueño o por los demonios, pensando que encontrarían la curación de enfermedades corporales, y cosas por el estilo. Tú no te metas en eso. Son culto del diablo el augurio u ornitomancia, la adivinación, los presagios o amuletos o inscripciones en placas de metal, magias u otras malas artes, y

cuanto se puede calificar como tal. Todo esto, evítalo; porque si caes en esas cosas después de renegar de Satanás y adherirte a Cristo, experimentarás un tirano más cruel —puede que antes te rodeara de cuidados como a cosa propia y te suavizara la dura esclavitud, aunque hoy le has irritado muchísimo— y quedarás privado de Cristo y sometido a las tentaciones de aquél. ¿No has escuchado la historia antigua, que nos cuenta los sucesos de Lot y de sus hijas? (cf. Gn 14, 15ss). ¿No es cierto que él, junto con las hijas, se salvó cuando subió al monte, mientras que su mujer se convirtió en estatua de sal quedando para siempre como una columna que recuerda la mala elección y el hecho de volver la vista atrás? Estate, pues, atento a ti mismo (cf. Dt 4, 23; Tb 4, 14), y no vuelvas otra vez a lo de atrás, poniendo la mano en el arado y regresando de nuevo al amargo ejercicio de esa vida (cf. Lc 9, 62); y huye al monte (cf. Gn 19, 17), a Jesucristo, la piedra arrancada sin concurso de manos, y que llena el mundo entero (cf. Dn 2, 35-45).

9. Cuando reniegas de Satanás rompiendo el más pequeño pacto con él (cf. Is 28, 15), los viejos convenios con el infierno, se te abre el paraíso de Dios que plantó al oriente (cf. Gn 2, 8), del que fue expulsado nuestro primer padre a causa de su prevaricación (cf. Gn 3, 23). Y de esto es símbolo el volverte tú del poniente hacia el oriente, que es el lugar por donde viene la luz. Entonces se te ordenó decir: «Creo en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, y en un solo bautismo de penitencia», de cuyas verdades se te ha hablado por extenso en las catequesis pasadas, según nos dio a entender el favor divino.

10. Fortalecido con estos argumentos, estate vigilante. Porque nuestro adversario el diablo, según se leyó hace poco, como un león rugiente, ronda buscando a quién devorar (1 P 5, 8). Y en los tiempos pasados, la muerte —poderosa— devoraba; pero con el santo lavatorio de la regeneración, Dios arrancó toda lágrima de cualquier rostro (cf. Is 25, 8). Una vez te has despojado del hombre viejo, ya no derramarás más lágrimas, sino que estarás de fiesta al haberte revestido de Jesucristo (cf. Rm 13, 14), que es traje de salvación (cf. Is 61, 10).

11. Y esto es lo que pasó en la parte exterior del baptisterio. Si Dios quiere,

cuando en las próximas catequesis mistagógicas entremos en el Sancta sanctorum de los misterios, entonces conoceremos los símbolos de las cosas que allí se llevan a cabo. A Dios Padre la gloria, el poder, la majestad, junto con el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

Armstrong, G. T., The Cross in the Old Testament According to Athanasius, Cyril of Jerusalem and the Cappadocian Fathers, en Theologia crucis—signum crucis. Fs. für Erich Dinkler, Tübingen 1979, pp. 17–38.

Greenlee, J. H., The Gospel Text of Cyril of Jerusalem. Studies and Documents, Copenhagen 1955.

Jackson, P., Cyril of Jerusalem's treatment of scriptural texts concerning the Holy Spirit, en Traditio 46 (1991), pp. 1–31.

Jackson, P., Cyril of Jerusalem's Use of Scripture in Exegesis, en Theological Studies 52 (1991), pp. 431–503.

Riggi, C., Lo sfondo esegetico della catechesi palestinese in Epifanio di Salamina e in Cirillo di Gerusalemme, en Esegesi e catechesi nei Padri (secc. II–IV). Convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pontificium Institutum Altioris Latinitatis), Roma 26–28 marzo 1992, Ed. S. Felici, Roma 1993, pp. 121–130.

Saxer, V., Cyrill von Jerusalem und die Heilige Schrift. Was er von ihr lehrt und wie er sie gebraucht, en Stimuli, Fs. E. Dassmann, Ed. G. Schöllgen - C. Scholten. Münster 1996, pp. 344–356.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 776-780.

18. BASILIO MAGNO (330-379)

NACIDO HACIA 330, FUE NOMBRADO OBISPO de Cesarea en 370. Su familia de origen era muy rica y fue cuna de cuatro santos. Tuvo una instrucción cuidadísima, encomendada a los mejores rétores de Neocesarea, Constantinopla y Atenas. Su entrega personal en la vida ascética fue grande y dejó indicaciones sobre el modo de practicarla. Se pueden subrayar la polémica contra los anomeos, que se refleja en el Adversus Eunomium, las obras de beneficencia con los necesitados y personas castigadas por las carestías que le llevó a la construcción de un complejo asistencial llamado la “Basiliade”. Luego el tratado De Spiritu Sancto está entre las mejores obras del periodo patrístico. También escribió homilías sobre los salmos y sobre los mártires.

Hombre de acción, empleó sus conocimientos de la Escritura en tareas apologéticas, doctrinales y ascéticas. Conocía en profundidad la teoría exegética de Orígenes y muy probablemente escribió junto con Gregorio de Nazianzo la Philocalia, una antología de textos origenianos que constituye un verdadero y propio manual de teoría exegética. Parece que inmerso en la polémica contra los alegoristas tuvo que moderar los iniciales fervores alegorizantes, prefiriendo la interpretación literal, también a causa del género homilético en que se mueve prevalentemente. Por tanto, se debe decir que en sus preferencias literalistas con finalidad moral se intercalan detalles del más genuino alegorismo. En el Hexamerón, por ejemplo, se da una prudente apertura, incluso familiaridad, con el método alegórico.

HOMILÍAS SOBRE EL HEXAMERÓN.

Homilía I, 8.

8,1. En el principio creó Dios los cielos y la tierra (Gn 1, 1). La investigación que debería hacerse sobre la esencia de todas las cosas, ya sea sobre las que caen bajo nuestra contemplación, ya sea sobre las que se presentan a nuestros sentidos, nos llevaría a una exposición muy larga y fuera de nuestra exégesis, puesto que se dedicarían más palabras a este problema que a las demás que pueden decirse de los restantes asuntos. Además, no merecería la pena, por lo que se refiere a la edificación de la Iglesia, detenerse en ellas. 2. Sobre la esencia del cielo nos bastan las palabras de Isaías, que en palabras sencillas nos ha proporcionado un conocimiento suficiente de su naturaleza, diciendo: el que ha afirmado el cielo como humo (Is 51, 6), esto es, el que ha creado una sustancia sutil, no sólida ni espesa, para constituir el cielo. Y sobre la figura también nos bastan las cosas que dijo sobre la gloria de Dios: el que fundó el cielo como una habitación (Is 40, 22). 3. Por lo demás, también acerca de la tierra persuadámonos a no escrutar con curiosidad cuál es su esencia, ni a dedicar tiempo a razonar para alcanzar el objeto, ni a buscar una naturaleza árida y, por su condición, desprovista de cualidades, más bien sepamos con seguridad que todo lo que se considera en ella se refiere a la razón de su propia existencia, en cuanto que completan su esencia. 4. Por tanto, si intentases con la razón excluir toda cualidad inherente a esa sustancia, llegarías a la nada. Si quitas el color negro, el frío, el peso, la densidad y sus cualidades que se refieren al gusto o lo que haya en ella que pueda verse, nada será el sustrato. Si quitas todas esas cosas, no te aconsejo que indagues sobre qué base se asientan. 5. Pues en tal caso, la mente sufrirá vértigo, no llegando el raciocinio a ningún final seguro. Si dijeras que es el aire el sustrato de la extensión de la tierra, no saldrás de la incerteza de cómo es que una sustancia mórbida y muy vacía pueda resistir comprimida con tanto peso, y no se escape por todas partes evitando la carga y expandiéndose hacia arriba sobre la mole que la comprime. 6. Si supones que es el agua la que constituye la base de la tierra, también deberás preguntarte de qué manera un cuerpo pesado y denso no se hunde en el agua, sino que algo de

naturaleza más pesada es sostenido por algo más ligero. Además tendrás que investigar la base del agua, y de nuevo te preguntarás sobre qué base sólida y resistente encontrará apoyo.

Homilía IX, 6.

6,1. Los animales son demostración de la fe. ¿Confías en el Señor? Pisarás sobre el león y la víbora, hollarás al leoncillo y al dragón (Sal 90, 13). Y por la fe tienes poder para caminar sobre serpientes y escorpiones. ¿No ves que la víbora que picó a Pablo mientras recogía ramas secas no le hizo ningún daño (cf. Hch 28, 3-5), porque este santo fue hallado lleno de fe? Si eres incrédulo, no debes temer más al animal que a tu falta de fe, por la que te has hecho culpable de toda corrupción. 2. Pero ahora recuerdo que se me pidió una explicación del origen del hombre y me parece que no veo a los oyentes clamar en su corazón: Ya se nos ha explicado cuál es la naturaleza de los seres que nos están sujetos, pero no nos conocemos a nosotros mismos. Por tanto, es necesario explicarlo, después de haber quitado la duda que nos detiene. 3. Y, realmente, conocerse a sí mismo parece ser la cosa más difícil de todas. No solo el ojo que sirve para ver las cosas externas no se usa para verse a sí mismo, sino que nuestra misma inteligencia, que ve con claridad el pecado ajeno, es lenta para conocer los propios delitos. 4. Por eso, ahora nuestro discurso, aunque haya tratado con diligencia las cosas ajenas, es indolente y lleno de lentitud para analizar las que nos atañen, aunque no es mejor conocer a Dios por el cielo y la tierra que por nuestra propia constitución, y ciertamente para aquel que se examina a sí mismo con prudencia, como dice el profeta, Es admirable tu ciencia para mí, harto alta, no puedo alcanzarla (Sal 138, 6), es decir, cuando me conocí, aprendí tu admirable sabiduría. Y dijo Dios: «Hagamos al hombre» (Gn 1, 26). 5. ¿Dónde está el judío que, a consecuencia de estas cosas, cuando la luz de la teología penetraba como por las ventanas, y la segunda persona se demostraba místicamente, aunque no refulgía aún con claridad, pugnaba por la verdad, y afirmaba que Dios se hablaba a sí mismo? Él dijo -afirma- y Él hizo: «Haya luz», y hubo luz (Gn 1, 3). Había en sus palabras un obvio y manifiesto absurdo. 6. ¿Qué herrero, carpintero o zapatero sentado solo ante sus instrumentos de trabajo, sin que le ayude nadie, dice: Hagamos la espada, el arado o el zapato, y no realiza en silencio, como más conviene, su trabajo? Es una gran tontería si alguien se sienta, ordena y manda a

sí mismo y se urje con vehemencia como si fuera su propio señor. 7. Mas los que no temen calumniar al Señor, ¿qué no dirán con su lengua predispuesta a la mentira? Pero hay una palabra que les cierra la boca: Y dijo Dios: «Hagamos al hombre» (Gn 1, 26). Díme, entonces, si hay una única Persona. Pues no está escrito: Sea el hombre, sino Hagamos al hombre. 8. Cuando todavía no había aparecido el que se iba mostrar, ya en el fondo estaba oculta la predicación de la teología. Pero cuando se espera la generación del hombre, se entrevé la fe y se revela más claramente el dogma de la verdad. «Hagamos al hombre» (Gn 1, 26). Oyes, enemigo de Cristo, que Él habla a quien se le asocia en su acción: Por quien también hizo los siglos; y que sostiene todo con su palabra poderosa (Hb 1, 2-3). 9. Pero no recibe en silencio las palabras de piedad y como las bestias que son dañinas para el hombre, cuando se encierran en cuevas, gimen alrededor de las piedras y muestran la dureza y ferocidad de su naturaleza, sin poder dar cauce a su fiereza; así la gente enemiga de la verdad, los judíos, puestos en apretura, dicen que son muchas las personas a las que se dirige la palabra de Dios. 10. Pues dice a los ángeles que están presentes: «Hagamos al hombre» (Gn 1, 26). Es una ficción judaica e invento de su ligereza: para no admitir una persona [en griego solo ἕνα; persona es un añadido del traductor], introducen infinitas. Y rechazando al Hijo, atribuyen la dignidad de consejeros a los siervos y hacen señores de nuestra creación a nuestros consiervos. Y se abaja al hombre perfecto a la dignidad de los ángeles. 11. ¿Qué criatura puede ser igual al creador? Considera las palabras que siguen: a nuestra imagen (Gn 1, 26). ¿Qué dices a esto? ¿Puede ser una la imagen de Dios y de los ángeles? Es preciso que la forma del Padre y del Hijo sean la misma; es decir, la forma que conviene a Dios, intelectual; no corporal, sino en la propiedad de la divinidad. Escucha, tú que perteneces a la nueva circuncisión, que simulando ser cristiano, retornas al judaísmo. 12. ¿A quién dice a nuestra imagen? ¿A qué otro sino al que es resplandor de su gloria e impronta de su sustancia (Hb 1, 3) e imagen de Dios invisible (Col 1, 15)? Así pues, a su imagen viva, a quien dijo: Yo y el Padre somos uno (Jn 10, 30), y El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Jn 14, 9), a este dice: Hagamos al hombre a nuestra imagen (Gn 1, 26). 13. Donde hay una única imagen ¿dónde está la diferencia? Y Dios hizo al hombre (Gn 2, 7), no hicieron. Evitó en este caso la multiplicidad de personas [τῶν προσώπων]. Por aquello enseñó a los judíos, por esto excluyó el paganismo; con seguridad llega a la unidad, para que entiendas al Hijo con el Padre y evites el peligro del politeísmo. 14. A imagen de Dios lo creó (Gn 1, 27). De nuevo introduce la persona de quien le estaba unido en el obrar. No dijo a su imagen, sino a imagen de Dios. De qué manera lleva el hombre la imagen de Dios y cómo participa de su semejanza, lo expondremos, si Dios nos lo concede, en lo sucesivo. Ahora

solo se dirá esto: si la imagen es única, ¿de dónde has sacado el confesar la impiedad tan intolerable de que el Hijo es diferente [ἀνόμοιον] del Padre? 15. ¡Qué ingrato! La semejanza de que eres partícipe ¿no se la concedes al creador del bien? Y lo que se te ha concedido como don ¿piensas que es de tu propiedad y no permites que el Hijo tenga con el Padre la semejanza recibida por naturaleza? Pero el tiempo transcurrido nos impone el silencio, pues el sol ya se oculta por el occidente. Hagamos reposar ya nuestro discurso y contentémonos con lo que hemos dicho.

BIBLIOGRAFÍA

Basarab, M., Sfînta Scripturăşi interpretarea ei în conceptia Sf. Vasile cel Mare [Holy Scripture and its interpretation in the thought of St. Basil the Great], en MitrBan 29 (1979), pp. 286–300.

Basarab, M., Der heilige Basilius als Ausleger der Schrift, en Ortodox Forum, vol. 1, 19–32. Mü. 1987.

Bombay, L., La portée de l'argumentation scriptuaire dans les écrits d'Eunome et l'Adversus Eunomium de S. Basile, Diss., Pont. Univ. Gregoriana, 1959.

Cavalcanti, E., Basilio tra Scrittura e filosofia, en Comp 30 (1985), pp. 53–65.

Cavalcanti, E., Il significato dell'esegesi letterale in Basilio e in Agostino. Omelie sull'Esamerone e De Genesi ad litteram I–III, en ASE 4 (1987), pp. 119–42.

Cignelli, L., Giov 14:28 nell'esegesi di S. Basilio Magno, en Antonianum 54/4 (1979), pp. 582–95.

Cornitescu, C., Sfîntului Vasile cel Mare interpret al Sfîntei Scripturi [Saint Basile le Grand, interprète de la St. Écriture], en Ort 32/2 (1980), pp. 308–320.

Girardi, M., Il cervo in lotta col serpente. Esegesi e simbolica antiariana nell'Omelia sul Salmo 28 di Basilio di Cesarea, en ASE 4 (1987), pp. 67–85.

Girardi, M., Note sul lessico esegetico di Basilio di Cesarea, en VetChr 29 (1992), pp. 19–53.

Girardi, M., Appunti per una definizione dell'esegesi allegorica di Basilio di Cesarea: le Omelie sui salmi, en ASE 10 (1993), pp. 495–529.

Girardi, M., Catechesi ed esegesi nel monachesimo antico: Le 'fraternità' di Basilio di Cesarea, en Esegesi e catechesi nei Padri (secc. IV–VII): Convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pontificium

Institutum Altioris Latinitatis), Ed. S. Felici, Roma 1994, pp. 13–32.

Girardi, M., Erotapokriseis neotestamentarie negli Ascetica di Basilio di Caesarea: Evangelismo e paolinismo nel monachesimo delle origini, en ASE 11/2 (1994), pp. 461–90.

Girardi, M., Salmi e ‘salterio’ in Basilio di Cesarea: il prologo alle Omelie sui Salmi, en Le Psautier chez les Pères, 73–96. Cahiers de Biblia Patristica 4. Freiburg 1994.

Gribomont, J., Les Régles Morales de saint Basile et le Nouveau Testament, en StPatr 2 (1957), pp. 416–426.

Gribomont, J., Le paulinisme de saint Basile, en AnBib 17–18/2 (1963), pp. 143–163.

Gribomont, J., La tradition johannique chez saint Basile, en Parola e Spirito. Fs. S. Cipriani, Brescia 1982, pp. 847–866.

Gribomont, J., La place de Paul dans le Canon; les choix de S. Basile, en Il pensiero di Paolo nella storia del cristianesimo antico, Ed. A. Ceresa–Gastaldo, Genova 1983, pp. 9–27.

Haykin, M.A.G., ‘In the cloud and in the sea’; Basil of Caesarea and the exegesis of 1 Cor 10:2, en VigChr 40 (1986), pp. 135–44.

Lehmann, H., El Espiritu de Dios sobre las aguas; fuentes de los commentarios de Basilio y Agustin sobre el Génesis 1:2, en Congreso Ox 1979 = AugM 26, 103s/ 127*–39*, 1981.

Meredith, A., Prov. 8:22 chez Origène, Athanase, Basile et Grégoire de Nysse, en Politique et théol. chez Athanase d’Alex. Ed. C. Kannengiesser. Paris 1974.

Nardi, C., ‘Donna como serpente’: l’uso di Sir. xxi,2A nell’Omelia XXI di Basilio Magno, en AMAT 58 (1993), pp. 87–130.

O’Loughlin, T., Aquae super caelos (Gen 1:6–7); the first faith-science debate (Basil, Ambrose)? in MillSt 29 (1992), pp. 92–114.

Paczkowski, M. C., Esegesi, teologia e mistica. II Prologo di Giovanni nelle

opere di S. Basilio Magno, Jerusalem 1995.

Scazzoso, P., S. Basilio e la Sacra Scrittura, en Aev 47 (1973), pp. 210–24.

Tamburrino, P., Osservazioni sulla sezione cristologica dell'Hom. in Ps. 44 di S. Basilio, en RCCM 8 (1966), pp. 239–59.

Tieck, W. A., Basil of Caesarea and the Bible, Columbia 1953.

Tiraboschi, P., La dottrina esegetica di S. Basilio, Milan 1984.

Wawryk, B., De S. Scripturae apud S. Basilium studio, auctoritate et usu, en AOSBM 16 (1979), pp. 1–15.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 740-748.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 140-144.

19. GREGORIO DE NISA (CA. 335-395)

GREGORIO RECIBIÓ LA EDUCACIÓN RELIGIOSA de su hermano Basilio. Tras haber recibido el lectorado, se casó. Después fue ordenado sacerdote y nombrado obispo de Nisa para ayudar a Basilio. Fue depuesto de la sede de Nisa, pero regresó tras la muerte de Valente. Trabajó al servicio de la Iglesia, especialmente para el Concilio de Constantinopla del 381. Sus escritos más relevantes son: De virginitate, De inscriptione psalmorum, De opificio hominis con el In Hexameron, Contra Eunomium, Ad Ablabium, De professione christiana, la Oratio catechetica magna.

Gregorio de Nisa es uno de los autores más dotados para la especulación teológica y un gran pensador místico. Es imposible hacer aquí una reseña completa de las obras del Niseno que se refieren a la exégesis. Simonetti (cf. bibliografía) estudia en profundidad las cuatro mayores (Sobre los títulos de los Salmos, Homilías sobre el Eclesiastés, Homilías sobre el Cántico, Vida de Moisés) por lo que remitimos a sus conclusiones.

Gregorio, en cuanto hombre dotado de una profunda espiritualidad, valora la exégesis espiritual (alegórica) siguiendo a Orígenes, pero en la tradición alejandrina ocupa un lugar único por el carácter orgánico de la aplicación sistemática de los dos principios tradicionales de σκοπός (skopós) y ἀκολουθία (akolouthía). Esto significa, en primer lugar, que cualquier obra suya de argumento espiritual es una guía a la santidad y, por tanto, el recurso a la Escritura tiene un fin subsidiario: todas sus obras son variaciones sobre el mismo tema y no se siente en la obligación de interpretar todos los detalles del texto. En segundo lugar, Gregorio atribuye a cada obra exegética un fin específico y en función de él interpreta los detalles en modo orgánico. Con respecto a la técnica interpretativa, el Niseno usa la máxima libertad evitando la sistematicidad: donde es posible, renuncia instrumentalmente a la alegoría; donde esto no es posible, prevalecen, en cambio, los criterios de la exégesis alegórica.

LA VIDA DE MOISÉS II, 15-36.48-51.

15. Moisés nos enseña por su ejemplo a ponernos de parte de la virtud en la que estamos fundados, y luchar hasta derrotar al adversario. Triunfo de la verdadera religión y derrota de la idolatría son la misma cosa, así como la justicia acaba con la injusticia y la humildad aniquila el orgullo. 16. Tiene lugar también en nosotros la lucha acaecida entre los dos hebreos. No habríamos visto surgir herejías con sus doctrinas nefastas si no hubiese habido errores contra la doctrina verdadera. Por lo cual, si nos reconocemos demasiado débiles para conseguir el triunfo de la verdad y vemos que el mal pone más empeño en atacarla, tenemos que acudir lo antes posible a la imagen del modelo que la historia nos ofrece para ahondar en los misterios y enseñarlos mejor. 17. Y si tenemos todavía que vivir con el extranjero, es decir, si necesitamos relacionarnos con los saberes profanos, hagamoslo después que hayamos desechado de los pozos a los pastores malos que los ocupaban injustamente. Es decir, después de haber condenado a los doctores de la mentira por el mal uso que hacen de la cultura. 18. Habremos de vivir nuestra vida sin tener que mezclarnos en querellas con los adversarios. Aquellos a quienes servimos como pastores sean nuestros compañeros, unidos en pensamiento y voluntad. Como rebaño de ovejas bajo la dirección de su pastor, sean todos los movimientos de nuestra alma dóciles a la gracia del espíritu. 19. Mientras vivamos en esta quietud y paz brillará sobre nosotros la verdad que ilumina los ojos del alma con su esplendor. Dios es la verdad de inefable y misteriosa iluminación que se apareció a Moisés. 20. El hecho de que procediese de una zarza la llama que iluminó el alma del profeta no carece de interés para nuestro propósito. La verdad es Dios y la verdad es luz, expresiones sublimes, fiel evangelio en relación a Dios hecho hombre por nosotros (cf. Jn 8, 12; 14, 6). Por consiguiente, la vida virtuosa nos lleva al conocimiento de esta luz que se ha puesto a nuestro nivel por su naturaleza humana. No es que provenga de los astros su fulgor, pues podríamos imaginarlo mero producto de la materia. Tiene su origen en una simple zarza de la tierra, y sin embargo supera con mucho el brillo de los astros de los cielos.

21. Este pasaje nos revela también el misterio de la Virgen: luz de Dios por la

cual Él ha iluminado a todo el mundo. Como la zarza no se consumía, así la Virgen quedó intacta en su alumbramiento; no se marchitó la flor de su virginidad. 22. Esta luz ante todo nos enseña lo que debemos hacer para mantenernos bajo los rayos de la luz verdadera. Pies calzados no pueden subir a la altura donde se ve la luz de la verdad. Hay que descalzar los pies del alma, despojarnos de las pieles terrenales con que nuestra naturaleza se revistió al principio cuando nos hallábamos desnudos por no cumplir lo que Dios manda. A la desnudez espiritual sigue el conocimiento de la verdad, manifiesta por sí misma. Conocemos plenamente lo que somos cuando la mente se purifica de las ideas que tiene sobre lo que no es. 23. A mi entender, esta es la definición de la verdad: conocer las cosas como son. Error es la ilusión producida en el espíritu tomando por ser lo que no es. La verdad, en cambio, es ver con certeza el ser que realmente es: Hay que pasar mucho tiempo en recogimiento, reflexionando sobre tan importantes cuestiones, y alcanzar con trabajo a comprender lo que es el ser que existe por sí mismo. Y también comprender el no ser, mera apariencia que no tiene existencia propia.

24. Me parece que Moisés, a la luz de la teofanía, comprendió que no subsiste en realidad nada de cuanto cae bajo el dominio de los sentidos o del entendimiento. Solo existe por sí mismo el Creador del universo. De él dependen todas las cosas (Ex 3, 14). 25. Nada de lo que existe fuera de Él, cualquier cosa en que se fije la inteligencia, es en absoluto causa de sí mismo. Todas las cosas son participación del verdadero ser 9. Por lo demás, Él es inmutable, no aumenta ni disminuye, imposible a todo cambio por mejor o peor que fuere. No hay en él posibilidad de mal y nada es mejor que Él. Nada necesita, mientras que el mundo le necesita en todo. De él todos participan sin que al darse disminuya. Este es el Ser. Conocerlo es conocer la verdad. 26. Como Moisés obtuvo este conocimiento en aquella ocasión, así la alcanza ahora toda persona desnuda de su envoltura terrenal y con los ojos abiertos a la luz que viene de la zarza, es decir, el esplendor nacido de las espinas de la carne, que es la «luz verdadera y la misma verdad», como dice el evangelio (Jn 1, 9; 14, 6). Una persona así es ayuda poderosa para la salvación de las almas, para destruir la tiranía de las potencias del mal y dar libertad a sus cautivos.

27. La mano derecha convertida en lepra y el bastón transformado en serpiente

(cf. Ex 4, 7) fueron los primeros milagros. Son símbolo de Dios que manifiesta su divinidad a los hombres en la carne del Señor. Él es quien mata al tirano y da libertad a los que su poder tenía esclavizados. 28. Mi interpretación está basada en testimonios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por su parte, el profeta declara que «se ha cambiado la diestra del Altísimo» (Sal 77, 11), indicando que se hizo hombre por condescendencia con la debilidad de nuestra naturaleza. 29. La mano de Moisés adquiere un color que no era natural cuando la aparta de los pliegues de su ropa; pero recobra el color propio cuando de nuevo la repliega. Así «el Unigénito», que es la «diestra del Altísimo» (Sal 77, 11), en el seno del Padre. 30. Haciéndose como nosotros, vino del Padre y se nos dio a conocer. Después de curar nuestras heridas volvió a su propio seno la mano que estaba con nosotros y había tomado nuestro color. El Padre es el seno donde reposa su mano. No se transformó en naturaleza pasible la naturaleza inmutable: sucedió al revés. Gracias a él, nuestra naturaleza, sujeta a cambios y pasiones, se ha convertido en naturaleza impasible, partícipe de la inmutabilidad divina.

31. El cambio del bastón en serpiente no ha de turbar a los amigos de Cristo cuando aplicamos al misterio de la encarnación un símbolo que parece repugnante. El que es la misma verdad, nos dice el evangelio, no rehusó esta comparación y dijo: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre» (Jn 3, 14). 32. Está claro. Si la Escritura llama serpiente al autor del pecado, se sigue necesariamente que el pecado también es serpiente, pues lleva el mismo nombre del que lo engendró. «El Señor se hizo pecado por nosotros» (2 Co 5, 21) al encarnarse en nuestra naturaleza pecadora, como testifica el Apóstol. Por consiguiente, a justo título se aplica este símbolo del Señor. 33. Si en realidad el pecado es serpiente y el Señor se hizo pecado, lógicamente todos podemos llamar serpiente a aquel que se hizo pecado, pues se identifican serpiente y pecado. El Señor se hizo serpiente por nosotros para devorar y acabar con las serpientes de Egipto, obra de magia. 34. Después, la serpiente vuelve a ser bastón que castiga a los culpables y ayuda a los que siguen el camino ascendente y escabroso de la virtud. El bastón de la fe les ayuda sirviendo de apoyo a sus esperanzas. «La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven» (Hb 11, 1). 35. El que comprenda estas cosas llegará a ser verdaderamente «un dios» (Ex 7, 1) frente a los que se oponen a la verdad. Se dejan seducir por la ilusión inconsistente de lo material y no quieren escuchar a aquel que realmente es. Como si fuera algo sin importancia, según dijo el Faraón: «¿Quién es Yahvé para que yo escuche su voz

y deje salir a Israel? No conozco a Yahvé» (Ex 5, 2). Para el Faraón solo las cosas materiales tenían valor, lo carnal, lo que está al alcance de los sentidos. 36. Lo contrario sucede a quien haya recibido el fulgor de la luz que fortifica y acrecienta el vigor y poder contra sus enemigos. Entonces le sucede lo que al atleta, que, bien adiestrado por su entrenador, con audacia y plena confianza en sí mismo, se despoja de todo para iniciar el combate. Con bastón en mano, es decir, con la enseñanza de la fe, triunfará sobre las serpientes de Egipto.

(...)

48. No quiero decir que haya riguroso paralelismo entre la narración histórica y esta interpretación espiritual. Mas no debería ser pretexto para rechazarlo de conjunto. Téngase en cuenta siempre el fin que nos hemos propuesto seguir a lo largo de esta exposición. Como dijimos en la introducción, se presenta la vida de grandes hombres, ejemplo de virtud para sus descendientes. 49. Quienes se proponen imitarlos, ciertamente no pueden experimentar en sentido material aquellos hechos. ¿Cómo sería posible ver otra vez que el pueblo se multiplicaba en Egipto? ¿Cómo hallar de nuevo al tirano que los esclavizaba y quería acabar con los niños varones mientras favorecía la proliferación de niñas? Lo mismo respecto a otros pasajes de la Biblia. Y como está claro que es imposible imitar al pie de la letra los hechos admirables de los santos, hay que pasar del plano histórico al sentido moral siempre que el texto lo admita, para que las almas fervorosas encuentren en ello ayuda en su vida santa. 50. Si en algún caso los acontecimientos históricos no cuadran perfectamente con el contexto de la interpretación espiritual, lo dejamos de lado como inútil a nuestro propósito, sin que por esto interrumpamos nuestra exégesis orientada a la virtud. 51. Me refiero a la interpretación sobre Aarón, anticipándome a la objeción que podría surgir de un episodio más adelante. No hay duda de que el ángel es de la misma familia que el alma por su naturaleza espiritual e incorpórea, creado antes que nosotros, y que ayuda a cuantos entablan lucha contra el adversario. Pero alguno dirá que es impropio compararle con Aaron, ya que este llevó a los israelitas a la idolatría. 53. Porque decimos ángel de Dios y también «ángel de Satanás» (2 Co 12, 7), llamamos «hermano» a uno que es bueno y también al que es malo. La Escritura se refiere a los buenos cuando dice que «el hermano nace para tiempo de angustia» (Pr 17, 11). Y sobre los malos añade: «Todo hermano pone la

zancadilla» (Jr 9, 3).

BIBLIOGRAFÍA

Alexandre, M., La théorie de l'exégèse dans le 'De hominis opificio' et l' 'In Hexaemeron', en Actes du Colloque de Chevetogne 22–26 sept., ed. M. Harl, Leiden 1971, pp. 87–110.

Borrego, E. M., Aspectos plotinianos del conocimiento en la exégesis biblica de Gregorio de Nisa, en EE 67 (1992), pp. 3–17.

Brooks, J. A., The New Testament Text of Gregory of Nyssa, Atlanta 1991.

Canévet, M., Exégèse et théologie dans les traités spirituels de Gr. de N., en Actes du Colloque de Chevetogne 22–26 sept., ed. M. Harl, Leiden 1971. pp. 145–68.

Canévet, M., Grégoire de Nysse et l'herméneutique biblique. Étude des rapports entre le langage et la connaissance de Dieu, Paris 1983.

Cavalletti, S., Gregorio da Nissa e la Haggadah, en Sef 21/2 (1961), pp. 257–66.

Chase, S. L., 'What happens next?.' Biblical Exegesis and the Path of the Soul's Journey in Origen and Gregory of Nyssa, en PBR 10 (1991), pp. 33–45.

Daniélou, J., The Fathers and the Scriptures, en ECQ 10 (1954), pp. 265–73.

Daniélou, J., La typologie biblique de Grégoire de Nysse, en SMSR 38 (1967), pp. 185–96.

Drobner, H. R., Die biblische Argumentation Gregors von Nyssa im ersten Buch 'Contra Eunomium', en El 'Contra Eunomium I' en la producción literaria de Gregorio de Nisa. VI Coloquio Internacional sobre Gregorio de Nisa, Pamplona 1988, pp. 285–301.

Drobner, H. R., Verwendung und Bedeutung des Buches Ecclesiastes im Werk Gregors von Nyssa ausserhalb der Homiliae in Ecclesiasten. An English Version with Supporting Studies, en Proceedings of the Seventh International Colloquim

on Gregory of Nyssa (St. Andrews, 5–10 September 1990), Berlin 1993, pp. 361–83.

Dünzl, F., Die Canticum-Exegese des Gregor von Nyssa und des Origenes im Vergleich, en JAC 36 (1993), pp. 94–109.

Esper, M. K., Allegorie und Analogie bei Gregor von Nyssa, Bonn 1979.

Ferguson, E., Gregory of Nyssa and Psalmos, en RQ 22/1–2 (1979), pp. 77–83.

Ferguson, E., Some Aspects of Gregory of Nyssa's Interpretation of Scripture Exemplified in His Homilies on Ecclesiastes, en Studia Patristica. Vol. XXVII. Papers presented at the Eleventh International Conference on Patristic Studies held in Oxford 1991. Louvain 1993, pp. 29–33.

Gargano, G.-I., Introduzione all'esegesi biblica di Gregorio Nisseno, en Vita Monastica 24 (1970), pp. 131–58.

Girardi, M., Annotazioni alla esegesi di Gregorio Nisseno nel De beatitudinibus, en Aug 35 (1995), pp. 161–82.

Harrison, V. E. F., Allegory and Asceticism in Gregory of Nyssa, en Semeia 57 (1992), pp. 113–30.

Kannengiesser, C., Logique des idées motrices dans le recours biblique selon Grégoire de Nysse, en Gregor von Nyssa und die Philosophie. Kolloquium Frankenhoost, 19–23 September 1972, ed. H. Dörrie, Leiden 1976, pp. 85–106.

Klijn, A. F. J., Some Remarks on the Quotations of the Gospels in Gregory of Nyssa 'De instituto christiano' and Macarius' 'Epistola Magna.' en VigChr 19 (1965), pp. 164–68.

Macleod, C. W., Allegory and Mysticism in Origen and Gregory of Nyssa, en JTh S 22 (1971), pp. 362–79.

Marotta, E., La base biblica della Vita s. Macrinae di Gregorio di Nissa, en VetChr 5 (1968), pp. 73–88.

Mateo-Seco, L. F., La Exegesis de Gregorio de Nisa Jn 10:18, en Studia patristica 18,3 X, ed. E. A. Livingstone, Michigan 1989, pp. 495–506.

Naldini, M., Per una esegesi del ‘De hominis opificio’ di Gregorio Nisseno (Cap. V e XVI), en SIFC 45 (1973), pp. 88–123.

Parys, M.J., Exégèse et théologie dans les livres ‘Contre Eunome’ de Gr. de N., en Actes du Colloque de Chevetogne 22–26 sept., ed. M. Harl, Leiden 1971, pp. 169–93.

Pfister, E., St. Gregory of Nyssa: Biblical Exegete. An Historico-Theological Study of Pentateuchal Exegesis, Woodstock 1964.

Robbins, G. A., Exegetical restraint in Gregory of Nyssa’a De Vita Moysis, en SBL.SP, 401–6, 1982.

Rondeau, M.-J., D’où vient la technique exégétique utilisée par Grégoire de Nysse dans son traité « Sur les titres des Psaumes»?, en Melanges Puech, Paris 1975, pp. 263 ss.

Rondeau, M.-J., Exégèse du Psautier et anabase spirituelle chez Grégoire de Nysse, en Epektasis. Mélanges Daniélou, ed. J. Fontaine, Paris 1972, pp. 517–31.

Simonetti, M., La tecnica esegetica di Gregorio di Nissa nella Vita di Mosè, en SSR 6 (1982), pp. 401–18.

Wilken, R. L., Liturgy, Bible and Theology in the Easter Homilies of Gregory of Nyssa, en Actes du Colloque de Chevetogne 22–26 sept., ed. M. Harl, Leiden 1971, pp. 145–68.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 753-766.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 145-156.

20. DIODORO DE TARSO († 394)

NACIDO EN ANTIOQUÍA, ESTUDIÓ EN Atenas para volver después a su ciudad natal. Allí el obispo Melezio lo ordenó presbítero y se convirtió en el principal exponente de la, así llamada, escuela de Antioquía. Tuvo como discípulos a Teodoro de Mopsuestia y a Juan Crisóstomo. En 378 es nombrado obispo de Tarso donde murió hacia 394. Un siglo después, en 499, fue condenado como precursor de Nestorio y por este motivo solo nos han llegado fragmentos de su extensa obra: únicamente sabemos que escribió comentarios a casi todos los libros de la Escritura.

De lo que podemos saber, a través de los pocos restos de sus escritos, Diodoro es el primero que distingue alegoría, theoría y tropología. Para él, la alegoría fue empleada por los griegos para interpretar sus mitos y, por tanto, sobrescribe la letra, constituyendo así el único significado de un texto; la theoría, en cambio, es sinónimo de lo que habitualmente se designa con el nombre de tipología, que no cancela el sentido literal, sino que añade un segundo significado, más elevado sobre la letra, resultando una doble lectura del texto; la tropología es únicamente un hablar figuradamente. Esta distinción representa un momento importante de la historia de la exégesis patrística, puesto que el término alegoría será rechazado por los, así llamados, antioquenos y usado solo en clave polémica.

COMENTARIO A LOS SALMOS, INTRODUCCIÓN

Pero, para no poner obstáculos a los que desean tener una explicación detallada de los Salmos, teniéndoles ocupados con la variedad de los argumentos, detengámonos aquí, pues es preciso pasar a las palabras de los Salmos, tras haber recordado solo esto, aunque los hermanos ya lo sepan, que el género profético (τὸ προφητικὸν) en conjunto se divide en tres partes: futuro, presente y pasado. Es profecía la de Moisés, cuando trata sobre Adán y los comienzos (cf. Gn 2, 21-23); es profecía el descubrimiento de lo que estaba escondido, como sucedió a Pedro cuando conoció el robo de Ananías y Zafira (cf. Hch 5, 1-10); pero tiene más autoridad la profecía que anuncia el futuro y se realiza tras muchas generaciones, como cuando los profetas anuncian la venida de Cristo y los Apóstoles la fe de los gentiles y los judíos su pérdida.

Pero comencemos siguiendo el orden que se encuentra en el mismo libro de los Salmos y no el orden de los temas. Los Salmos no están en orden, sino como se encontró cada uno. Lo muestran muchos Salmos, sobre todo el encabezado del tercero: Salmo de David cuando huía de su hijo Absalón (Sal 3, 1). El 143 tiene el encabezado: Canto contra Goliat (Sal 143, 1). ¿Quién no sabe cuánto más antiguos son los hechos de Goliat que los de Absalom? Los Salmos se encuentran así porque el libro se perdió durante la deportación de Babilonia y se encontró en el tiempo de Esdras, no entero, sino en varios fragmentos, uno o dos o incluso tres Salmos juntos y se recompuso tal como se encontró, no en orden cronológico.

Por eso, los encabezados están mezclados, porque quienes los reconstruyeron intentaban comprenderlos en modo genérico y no con conocimiento riguroso. Por eso, en la medida de lo posible, Dios nos lo conceda, explicaremos estos errores. No nos apartaremos de la verdad, sino que todo lo expondremos conforme a la historia y al texto (ἀλλὰ καὶ κατὰ τὴν ἱστορίαν καὶ τὴν λέξιν) y no rechazaremos el sentido superior y la más alta theoria (θεωρία, visión). La historia, en efecto, no se opone a la theoria superior, es más, es la base y fundamento de las concepciones más elevadas.

Pero es preciso estar atentos a que la theoria no sea entendida como una especie

de contraposición a la letra (ὑποκειμένου), porque entonces no sería ya theoria, sino alegoría. Lo que se entiende en modo completamente distinto del texto no es ya theoria, sino alegoría. El Apóstol nunca ha revocado la historia introduciendo la theoria; y ha llamado a la theoria alegoría, no por ignorancia de los términos, sino queriendo enseñar que es preciso considerar también el término alegoría según theoria, si se usa respetando el contexto y no dañando de ninguna manera el sentido de la historia. Pero los innovadores de la Sagrada Escritura, sabios según ellos mismos, o bien porque eran incapaces de valorar el sentido histórico, o bien queriendo voluntariamente corromperlo, han introducido la alegoría, no según el sentido del Apóstol, sino según sus vanas opiniones. Ellos hacen que quien lee, entienda en modo completamente deforme la letra (ἕτερα ἀνθ'ἑτέρων). Por ejemplo, en lugar de abismo, los diablos, en vez de serpiente, el demonio y así sucesivamente. Pero basta con esto, no sea que me convierta yo también en necio, queriendo confundir a los necios. Rechazada esta posición de una vez por todas, nada nos impide aplicar bien la theoria y reconducir lo que leemos a un sentido superior, como por ejemplo, asimilar Caín y Abel a la sinagoga y la Iglesia, o intentar demostrar que la sinagoga de los judíos ha sido rechazada, como el sacrificio de Caín, mientras que son agradables a Dios las ofrendas de la Iglesia, como sucedió a las de Abel, al cordero puro y sin mancha ofrecido al Señor. Estas explicaciones no destruyen la historia (ἱστορίαν), ni rechazan la theoria, pero nuestro intento de mediación, a la vez literal (κατὰ τὴν ἱστορίαν) y theorico, nos libra del helenismo, que afirma cosas contradictorias (ἕτερα ἀνθ'ἑτέρων) e introduce monstruosidades, y a la vez no nos lleva al judaísmo, obligándonos a ceñirnos solo a la letra (τῇ λέξει [=discurso] μόνῃ) y a ser serviles, sino que nos permite un sentido más elevado. He aquí, en síntesis, lo que es necesario que sepa quien se prepara a interpretar los Salmos.

BIBLIOGRAFÍA

Mariès, L., Etudes préliminaires à l'édition de Diodore de Tarse sur les psaumes, Paris, 1933.

Rinaldi, G., Diodoro di Tarso, Antiochia e le reagioni della polemica antiallegorista, en Augustinianum 33 (1993), pp. 407–430.

Rondeau, M. J., Le 'Commentaire des Psaumes' de Diodore de Tarse et l'exégèse antique du Psaume 109/10, en RHR 176 (1969), pp. 5-33, 153-188.

Schweizer, E., Diodor von Tarsus als Exeget, en ZNW 40 (1941), pp. 33–75.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 780-783.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 159-167.

21. TEODORO DE MOPSUESTIA (CA. 350-428)

NO ESTAMOS MUY BIEN INFORMADOS SOBRE las fechas de la vida de Teodoro. Sucedió a Diodoro en la dirección de la así llamada escuela de Antioquía y después fue nombrado obispo de Mopsuestia. Escribió las Homilías bautismales, encontradas completas en una traducción siríaca y fundamentales para conocer el pensamiento de Teodoro; el Contra Julián, ejemplo de literatura polémica contra los paganos; el Contra los defensores del pecado original, donde toma posiciones contra la condena de la doctrina pelagiana. Parece relevante que su cristología divisiva sea predecesora de la de Nestorio, aunque no llegue a negar el título de Θεοτόκος (Theotókos) a la Virgen (ver más adelante la introducción a Cirilo de Aejandría).

Como discípulo de Diodoro, emplea la exégesis tipológica, pero redimensionando su alcance: Teodoro está interesado casi exclusivamente en la interpretación literal y modifica también la terminología del maestro, abandonando los términos técnicos como theoría y anagogé. En el ámbito de su exégesis literal, prevalece el análisis gramatical; hace concesiones solo a la numerología, en el ámbito alegórico. Importante también en Teodoro es la precisión cronológica con la que establece los hechos históricos, por ejemplo para la vida de san Pablo.

COMENTARIO A JUAN II,4,5-18.

Tras haber comenzado a narrar lo que sucedió con la samaritana o los samaritanos, dice (Jn 4, 5-8): Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del campo llamado Siquem. Este es el nombre del campo que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob, porque era él mismo quien había cavado el pozo. Con el nombre de la fuente designa el pozo, porque el agua brotaba; y esto se deduce de lo que le decía la samaritana: no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo (Jn 4, 11).

Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Aunque el Señor sabía que ella era idónea para recibir la verdadera doctrina, sin embargo no comenzó inmediatamente a hablar con ella sobre la doctrina. Le parecía que no convenía comenzar con tales palabras, hayándose entre extraños, sino que era conveniente comenzar la conversación más bien con cosas ordinarias tomadas del común de suntos materiales. Le dice, por tanto: Dame de beber. Lo que dice un hombre cansado del camino y del calor de aquel día, obliga a la mujer que iba a sacar agua. Se añade, además, que los discípulos habían entrado en la ciudad para comprar alimento, mostrando así que él no hablaba temerariamente o de cualquier manera con mujeres extrañas, sino con la debida modestia, para que cuantos se le acercan, lo reverencien por su palabra.

Le dice entonces la samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» Porque los judíos no se tratan con los samaritanos (Jn 4, 9). Es evidente que san Juan quería, por esta historia, descubrir la virtud de la mujer, puesto que esta no se ha limitado simplemente a darle de beber, sino que primero ha recordado el estatuto de la ley. Así pues, por su gran honradez ni siquiera toleraba esta violación del precepto con extraños, lo cual sucedía fácilmente, incluso casi necesariamente. Por eso, para que no pareciese que la mujer era hostil con los peregrinos y, por maldad, no quisiera darle de beber, añadió el evangelista estas palabras: Porque los judíos no se tratan con los samaritanos, para que sepamos cómo rehusó darle agua no como a un extraño a su religión, por enemistad con él, sino porque quería amonestarle a

no transgredir el precepto de la ley por la vehemencia de la sed.

Nuestro Señor tomó la respuesta de la mujer como ocasión para su enseñanza. Puesto que ella sacó del recuerdo el precepto de la ley, como si quisiera caminar en él, [el Señor] tomó pie de su exhortación, en modo conveniente, revelando quién era. Si conocieras el don de Dios -dice-, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva (Jn 4, 10). «Apruebo [tu actitud] de querer recordarme los preceptos de la ley, pero pareces ignorar la dignidad de quien habla contigo. No soy yo tal que necesite de tu exhortación para la virtud; por el contrario, yo puedo dar, a los que lo pidan, virtudes que superan la naturaleza humana».

Sin embargo, puesto que la mujer no entendía aún estas palabras, ni sabía lo que era el agua viva, le dice: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? (Jn 4, 11) Cambió el tono de la conversación. Antes había dicho con audacia: ¿Cómo tú, siendo judío? Ahora, convenientemente, a sus palabras antepone la palabra Señor. Antes le hablaba así, sospechando que iba a transgredir la ley por la vehemencia de la sed; ahora, cuando entendió por su respuesta y serenas palabras que no pedía de beber porque tuviese sed, le dio el honor debido con sus palabras. ¿De dónde, pues -le dice-, tienes esa agua viva? No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo.

Pero, puesto que aún deseaba conocer otras cosas, le decía: ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? (Jn 4, 12). ¿Acaso tú posees una virtud mayor que él, que nos constuyó este pozo? Él, con sus hijos, gozó de su utilidad y nos lo dejó para que después disfrutásemos también nosotros del fruto de su trabajo. Por eso es preciso que esperemos que tú hagas algo nuevo, para que puedas dar agua para beber sin trabajo o técnica humana, visto que ni siquiera tienes balde.

Nuestro Señor, enseñándonos que sus palabras no se referían a esta agua, dice: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna (Jn 4, 13-14). «Hay gran diferencia, dice, entre aquella agua y esta que yo prometo dar. Quienes beben de aquella calman su sed por breve tiempo; pues tomada según su naturaleza, pronto deja otra vez con sed a quien poco antes la bebió. En cambio, el agua que yo doy es de tal naturaleza que no solo no se acaba ni deja sediento a quien la bebe, sino que, por el contrario, en él se hace como una fuente que mana por siempre.

Como el agua de la fuente no falta, se lleva a otra parte, uno se puede sumergir en ella y continuamente otorga a quienes lo desean perpetua fruición, de igual manera la virtud de esta agua concede perpetuo auxilio a quien la recibe, siempre lo custodia y no permite que muera. Así, no morirá quien recibe esta gracia». Esto lo dijo con poder y autoridad, pues tal es verdaderamente la virtud del Espíritu. Por eso, también aquí recibimos las primicias del Espíritu con la esperanza de la futura resurrección, puesto que ahora se cumple en figura esta realidad y esperamos recibir entonces la gracia perfecta, cuando permaneceremos incorruptibles por su participación.

La mujer, sin embargo, oyendo todavía estas palabras en sentido material, le dice: Dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla (Jn 4, 15). ¿Qué hizo entonces el Señor? Manifestando su íntima naturaleza y confirmando su promesa, explicando, además, lo que hasta este momento le estaba escondido [a la mujer], con un pretexto adecuado, comenzó a decir: Vete, llama a tu marido (Jn 4, 16). Pero como [la mujer] respondió que no tenía marido, le dijo Jesús: Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad (Jn 4, 17-18). Revelando así todo lo que estaba escondido, manifestó con precisión su naturaleza íntima, probó que su promesa no era falsa y mostró que no prometía poco. De todo esto se desprende que la mujer no llevaba una vida casta, pues queda claro que tenía un compañero con el que se había unido de modo irregular, y por eso responde: no tengo marido, así como mostró nuestro Señor que ese no era su marido.

BIBLIOGRAFÍA

Bultmann, R., Die Exegese des Theodor von Mopsuestia (posthum). Ed. H. Feld - K. H. Schelkle. Stuttgart 1984.

Devreesse, R., La méthode exégétique de Théodore de Mopsueste en RB 53 (1946), pp. 207–41.

Fatica, L., I Commentari a Giovanni di Teodoro di Mopsuestia e di Cirillo di Alessandria. Confronto fra metodi esegetici e teologici, Roma 1988.

Greer, R. A., Theodore of Mopsuestia. Exegete and Theologian, London 1961.

Jansma, T., Théodore de Mopsueste, Interprétation du livre de la Genèse. Fragments de la version syriaque, en Mus 75 (1962), pp. 63–92.

Marucci, C., Θεωρία antiochena contro ἀλληγορία alessandrina: l'esegesi letterale di Teodoro di Mopsuestia, en I Padri della Chiesa e la Teologia. In dialogo con Basil Studer, ed. A. Orazzo, Cinisello Balsamo 1995, pp. 83–104.

Reinink, G. J., Die Exegese des Theodor von Mopsuestia in einem anonymen nestorianischen Kommentar zum Neuen Testament, en StPatr 19 (1989), pp. 381–91.

Schäferdieck, K., Theodor von Mopsueste als Exeget des vierten Evangeliums, en StPatr 10 (1970), pp. 242–246.

Sembrano, L., L'ermeneutica biblica di Teodoro di Mopsuestia nei frammenti siriaci del Commentarioai Salmi, en I Padri della Chiesa e la Teologia. In dialogo con Basil Studer, ed. A. Orazzo, Cinisello Balsamo 1995, pp. 105–112.

Tyng, D., Theodore of Mopsuestia as an Interpreter of the Old Testament, en JBL 50 (1931), pp. 298–303.

Vogt, H. J., Bemerkungen zu Exegese und Christologie des Theodor von Mopsuestia, en AHC 38 (1995/96), pp. 665–679.

Vogt, H. J., Unterschiedliche Exegese der Alexandriner und der Antiochener. Cyrillische Umdeutung christologischer Texte des Theodor von Mopsuestia, en Stimuli. Exegese und ihre Hermeneutik in Antike und Christentum. Festschrift für Ernst Dassmann, ed. G. Schöllgen - C. Scholten, Münster 1996, pp. 357–369.

Vogt, H. J., Exegese des Theodor von Mopsuestia, en Fs. W. Brandmüller. Paderborn 1997, pp. 5–27.

Wienweerde, A. J., De hermeneutiek van Theodorus van Mopsuestia en haar toepassing op Schrift plaatsen uit de Psalmen en de kleine Profeten, die in het nt op de Christus worden betrokken, en VoxTh 34 (1963), pp. 20–29.

Zaharopoulos, D. Z., Theodore of Mopsuestia on the Bible. A Study of His Old Testament Exegesis, New York 1989.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 799-828.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 167-180.

22. JUAN CRISÓSTOMO (349 CA. - 407)

JUAN, NACIDO EN ANTIOQUÍA (344-354), hijo de una familia cristiana rica, estudió filosofía y retórica y fue discípulo de Diodoro. Vivió un año como ermitaño en el desierto, dedicado al estudio de las letras sagradas, de donde debió regresar por problemas de salud. Ordenado presbítero, sobresalió por sus dotes de predicador y fue llamado Crisóstomo (boca de oro). Forzado por el emperador, ocupó la sede de Constantinopla en 397 y dio comienzo a una reforma eclesiástica. Por falta de habilidad y víctima de las intrigas de la corte, murió en el exilio en 407. Como predicador que era, consideró como primera obligación la exposición auténtica de la Biblia. Escribió unos seiscientos sermones, en los que se encuentran casi veinte mil citas bíblicas. La producción del Crisóstomo se ha conservado muy bien a causa de la fama que tuvo en vida. Esta producción es extraordinariamente amplia. Sus Sermones se pueden clasificar en homilías exegéticas, de las cuales algunas tratan sobre el Antiguo Testamento (sobre el Génesis, sobre los Salmos, sobre Isaías), pero la mayor parte son sobre el Nuevo Testamento (Mateo, Juan, Actos de los Apóstoles, cartas de San Pablo). Otras homilías, menos numerosas, fueron pronunciadas para exponer una doctrina o luchar contra un error: Sobre la naturaleza incomprensible de Dios, las Catequesis bautismales y las Homilías contra los hebreos. En cuanto a los tratados, el más famoso es sin duda el que trata Sobre el sacerdocio, en el que diserta ampliamente sobre los deberes del sacerdote. Otros tratan sobre La vida monástica y Sobre la virginidad y la viudez. Su obra Sobre la educación de los hijos es de especial interés.

Su exégesis es rigurosamente literal, limitando los procedimientos alegorizantes a la explicación de los pasajes de contenido simbólico: en la interpretación nadie es libre de aplicar la alegoría a su antojo, sino que se deben seguir las indicaciones de la Escritura. Así, el Crisóstomo afirma que hay pasajes que se deben interpretar literalmente, otros simbólicamente y otros, en fin, a dos niveles.

COMENTARIO A ISAÍAS V, 2-3.

La viña ha sido plantada para el amado, en el cuerno, en un lugar feraz (Is 5, 1); La viña, esto es, la providencia de Dios, y la solicitud que tenía para con ese pueblo.

No se contenta el Profeta con referir solo los beneficios de que hemos hablado, sino que sigue adelante, y enumera otros muchos; es el primero el lugar ventajoso en que colocó la viña, En el cuerno, en un lugar feraz, palabras que revelan la aprobación de Dios, y la alabanza de que era digna la naturaleza y situación de la tierra elegida para la viña. David aplaude también la situación de Jerusalem: Los montes en derredor de ella, y el Señor al rededor de su pueblo (Sal 124, 2). Porque la ciñó el Señor, dice, y no contento el Señor con esta situación, la rodeó de murallas; pero formidables, como lo indica la palabra En el cuerno, significativa además por el sentido metafórico, basado en el cuerno de un buey, del socorro especial de Dios; hay un adagio vulgar en que se aplica esa palabra a aquellos, que se refugian en un lugar seguro; el toro es efectivamente uno de los animales más fuertes, tiene su poder en los cuernos, es difícil de coger, y su defensa está en los cuernos; así se suele decir, y la Escritura llama muchas veces a los que están en lugar seguro cuerno del unicornio, por consiguiente En el cuerno quiere decir en lugar seguro, en lugar elevado, que es lo que decía el Profeta al principio de su discurso. He engendrado hijos, y los he exaltado (Is 1, 2). —En lugar feraz, Tierra, como decía Moisés, que manaba leche y miel (Ex 3, 8).

Y la cerqué de seto, y la rodeé de vallado (Is 5, 2); de seto, quiere decir, o de muralla, o de la ley, o de su providencia; la ley formaba indudablemente un cerco más seguro que la muralla.

Y la rodeé de vallado; la puse guardias de confianza: como las murallas son en muchas ocasiones fáciles de asaltar, las puse alrededor otra defensa más segura.

Y planté la viña de Sorec; continúa el sentido metafórico, que no necesitamos explicar al pie de la letra, siéndonos suficiente comprender el objeto que en él se propone. Sorec equivale aquí a verdadera, abundante, adornada de sarmientos

de buena calidad, recomendados, y excelentes, y no de sarmientos malos, y de calidad inferior; porque los sarmientos son malos de muchas maneras.

Y edifiqué una torre, y un lagar en medio de ella: La torre es el templo, y el lagar el altar; porque en el primero se reunían los frutos de todas las virtudes, y en el segundo se colocaban todas las víctimas, y las oblaciones; repito aquí lo que dije al principio, esto es: que es preciso atender al fin que se propuso en la metáfora; este no es otro que el hacer ver, que Dios llenó, y puso de su parte todo lo necesario, y no perdonó medio alguno, para que el pueblo fuera feliz. Porque ni a el lo cansó el trabajo, ni lo debilitó el sudor, ni él edificó, ni cavó, ni plantó; todo se lo entregó acabado el Señor; y no se dió con esto por satisfecho, sino que aún manifestó más su bondad.

Y he esperado que llevase uvas, he esperado lleno de paciencia todo el tiempo oportuno para que llevase fruto, y llevó agraces: estos son la vida endurecida, desabrida, de aquellos que no dan fruto. ¿Y que perdón merecen esos que de esa manera corresponden a ese esmero tan grande del agricultor?

Pues ahora varones de Judá, y habitantes de Jerusalem, juzgad entre mí y mi viña: grande es la justicia, y el derecho que existe por parte de Dios, cuando de esta manera invita, y hace jueces a los mismos reos, a fin de que decidan entre las cosas que Dios hizo para con ellos, y entre las que ellos han hecho para con Dios. Y ahora: No me refiero a cosas antiguas, quiero sufrir el juicio de las de hoy. Asi veréis como yo jamás he cesado de cumplir mis deberes, mientras vosotros no los cumplís nunca.

¿Qué más haré a mi viña? porque he esperado que llevase uvas, y llevó agraces (Is 5, 4). —Parece este pasaje algo oscuro; procuraremos penetrar su sentido; cuando dice: Qué más haré a mi viña, quiere decir: ¿Qué convenía que yo hiciese con mi viña, y no hice? Ciertamente, el que cometiesen esos pecados. ¿Qué podrán objetar a esto? ¿Acaso el que todos, excepto algunos, los cometieron? ¿Qué haré en adelante a mi viña, y no hice a la misma? Estas son las cosas, dice, que yo he hecho; pero no me contento con lo que he hecho, ni sostengo, que os he hecho muchos beneficios; sino que, si no os he hecho todas las cosas, y si después de estas ha quedado algo por hacer, os ruego me lo digáis vosotros, que habéis conseguido todo lo que yo he hecho, vosotros que sois testigos de mis hechos, vosotros que sabéis por experiencia todas mis acciones, vosotros sí, no pregunto a personas extrañas, o extranjeras. Pues ahora os mostraré lo que yo haré con mi viña (Is 5, 5). Después de haberlos derrotado, y

de haberles demostrado la ingratitud de su corazón, dicta la sentencia, y les dice lo que piensa hacer con ellos; no con intención de condenarlos, sino con el fin de que heridos por esta sentencia, y llenos de temor, mudaran de conducta y fueran mejores. Le quitaré su seto, y quedará para ser robada; derribaré su cerca, y quedará para ser hollada.

La quitaré, dice, mi auxilio, la dejaré sin mi defensa, la despojaré de todas mis gracias, y sabrá por lo que la hagan sufrir sus enemigos, cuán grandes eran los beneficios de que yo la rodeé, y más cuando los vean todos reunidos para ser presa de sus enemigos.

Y abandonaré a mi viña, y no la podaré, y no la cavaré (Is 5, 6). —Aquí repito hay una nueva metáfora: si hay alguno que quiera desentrañar su sentido, no dude que se refiere a la solicitud e interés que Dios tiene por su doctrina, y por sus mandamientos. Porque ese pueblo que tan ingrato fué para con Dios, no gozará de los beneficios, que antes tenía; no tendrá doctores, ni príncipes, ni profetas que los corrijan, y que se interesen por ellos; porque así como los que cultivan las viñas, las cavan, y las podan, así los que corrijen a las almas las amenazan, las amedrentan, las enseñan, y las reprenden; pero, desterrados a países extraños, se encontraron privados de todos estos beneficios.

Y nacerán zarzas, y espinas, y mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella.— En estas palabras hace mención o a la desolación de la ciudad, o a la desolación del pueblo, o a la de sus almas: las nubes son los profetas, porque ellos son los que reciben del cielo la lluvia, y los que transmiten al pueblo las cosas que Dios les inspira. Pero ni aun estos lo harán ahora según acostumbraban; porque aunque emigraran en compañía de ellos alguno que otro profeta, el grandísimo número de ellos permanecería en silencio.

Porque la viña del Señor de los ejércitos de la casa de Israel es: y el varón de Judá su pimpollo deleitoso: y esperé que hiciese juicio, y he aquí iniquidad: y justicia, y he aquí clamor (Is 5, 7). —Todos estos nombres, torre, viña, lagar, cercado, cava, poda, son metafóricos: no se refieren simplemente a una viña, ni tienen por objeto enumerar las operaciones que se practican con la viña; el final del pasaje nos dice con toda claridad, que no se trata aquí de eso. Porque la viña del Señor de los ejércitos de la casa de Israel es. No hablo aquí de plantas, ni de la naturaleza inanimada, ni de piedras, ni de murallas, sino de nuestro pueblo; por eso dice: Y el varón de Judá su pimpollo deleitoso. Realmente Judá estaba unida a Dios con vínculos más estrechos que las demás tribus: ella era la

que estaba más próxima al templo, practicaba más el culto, estaba en estado más floreciente, participaba más de la dignidad real, y era la más poderosa. Y dijo al amado, para poner en aprieto a aquellos que se habían presentado bajo ese concepto delante de aquel que les tenía verdadero cariño; porque es ley entre los amantes el no ocultar, aun en las mayores acusaciones, el grande amor que se tienen: de aquí debemos sacar otra consecuencia no despreciable; ¿cuál es esta? Es el saber en que ocasiones, y qué lugares de la Escritura deban tomarse en sentido alegórico; porque no tenemos nosotros facultad de interpretarla a nuestro antojo; sino que estamos en el deber de seguir su intención y su modo de pensar, y admitir su sentido alegórico: es necesario fijarse bien en lo que estoy diciendo.

La Escritura habla de viña, lagar, cercado; pero no permite, el que cada uno aplique a su antojo esas palabras a ciertos sitios marcados, o a ciertas determinadas personas; sino que ella se da a sí misma la interpretación en las siguientes palabras: Porque la viña del Señor de Sabaoth de la casa de Israel es (Ez 17, 3).

Cuando Ezequiel nos hace mención de aquella enorme águila de grandes alas que entraba en el Líbano y que cortaba las últimas ramas del cedro, no dejó la interpretación de esta alegoría al capricho de cada uno; sino que él mismo explica qué aguila es esa de que habla, y qué cedro es ese (cf. Ez 17, 3-21); el mismo profeta Isaías cuando dice que pasará por la Judea un río de curso violento, manifiesta, con el objeto de que ninguno de sus oyentes se adelante a interpretar a su antojo la significación de ese río, que ese a quien había llamado río, era un rey (Is 8, 7).

En todos los lugares de la Escritura se observa esa ley; es decir, que cuando ella pone alguna alegoría, ella misma da la interpretación de esa alegoría, a fin de que aquellos a quienes agradan las alegorías, no se equivoquen, y perviertan el sentido de la alegoría. ¿Nos debemos admirar, pues, de que los profetas sigan esta misma marcha?

Ya hemos visto cómo el profeta Isaías explicó lo que se entendía por viña. Y después de haber enumerado los crímenes del pueblo, y los castigos a que se había hecho acreedor, prepara al final del discurso su defensa diciendo: He esperado para que hiciese juicio, e hizo iniquidad y no justicia, sino clamor. Exijo, dice, con justicia la pena. Porque he esperado para que hiciese juicio, esto es, justicia; mas él, por el contrario, manifestó iniquidad, injusticia y clamor. Se

entiende aquí por clamor, el deseo desordenado de riquezas, el furor injusto, la ira sin razón, las luchas y las contiendas.

BIBLIOGRAFÍA

Andriopoulos, P. C., The New Testament text as hermeneutic principle of St. John Chrysostom's exegetical work, en Th Athen 60 (1989), pp. 476–92, 600–53.

Astruc-Morize, G. - A. Le Boulluec., Le sens caché des Écritures selon Jean Chrysostome et Origène, en StPatr Vol. XXV. Papers presented at the Eleventh International Conference on Patristic Studies held in Oxford 1991. Biblica et Apocrypha, Orientalia, Ascetica, Louvain 1993, pp. 1–26.

Berry Wylie, A., The Exegesis of History in John Chrysostom's Homelies on Acts, en Biblical Hermeneutics in Historical Perspective. Studies in Honor of Karlfried Froehlich on his Sixtieth Birthday, ed. M. S. Burrows - P. Rorem, Grand Rapids 1991, pp. 59–72.

Brändle, R., Συγκατάβασις, als hermeneutisches und ethisches Prinzip in der Paulusauslegung des Johannes Chrysostomus, en Stimuli, Fs. E. Dassmann, ed. G. Schöllgen - C. Scholten, Münster 1996, pp. 297–307.

Hill, R., Chrysostom as Old Testament Commentator, en EstB 46 (1988), pp. 61–77.

Kecskeméti, J., Exégèse chrysostomienne et exégèse engagée, en StPatr 10/22 (1987/9), pp. 136–47.

Kertsch, M., Exempla chrysostomica. Zu Exegese, Stil und Bildersprache bei Johannes Chrysostomos, Graz 1995.

Nassif, B. L., Antiochene Theoria in John Chrysostom's Exegesis, Fordham University, 1991.

Vandenberghe, B. H. S., Jean Chrysostome et la Parole de Dieu, Paris 1961.

Zincone, S., Alcuni typoi di Maria in Giovanni Crisostomo, en La mariologia nella catechesi dei Padri (età postnicena), Roma 1991, pp. 27–31.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 783-798.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 180-188.

23. CIRILO DE ALEJANDRÍA (370/380-444)

LA VIDA DE CIRILO ESTÁ LIGADA AL PROBLEMA del nestorianismo, a partir de 428 cuando Nestorio fue elegido patriarca de Costantinopla y en su predicación afirmaba que no se debía llamar a María Madre de Dios (Θεοτόκος, Theotókos) sino Madre de Cristo (Χριστοτόκος, Christotokos) o Madre del hombre Cristo que ha dado a luz. En realidad se trataba de un problema cristológico, pues Nestorio sostenía que el Logos vivía en el hombre Jesús como en un templo y, por eso, no era Dios, sino un hombre en el que habitaba Dios. Cirillo refutó sus argumentos declarando que, en Cristo, la naturaleza divina penetra la humana como el fuego penetra las brasas, aunque con una terminología todavía imprecisa y que utilizaba indistintamente los términos φύσις (phýsis, naturaleza) e ὑπόστασις (hypóstasis, persona), usados más adelante para indicar cosas distintas. En 431 se reunió el concilio de Éfeso que, tras numerosas vicisitudes, afirmó que era perfectamente apropiada la expresión Madre de Dios, con todo lo que comporta con respecto a la unión de la humanidad y la divinidad en la persona de Cristo. El papa Celestino I le dio encargos de responsabilidad en la controversia, pero la situación empeoró después del concilio de Éfeso en 431.

Antes de la controversia nestoriana, las obras de Cirilo se orientaron fundamentalmente a la exégesis. La parte más considerable de sus escritos está formada por sus obras exegéticas. Sus comentarios al Antiguo Testamento comprenden diecisiete libros Sobre la adoración y el culto de Dios en espíritu y verdad, en los cuales, bajo forma de diálogo explica una serie de escenas del Pentateuco; además, se conservan un Comentario a Isaías, un Comentario de los profetas menores, y muchos fragmentos, a veces extensos, en las catenae, que hacen pensar que debía haber más comentarios. Con respecto al Nuevo Testamento, Cirilo tiene comentarios a tres evangelios: el Comentario al Evangelio de San Juan tiene como tema de fondo la consustancialidad del Hijo con el Padre, y ataca a los arrianos y la cristología de la así llamada escuela antioquena; en cambio, el Comentario al Evangelio de San Lucas es principalmente de carácter moral y ascético; del Comentario al Evangelio de San Mateo solo quedan fragmentos.

Cirilo interpreta el Antiguo Testamento en función de Cristo, asumiendo la exégesis alejandrina pero con un límite: no todo lo que dice el Antiguo Testamento se puede referir a Cristo ni es útil a la interpretación espiritual. Este redimensionamiento se manifiesta también en la terminología: no emplea nunca alegoría ni anagogé; en cambio, usa la terminología platonizante habitual para contraponer el sentido espiritual al literal: theoría, énnoia, diánoia. En definitiva, Cirilo abandona los criterios más radicales de la exégesis alejandrina, para permanecer en una línea más moderada pero también lejana de la antioquena.

COMENTARIO A JUAN II,4,7-15 Y II,5,5-6

4,7-8. Llega una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dice: «Dame de beber.» Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana:

El Salvador no ignoraba que iba a venir aquella mujer. Ciertamente sabía, al ser verdadero Dios, que iba a venir a sacar agua fría de la fuente. Cuando llegó, intentó atraparla en sus redes y dirigirle el discurso de la doctrina, y de esta circunstancia tomó la ocasión para hablar. La ley prohibía a los judíos contaminarse de cualquier manera y por eso ordenaba apartarse de las cosas impuras, incluso tratar con extranjeros e incircuncisos. Pero ellos, como haciendo más de lo que la ley imponía y siguiendo más las vanas observancias que el espíritu de la ley, cuando no se atrevían ni siquiera a tocar la carne de los extranjeros, pensaban que caían en todo género de impureza, si parecía que coincidían aunque fuera poquísimo con los samaritanos. Disentían tanto entre sí que tampoco querían tomar la comida o bebida que les ofreciera una mano extranjera. Por tanto, para que la mujer, sorprendida de tal novedad, hablase con un extranjero y le preguntase quién era y de dónde venía o por qué despreciaba las costumbres hebreas, para llegar así al objeto de su conversación, finge tener sed, y le dice: Dame de beber. Y ella respondió:

4,9. ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? Porque los judíos no se tratan con los samaritanos. Jesús le respondió:

La indagación es el comienzo de las enseñanzas y la duda es la raíz de comprender lo que ignoramos. De aquí comenzó la conversación y el Señor sabiamente fingió que no le importaban nada las costumbres de los judíos.

4,10. Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva. Le dice la mujer:

La mujer, puesto que no conocía la naturaleza sobrehumana y celestial del Unigénito, es más, ignoraba completamente el Verbo encarnado, lo llama judío. Por eso [el Señor], calla, con fruto útil, para salvar la continuidad del discurso, pero a ella le lleva a un pensamiento más alto sobre él, cuando ella misma afirma que no sabe quién es el que le pide de beber o de cuánta gracia están dotadas las cosas que Dios concede. Pues si las hubiera conocido, no habría sufrido carecer de ellas y las habría pedido al Señor. Con estas palabras la provoca, para que quiera saber más. Observa de qué modo, con lenguaje genuino y lejano de todo artificio, afirma que es Dios, aunque la inteligencia de la mujer sea lenta. Pues persuadiéndola a admirar el don de Dios, insinúa que él mismo es el dador. Si conocieras claramente el don de Dios, y quién es el que te habla, tú le habrías pedido a él. ¿A quién corresponde distribuir los dones de Dios? ¿No será a quien es Dios por naturaleza? Llama agua viva a aquel don vivificante del Espíritu, únicamente por el cual la humanidad, aunque seca como las ramas de los montes y privada de frutos por las insidias del diablo, es restituida a la antigua belleza de la naturaleza y es redimida, bebiendo la gracia vivificante, con varios géneros de bienes y germinando al amor de la virtud, produce riquísimos ramos de amor de Dios. Tales cosas nos las dice Dios por medio del profeta Isaías: Las bestias del campo me darán gloria, los chacales y las avestruces, pues pondré agua en el desierto (y ríos en la soledad) para dar de beber a mi pueblo elegido. El pueblo que yo me he formado contará mis alabanzas (Is 43, 20-21). Otro santo [en realidad es el mismo Isaías] canta que el alma será como árbol fructífero y crecerá como en medio de hierbas, como álamos junto a corrientes de aguas (Is 44, 4). Podría añadir muchos otros testimonios de la Escritura con los que sería facilísimo mostrar que con el término agua se designa la mayor parte de las veces el Espíritu divino. Pero no hay tiempo para detenerse en estos detalles y por eso nos adentraremos en el amplio mar de las divinas contemplaciones.

4,11. Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva?

La mujer no sabe plantearse nada de extraordinario, ni entiende la fuerza de las palabras, sino que cree que él sacará agua del fondo del pozo, no como aquellos que suelen realizar cosas extraordinarias por medio de encantamientos y engaños diabólicos: Él nombra agua viva a la que sale fresca de las fuentes.

4,12. ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? Jesús le respondió:

La mujer tiene remordimientos y entiende que no ha pensado de él en modo piadoso y verdadero —y eso que no le podía faltar la ayuda para entender, pues estaba disfrutando de una conversación divina— y como no era posible que quien hablaba fuese un encantador, sino más bien un profeta, del número de los que son eximios en santidad, y le había prometido darle el agua viva, y esto sin el habitual balde, para un uso mucho mejor y de otra fuente distinta, corrige lo que había dicho y comparando un santo a otro santo, le dice: ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo? Observa la fuerza de estas palabras, pues ella ya no se maravilla de que le prometa agua sin tener una cuerda, sino que habla de la calidad del gusto. Los samaritanos eran extranjeros, en cuanto colonia babilonense, pero reivindicaban como padre a Jacob por dos motivos: porque habitando una región cercana y limítrofe de la Judea y seguían parcialmente el culto de esta, jactándose de sus padres judíos. Otra razón, que realmente es cierta, es que la mayor parte de los habitantes de Samaría descendían de la estirpe de Jacob. En efecto, Jeroboam, hijo de Nat, reuniendo diez tribus del reino de Judá y la mitad de la tribu de Efraím, salió de Jerusalén, durante el reino de Roboam, hijo de Salomón, ocupó la Samaría y construyó casas y ciudades.

4,13-14. Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna. Le dice la mujer:

La Samaritana propone una objeción que parece importante y difícil de responder: ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob? El Salvador huye de nuevo de la ostentación y, aunque no confiesa abiertamente que es mayor, persuade a juzgar por las mismas realidades quién lo sea. Por eso explica la gran diferencia entre las aguas espirituales y las materiales y terrenas, diciendo: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed. Pero quien se sacie con la mía -dice- no solo no volverá a tener sed, sino que brotará en él una fuente, que lo podrá llevar a la vida eterna. Por tanto, quien da más, es mayor que quien tiene menos y quien es vencido, no tendrá la misma gloria que el vencedor. Hay que recordar aquí que el Salvador llama agua a la gracia del Espíritu Santo y que quien la recibe tendrá la misma fuente de las enseñanzas divinas, de modo que no tendrá necesidad de los consejos de otro, sino que podrá él mismo exhortar a los que tienen sed del verbo divino y celestial. Así sucedía con los profetas y apóstoles y sus sucesores mientras estaban en esta tierra, de quienes está escrito: Sacaréis agua con gozo de las fuentes de salvación (Is 12, 3).

4,15. Dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla. El le dice:

La mujer imagina y habla solo de cosas habituales y no entiende nada de lo que se le dice, sino que piensa que con poco esfuerzo puede recibir toda la generosidad del Salvador y limita la gracia divina solo a quitar la sed. ¡Qué lejos está de entender las cosas sobrenaturales con un sutil razonamiento!

II, 5, 5-6. Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. Jesús, viéndole tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo...

Cuando los judíos celebraron la fiesta de los ácimos, es decir la Pascua, en la que era costumbre matar un cordero, Cristo salió de Jerusalén y se entretuvo con los samaritanos y extranjeros y les enseñaba, ofendido por la impiedad de los fariseos. Volviendo hacia el tiempo de Pentecostés, pues esta fiesta se celebraba en Jerusalén muy cerca de la de Pascua, sana, junto a las aguas de la piscina, a

un paralítico que llevaba ya muchos años postrado -eran ya treinta y ocho años- aunque no había llegado aún al número perfecto según la ley, cuatro veces diez, o sea cuarenta. Hasta aquí, la historia, pero ahora es preciso pasar a la contemplación espiritual desde el tipo del acontecimiento. Que Jesús, ofendido, salga de Jerusalén después del sacrificio del cordero y viva entre samaritanos y galileos y les predique la doctrina de la salvación, ¿qué otra cosa puede significar, sino que Jesús se apartó de los judíos cuando fue crucificado y muerto en la cruz, cuando dio la gracia a los paganos y extranjeros, mandando que se dijese a sus discípulos que los precedería en Galilea después de la resurrección? El hecho de que vuelva a Jerusalén, al final de las semanas de Pentecostés, significa, de nuevo, en figura y enigma, que el regreso de nuestro Señor a los judíos se verificaría, por su benevolencia hacia los hombres, en los tiempos de la presente era, en la que salvados por la fe en Él, celebramos la fiesta santísima de la Pasión, que no dió la salvación. Que el paralítico sea curado antes del tiempo perfecto según la ley, tipológicamente significa, de nuevo, que Israel, tras haber ofendido impíamente a Cristo, habría caído enfermo y habría quedado paralítico, y por mucho tiempo inerte, pero no habría perecido con el extremo suplicio, sino que el Salvador lo miraría y él curaría en la piscina, por medio de la obediencia y la fe. Que el número cuarenta sea, por ley divina, el número perfecto, lo entenderá fácilmente quien esté modestamente versado en la lectura de la divina Escritura.

BIBLIOGRAFÍA

Armendáriz, L. M., El Nuevo Moisés. Dinámica cristocéntrica en la tipologia de Cirilo Alejandrino, Madrid 1962.

Carones, A., La dottrina esegetica di Cirillo d'Alessandria, Milan 1984.

Fatica, L., I Commentari a Giovanni di Teodoro di Mopsuestia e di Cirillo di Alessandria. Confronto fra metodi esegetici e teologici, Roma 1988.

Greer, R. A., The Use of Scripture in the Nestorian Controversy, en SJTh 20 (1967), pp. 413–422.

Kerrigan, A. S., St. Cyril of Alexandria Interpreter of the Old Testament, Roma 1952.

Kerrigan, A. S., The objects of the literal and spiritual senses of the NT according to St. Cyril of Alexandria, en StPatr 1 (1957), pp. 354–374.

Margerie, B. de., L'exégèse christologique de saint Cyrille d'Alexandrie, en NRTh 112/ 102/3 (1980), pp. 400–423.

Wilken, R. L., Exegesis and the History of Theology: Reflections on the Adam-Christ Typology in Cyril of Alexandria, en ChH 35 (1966), pp. 139–156.

Wilken, R. L., Judaism and the Early Christian Mind. A Study of Cyril of Alexandria's Exegesis and Theology, New Haven 1971.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 840-869.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 216-226.

24. HILARIO DE POITIERS (310-367)

NACIDO EN EL SENO DI UNA FAMILIA PAGANA muy conocida, fue elegido obispo de Poitiers hacia el año 350. No participó al sínodo de Arlés (353) ni al de Milán (355) y por eso fue exiliado al Asia Menor. Como gran conocedor de las Escrituras, su pensamiento es profundo; introdujo en Occidente numerosos conceptos de la teología oriental. Entre sus obras dogmáticas, sobresale el tratado La Trinidad, terminado antes del 360, durante su exilio en Asia. Completa este escrito el Sobre los sínodos y sobre la fe de los orientales, donde recoge argumentos de tipo histórico. Sus obras exegéticas son: un Comentario a San Mateo, Tratados sobre los Salmos, Tratado sobre los misterios.

Hilario en su exégesis suele añadir al nivel literal un segundo nivel espiritual. Este procedimiento se extiende a todo el Evangelio, tanto a las palabras como a los hechos de Jesús. La conexión entre los dos niveles de lectura es sugerido por la semejanza, por lo cual uno llama al otro sin forzar el sentido. Esta relación es la que existe entre una realidad material y una espiritual, una inferior y otra superior, conforme a sus intereses de progreso espiritual. Pero más frecuentemente esta es una relación entre presente y futuro: los hechos del Evangelio evocan una realidad futura. Los procedimientos son variados: un episodio se interpreta en base a la simbología aplicada a otro; un hecho de Jesús se interpreta en relación con las palabras de Cristo. En esta interpretación de tipo alegórico, el sentido literal no se niega. En general, Hilario interpreta el Antiguo Testamento en sentido Cristológico.

TRATADO SOBRE LOS MISTERIOS I,1-5.

Pr. 1. Hay muchas maneras [de interpretar la Escritura] (en el texto hay una laguna), mientras que nosotros comprendemos aquellas mismas [figuras] en los acontecimientos. Pero a ellos (exégetas desconocidos para nosotros) les basta haberse acomodado a alguna especie de vana semejanza cuando la comparación no solo debe recibir su pleno cumplimiento de los acontecimientos posteriores, sino que además debe venir exigida sólidamente por los hechos que se exponen.

Cualquiera de las obras contenidas en los Libros Sagrados anuncia con palabras, describe con hechos y confirma con figuras la venida de nuestro Señor Jesucristo que, enviado por el Padre, nació hombre de la Virgen por el Espíritu. Él, en efecto, a lo largo de toda la historia, mediante prefiguraciones verdaderas y claras, engendra, lava, santifica, elige, separa o redime a la Iglesia en los patriarcas: por el sueño de Adán, el diluvio de Noé, la bendición de Melquisedec, la justificación de Abrahán, el nacimiento de Isaac, la servidumbre de Jacob. En suma, todas las profecías, realización del misterio, se han concedido a lo largo del tiempo para el conocimiento de la Encarnación.

Puesto que, con este librito, me ha parecido conveniente mostrar cómo en cada uno de los personajes, épocas y acontecimientos se manifiesta, como en un espejo, la imagen de su venida, predicación, pasión y resurrección así como de nuestra congregación [en la Iglesia], no me limitaré a recordar algunos de pasada, sino que trataré de todos a su debido tiempo, comenzando desde Adán, a partir de quien nos es posible el conocimiento del género humano, para que se sepa que, ya desde el inicio del mundo, fue prefigurado de muchas maneras lo que tuvo cumplimiento en el Señor.

2. Adán, por su mismo nombre, prefigura el nacimiento del Señor, pues el

nombre hebreo de Adán, que en griego se traduce como «ge pyrra», significa en latín «tierra de color fuego», y la Escritura acostumbra a dar el nombre de «tierra» a la carne del cuerpo humano. Esta [carne], que, en el Señor, nació de la Virgen por el Espíritu, transformada en una forma nueva y extraña a sí misma, ha sido hecha conforme a la gloria espiritual según el Apóstol: El segundo hombre viene del cielo (1 Co 15, 47), y es el Adán celeste (cf. 1 Co 15, 48-49), porque el Adán terrestre es imagen del que había de venir (Rm 5, 14).

Así pues, con una autoridad tan segura ni siquiera, el nombre de Adán lo asumimos sin considerar de alguna manera el [Adán] que había de venir.

3. Viene después la creación de Eva a partir del costado y de un hueso de Adán dormido. Al despertar este, tuvo lugar la siguiente profecía: Ahora esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta se llamará mujer porque ha sido tomada del varón, y serán dos en una sola carne (Gn 2, 23.24). Aquí nada impide mi tarea, pues el Apóstol, tras recordar esta misma profecía, dice: Este misterio es grande; lo digo de Cristo y la Iglesia (Ef 5, 32).

Leemos, sin embargo, que solo fue sacado un hueso de Adán. ¿Cómo se dice entonces carne de mi carne? Esto podrá referirse, sin duda, a la realidad de los acontecimientos que se exponen, porque el hueso, que Dios todopoderoso arrancó del costado de Adán para formar el cuerpo femenino, lo ha vestido de carne, porque ese hueso arrancado de la carne y vestido nuevamente de carne ha venido a ser un cuerpo, de manera que, así como es hueso de hueso, también es carne de carne.

Pero, con todo, el Señor, en los Evangelios, como los judíos lo pusiesen a prueba a propósito del derecho de divorcio, muestra que aquellas palabras fueron pronunciadas así más por Él mismo que por Adán, pues dice: ¿No habéis leído que el Creador, desde el principio, los creó varón y mujer y dijo: “Por ello dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán dos en una sola carne” (Mt 19, 4). Esto viene a continuación de la expresión carne de mi carne. Por tanto la

profecía fue una consecuencia de lo que se realizaba en Adán. Pues, cuando el Señor, que creó al varón y a la mujer, dijo que el hueso era de su hueso y la carne de su misma carne, Él mismo hablaba por Adán todo lo que había hecho en el mismo Adán. No quitó realidad a los acontecimientos y mostró que lo que acontecía en otro era una prefiguración que tenía en El su origen.

Puesto que el Verbo se ha hecho carne (cf. Jn 1, 14) y la Iglesia es miembro de Cristo (ella que de su costado ha nacido por el agua y ha sido vivificada por la sangre) (cf. Jn 19, 34), puesto que, por otro lado, la carne, en la que ha nacido el Verbo, subsistente antes de los siglos en cuanto Hijo de Dios, permanece entre nosotros por el sacramento, enseñó claramente que en Adán y Eva se contenía la figura de su propia persona y de la Iglesia, pues da a conocer que, tras el sueño de su muerte, Aquélla ha sido santificada por la comunión de su carne.

Él mismo nos habla también por medio del Apóstol: Porque Adán no pecó, sino que la mujer, al pecar, cayó en la transgresión. Sin embargo se salvará por la procreación de sus hijos si permanecen en la fe (1 Tm 2, 14-15). Así pues, la Iglesia está formada de publicanos, pecadores y gentiles. Mientras solo su segundo y celeste Adán no cometió pecado, ella misma es pecadora y se salvará por la generación de sus hijos en la fe. Por lo demás, no conviene entender que la mujer no haya sido redimida de su pecado por el Señor, ni que será bautizada en vano por el hecho de que sea liberada más bien por el mérito del parto. Tampoco estará segura por la misma generación de sus hijos, porque no se salva si los que ha engendrado no permanecen fieles. Y no sé cómo pueda ser justo hacer a alguien culpable o inocente por el pecado o el mérito ajenos.

4. Pero si comparamos las realidades espirituales con las espirituales (cf. 1 Co 2, 13), con Seguridad comprenderemos muy bien al Apóstol cuando proclama que él refiere a Cristo y a la Iglesia los hechos del gran misterio [prefigurado] en Adán y Eva. Ciertamente nos conviene pensar que esto fue dicho por él en sentido espiritual, aunque estas palabras hayan de referirse a la enseñanza expuesta y a la formación de aquellos a los que amonestaba. Pues [el Apóstol], que en la primera carta a los corintios proclamó la rica misericordia de Dios

cuando santifica a los infieles por los matrimonios con fieles (cf. 1 Co 7, 12-16), también enseñó aquí que una santificación de este tipo se dispensaría por la procreación de los hijos con tal de que sean creyentes, para que, así como la unión de un solo fiel beneficia al infiel por el matrimonio, también la procreación de [hijos] fieles auxilie a [padres] infieles.

5. En el sueño de Adán y en la creación de Eva hay que considerar además el sacramento del misterio oculto en Cristo y en la Iglesia, pues en él se contiene un motivo de fe y una razón de la resurrección de los cuerpos. En efecto, en la creación de la mujer no se toma barro, ni se describe cómo se le da forma a la tierra, ni la materia inanimada se pone en movimiento por el soplo de Dios para convertirse en alma viviente, sino que la carne crece a partir del hueso, la perfección del cuerpo es otorgada a la carne, y el vigor espiritual sigue a la perfección corporal. Dios habló por medio de Ezequiel (cf. Ez 37, 1-14) de este proceso de la resurrección, manifestando el poder de su fuerza en lo que había de realizar [en el futuro]. En efecto, allí concurren todos los elementos: la carne está presente, el espíritu vuela, para Dios no se pierde ninguna de sus obras, pues para la creación del cuerpo [humano], que es obra suya, hizo presentes aquellos elementos que no existían.

Según el Apóstol, este es el sacramento escondido en Dios desde siglos (Ef 3, 9; cf. Col 1, 26): que los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de su promesa en Cristo (Ef 3, 6), el cual, según el mismo Apóstol, tiene poder para hacer nuestro humilde cuerpo conforme a su cuerpo glorioso (Flp 3, 21).

Así pues, tras el sueño de su Pasión, el Adán celeste, como [ve que] la Iglesia resucita, reconoce su hueso, su carne, que ya no es creada del barro, ni es vivificada por el soplo, sino que crece sobre el hueso y a partir de un cuerpo se perfecciona en cuerpo por el vuelo del Espíritu. En efecto, los que están en Cristo resucitarán (1 Ts 4, 16) a la manera de Cristo, en el que ya se ha consumado la resurrección de toda carne, porque Él mismo nació en nuestra carne por la fuerza de Dios, en la que fue engendrado por el Padre antes de los

siglos.

Puesto que el judío y el griego, el bárbaro y el escita, el esclavo y el libre, el varón y la mujer, son todos una sola cosa en Cristo (cf. Ga 3, 28; Col 3, 11), puesto que se ha reconocido que la carne procede de la carne, puesto que la Iglesia es el cuerpo de Cristo y puesto que el misterio, que se encerraba en Adán y Eva, preanunciaba a Cristo y a la Iglesia, resulta que ya en Adán y Eva, en el inicio del mundo, se cumplió lo que Cristo prepara a la Iglesia en la consumación de los tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

Armstrong, G. T., The Genesis Theophanies of Hilary of Poitiers, en StPatr 10 (1970), pp. 203–07.

Blasich, G., La risurrezione dei corpi nell'opera esegetica di S. Ilario di Poitiers, en DT 69 (1966), pp. 72–90.

Daniélou, J., Hilaire et ses sources juives, en Hilaire et son temps, Actes du colloque de Poitiers, Paris 1968, pp. 143–147.

Doignon, J., Rhétorique et Exégèse Patristique: La 'Defensio' de l'Apôtre Pierre chez Hilaire de Poitiers, en La rhétorique à Roma. Colloque des 10–11 décembre 1977, Paris 1979, pp. 141–152.

Doignon, J., La connexion du spirituel et du charnel dans la méthodologie exégétique d'Hilaire de Poitiers. A propos d'un texte malmené d' In Psalmum 1.17, en VetChr 30 (1993), pp. 259–266.

Doignon, J., Le goût de l'équilibre dans la culture morale, exégétique et théologique d'Hilaire de Poitiers, en JAC 38 (1995), pp. 67–74.

Kannengiesser, C., L'exégèse d'Hilaire, en Hilaire et son temps, Actes du colloque de Poitiers, Paris 1968, pp. 127–42.

Lemaire, J.-L, Histoire et exégèse dans l'In Matthaeum d'Hilaire de Poitiers, en Penser la foi. Recherches en théologie aujourd'hui. Mélanges offerts à Joseph Moingt, ed. J. Doré - C. Theobald, Paris 1993, pp. 437–447.

Lutz, G., Das Psalmenverständnis des Hilarius von Poitiers, Hamburg 1969.

Newlands, G. M., Exegesis and Method in Hilary of Poitiers, Edinburgh 1969/79.

Simonetti, M., Interpretazione storica e cristologica nei Tractatus super Psalmos di Ilario, en Fs S. Constanza, Polyanthema, ed. S. Calderone, Messina 1989, pp.

315–331.

Smulders, P., Hilarius van Potiers als exegeet van Mattheüs; bij de kritische uitgave (Doignon J. 1978s), en Bijdragen 44 (1983), pp. 59–81.

Stanula, E., Les facteurs qui façonnent le sens biblique d’après saint Hilaire de Poitiers (étude patristico-exégétique), en BinfWsz 3(1985), pp. 14–17.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 997-1010.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 254-264.

25. AMBROSIO (339-397)

AMBROSIO NACIÓ HACIA 339, EN TRÉVERIS, donde su padre era prefecto del pretorio de las Galias. Recibió una educación orientada a las materias jurídicas y en torno a 370 fue nombrado gobernador de Liguria y Emilia, con residencia en Milán. En 374 fue consagrado obispo. En su instrucción, centrada en el estudio de las Escrituras, tuvo mucha importancia la lectura de los padres griegos, especialmente de Orígenes. Sus obras sobre la Escritura ocupan la mitad de su producción. Ambrosio sigue el método alegórico en busca del sentido espiritual y con la intención de edificar al pueblo. La mayor parte de sus tratados y sermones son sobre escenas y personajes del Antiguo Testamento y, entre estas, se destacan sus seis libros Sobre el Hexamerón, o sea, la obra de la creación. Sobre el Nuevo Testamento escribió el Comentario al Evangelio de San Lucas. Se podría recordar también su epistolario, decisivo para las relaciones Iglesia-Imperio, y su actuación como obispo de Milán, con la que supo ganar para la Iglesia una independencia que la Iglesia de oriente había perdido. Están, además, el De officiis ministrorum, y muchos otros escritos sobre la virginidad.

Ambrosio es el primero que emplea los términos moral y místico para designar los dos sentidos de la Escritura que después serán utilizados por otros autores latinos. El significado de moral es ambiguo, el de místico, en cambio, se refiere al contenido específicamente cristiano, preferentemente cristológico. Estos dos sentidos se superponen al histórico y, por tanto, tenemos en Ambrosio una lectura a tres niveles. En cuanto a procedimientos hermenéuticos, encontramos en Ambrosio cierta variedad, como simbologías numéricas y etimológicas. Como gran predicador, su finalidad en la exégesis es la edificación de los fieles. A veces es prolijo en su exposición.

COMENTARIO AL EVANGELIO DE LUCAS III.30-34; IV.28-33

30. Si reconocemos que Tamar ha sido inscrita en la genealogía del Señor por razón de un misterio, debemos también atribuir a un motivo semejante que Rut no haya sido omitida, a la cual parece tener presente el santo Apóstol, cuando preveía en espíritu que la vocación de los pueblos extranjeros se realizaría por el Evangelio: La Ley, dice, no ha sido dada para los justos, sino para los injustos (1 Tm 1, 9). ¿Cómo, pues, Rut, que era extranjera, se desposó con un judío? ¿Y por qué el evangelista ha creído deber mencionar en la genealogía de Cristo esta unión que el tenor de la Ley prohibía? (cf. Dt 7, 3). ¿No descendería el Salvador de una generación legítima? Parecería un deshonor, a no ser que tengas presente esta sentencia del Apóstol que la Ley no ha sido dada para los justos, sino para los injustos. Siendo esta extranjera y moabita, principalmente prohibiendo la Ley de Moisés tales bodas y excluyendo a los moabitas de pertenecer a la Iglesia —pues está escrito: Amonitas y moabitas no serán admitidos en la Iglesia del Señor ni a la tercera ni a la cuarta generación; no entrarán jamás (Dt 23, 3)—, ¿cómo ha entrado ella en la Iglesia, sino porque, siendo santa y sin mancha en su conducta, ha sido puesta por encima de la Ley? Si la Ley fue dada efectivamente para los impíos y pecadores, es cierto que Rut, que ha sobrepasado los límites de la Ley, que ha entrado en la Iglesia y ha venido a ser israelita, que ha merecido ser contada entre los ascendientes de la raza del Señor, elegida por una afinidad del alma, no del cuerpo, es para nosotros un gran ejemplo: pues en ella ha sido prefigurada la entrada en la Iglesia del Señor de todos cuantos hemos sido congregados de entre las naciones. Imitémosla, por lo mismo, y puesto que sus costumbres le han merecido el privilegio de ser admitida en esta sociedad, como nos lo enseña la historia, también nosotros, gracias a la excelencia de nuestras costumbres, seamos acogidos en la Iglesia de Cristo en consideración de nuestros méritos.

31. Efectivamente, como los israelitas, en la época de los Jueces de los tiempos antiguos, estaban acosados por el hambre, partió un hombre de Belén, villa de Judá, en donde nació Cristo, para morar en la tierra de Moab; el hombre se llamaba Elimalec y su mujer Noemi. Sus hijos tomaron por esposas a mujeres

moabitas —una tenía el nombre de Orfa y otra el de Rut— y habitaron allí casi diez años y murieron. Mas privada la madre de sus dos hijos y de su propio marido, habiendo oído que Dios visitaba a Israel, determinó volver allí y comenzó a persuadir a las esposas de sus hijos a que permanecieran en sus respectivas casas. Una consintió, mas Rut continuó con su suegra. Y como su suegra le dijese: Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios; vuélvete tú como ella, Rut respondió: No insistas en que te deje y me vaya lejos de ti; donde vas tú, iré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios; donde mueras tú, allí moriré y seré sepultada yo (Rt 1, 15-17). Y así las dos llegaron a Belén. Cuando esta conducta, esta entrega a su suegra, esta fidelidad para con el difunto, esta religión para con Dios fueron conocidas de Booz, el bisabuelo de David, conforme a la Ley de Moisés y para dar una posteridad a su pariente difunto, la escogió por esposa.

32. Hay que advertir, como está escrito, que fue encontrada en pleno campo en tiempo de recolección, recogiendo las espigas y reservándolas para su suegra, y no fue tras un joven, sino tras un hombre maduro, de donde mereció oír: Tú eres una mujer virtuosa y tu proceder ha sido a lo último mejor todavía que al principio (Rt 5, 11.10); efectivamente, la última misericordia de la Iglesia reunida sobrepasa la primera. Lo decimos aquí brevemente, ya que lo hemos tratado de un modo más completo en los libros que escribí sobre la fe. El que estaba lejos se ha acercado, porque el que estaba cerca se ha alejado, y, aceptando esta mujer, adquirió el calzado de este prójimo. Pues existía la costumbre que el que estaba próximo, si no quería tomar por esposa a su parienta, se quitase el calzado y lo cediese a otro. En lo cual se encuentra encerrado un misterio importante, es decir, que aquél que, según la figura, se ha desposado con la extranjera, ha recibido el poder de evangelizar.

33. Que estas nupcias han sido figurativas lo muestran, finalmente, las bendiciones de los ancianos: Haga el Señor que la mujer que entre en tu casa sea como Lía y Raquel, que edificaron la casa de Israel. Que por ella seas poderoso en Efrata y tengas renombre en Belén. Que sea tu casa como la casa de Farés, el que Tamar dio a Judá, por la descendencia que de esa joven te dé el Señor. Tomó Booz a Rut y la recibió por mujer (Rt 4, 11-13), y dio a luz a Obed, padre de Jesé y abuelo de David.

Con razón, pues, San Mateo, queriendo llamar por el Evangelio los pueblos a la Iglesia, ha evocado que el mismo Señor, autor de esta reunión de naciones, trae su origen, según la carne, de extranjeros, para darnos a entender por aquí que ese linaje reproduciría al que había de llamar a las naciones, al que hemos de seguir nosotros todos, reunidos de todos los pueblos, abandonando nuestro patrimonio y diciendo al que había de llamarnos al culto del Señor, por ejemplo, a Pablo, o a cualquier obispo: Tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios. Así, pues, Rut, como Lía y Raquel, olvidando su pueblo y la casa de su padre, desatando los lazos de la Ley, ha entrado en la Iglesia.

34. Quita su calzado el que no recibe a la Iglesia. A Moisés se le dijo: Quita el calzado de tus pies (Ex 5, 5), para que no creyese que era el esposo de la Iglesia. Solamente no se descalza el que es su verdadero esposo. Por lo mismo dice Juan: Del cual no soy digno de desatar las correas de su calzado (Lc 3, 16). Hay, pues, aquí una figura, y ella ha construido la casa de Israel (cf. Rt 4, 11).

(...)

28. Y el diablo le condujo todavía a una montaña muy elevada, y le mostró todos los reinos del universo en el espacio de un instante.

Rectamente en el espacio de un instante son mostradas las cosas del siglo y de la tierra; pues no indica tanto la rapidez de la visión cuanto la fragilidad de un poder caduco: todo pasa en un instante, y, con frecuencia, los honores del mundo se van antes de que lleguen. ¿Qué puede haber en el siglo de larga duración, cuando los mismos siglos no duran largamente? Esto nos enseña a despreciar el soplo de una vana ambición, atendido que toda dignidad secular está sujeta al poder del diablo, frágil para quien la usa y vana para el fruto.

29. Mas ¿cómo es que aquí da el poder el diablo, cuando lees en otro lugar que todo poder viene de Dios? (Rm 15, 1). ¿Es que se puede servir a dos señores y de los dos recibir el poder? ¿No hay aquí una contradicción? De ninguna manera. Mas ve que todo viene de Dios. Pues sin Dios no hay mundo, ya que el mundo ha sido hecho por Él (Jn 1, 10); pero, aunque hecho por Dios, sus obras son malas, pues el mundo todo está bajo el maligno (1 Jn 5, 19); la ordenación del mundo es de Dios, las obras del mundo son del malo. De este modo, la institución de los poderes viene de Dios; la ambición del poder, del maligno. Así también, no hay poder, dice, que no venga de Dios; aquellos que existen han sido instituidos por Dios: no dados, sino instituidos; y el que resiste al poder, dice, resiste a la institución de Dios (Rm 13, 1). Igualmente, aunque el diablo diga que da el poder, no rechaza que todo le ha sido dejado por un tiempo solamente. El que lo ha dejado, lo ha ordenado, y el poder no es malo, sino el que usa mal del poder. También, ¿quieres vivir sin temor a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación (Rm 13, 3). No es malo el poder, sino la ambición. Por lo demás, la institución de la autoridad viene de tal forma de Dios, que el que usa bien de ella se convierte en ministro de Dios: Es ministro de Dios para el bien (Rm 13, 4). No hay, pues, culpa alguna en el ministerio, sino en el ministro; no puede desagradar la institución divina, sino el que la administra. Si pasando del cielo a la tierra, por poner un ejemplo, un emperador da honores y recibe la gloria: si alguno usa mal esos honores, no tiene culpa de ello el emperador, sino el juez; cada crimen tiene su reo, y esto no es debido a la autoridad que tiene sino al servicio que ha hecho de ella.

30. ¿Qué diremos, pues? ¿Es bueno usar de la autoridad, buscar honores? Es bueno recibirlos, no arrebatarlos. Hay que distinguir también este mismo bien: uno es el buen uso según el mundo, y otro el uso perfectamente virtuoso; pues el bien es que el deseo de conocer la divinidad no sea impedido por ninguna ocupación. Es cierto que hay muchos bienes, pero una sola es la vida eterna: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo (Jn 17, 3). También porque la vida eterna es el mayor fruto y solo Dios es el remunerador de la vida eterna. Adoremos, por lo mismo, a solo Dios, y solo a Él sirvamos, a fin de que Él solo nos dé en recompensa el fruto más abundante; huyamos de todo lo que está sometido al poder del diablo, porque, como perverso tirano, ejerce cruelmente el poder que ha recibido sobre los que encuentra en su reino.

31. La autoridad no viene del diablo, pero está expuesta a las insidias del diablo. No se sigue, por lo mismo, que la institución de la autoridad sea mala, porque esté expuesta al mal; es buena cosa buscar a Dios, pero en esa búsqueda puede uno desviarse y errar: si el que busca se inclina hacia el sacrilegio por una interpretación tortuosa, tiene peores resultados para él la búsqueda que si no la hiciese. Sin embargo, no está la falta en la búsqueda, sino en el buscador, y no es la búsqueda la que expone al mal, sino las disposiciones del buscador. Luego, si el que busca a Dios frecuentemente se halla tentado por la flaqueza de la carne y la limitación de la inteligencia, ¿cuánto más estará expuesto a esto el que busca al mundo? El gran daño de la ambición es que se hace menesterosa para alcanzar dignidades; con frecuencia, aquellos a quienes ningún vicio ha podido vencer, ni siquiera la lujuria o la avaricia, los ha hecho criminales la ambición. Procura el favor de los de fuera, el peligro de los de dentro, y, para dominar a los demás, comienza por ser esclavo; prodiga las reverencias para recibir los honores y, queriendo estar en la cumbre, se humilla; porque en el poder lo que cuenta es ahuyentar; se hace la ley a las leyes, se hace uno a sí mismo esclavo.

32. Se dirá tal vez que solo el que ha hecho el mal es el que teme. Sin embargo, el que navega teme naufragar, y, por el contrario, cuando está en tierra firme, no tiene tal temor; mas, si se embarca sobre el elemento movible, se expone a peligros más frecuentes. Huye, pues, del mar del mundo y no temerás el naufragio. Aunque a veces la copa de los árboles es sacudida fuertemente por el vendaval, sin embargo, no caen al suelo por la solidez de sus raíces; mas cuando el viento huracanado sopla en el mar, si no todos naufragan, todos al menos están en peligro. Del mismo modo, contra el viento de los espíritus perversos nadie está firmemente asegurado en la arena (Mt 7, 27) o en el mar, y “el viento solano hace pedazos las naves de Tarsis” (Sal 47, 8). Esto en orden al sentido moral.

33. Por lo demás, desde el punto de vista místico, observa que los lazos del antiguo error han sido desatados poco a poco: en primer lugar, el de la gula; luego el de la presunción y, finalmente, el de la ambición. Pues Adán fue seducido por la comida y, penetrando con una presuntuosa seguridad en el lugar donde se encontraba el árbol prohibido, incurrió también en la falta de la

ambición temeraria pretendiendo hacerse como Dios. Por eso el Señor ha desatado los nudos de la antigua iniquidad, a fin de que, una vez libres del yugo de la cautividad, aprendamos a triunfar de los pecados con la ayuda de las Escrituras.

BIBLIOGRAFÍA

Biffi, I., Il valore letterario dell'esegesi ambrosiana, en DT 65/4 (1962), pp. 405–408.

Bona, I., Brevi note sul simbolismo antropologico degli animali nell 'Esamerone' di Ambrogio, en Sandalion 15 (1992), pp. 155–162.

Bonney, G., L'esegesi di sant'Ambrogio in relazione alle figure femminili dell'Expositio secundum Lucam, en Sal 57/1 (1995), pp. 123–130.

Doignon, J., Le dialogue de Jésus et Paul: Actes 9:4–6. Sa 'pointe' dans l'exégèse latine la plus ancienne (Hilaire, Ambroise, Augustin), en RSPhTh 64 (1980), pp. 477–489.

Gori, F., en margine al metodo esegetico di Ambrogio di Milano, en SMSR 50 (1984), pp. 319–326.

Gori, F., Appunti su esegesi biblica e composizione del De virginitate di Ambrogio, en ASE 5 (1988), pp. 201–214.

Gryson, R., Le vêtement d'Aaron interprété par S. Ambroise, en Muséon 92/3–4 (1979), pp. 273–280.

Hahn, V., Das wahre Gesetz. Eine Untersuchung der Auffassung des Ambrosius von Mailand vom Verhältnis der beiden Testamente, Münster 1969.

Huhn, J., Bewertung und Gebrauch der Hl. Schrift durch den Kirchenvater Ambrosius, en HJ 77 (1958), pp. 387–396.

Jacob, C., 'Arkandisziplin,' Allegorese, Mystagogie: ein neuer Zugang zur Theologie des Ambrosius von Mailand, Frankfurt am Main 1990.

Jacob, C., Der Antitypos als Prinzip ambrosianischer Allegorese: Zum hermeneutischen Horizont der Typologie, en StPatr 25 (1993), pp. 107–114.

Lazzati, G., Il valore letterario della esegesi ambrosiana, Milan 1960.

Nauroy, G., Exégèse et création littéraire chez Ambroise de Milan; étude sur les prédications du De Jacob et du De Joseph, Paris 1985.

Nauroy, G., La structure du De Isaac vel anima et la cohérence de l'allégorèse d'Ambroise de Milan, en REL 63 (1986), pp. 210–236.

Nauroy, G., Chromace, disciple critique de l'exégèse d'Ambroise. Réalité et limites de l'influence de l'In Lucam sur les Tractatus in Matthaeum, en Antichità altoadriatiche 34 (1989), pp. 117–149.

Orbe, A., Nondum receperat typum, en Greg 42 (1961), pp. 107–112.

Otten, R. T., Caritas and the Ascent Motif in the Exegetical Works of St. Ambrose, en StPatr 8 (1966), pp. 442–448.

Piredda, A. M., La tipologia sacerdotale del patriarca Giuseppe in Ambrogio, en Sandalion 10–11 (1987–1988), pp. 153–163.

Pizzolato, L. F., La S. Scrittura fondamento del metodo esegetico di S. Ambrogio, en StPM 6 (1976), pp. 393–426.

Pizzolato, L. F., La dottrina esegetica di Sant'Ambrogio, Milan 1978.

Ramos-Lisson, D., Las tipologias de Cristo en el 'Canticum Canticorum' según el tratado ambrosiano 'De virginitate', en Biblia exégesis y cultura. Estudios en Honor del prof. D. José Maria Casciaro. Ed. G. Aranda, C. Basevi, J. Chapa. Pamplona 1994, pp. 533–551.

Ramos-Lisson, D., En torno al alegorismo biblico del tratado De virginitate de San Ambrosio. Los préstamos de los autores clásicos y cristianos, en Stimuli, Fs E. Dassmann. Ed. G. Schöllgen - C. Scholten. Münster 1996, pp. 450-463.

Savon, H., Saint Ambroise devant l'exégèse de Philon le Juif, Paris 1977.

Schmitt, J. X., Mary Virgin Type of the Church in the Writings of Saint Ambrose and Augustine, Ottawa 1971.

Selejdak, R., La tipologia cristologica nelle opere esegetiche di Sant'Ambrogio,

Roma 1991.

Vecchi, A., Appunti sulla terminologia esegetica di S. Ambrogio, en SMSR 38 (1967), pp. 655–664.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1045-1080.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 271-280.

26. JERÓNIMO (347-420)

NACIDO EN 347 EN ESTRIDÓN (en la actual Croacia) y de familia cristiana, estudió en Roma con el gramático Elio Donato. A los veinte años se trasladó a Tréveris con la intención de seguir la carrera política. Allí descubrió su vocación monástica y los escritos de los Padres, especialmente los comentarios bíblicos. Retirándose al desierto leyó la Escritura y perfeccionó sus conocimientos de griego y hebreo. En Constantinopla conoció a Gregorio Nacianceno y comenzó la traducción latina de Orígenes. Alcanzó gran prestigio como biblista, participó en el concilio de Roma del 382 y se asentó en la urbe, donde recibió el encargo del papa Dámaso de la traducción latina de la Biblia. Tras la muerte del papa se retiró a Belén, donde prosiguió su dedicación a bíblica. Escribió muchos comentarios bíblicos, homilías, cartas, obras históricas...

Su guía exegética fue Orígenes. Como él y otros muchos, se atiene a la interpretación literal cuando examina las cartas de Pablo, sin excluir la interpretación alegórica. En la fase origeniana, Jerónimo procederá ordenadamente: primero dará los lemas traducidos del griego y del hebreo, después dará la interpretación literal y luego la alegórica. Pero con la polémica origeniana, Jerónimo intentó alejarse de su “maestro”. Habitualmente empleará la consabida superposición de dos niveles de lectura, pero condenará el alegorismo excesivo. En realidad, la polémica origeniana no ha influido demasiado en la ratio exegética de Jerónimo.

COMENTARIO A ISAÍAS, PRÓLOGO 1-3

Terminados hace poco tiempo los veinte libros de explanaciones a los Doce Profetas y los comentarios a Daniel, me fuerzas, Eustoquia, virgen de Cristo, a pasar a Isaías y a cumplirte lo que prometí a Paula, tu santa madre, mientras vivía. Recuerdo, por cierto, haberlo prometido también a tu eruditísimo hermano Panmaquio; y, aunque le quiero como a ti, tienes la ventaja de estar presente. Así pues, a ti y a través de ti a él pago lo que debo, obediente a los preceptos de Cristo que asevera: Escrutad las Escrituras (Jn 5, 39), y: Buscad y hallaréis (Mt 7, 7), para no tener que oír con los judíos: Erráis por desconocer las Escrituras y la fuerza de Dios (Mt 22, 29). En efecto, si, según el apóstol Pablo, Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1, 24), y quien desconoce las Escrituras desconoce la fuerza de Dios y su sabiduría, la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo. Por ende, sostenido por el auxilio de tus oraciones —días y noches (Jos 1, 8) meditas en la ley de Dios (cf. Sal 1, 2) y eres templo del Espíritu Santo (1 Co 6, 19)—, imitaré al padre de familia que de su almacén saca lo nuevo y lo viejo (Mt 13, 52), y a la novia que en el Cantar de los Cantares dice: Lo nuevo y lo viejo, amado mío, he reservado para tí (Ct 7, 13), y expondrá Isaías de forma que lo muestre no solo como profeta, sino como evangelista y apóstol, pues de sí y de los otros evangelistas asevera él mismo: ¡Qué hermosos los pies de quienes anuncian bienes, de quienes anuncian la paz! (Is 52, 7), y Dios le dice a él mismo como a apóstol: ¿A quién envíare y quién irá este pueblo? (Is 6, 8), y él responde: Heme aquí, envíame (Is 6, 8).

Y porque la Escritura presente contiene todos los sacramentos del Señor y se predice tanto al Emmanuel nacido de la Virgen (cf. Is 7, 14) cuanto al ejecutor de ilustres obras y signos, muerto, sepultado, que resucita de los infiernos y salvador de todas las gentes, nadie suponga que deseo explicar en breves palabras el contenido de este volumen. ¿Por qué hablar yo de física, ética y lógica? Cualquier cosa de que tratan las Escrituras Santas, 2. cualquier cosa lengua humana puede proferir y la mente de los mortales percibir, las contiene este volumen, cuyos misterios testifica quien lo ha escrito: La visión de todo será para vosotros como palabra de libro sellado; si lo dieren a quien sabe leer dirán: «Léelo», y responderá: «No puedo, pues está sellado». También se dará el libro a quien no sabe leer, y se le dirá: «Lee», y responderá: «No sé leer» (Is 29, 11-12).

Por tanto, ora dieres este libro al pueblo de las naciones, que no sabe leer, responderá: «No puedo leer porque no he aprendido las letras de las Escrituras»; ora lo dieres a escribas y fariseos, que se jactan de conocer las letras de la Ley, responderán: «No podemos leer, porque el libro está sellado». ¿Por qué, pues, está sellado para ellos? Porque no han acogido a ese a quien el Padre marcó (Jn 6, 27), el que tiene la llave de David, el cual abre y nadie cierra, el cual cierra y nadie abre (Ap 3, 7).

Y no es verdad que, como sueñan Montano y mujeres locas, de quienes el Apóstol afirma: Los cuales ignoran lo que hablan y sobre qué afirman (1 Tm 1, 7), los profetas hablaron en éxtasis, sin saber de qué hablaban e ignorando ellos mismos qué decían cuando enseñaban a otros. Más bien, según Salomón, quien en Proverbios dice: El sabio entiende lo que profiere de su boca, y en sus labios llevará conocimiento (Pr 16, 23), también ellos sabían qué decían. En efecto, si los profetas eran sabios, cosa que no podemos negar, y Moisés, instruido en toda sabiduría (Hch 7, 22), hablaba al Señor y el Señor le respondía (Ex 19, 19), y de Daniel se dice al príncipe de Tiro: ¿Eres quizá más sabio que Daniel? (Ez 28, 3), y sabio era David, quien en un salmo se gloriaba: Lo incierto y oculto de tu sabiduría me has mostrado (Sal 50, 8), ¿cómo los sabios profetas ignoraban qué decían, cual animales irracionales? Leemos también en otro lugar apostólico: Los espíritus de los profetas a los profetas están sometidos (1 Co 14, 32), de forma que ellos deciden cuándo callar, cuándo hablar. Si a alguien parece débil esta prueba, oigan lo de idéntico apóstol: Hablen dos o tres profetas y los otros disciernan; si empero a otro, sentado, fuere revelado algo, calle el primero (1 Co 14, 29-30). ¿Por qué razón pueden callarse, cuando en la jurisdicción del Espíritu que habla 3. mediante los profetas está callar o hablar? Si, pues, entendían lo que decían, todo está lleno de sabiduría y razón. Tampoco llegaba a sus oídos aire pulsado por la voz, sino que Dios hablaba en el ánimo de los profetas, según lo que otro profeta dice: El ángel que hablaba en mí (Za 1, 9), y: Quienes en nuestros corazones clamamos «¡Abba, Padre!» (Ga 4, 6), y: Escucharé qué habla en mí el Señor Dios (Sal 84, 9). Por ende, tras la verdad de la historia, todo ha de entenderse en sentido espiritual. Y así, Judea y Jerusalén, Babilonia y los filisteos, Moab y Damasco, Egipto y el mar desierto, Idumea y Arabia, el valle de la Visión y, finalmente, Tiro y la visión de los cuadrúpedos han de entenderse de forma que investiguemos todo con inteligencia y, por así decir, en todo esto el sabio arquitecto Pablo eche un cimiento (1 Co 3, 10) que no es otro sino Cristo Jesús (cf. 1 Co 3, 11).

COMENTARIO AL EVANGELIO DE S. MARCOS I, 1-12

Aquel ser viviente, que en el Apocalipsis de san Juan (cf. Ap 4, 6ss) y en el comienzo del libro de Ezequiel aparece como τετράμορφον (cuatriforme), por tener cara de hombre, cara de toro, cara de león y cara de águila, tiene también en este lugar su significado: en Mateo se descubre la cara de hombre, en Lucas la de toro, en Juan la de águila; a Marcos lo representa el león, que ruge en el desierto.

Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Conforme está escrito en Isaías el profeta: Voz que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor, rectificad sus sendas (Mc 1, 1-3). El que clama en el desierto ciertamente es el león a cuya voz tiemblan los animales todos, corren en tropel y no son capaces de huir. Considerad al mismo tiempo que Juan el Bautista es llamado la voz, y nuestro Señor Jesucristo la palabra: el siervo precede al Señor.

Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Por tanto, no del hijo de José. El comienzo del Evangelio es el final de la ley: acaba la ley y comienza el Evangelio.

Conforme esta escrito en Isaías el profeta: Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino. Conforme está escrito en Isaías. En cuanto soy capaz de recordar y buscar en mi mente, repasando con la máxima atención tanto la traducción de los Setenta, como los mismos textos hebreos, nunca he podido encontrar que esto esté escrito en el profeta Isaías. Lo de Mira envío mi mensajero delante de ti (Ml 3, 1), está escrito, sin embargo, al final del profeta Malaquías. Si, pues, está escrito al final de Malaquías, ¿cómo es que el evangelista Marcos dice aquí conforme esta escrito en el profeta Isaías? Los evangelistas hablaban inspirados por el Espíritu Santo. Y Marcos, que esto escribe, no es menos que los demás. En efecto, el apóstol Pedro dice en su carta: «Os saluda la elegida por vosotros, así como mi hijo Marcos» (1 P 5, 13). ¡Oh apóstol Pedro, tu hijo Marcos, hijo no según la carne, sino según el espíritu, instruido en las cosas espirituales, ignora esto! Y lo que está escrito en un lugar, lo asigna a otro. Conforme esta escrito en el profeta Isaías: Mira, envío mi mensajero delante de ti. Porfirio, aquel impío que escribió contra nosotros y que

vomitó su rabia en muchos libros, se ocupa de este pasaje en su libro decimocuarto y dice: «Los evangelistas fueron hombres tan ignorantes, no solo en las cosas del mundo, sino incluso en las divinas Escrituras, que lo escrito por un profeta lo atribuyen a otro». Esta es su objeción. ¿Qué le responderemos nosotros? Gracias a vuestras oraciones me parece haber encontrado la solución. Conforme está escrito en el profeta Isaías. ¿Qué es lo que está escrito en el profeta Isaías? Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor enderezad sus sendas (Is 40, 3). Esto es lo que está escrito en Isaías. Ahora bien, esta misma afirmación se halla expuesta más ampliamente en otro profeta. El evangelista mismo dice: Este es Juan el Bautista, de quien dijo también Malaquías: Mira, envío mi mensajero delante de tí, el que ha de preparar tu camino. Por tanto, lo que dice que está escrito en Isaías, se refiere a este pasaje: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Para probar que Juan era el mensajero, que había sido enviado, no quiso Marcos recurrir a su propia palabra, sino a la profecía del profeta.

Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión... (Mc 1, 4). Juan apareció: nuestro Dios existía. Lo que apareció, dejó de ser y, antes de aparecer no existía. Por el contrario el que existía, existía antes y existía siempre y nunca ha tenido principio. Por ello, de Juan el Bautista se dice apareció, esto es, ἐγένετο, mientras del Señor y Salvador se dice existía [ἦν]. Cuando se dice existía significa que no tiene principio. El mismo es el que dijo: «El que es, me ha enviado» (Ex 3, 14): pues el ser no tuvo principio. Apareció Juan en el desierto, bautizando y predicando. En el desierto apareció la voz que tenía que anunciar al Señor: otra cosa no debía proclamar, sino la venida del Salvador. Apareció Juan en el desierto. ¡Feliz innovación: abandonar a los hombres, buscar a los ángeles, dejar las ciudades y encontrar a Cristo en la soledad! Apareció Juan en el desierto, bautizando y predicando: bautizaba con su mano, predicaba con su palabra. El bautismo de Juan precedió al bautismo del Salvador. Del mismo modo como Juan el Bautista fue el precursor del Señor y Salvador, así también su bautismo fue el precursor del bautismo del Salvador. Aquél se dio en la penitencia, este en la gracia. Allí se otorga la penitencia y el perdón, aquí la victoria.

Acudía a él gente de toda la región de Judea (Mc 1, 5). A Juan acude Judea, acude Jerusalén; mas a Jesús, el Señor y Salvador, acude todo el mundo. «En Judá Dios es conocido, grande es su nombre en Israel» (Sal 75, 2). A Juan, pues, acuden Judea y Jerusalén, mas al Salvador acude todo el mundo.

Venían todos y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados (Mc 1, 5). Eran bautizados por Juan. Juan el Bautista ofrece la sombra de la ley, por ello los judíos son bautizados solo según la ley. Venían de Jerusalén y eran bautizados por él en el Jordán, el río que baja. Pues la ley baja: aunque bautiza, es, sin embargo, de abajo. Jordán significa esto: río que baja, mientras que nuestro Señor y toda la Trinidad, es de arriba. Alguien podría decir: si la ley es de abajo, ¿no es también de abajo el Señor, que fue bautizado en el Jordán? Fue bautizado en el Jordán justamente, pues guardó los preceptos de la ley. Del mismo modo como fue circuncidado según la ley, según la ley fue bautizado.

Juan llevaba un vestido de piel de camello y se alimentaba de langostas y miel silvestre (Mc 1, 6). Así como los apóstoles son los primeros entre los sacerdotes, Juan el Bautista es el primero entre los monjes. Y, como nos transmiten los escritos hebreos y puede todavía recordarse, también en las listas de los sacerdotes se nombra a Juan entre los pontífices. De este modo queda claro que aquel varón fue no solo un santo, sino también un sacerdote. Leemos, además, en el Evangelio de san Lucas que Juan era de linaje sacerdotal. «Hubo, dice, un sacerdote llamado Zacarías…, que en el turno de su grupo...» (Lc 1, 5-8). Esto, propiamente hablando, no puede referirse más que a los príncipes de los sacerdotes, es decir a los pontífices. ¿Por qué he dicho todo esto? Para que sepamos que el que sabía que Cristo iba a venir era sacerdote y, sin embargo, no buscaba a Cristo en el templo, sino en el desierto, donde habíase retirado de la multitud. Para los ojos que esperaban a Cristo, ninguna otra cosa merece atención más que Cristo. Y Juan llevaba su vestido hecho de pelo de camello: no de lana, para que no pudieras pensar que eran vestidos delicados. Nuestro señor mismo da testimonio en el evangelio del ἀσκήσεως (ascetismo) de Juan… «Los que visten con elegancia, dice el Señor, están en los palacios de los reyes» (Mt 11, 8). Tratemos ahora de descubrir, con la ayuda de vuestras oraciones, el sentido espiritual del texto. «Tenía Juan un vestido hecho de pelos de camello con un cinturón de cuero a sus lomos» (Mt 3, 4). Juan mismo dice: «Es preciso que él crezca y yo disminuya. El que tiene la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo se alegra mucho, si ve al esposo» (Jn 3, 29-30).

Y dice además: Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo; yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias (Mc 1, 7). Lo de «Es preciso que Él crezca y yo disminuya» equivale a decir: es preciso que el Evangelio crezca y yo, la ley, disminuya. Llevaba Juan, es decir, la ley en Juan, un vestido hecho de pelos de camello: no podía llevar la túnica propia del cordero, de quien se dice «He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo» (Jn 1, 29), y

también: «Como oveja fue llevado a la muerte» (Is 53, 7). Bajo la ley no podemos llevar la túnica propia de aquel cordero. Y bajo la ley llevaba Juan un cinturón de cuero, porque los judíos consideraban pecado solamente el cometido de obra; lo contrario de nuestro Señor Jesús, que en el Apocalipsis de Juan aparece en medio de siete candelabros, llevando un cinturón de oro, y no en los lomos, sino en el pecho (cf. Ap 1, 13). La ley se ciñe a los lomos, mientras que Cristo, es decir, el Evangelio y la virtud de los monjes no solo condena los actos libidinosos, sino incluso los malos pensamientos. Aquí —en el Evangelio— no está permitido pecar ni siquiera de pensamiento, allí —en la ley— solo es reo de pecado quien de hecho haya cometido fornicación. «En verdad os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón» (Mt 5, 28). «Está escrito en la ley, dice Jesús, no cometerás adulterio» (Mt 5, 27). Este es el cinturón que se ciñe a los lomos. «Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón». Este es el cinturón de oro que se ciñe al pecho.

Llevaba un vestido de pelos de camello y «comía langostas y miel silvestre». La langosta es un animal pequeño, intermedio entre las aves y los reptiles, pues no despega de tierra lo suficiente; aunque se eleva un poco, salta más bien que vuela, e incluso cuando se ha elevado un poco de tierra, cae de nuevo al suelo, al fallarle las alas. Así también, la ley parecía alejarse un poco del error de la idolatría, mas no era capaz de volar al cielo. Nunca se habla en la ley del reino de los cielos. ¿Queréis saber por qué el reino de los cielos solo se predica en el Evangelio? «Haced penitencia, dice, porque está cerca el reino de los cielos» (Mt 3, 2). Así pues, la ley elevaba un poco a los hombres de tierra, pero no podía llevarlos al cielo. «Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas» (Mt 24, 28).

BIBLIOGRAFÍA

Bodin, Y., Saint Jérôme et I'Église (La typologie de l'Église; La théologie de l'Église), Paris 1966.

Braverman, J., Vir Trilinguis, A Study in the Biblical Exegesis of Saint Jerome, Kampen 1992.

Brincken, A.–D. von den., Hieronymus als Exeget 'secundum historiam.' Von der Chronik zum Ezechiel-Kommentar, en DAEM 49 (1993), pp. 453–477.

Cummings, J. T., St. Jerome as Translator and as Exegete, en StPatr 12 (1975), pp. 279–282.

Gourdain, J.-L., Jérôme exégéte de la Transfiguration, en REAug 40 (1994), pp. 365–373.

Gribomont, J., La terminologie exégétique de Jérôme, en La terminologia esegetica nell'Antichita, Bari 1987, pp. 123–34.

Hartmann, L.N., St Jerome as an Exegete, en A Monument to saint Jerome, ed. F. X. Murphy, 1952, pp. 35–81.

Jay, P., Le vocabulaire exégétique de saint Jérôme dans le 'Commentaire sur Zacharie', en REAug 14 (1968), pp. 3–16.

Jay, P., Jérôme et la pratique de l'exégèse, en Le monde latin et la Bible, Bible de tous les temps 2, Paris 1985, pp. 523–542.

Jay, P., Remarques sur le vocabulaire exégétique de S. Jérôme, en StPatr 10,1 (1970), pp. 187–189.

Kieffer, R., Jerome: His Exegesis and Hermeneutics, en Hebrew Bible, Old Testament. The History of its Interpretation. Vol. 1: From the Beginnings to the Middle Ages (Until 1300), ed. M. Sæbø, Göttingen 1996, p. 663–681.

Lardet, P., Jérôme exégète; une cohérence insoupçonnée, en REAug 36 (1990), pp. 300–307.

Ramos Garcia, J., Un principio hermenéutico del doctor Máximo, en SBEsp 17 (1958), pp. 201–220.

Siniscalco, P., La teoria e la tecnica del commentario biblico secondo Girolamo, en ASE 5 (1988), pp. 225–238.

Sparks, H. F. D., Jerome as a Biblical Scholar, en The Cambridge History of the Bible, I, Cambridge 1970, pp. 510–541.

Vaccari A., I fattori dell'esegesi geronimiana, en Scritti di erudizione e di filologia, t. 2, Roma 1958, pp. 147–170.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1094-1133.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 321-337.

27. TICONIO († 390)

LA ACTIVIDAD DE TICONIO SE DESARROLLA ENTRE 370 y 390. Aunque era donatista, fue admirado y parcialmente seguido por Agustín en el De doctrina christiana. Su Liber regularum es el más antiguo manual de hermenéutica bíblica de occidente. En él establece siete reglas para la interpretación de los pasajes más difíciles. Su exégesis es sistemáticamente alegórica y tiende a interpretar espiritualmente los pasajes que otros autores (como por ejemplo Victorino) interpretan literalmente.

SIETE REGLAS PARA LA ESCRITURA. SEGUNDA REGLA

1. La regla del cuerpo bipartito del Señor es mucho más necesaria, y la hemos de examinar con tanta más diligencia y tener ante los ojos como presente en todas las Escrituras. De la misma manera que, tal como se ha dicho antes, la sola razón discierne el paso de la cabeza al cuerpo, así también aclara —como en el capítulo anterior— el ir y volver de una parte del cuerpo a la otra, tanto de la derecha a la izquierda como de la izquierda a la derecha.

2. En efecto, cuando dice a un único cuerpo: Abriré para ti tesoros invisibles, para que sepas que yo soy el Señor, y te tomaré (Is 45, 3), añadió también: Pero tú no me has reconocido, no has reconocido que yo soy Dios y que no hay otro Dios fuera de mí, y me desconocías (Is 45, 4-5). Aunque hable a un único cuerpo, ¿se adecua a una sola intención lo de «abriré para ti tesoros invisibles para que sepas que yo soy Dios, a causa de Jacob mi siervo» (Is 45, 3.4), y lo de «pero tú no me has reconocido» (Is 45, 4)? Según esa misma intención, ¿tampoco recibe Jacob lo que Dios prometió? ¿Se adecua a una sola intención lo de «pero tú no me has reconocido» y lo de «me desconocías»? «Desconocías» se dice solo de aquel que ya ha llegado a saber, pero «no has reconocido» se dice de aquel que, aunque ha sido llamado a conocer y pertenece visiblemente al mismo cuerpo y se acerca a Dios con los labios, está sin embargo muy separado con el corazón (Is 29, 13). A este le dice: Pero tú no me has reconocido.

3. De nuevo: Conduciré a los ciegos por un camino que no han conocido y pisarán senderos que no han conocido, y hará que las tinieblas se conviertan para ellos en luz y que lo escarpado se allane. Cumpliré estas palabras y no los abandonaré. Pero ellos se han vuelto atrás (Is 42, 16-17). Aquellos a los que dijo: No los abandonaré, ¿son los mismos que se han vuelto atrás, y no una parte de ellos?

4. Otra vez dice el Señor a Jacob: No temas porque yo estoy contigo. Desde el oriente conduciré a tu descendencia, y desde el occidente te reuniré. Diré al viento del Norte: «Condúcelos», y al viento del Sur: «No lo impidas. Conduce a mis hijos desde la tierra lejana y a mis hijas desde el extremo de la tierra, a todos aquellos en quienes mi nombre ha sido invocado. Pues yo lo he dispuesto, modelado y hecho para mi gloria; y he llevado adelante a un pueblo ciego: sus ojos son igualmente ciegos y tienen oídos sordos» (Is 43, 5-8). Los mismos a quienes dispuso para su gloria ¿son los ciegos y los sordos?

5. De nuevo: Tus padres, ante todo, y sus príncipes cometieron un crimen contra mí, y tus príncipes mancillaron mi santuario, y entregué a Jacob a la perdición, y a Israel a la maldición. Abora escúchame, Jacob, hijo mío, e Israel al que he elegido (Is 43, 27-44, 1). Muestra que entregó a la perdición a aquel Jacob, y a la maldición al Israel que no había elegido.

6. De nuevo: Te he modelado como servidor mío; tu eres mío, Israel; no me olvides. He aquí que he disipado tus crímenes como si fueran una nube, y tus pecados como si fueran un nimbo. Conviértete a mí, y te liberaré (Is 44, 21-22). ¿Acaso dice: «Conviértete a mí» al mismo cuyos pecados ha disipado, al mismo al que le dice: «Tu eres mío» y le recuerda que no se olvide de Él? ¿O acaso los pecados de alguien son destruidos antes de que se convierta?

7. De nuevo: Sé que reprobado serás reprobado; a causa de mi nombre te mostraré mi dignidad y desplegará sobre ti mi gloria (Is 48, 8-9). ¿Acaso al reprobado le muestra su dignidad y lo cubre con su gloria?

8. De nuevo: Ni un anciano ni un angel, sino Él mismo los ha salvado, porque los amaba y tenía compasión de ellos; Él mismo los liberó, los tomó y los enalteció todos los días de la vida presente. Pero fueron rebeldes e irritaron al Espíritu Santo (Is 63, 9-10). ¿Cuándo fueron rebeldes o irritaron al Espíritu Santo aquellos a quienes exaltó todos los días de la vida presente?

9. De nuevo Dios promete con claridad a un solo cuerpo la estabilidad y la destrucción cuando dice: Jerusalén, ciudad rica, cuyas tiendas no serán zarandeadas, ni las estacas de tu tienda se tambalearán jamás, ni sus cuerdas se romperán (Is 33, 20). Y añadió: Tus cuerdas se han roto, porque el mástil de tu nave no ha sido fuerte, tus velas se han abatido, y la enseña no se izará hasta ser entregada a la perdición (Is 33, 23).

10. De nuevo, se muestra de forma concisa el cuerpo bipartito de Cristo: Soy negra y hermosa (Ct 1, 5). Descártese que la Iglesia, que no tiene mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27), a la que el Señor purificó para sí con su sangre (cf. Ef 5, 25-26), sea negra en alguna de sus partes a no ser en la parte izquierda (cf. Mt 25, 33-34.41) por la que el nombre de Dios es blasfemado entre los pueblos (Is 52, 5; Rm 2, 24). De otra manera, es totalmente bella como dice: Toda bella eres tú, la que estás cerca de mí, y en ti nada hay reprochable (Ct 4, 7). Y en verdad dice por qué es negra y bella: Como la tienda de Cedar, como el pabellón de Salomón (Ct 1, 5). Muestra dos tiendas, una real y otra servil, pero ambas son descendencia de Abraham, pues Cedar es hijo de Ismael (cf. Gn 25, 13). Después, en otro lugar, la Iglesia se lamenta de la larga estancia con este Cedar, es decir, con el siervo procedente de Abraham, cuando dice: Ay de mí, porque mi peregrinación ha sido larga; he habitado con las tiendas de Cedar, mi alma ha peregrinado mucho. Con los que odiaban la paz ya era pacífico; cuando hablaba con ellos, me combatían sin motivo (Sal 120, 5-7). Pero no podemos decir que la tienda de Cedar está fuera de la Iglesia. Pues el pasaje mismo dice: «tienda de Cedar y de Salomón» (cf. Ct 1, 5), por lo que afirma: Soy negra y hermosa. En efecto, la Iglesia no es negra en aquellos que están fuera.

11. A causa de este misterio, el Señor habla en el Apocalipsis de los siete ángeles, es decir, de la Iglesia septiforme: unas veces los muestra santos y guardianes de sus mandamientos, y otras muestra a los mismos como culpables de muchos crímenes y merecedores de penitencia (cf. Ap 1, 4-3, 22).

12. Y en el Evangelio manifiesta un único cuerpo de intendentes con méritos

diversos cuando dice: Dichoso el siervo a quien su Señor, al llegar, lo encuentra actuando así (Mt 24, 46); y a propósito del mismo: Pero si aquel siervo malo al que el Señor dividirá en dos partes... (Mt 24, 48.51). Me pregunto: ¿Dividirá o separará a todo él? En definitiva, no a todo él sino a una parte la pondrá con los hipócritas (Mt 24, 51), pues muestra el cuerpo en un solo siervo.

13. Así pues, atendiendo a este misterio se ha de entender en todas las Escrituras si en alguna parte Dios afirma que Israel perecerá conforme a sus méritos o que su heredad es abominable. En efecto, el Apóstol discute abundantemente, sobre todo en la Carta a los Romanos, que lo dicho de todo el cuerpo se ha de entender de una parte. Afirma: ¿Qué dice a Israel? Todo el día he extendido mis manos a un pueblo que me contradice (Rm 10, 21; cf. Is 65, 2). Y para mostrar que ha hablado de una parte, dice: Me pregunto: ¿Rechazó Dios a su heredad? De ninguna manera. Pues yo soy también israelita, de la descendencia de Abraham por la tribu de Benjamín. No repudió Dios a su pueblo, al que conoció de antemano (Rm 11, 1-2). Y después de enseñar cómo se ha de entender esta expresión, manifiesta con el mismo género de expresión que un único cuerpo es bueno y malo, al decir: Según el Evangelio, ciertamente son enemigos por causa de vosotros, pero según la elección son amados por causa de los patriarcas (Rm 11, 28). ¿Acaso los mismos son amados y enemigos? ¿O acaso pueden adecuarse ambos términos a Caifás?

14. De esta manera atestigua el Señor en todas las Escrituras que el único cuerpo de la descendencia de Abraham crece y florece, pero también perece en todos.

BIBLIOGRAFÍA

Ayres, L., Agustín y Ticonio sobre metafísica y exégesis, en Augustinus 40 (1995), pp. 13–30.

Bori, P. C., La ricezione delle Regole di Ticonio, da Agostino a Erasmo, en ASE 5 (1988), pp. 125–142.

Bright, P., The Book of Rules of Tyconius. Its Purpose and Inner Logic, Notre Dame 1988.

Bright, P., Liber regularum Tyconii; a study of the hermereutical theory of Tyconius, theologian and exegete of the North African tradition, Notre Dame 1987.

Gaeta, G., Le Regole per l'interpretazione della Scrittura da Ticonio ad Agostino, en ASE 4 (1987), pp. 109–118.

Gaeta, G., Il Liber Regularum di Ticonio. Studio sull'ermeneutica scritturistica, en ASE 5 (1988), pp. 103–124.

Leoni, L., - Leoni, D., Ticonio, Sette regole per la Scrittura, Bologna 1997.

O'Laughlin, T., Tyconius's Use of the Canonical Gospels, en RBen 106 (1996), pp. 229–233.

Pollman, K., La genesi dell' ermeneutica nell' Africa del secolo IV, en Cristianesimo e specificità regionali dell' antichità cristiana, Roma pp. 165–182.

Roschini, G. M., De usu regulae quartae Tychonii ('e specie et generi') in mariologia, en Maria in Sacra Scriptura: Acta Congressus Mariologici-Mariani in Republica Dominicana anno 1965 celebrati. Vol. 3, Roma 1967, pp. 141–177.

Souter, A., An Unrecorded Reference to the 'Rules of Tyconius' en JThS 11 (1909–10), pp. 562–563.

Studer, B., Augustinus und Tyconius im Licht der Patristichen Exegese, en AugSt 29 (1998), pp. 109–117.

Tilley, M. A., The Use of Scripture in Christian North Africa. An Examination of Donatist Hermeneutics, Duke University 1989.

Vercruysse, J. M., L'illustration scripturaire dans la Règle VII du Liber Regularum de Tyconius, en StPatr XXXIV, pp. 511–517.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1139-1148.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 289-306.

28. AGUSTÍN (354-430)

SAN AGUSTÍN ES, SEGÚN MUCHOS, EL MÁS GRANDE de los Padres y una de las inteligencias más profundas de la humanidad. Su gran influencia sobre los sucesivos pensadores y el hecho de que los estudios sobre él se hayan multiplicado exponencialmente, son la confirmación. La producción literaria de San Agustín solo se puede comparar, por su volumen, con la de Orígenes, pero a diferencia de este, solo muy pocos escritos de Agustín se han perdido. De los 93 títulos (232 libros) que él mismo cita en las Retractaciones tres años antes de morir, solo diez se han perdido. El estilo de Agustín hace imposible olvidar su antigua dedicación a la retórica: su lenguaje abunda en ideas y parábolas, con frecuencia de difícil traducción, pero que responden siempre con gran sinceridad a lo que pretende comunicar y, sin embargo, no desdeñó usar un lenguaje vulgar cuando lo consideraba más adecuado al auditorio.

Las fuentes agustinianas para conocer la vida de este Padre de la Iglesia son las siguientes:

1. Las Confesiones, obra autobiográfica, la más popular en todos los tiempos, escrita poco después de su elección como obispo, entre el año 397 (muerte de Ambrosio) y el 400, cuyo valor es extraordinario, no solo para seguir su itinerario espiritual, sino también como testimonio antiguo de innumerables aspectos de la psicología humana, de las reacciones del hombre hacia sí mismo, hacia los otros y hacia Dios.

2. Las Retractaciones, escritas hacia el final de su vida (427), constituyen un juicio, con correcciones, de sus obras anteriores y una descripción de los motivos que lo apremiaron a escribirlas, y es una obra fundamental para conocer el alma y motivos que inspiran sus escritos.

3. El epistolario.

4. Es también de excepcional importancia y valor histórico la Vida de Agustín de Posidio, discípulo suyo y amigo fiel, escrita entre 431 y 439.

La vida de Agustín se puede dividir en diversos periodos.

1. Desde el nacimiento hasta la conversión (354-386).

Agustín nació el 13 de noviembre del 354 en Tagaste (Numidia). Estudió en Tagaste, Madaura y Cartago. Conocía a la perfección la lengua y la cultura latinas, pero no el griego ni la lengua púnica. Fue educado cristianamente por la madre, Mónica, pero no recibió el bautismo. A los 17 años (373) tuvo un hijo natural, Adeodato. El mismo año leyó el Hortensius de Cicerón (106-43 a.C.), obra hoy perdida que era una exhortación a la Filosofía, a través de la cual comenzó su regreso hacia la fe. Poco después, leyó también la Escritura, pero le desanimó el estilo pobre, inadecuado para un maestro de retórica. En esta época comenzó a enseñar gramática y retórica, primero en Tagaste (374), después en Cartago (375-383) y Roma (384) y, finalmente en Milán (otoño 384-verano 386). Durante este periodo escribió (380) su primera obra: De pulchro et apto (perdida).

Era entonces seguidor de la doctrina maniquea, la cual ofrecía una solución radical al problema del mal, dividiendo la realidad en dos principios opuestos y en lucha, la luz y las tinieblas (bien y mal), que coexisten en el hombre, quien debe separarlos para poder salvarse. Esta separación se produce, según los maniqueos, respetando los tres sellos: de la boca (que prohíbe las palabras y alimentos impuros), de las manos (que prohíbe el trabajo manual, especialmente el cultivo de los campos y el sacrificio de animales) y del seno (que prohíbe los malos pensamientos y el matrimonio, puesto que impide a la luz desvincularse de la materia).

Agustín no llegó a creer profundamente en el maniqueísmo, aunque aceptó el racionalismo, el materialismo y el dualismo, pero con el estudio se convenció de la inconsistencia de la religión de Manes, especialmente tras un diálogo con el obispo maniqueo Fausto, que lo hizo caer en el escepticismo, y cuando oyó la predicación de san Ambrosio descubrió la clave para interpretar el Antiguo Testamento y llegó a la convicción de que la autoridad sobre la que se fundamenta la fe es la Escritura leída en la Iglesia.

2. Desde la conversión hasta el episcopado (386-396).

En octubre del 385 Agustín se retiró a Casiciaco (quizá la actual Cossago, en la Brianza) para prepararse al bautismo. Renunció entonces a la carrera y al matrimonio. La lectura de los platónicos lo ayudó a resolver los problemas filosóficos del materialismo y el mal, el primero a partir del mundo interior, el segundo interpretando el mal como privación del bien: el mal no procede de Dios, ni directa ni indirectamente, puesto que es una carencia de ser y no necesita una causa.

En noviembre escribe diversos tratados filosóficos. Como puntos principales de su filosofía se podrían señalar especialmente dos. El primero es que la interioridad del hombre es, en sí misma, un reflejo objetivo de la realidad, de modo que estudiando el alma humana se comprende mucho mejor lo que se encuentra fuera del hombre. El segundo es la noción de participación: todos los bienes limitados que conocemos son tales en virtud de la participación de un Sumo Bien, único, que es Dios. Según Agustín, la fe es necesaria para la actividad intelectual, crede ut intelligas, pero se cree con la inteligencia, por eso afirma también intellige ut credas. En estas dos expresiones se puede resumir el pensamiento de Agustín respecto a las relaciones entre fe y razón.

En el mes de marzo regresó a Milán, comenzó el catecumenado y fue bautizado por Ambrosio el 25 de abril, vigilia de Pascua. Tras el bautismo decidió regresar al Africa para dedicarse al servicio de Dios. Partió de Milán, pero en Ostia la madre, Mónica, se enfermó de modo imprevisto y murió. Agustín decidió entonces regresar a Roma, interesándose en la vida monástica y escribiendo. Son de este periodo otros tratados filosóficos. Permaneció en Roma hasta julio o

agosto del 388; después partió hacia África y se retiró en Tagaste, donde puso en práctica su programa de vida ascética. Escribió entonces principalmente contra los maniqueos, como el De Genesi contra Manichaeos (388-389). En esta época murió su hijo Adeodato (entre 389 y 391).

En 391 fue a Hipona para fundar un monasterio, pero inesperadamente el obispo le confirió la ordenación sacerdotal. Son de este periodo las primeras homilías. El 28-29 de agosto del 392 tuvo lugar en Hipona la disputa con el maniqueo Fortunato. Escribió entonces a Jerónimo, pidiéndole traducciones latinas de comentarios griegos a la Biblia, y compuso las Enarrationes in Psalmos (los comentarios a los primeros 32 salmos en el 392, pero la concluyó en 420) y el Psalmus contra partem Donati.

El 17 de enero de 395 muere Teodosio y son nombrados emperadores Arcadio (Oriente) y Honorio (Occidente). Este mismo año o el siguiente (395-396) recibió la consagración episcopal, siendo por algún tiempo coadjutor de Valerio y desde 397 obispo de Hipona. Dejó, entonces, el monasterio de los legos, pero fundó uno de clérigos en la casa del obispo.

3. Desde el episcopado hasta la polémica pelagiana (396-410).

Su actividad episcopal fue intensa: predicó ininterrumpidamente, tomó parte en audiencias episcopales para juzgar causas, se ocupó de los pobres, enfermos y huérfanos, de la formación del clero, de la organización de los monasterios, hizo muchos largos viajes para asistir a concilios africanos, intervino sin pausa en las polémicas contra maniqueos, donatistas, pelagianos, arrianos y paganos.

El donatismo, del nombre de uno de sus primeros representantes, Donato, primero movimiento cismático, se convirtió en herejía declarada: aquellos que consideraban haber mantenido un comportamiento correcto durante la persecución de Diocleciano rechazaron como pastores a los que habían visto vacilar en la persecución y crearon una jerarquía propia que duplicó el número de obispos. Tanto unos como otros apelaron a la autoridad imperial, que decidió repetidamente a favor de la jerarquía católica. Pero los obispos donatistas no respetaron ninguna de las decisiones imperiales, hasta que Constantino tuvo que optar por una represión violenta. El donatismo no tuvo influencia fuera de

África, pero estaba aún vivo cien años después, en tiempos de Agustín, y parece que no desapareció hasta la extinción del cristianismo, comenzada con los vándalos y terminada con los musulmanes.

Agustín tuvo que organizar el debate con Proculiano, obispo donatista de Hipona, y otros donatistas (395-396). Su enseñanza sobre la Iglesia es particularmente luminosa. La iglesia de los donatistas no puede ser la verdadera, pues en ella no se encuentran la unidad, santidad, apostolicidad y catolicidad. Fuera de la Iglesia no hay salvación. Aunque en su seno hay pecadores, la Iglesia es santa. Con respecto al bautismo y a los sacramentos en general, Agustín enseña que su validez no depende de la santidad de quien lo administra, pues su eficacia viene de Cristo, no del ministro. Pertenece a esta primera fase de su episcopado el De doctrina christiana (terminado en el 426), escrito que podríamos llamar de introducción a la Sagrada Escritura, donde trata sobre los conocimientos paganos necesarios para poder estudiar la Biblia, cómo se debe interpretar y su uso en la predicación, y al mismo tiempo propone un esquema de educación cristiana que utiliza también la cultura pagana. En cuanto a su interpretación, es interesante observar que mientras Agustín se suele atener al sentido literal en sus comentarios exegéticos y en sus obras polémicas, en cambio, en la predicación prefiere claramente el método alegórico y el sentido místico.

Son también de este periodo otras obras contra los maniqueos y las Confessiones (397-400). En 399 comienza el De Trinitate. La exposición de san Agustín sobre la Trinidad es más clara y más profunda que las de los Padres anteriores. Fiel a su principio de buscar en el interior del hombre la luz para comprender lo externo, explica que el alma humana posee una semejanza de la Trinidad en sus tres facultades: memoria, inteligencia y voluntad. Por eso, el Hijo procede del Padre por via de la inteligencia, como ya había dicho Tertuliano, y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo por via de la voluntad o amor. Los días 7-12 de diciembre del 404 tuvo el debate público con Felix el maniqueo.

4. La polémica pelagiana (410-430).

El 24 de agosto de 410 Alarico saqueó Roma y Pelagio pasó a Hipona. Agustín

fue el alma del concilio del 411 entre católicos y donatistas y el artífice principal de la solución de la controversia pelagiana. A finales de este año recibió noticias de la difusión de las doctrinas pelagianas en Cartago y de la condena de Celestio en un proceso en el que Agustín no había participado.

La controversia sobre la gracia se tuvo solo entre obispos y especialistas, sin participación del pueblo en un sentido o en otro. De manera esquemática se podría decir que Pelagio sostenía que el hombre puede hacer el bien y evitar el mal con sus propias fuerzas, y que el pecado de Adán no se trasmite como tal a sus descendientes: para ellos es solo un mal ejemplo. En Africa, Pelagio se encontró con la oposición de san Agustín que, con motivo de la controversia, desarrolló la doctrina que más adelante le valió el título de Doctor de la gracia. Esta doctrina consiste esencialmente en afirmar que el hombre fue creado en un estado de justicia original, de inocencia, que Adán perdió para sí y sus decendientes con el pecado original: todos los hombres contrajeron la culpa, porque todos pecaron en Adán y se hicieron massa damnata. Este pecado se transmite por generación y provoca una separación de Dios a la que pone remedio el Bautismo: el hombre necesita una ayuda divina para realizar obras buenas sobrenaturalmente meritorias.

Una obra particularmente conocida de Agustín es La Ciudad de Dios, comenzada en 413 y terminada en 426. Es en parte una apología, en la que el clásico tema de que los cristianos son la causa de todos los males, en este caso de la ruina del Imperio romano, se confuta con abundantes datos y argumentos. Además, ofrece una visión general de la historia, la primera que se conoce, con un toque dramático que no carece de sentido; el hilo conductor es la lucha entre la ciudad de Dios y la ciudad terrena, entre la fe y la incredulidad, entre buenos y malos, estén aún sobre la tierra o la hayan dejado ya. Los que pertenecen a una u otra ciudad están mezclados, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil, y solo se separarán, y entonces definitivamente, el día del juicio final.

En el último periodo de la vida de Agustín, hay un predominio de las obras antipelagianas. Del 413-415 tenemos el De natura et gratia. En 416 Agustín participa en el concilio de Milevi (septiembre-octubre), que condena a Pelagio y Celestio. El 27 de enero de 417 Inocencio I condena a Pelagio y Celestio. El 18 de marzo es elegido papa Zosimo, que reexamina el caso de Pelagio, anunciando que el sínodo romano ha absuelto Pelagio y Celestio. Tras un cruce de cartas entre África y Roma a propósito de los pelagianos, en 418 Celestio y Pelagio son excomulgados y expulsados de Roma. En el verano se publica la encíclica

(Tractoria) de Zósimo que condena solemnemente el pelagianismo.

Agustín seguirá aclarando distintos aspectos polémicos. En 426-427 escribe De gratia et libero arbitrio y en el 428-429 las Retractationes. Agustín murió el 28 de agosto del 430, el tercer mes de asedio de Hipona por los vándalos. Enterrado probablemnete en la catedral, sus restos fueron trasladados primero a Cerdeña y después a Pavía. Sus obras conocerán una difusión y una popularidad cada vez mayores, con una influencia eficaz y profunda en las concepciones filosóficas y teológicas, en el derecho y la vida política y social. Agustín es uno de los grandes artífices de Europa, a través de su influencia en la cultura medieval y en la sucesiva.

Desde el punto de vista de la exégesis, Agustín superpone raramente los dos niveles de lectura del Antiguo Testamento, pero en estos casos nos encontramos ante una interesante novedad. En efecto, Agustín desdobla la tipología en dos ámbitos: uno histórico y otro actualizante, de modo que, por ejemplo, las figuras de cristianos y hebreos (Jacob y Esaú, las dos prostitutas...) adquieren un segundo valor en la vida de la Iglesia, representando dos clases de cristianos de diferente tenor de vida y espiritualidad más o menos ardiente. Su interpretación de los salmos es cristológica, incluso en las rúbricas. Pero la única interpretación que verdaderamente interesa a Agustín es la espiritual, presentada sin necesidad de alegorizar. Esto no significa que no emplee nunca la alegoría, sino que, en este caso, privilegia el simbolismo etimológico.

Presentamos cuatro textos de Agustín. El primero, extraído del De doctrina christiana, al que hicimos referencia al hablar de Ticonio, tratado teórico sobre la interpretación de la Escritura. Su objetivo fue aclarar los textos de más difícil interpretación. El criterio metodológico será, por tanto, el descubrimiento del significado más alto, guiando progresivamente al lector desde una lectura carnal a la espiritual. El segundo texto, un fragmento de uno de los comentarios al Génesis, es ejemplo de cómo se deben interpretar algunos pasajes del Antiguo Testamento. Del Sermón 350/A, en cambio, tomamos una enseñanza moral. En el comentario al Salmo 140 Agustín nos ofrece otro ejemplo de como interpretar determinados pasajes bíblicos.

DE DOCTRINA CHRISTIANA II,8.12-16.23.

8.12. Volvamos, pues, la consideración al tercer grado del cual propuse tratar y exponer lo que el Señor me sugiriese. El más diligente investigador de las Sagradas Escrituras será, en primer lugar, el que las hubiere leído íntegramente y las tenga presentes, si no en la memoria, a lo menos con la constante lectura, sobre todo aquellas que se llaman canónicas. Porque las demás las leerá con más seguridad una vez instruido en la fe de la verdad, y así no se adueñarán de su débil ánimo, ni perjudicarán en algo contra la sana inteligencia burlándose de él con peligrosas mentiras y falsas alucinaciones. En cuanto a las Escrituras canónicas, siga la autoridad de la mayoría de las Iglesias católicas, entre las cuales sin duda se cuentan las que merecieron tener sillas apostólicas y recibir cartas de los apóstoles. El método que ha de observarse en el discernimiento de las Escrituras canónicas es el siguiente: Aquellas que se admiten por todas las Iglesias católicas, se antepongan a las que no se acepten en algunas; entre las que algunas Iglesias no admiten, se prefieren las que son aceptadas por las más y más graves Iglesias, a las que únicamente lo son por las menos y de menor autoridad. Si se hallare que unas son recibidas por muchas Iglesias y otras por las más autorizadas, aunque esto es difícil, opino que ambas se tengan por de igual autoridad. (...)

9.14. En todos estos libros, los que temen a Dios y los mansos por la piedad, buscan la voluntad de Dios. Lo primero que se ha de procurar en esta empresa es, como dijimos, conocer los libros, si no de suerte que se entiendan, a lo menos leyéndolos y aprendiéndolos de memoria o no ignorándolos por completo. Después se han de investigar con gran cuidado y diligencia aquellos preceptos de bien vivir y reglas de fe que propone con claridad la Escritura, los cuales serán encontrados en tanto mayor número, en cuanto sea la capacidad del que busca. En estos pasajes que con claridad ofrece la Escritura se encuentran todos aquellos preceptos pertenecientes a la fe y a las costumbres, a la esperanza y a la caridad, de las cuales hemos tratado en el libro anterior. Después, habiendo adquirido ya cierta familiaridad con la lengua de las divinas Escrituras, se ha de pasar a declarar y explicar los preceptos que en ellas hay obscuros, tomando

ejemplos de las locuciones claras, con el fin de ilustrar las expresiones obscuras, y así los testimonios de las sentencias evidentes harán desaparecer la duda de las inciertas. En este asunto la memoria es de un gran valor, pues si falta no puede adquirirse con estos preceptos.

10.15. Por dos causas no se entiende lo que está escrito: Por la ambigüedad o por el desconocimiento de los signos que velan el sentido. Los signos son o propios o metafóricos. Se llaman propios cuando se emplean a fin de denotar las cosas para que fueron instituidos; por ejemplo, decimos «bovem», buey, y entendemos el animal que todos los hombres conocedores con nosotros de la lengua latina designan con este nombre. Los signos son metafóricos o trasladados cuando las mismas cosas que denominamos con sus propios nombres se toman para significar alguna otra cosa; como si decimos bovem, buey, y por estas dos sílabas entendemos el animal que suele llamarse con este nombre; pero además, por aquel animal entendemos al predicador del Evangelio, conforme lo dio a entender la Escritura según la interpretación del Apóstol que dice: No pongas bozal al buey que trilla (1 Co 9, 9).

11.16. El mejor remedio contra la ignorancia de los signos propios es el conocimiento de las lenguas. Los que saben la lengua latina, a quienes intentamos instruir ahora, necesitan para conocer las divinas Escrituras las lenguas hebrea y griega. De este modo podrán recurrir a los originales cuando la infinita variedad de los traductores latinos ofrezcan alguna duda. Es cierto que encontramos muchas veces en los Libros santos palabras hebreas no traducidas, como amén, aleluya, raca, hosanna, etc. Algunas, aunque hubieran podido traducirse, conservaron su forma antigua, como acontece con amén y aleluya, por la mayor reverencia de su autoridad; de otras se dice que no pudieron ser traducidas a otra lengua, como ocurre con las dos últimas. Existen palabras de ciertas lenguas que no pueden trasladarse con significación adecuada a otro idioma. Esto sucede principalmente con las interjecciones, puesto que más bien tales palabras significan un afecto del alma, que declaran parte alguna de nuestros conceptos. Tales muestran ser las dos que adujimos, pues dicen que raca es voz de indignación y hosanna de alegría. Mas no por estas pocas, que son fáciles de notar y preguntar, sino por las discrepancias de los traductores, es necesario, según se dijo, el conocimiento de las mencionadas lenguas. Los que

tradujeron las Sagradas Escrituras de la lengua hebrea a la griega pueden contarse, pero de ningún modo pueden serlo los traductores latinos. Porque, en los primeros tiempos de la fe, quien creía poseer cierto conocimiento de una y otra lengua se atrevía a traducir el códice griego que caía en sus manos.

12.17. La variedad de versiones ayudó, más que impidió, al conocimiento del texto original, siempre que los lectores no fueran negligentes. Porque el cotejo de los diferentes códices ha aclarado muchos pasajes obscuros; como aquel de Isaías que un intérprete dice no desprecies a los domésticos de tu linaje y otro dice no desprecies tu carne (Is 58, 7); por lo que cada uno mutuamente se atestiguan, pues la traducción del uno aclara la del otro. Porque la carne puede tomarse en sentido propio de modo que cada cual juzgue que se le amonesta no despreciar su cuerpo; y los domésticos de tu linaje pudiera entenderse de los cristianos en sentido metafórico; ya que nacieron espiritualmente de la misma semilla de la palabra que nosotros. Pero, cotejando el sentido de los dos traductores, se descubre como sentencia más probable que el precepto es propiamente, no despreciar a los consanguíneos, porque al relacionar los domésticos de tu linaje con la carne, los primeros que se presentan al pensamiento son los parientes. A esto juzgo que alude aquello del Apóstol: Si de algún modo puedo arrastrar a emulación a mi carne para salvar alguno de ellos (Rm 11, 14), es decir, que, imitando a los que creyeron, crean ellos también. Llama, pues, carne suya a los judíos, por la consanguinidad. Igualmente sucede con aquel otro pasaje del mismo Isaías: Si no creyeseis no entenderéis, pues otro tradujo: Si no creyeseis no permaneceréis (Is 7, 9). ¿Quién de los dos siguió la letra?; no lo sabemos, si no leemos los ejemplares de la lengua original. Sin embargo, de entrambas versiones se insinúa algo grande a los que saben leer. Porque es muy difícil que los traductores discrepen de tal forma que no convengan entre sí de algún modo. Luego como el entender, de que habla una versión, consiste en la mirada sempiterna, y la fe, mientras estamos envueltos en pañales en la cuna de las cosas temporales, nos alimenta con leche como a niños, y ahora caminamos por la fe no por la visión (cf. 2 Co 5, 7); y como, asimismo, si no camináse mos por medio de la fe no podríamos llegar a la visión que eternamente permanecerá cuando, purificado el entendimiento, nos unamos a la verdad, por eso dijo el uno: Si no creyereis no permaneceréis, y el otro: Si no creyereis no entenderéis.

18. Muchas veces el intérprete se engaña por la ambigüedad de la lengua original, pues, no calando bien en el pasaje, traduce dando una significación que está muy lejos de la del autor. Así algunos códices traducen agudos sus pies para derramar la sangre. Y en griego oxys significa agudo y veloz. Por lo tanto, comprendió el sentido el que tradujo veloces son sus pies para derramar la sangre (Sal 13, 3), y el otro erró, al ser llevado al otro significado de aquel signo. Tales traducciones no son obscuras sino falsas, y con ellas se ha de observar otra actitud, es decir, no se ha de mandar que tales códices sean aclarados, sino enmendados. Por lo mismo que acabamos de decir, ciertos intérpretes, sabiendo que el griego, mosjos, significa «novillo» tradujeron, mosjeumata, por rebaño de terneros, no entendiendo que significa plantíos. Este error se ha extendido por tantos códices que apenas se halla traducido de otro modo, a pesar de que el sentido es clarísimo y lo evidencian las palabras que a continuación se ponen, pues el texto dice: Las plantas adulterinas, no echarán hondas raíces (Sb 4, 3), lo que está mejor dicho que «novilladas» que andan con sus pies sobre la tierra pero no echan raíces. Esta traducción la confirman en aquel sitio todas las palabras del contexto.

13.19. Acontece que no se ve cuál sea el verdadero sentido de un mismo pasaje cuando muchos autores intentan darlo a conocer, según la capacidad y el discernimiento de cada uno, si no se coteja con el original la sentencia traducida por ellos; y muchas veces, si el traductor no es doctísimo, se aparta del sentido del autor; por esto, para conocer el sentido, es preciso recurrir a las lenguas de donde se tradujo al latín; o consultar las versiones de aquellos que se ciñeron más a la letra, no porque basten estas, sino porque mediante ellas se descubrirá la verdad o el error de los otros, que al traducir prefirieron seguir el sentido que verter las palabras. Porque muchas veces, no solo se traducen las palabras, sino también los modismos que no pueden en modo alguno trasladarse al pie de la letra al latín, si se quiere guardar la costumbre de los antiguos oradores latinos. Estos giros algunas veces no hacen cambiar el sentido, pero ofenden a los que se deleitan más en las cosas cuando se guarda cierta propia integridad en los signos de ellas. Lo que se llama solecismo no es más que enlazar las palabras sin aquella norma con que las acoplaron los que, anteriores a nosotros, no sin autoridad, hablaron la lengua. Así, por ejemplo, nada le interesa al que intenta el conocimiento de las cosas el que se diga inter homines o inter hominibus, entre los hombres. ¿Y qué cosa es el barbarismo sino el escribir una palabra con distintas letras o pronunciarla con distinto sonido con que la escribieron o

pronunciaron los que antes de nosotros hablaron latín? El que pide perdón de sus pecados a Dios poco se preocupa de cualquier modo que suene la palabra ignoscere, perdonar, ya se pronuncie larga o breve la tercera sílaba. Luego ¿en qué consiste la pureza en el hablar, sino en la observancia de la costumbre ajena, confirmada por la autoridad de los antiguos que hablaron la lengua?

20. Sin embargo, tanto más se ofenden los hombres por estos defectos cuanto son de menores alcances, y tanto son más pedantes, cuanto quieren aparentar más instruidos, no en la ciencia de las cosas que nos edifican, sino en el conocimiento de los signos, que es en absoluto difícil que no nos hinche, ya que la misma ciencia de las cosas no pocas veces levantará nuestra cerviz, a no ser que el yugo del Señor la doblegue. ¿Pues qué estorbo encuentra el entendedor, porque halle escrito: Quae est terra in qua isti insidunt «super eam» si bona est an nequam; et quae sunt civitates in quibus ipsi inhabitant «in ipsis»? (Nm 13,20); qué tal es la tierra en la cual estos se asientan en ella, si es buena o mala; y qué tales son las ciudades en las que se habitan en ellas? (Sal 131, 18) Este modo de hablar juzgo más bien que es propio de la lengua extranjera, que encierra algún otro sentido más elevado. Lo mismo digo de aquello que ya no podemos quitar de la boca del pueblo que canta super ipsum autem floriet sanctificatio mea (1 Co 1, 25): sobre él florecerá mi santificación; ciertamente que nada empaña el sentido, pero el oyente instruido deseará corregir esta sentencia de modo que no se diga floriet, sino florebit; y nada impide el corregirla a no ser la costumbre de los que cantan. Estos defectos, que no quitan el verdadero sentido, fácilmente pueden ser pasados por alto, si alguno se empeña en dejarlos. No sucede esto con aquel pasaje del Apóstol: Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus, et quod infirmum est Dei, fortius est hominibus, lo que es necio en Dios, es más sabio que los hombres; y lo que es flaco en Dios es más fuerte que los hombres (Nm 13, 20); porque si alguno hubiera querido conservar la construcción griega, diciendo: «Quod stultum est Dei, sapientius est hominum; et quod infirmum est Dei, fortius est hominum», ciertamente el lector avispado daría con el verdadero sentido de la sentencia; pero otro más lerdo no entendería, o lo entendería mal. Porque tal locución «sapientius est hominum» no solamente es viciosa en la lengua latina, sino también ambigua, pues pudiera darse a entender que lo necio y lo flaco de los hombres era más sabio y fuerte que lo de Dios. Sin embargo, aunque la expresión «sapientius est hominibus» no está exenta de ambigüedad, no obstante lo está de solecismo. Pues, a no ser por la luz que brota de la sentencia, no

aparecería si «hominibus» es dativo o ablativo, procediendo del singular «huic homini» o de «ab hoc homine». Por lo tanto, mejor se diría «sapientius est quam homines, et fortius est quam homines».

14.21. De los signos ambiguos hablaremos después; ahora solo tratamos de los conocidos, los cuales tienen dos formas por lo que toca a las palabras. Lo que hace vacilar al lector es una palabra o una locución desconocida. Si esto procede de lenguas extrañas, se ha de preguntar el significado a hombres que las conozcan perfectamente, o aprender tales lenguas, si hay tiempo e ingenio, o confrontar las versiones de varios traductores. Si ignoramos las palabras y los giros de nuestra propia lengua, vendremos a conocerlos con la costumbre de oír y de leer. Ninguna otra cosa ciertamente hemos de encomendar con más cuidado a la memoria de esta clase de palabras y expresiones que ignoramos, a fin de que, cuando encontráremos a alguno que esté más instruido a quien le podamos preguntar, o nos hallamos con tal expresión en la lectura que por lo que procede o lo que sigue o en fin por el contexto se manifiesta el significado y valor de la palabra que ignoramos, podemos fácilmente mediante la memoria advertirlo y aprenderlo. Tan grande es el valor del trato con alguna cosa para aprender, que los mismos que fueron como criados y alimentados en las Santas Escrituras se maravillan más de otras expresiones y las tienen por menos latinas que las que aprendieron en las Escrituras y no se hallan en los autores latinos. Aquí ayuda mucho mirar y examinar la variedad de traductores cotejando sus versiones; para esto, solo se requiere que no haya error en ellos. Porque el primer cuidado de los que desean conocer las Divinas Escrituras debe ser corregir los ejemplares para que se prefieran los ya enmendados a los no enmendados, si proceden de un mismo origen de traducción.

15.22. Entre todas las traducciones, la «Ítala» ha de preferirse a las demás, porque es la más precisa en las palabras y más clara en las sentencias. Para corregir cualquiera versión latina se ha de recurrir a las griegas, entre las cuales, por lo que toca al Antiguo Testamento, goza de mayor autoridad la versión de los Setenta, de los cuales es ya tradición de las Iglesias más sabias, que tradujeron con tan singular asistencia del Espíritu Santo, que de tantos hombres aparece solamente un decir. Porque si, como se cuenta y lo refieren hombres no indignos de crédito, que cada uno se hallaba separado de otro en celdas distintas cuando

hacían la versión y nada se encontró en la traducción de cada uno que no se hallase con el mismo orden y palabras en las de los otros, ¿quién se atreverá a comparar, no digo a preferir, alguna otra versión, a esta de tal autoridad? Y si únicamente se entendieron para que de común consentimiento fuese una la voz de todos, ni aún así conviene, ni está bien que algún otro cualquiera, por mucha pericia que tenga, aspire a corregir la conformidad de hombres tan sabios y provectos. Por lo tanto, aunque en los ejemplares hebreos se encuentre algo distinto a lo que escribieron estos, juzgo que debe cederse a la divina ordenación ejecutada por medio de ellos, para que los libros que el pueblo judío no quería dar a conocer, por religión o por envidia a las demás naciones, se entregasen con tanta antelación, por el ministerio del rey Tolomeo, a los gentiles que habían de creer en el Señor. Por lo tanto, pudo suceder que ellos tradujesen del modo que juzgó el Espíritu Santo convenía a los gentiles, el cual los movió e hizo por todos ellos una sola boca. Sin embargo, como anteriormente dije, tampoco será inútil, para aclarar muchas veces el sentido, la confrontación de aquellos traductores que firmemente se pegaron a la letra. Si fuese necesario, los códices latinos del Antiguo Testamento, como dije en un principio, deben corregirse por la autoridad de los griegos y, sobre todo, por la de aquellos que siendo setenta se afirma tradujeron por una sola boca. Por lo que se refiere a los libros del Nuevo Testamento, si hay algo dudoso en las diferentes versiones de los latinos, no hay duda que deben ceder a los griegos y, sobre todo, a los que se hallan en las Iglesias más doctas y cuidadosas.

16.23. Respecto a los signos figurados, decimos que, cuando algunos que son desconocidos obliguen al lector a vacilar, deberán ser desentrañados o por el estudio de las lenguas o por el conocimiento de las cosas. La piscina Siloé en la que mandó el Señor lavar la cara al que untó los ojos con el lodo que confeccionó de su saliva (cf. Jn 9, 7), sin duda encierra algún misterio, y sirve en algo de comparación. Pero si el evangelista no hubiera interpretado el nombre de lengua extraña quedaría ignorado el gran pensamiento que encerraba. Igualmente sucede con otros muchos nombres de la lengua hebrea que no fueron interpretados por los autores de los mismos libros, pues no debe dudarse que, si alguno pudiera interpretarlos, tendrían gran valor y servirían de no pequeña ayuda para resolver los enigmas de las Escrituras. Muchos varones instruidos en la lengua hebrea prestaron un gran beneficio a los venideros, entresacando de las Sagradas Escrituras todos los nombres de esta clase e interpretándolos. Y así nos dijeron qué cosa signifique Adán, Eva, Abrahán, Moisés; lo mismo hicieron con

los nombres de lugares, diciéndonos qué significa Jerusalén, Sión, Jericó, Sinaí, Líbano, Jordán; y todos los demás que de aquella lengua a nosotros nos son desconocidos. Los cuales, aclarados e interpretados, nos dan a conocer muchas locuciones figuradas de las Escrituras.

DE GENESI CONTRA MANICHAEOS 17.27-22.34.

17.27. Y dijo Dios: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra y tenga dominio en los peces del mar y en las aves del cielo y en todos los animales y en todas las fieras y en toda la tierra y en todos los reptiles que se arrastran sobre la tierra, y las demás cosas que se narran hasta la tarde y la mañana, con las que se completa el día sexto. Sobre esta cuestión suelen los maniqueos poner el grito en el cielo con vanos e insensatos discursos, y mofarse de nosotros porque creemos que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, pues atienden a nuestra figura corporal y preguntan los infelices: ¿Acaso Dios tiene narices y dientes y barbas y entrañas y todo lo restante que en nosotros es necesario? Con razón, pues, dicen que suponer tales cosas en Dios es ridículo, aún más, es impío creerlo; por lo tanto, niegan que el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. A los cuales responderemos que, cuando Dios quiere hacerse comprensible a los niños que le escuchan se mencionan estos miembros en la divina Escritura, no solo en los libros del Antiguo Testamento sino también en los del Nuevo, pues en ellos se habla de los ojos de Dios, de sus oídos, de sus labios y sus pies, y se anuncia que el Hijo se sienta a la diestra de Dios Padre; y el mismo Señor dice: no jures por el cielo porque es el asiento de Dios, ni por la tierra porque es el escabel de sus pies (Mt 5, 34-35), y también dice de sí mismo que con el dedo de Dios arrojaba los demonios (Lc 11, 20). Mas todos los que espiritualmente calaron el sentido de la divina Escritura comprendieron que por estos nombres no se han de entender los miembros corporales, sino las potencias espirituales, como cuando habla el Apóstol del yelmo o del escudo o de la espada (cf. Ef 6, 16-17) o de otras muchas cosas parecidas. En primer lugar se ha de decir a estos herejes que con sumo descaro calumnian tales palabras del Antiguo Testamento, pues observan que también las mismas se usan en el Nuevo, pero quizá no las vean porque cuando disputan se ciegan.

28. Mas sepan que en la Iglesia católica los fieles devotos no creen que Dios está definido por forma corporal. Lo que se dice que el hombre fue hecho a imagen de Dios se entiende del hombre interior donde reside la razón y la inteligencia, por las que domina a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los

animales y fieras, y a toda la tierra y a todos los reptiles que sobre la tierra se arrastran; porque cuando hubo dicho hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, a continuación añadió: y domine a los peces del mar y a las aves del cielo, etc., para que entendiéramos no haber dicho que el hombre fue hecho a imagen de Dios por el cuerpo, sino por aquel poder por el cual somete a las bestias. Pues todos los demás animales están sujetos al hombre, no por causa del cuerpo, sino por el entendimiento que nosotros tenemos y del que carecen ellos; aunque también nuestro cuerpo de tal modo ha sido formado, que nos indica que somos de mejor condición que las bestias y, por tanto, semejantes a Dios, puesto que los cuerpos de todos los animales, sea de los que en el agua o en la tierra viven o de los que en el aire vuelan, tienen el cuerpo inclinado hacia la tierra y no erguido como está el cuerpo del hombre; por lo que se da también a entender que nuestra alma debe dirigirse hacia lo alto, es decir, debe estar levantada hacia las cosas espirituales eternas. Así precisamente se entiende, atestiguándolo también la forma erguida del cuerpo que, principalmente por el alma, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios.

18.29. Alguna vez suelen decir los maniqueos: ¿De qué modo recibió el hombre el dominio sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo y sobre todos los animales y fieras, cuando vemos que muchas fieras matan a los hombres, y que nos perjudican en los bienes muchas aves a las que deseamos o espantar o coger y las más de las veces no podemos? Según esto, ¿de qué modo hemos recibido el dominio sobre ellas? Aquí primeramente les diremos que yerran sobremanera los que después del pecado ponen los ojos en el hombre, cuando precisamente por pecar fue condenado a la mortalidad de esta vida y perdió entonces aquella perfección por la cual fue creado a imagen y semejanza de Dios. Si su condenación se considera en cuanto al solo dominio de tantos animales, aunque por la debilidad de su cuerpo puede ser matado por muchas fieras, no obstante, por ninguna es dominado a pesar de que él a tantas y a casi todas domestica. Pero repito, que si esta condenación se refiere solo al dominio de tantos animales, ¿qué se ha de pensar del reino que se le promete, por testimonio divino, una vez que él haya sido justificado y renovado?

19.30. Después está escrito: hombre y mujer los creó, y los bendijo Dios diciendo: creced y multiplicaos y engendrad y llenad la tierra. Con toda razón se

pregunta, cómo debe ser entendida esta unión del varón y la mujer antes del pecado, y esta bendición por la que se dijo creced y multiplicaos, engendrad y llenad la tierra, ¿carnal o espiritualmente? Se nos puede permitir entenderla también espiritualmente creyendo que se convirtió después del pecado en fecundidad carnal. La primera unión del varón y la mujer era, pues, casta y estaba acomodada por parte del varón para regir, por parte de la mujer para obedecer; y la concepción espiritual que tenían de las inteligibles y eternas alegrías llenaba la tierra, esto es, vivificaba al cuerpo y le dominaba; es decir, de tal modo le sometía a su dominio que no sufría por parte de él contrariedad ni molestia alguna; lo cual se ha de creer que aconteció así, porque aún no existían los hijos de este mundo antes de que pecasen los primeros padres: porque los hijos de este mundo son los que engendran y son engendrados, como lo dice el Señor cuando enseña que debe despreciarse esta carnal generación en comparación de la vida futura que se promete a los hombres (cf. Lc 20, 34-36).

20.31. Y lo que a nuestros primeros padres se dijo: dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los reptiles que se arrastran por la tierra, dejando a un lado el entendimiento, por el cual es evidente que el hombre domina a todos los animales, puede también rectamente entenderse en sentido espiritual; de tal modo que todos los movimientos y afecciones del alma que tenemos semejantes a estos animales los tengamos sometidos y los dominemos por la templanza y la modestia. Cuando estos movimientos no están regulados, estallan y se convierten en abominables costumbres y nos arrastran por diversos y perniciosos deleites y nos hacen semejantes a las bestias; mas cuando son regulados y sometidos, se aquietan por completo y viven en armonía con nosotros. No son, pues, los movimientos de nuestra alma ajenos a nosotros; se alimentan a una también con nosotros con el conocimiento de los sanos principios y de las buenas costumbres y de la vida eterna, cosas que vienen a ser como hierbas que llevan semilla y como árboles cargados de fruto y como plantas frondosas repletas de vida. Y esta es la vida feliz y apacible del hombre, cuando todos sus movimientos concuerdan con la razón y la verdad, y en entonces se llaman gozos y amores santos, castos y buenos; mas si no se conforman, al comportarse con negligencia disipan y desgarran el alma y hacen la vida infeliz, y se llaman entonces perturbaciones, lujurias y concupiscencias perversas, sobre las cuales ya el Apóstol mandó que las sacrifiquemos en nosotros con el esfuerzo mayor que podamos hasta que la muerte sea vencida y transformada en victoria (cf. 1 Co 15, 54); porque dice el Apóstol: los que son de Jesucristo crucificaron su carne

con todos sus movimientos y concupiscencias (Ga 5, 24).

Sobre esto, a todo hombre se debe advertir que estas cosas no se deben entender carnalmente, porque las hierbas verdes y los árboles frutales se ofrecen en el Génesis para servir de alimento a todo género de bestias y a todas las aves y a todos los reptiles. Y, sin embargo, vemos que los leones, los gavilanes, las águilas y los milanos no se alimentan a no ser de carnes y con la muerte de otros animales, lo que creo también de no pocas serpientes que viven en lugares arenosos y desiertos donde ni hierba ni árboles nacen.

21.32. Tampoco debemos pasar por alto lo que se dijo: y vio Dios que eran en gran manera buenas todas las cosas que hizo, siendo así que hablando de cada una en particular decía tan solo vio Dios que era bueno. Cuando hablaba de todas era poco decir buenas, y por eso añadió sobremanera, porque si, cuando una por una se consideran las obras de Dios por los hombres prudentes, se halla que todas están formadas, cada una en su género, con apropiadas medidas, números exactos y orden espléndido, ¿cuánto más lo estarán todas juntas, esto es, el mismo universo que se constituye con la reunión de cada una en un todo? Toda hermosura que consta de partes es mucho más laudable en el todo que en la parte, como acontece en el cuerpo del hombre; si alabamos solo los ojos, si ponderamos las narices únicamente, si ensalzamos las mejillas, o solo la cabeza, o solas las manos, o solos los pies, o los miembros restantes si son en sí hermosos, a cada uno solamente en particular alabamos; pero ¿cuánto más se debe alabar a todo el cuerpo, al que confieren su hermosura todos estos miembros que son en sí hermosos? De tal modo se la confieren, que una mano hermosa, y que por separado se alaba, cuando está unida al cuerpo, si de él es seccionada pierde su propia hermosura y los demás miembros sin ella se hacen feos. Tal es la fuerza y poder de la integridad y de la unidad, que siendo muchas cosas buenas, solamente agradan cuando se juntan y forman un algo universal, es decir, un todo completo. La palabra universo deriva su nombre del vocablo unidad; si lo hubieran ponderado los maniqueos, alabarían a Dios, autor y creador del universo, y lo que a ellos por nuestra condición de mortales les ofende en parte, lo reintegrarían a la universal hermosura y verían que Dios hizo todas las cosas no solo buenas, sino en excelsa manera buenas. Como acontece en un discurso florido y compuesto conforme a todas las reglas del arte, pues si

solo examinamos cada una de las sílabas o también cada una de las letras que al pronunciarse inmediatamente pasaron, no encontramos en él nada que deleite y que sea laudable; porque todo aquel discurso es hermoso no por las letras o sílabas, sino por todas sus partes.

22.33. Pasemos ahora a tratar sobre aquello de que los maniqueos suelen con mayor desvergüenza que impericia burlarse, y es sobre lo que está escrito: que Dios, terminada la creación del cielo y de la tierra y de todas las cosas que hizo, descansó el séptimo día de todas sus obras y bendijo el día séptimo, y lo santificó porque descansó de sus obras.

Dicen, pues, ¿qué necesidad tenía Dios de descanso? ¿Acaso se había fatigado y cansado por las obras de los seis días? Y aducen aquí el testimonio del Señor, que dice: mi Padre hasta el presente trabaja (Jn 5, 17), y con eso engañan a muchos ignorantes a quienes intentan persuadir que la Nueva Ley se opone a la Antigua. Pero del mismo modo que aquellos a quienes el Señor dice mi Padre hasta ahora obra, entendían carnalmente el descanso de Dios, y observando carnalmente el sábado no entendían qué simbolizaba la significación de aquel día, así también estos, aunque con deseo diverso, no entienden el secreto o misterio del sábado; ni aquéllos observando carnalmente, ni estos carnalmente maldiciendo, conocieron el sábado; se dirijan unos y otros a Cristo, como dice el Apóstol (cf. 2 Co 3, 16), para que les descorra el velo, puesto que el velo se corre cuando habiendo quitado el velo de las semejanzas y alegorías se manifiesta en todo su esplendor la verdad, a fin de que pueda ser vista.

34. Primeramente tenemos que advertir y conocer la norma de este modo de hablar que se emplea en muchos lugares de la sagrada Escritura. ¿Qué otra cosa significa lo que se dice: que Dios descansó de todas sus obras, las que hizo en gran manera buenas, si no es nuestro descanso, el cual nos dará de todos nuestros trabajos, si nosotros también hubiéremos hecho obras marcadas con el sello de Dios? Según la misma forma de hablar dice el Apóstol: ¿Qué cosa hemos de impetrar que nos convenga? No lo sabemos; mas el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables (cf. Rm 8, 26). No gime, pues, el Espíritu

Santo cuando intercede ante Dios por nosotros como si fuera un indigente o como si padeciera grandes angustias, sino que nos mueve él a orar con ardor, y lo que hacemos nosotros, moviéndonos él, se dice que él mismo lo hace. De igual modo se escribe aquello: os tienta el Señor Dios vuestro para saber si le amáis (Dt 13, 3); ciertamente, no es para conocer si le amamos porque para él nada es oculto, sino que permite que seamos tentados para hacernos conocer lo que hemos progresado en su amor. Según esta forma de hablar dice también nuestro Señor que no sabe el día y la hora del fin del mundo (cf. Mt 24, 36). ¿Qué puede haber que no sepa Él? Mas porque esto lo ocultaba útilmente a sus discípulos, dijo que él lo ignoraba, porque ocultándolo los hacía ignorantes a ellos. Conforme a esta figura también dijo: que solo el Padre conocía este día, porque se lo había hecho saber a su mismo Hijo. Basados en estas locuciones figuradas los que conocieron este modo de hablar alegórico, sin dificultad alguna resuelven muchas cuestiones de la divina Escritura. Tales locuciones abundan también en la costumbre ordinaria de hablar; por ejemplo, cuando decimos que está alegre el día lo decimos porque lo hemos pasado alegre nosotros; decimos que el frío está perezoso, porque con él somos perezosos nosotros; decimos también «fosa ciega» porque no la vemos; decimos «lengua pulida» porque las palabras escogidas la hacen así; y, por último, decimos que el tiempo está sereno y exento de intemperie porque en él carecemos nosotros de toda molestia. Se dijo, pues, que Dios descansó de todas sus obras, las que fueron sobremanera buenas, porque en él descansaremos nosotros de todos nuestros trabajos si obrásemos bien, y porque además también nuestras mismas buenas obras deben de ser atribuidas a Él, que nos llama, que nos muestra el camino de la verdad, que nos solicita el querer y que nos suministra fuerzas para cumplir lo que manda.

SERMÓN 350/A, 1-4

1. No ignoro que vuestros corazones se alimentan a diario con las exhortaciones de las lecturas divinas y con el alimento de la palabra de Dios. Mas, en atención al deseo de amor con el que nos inflamamos mutuamente, voy a decir algo a vuestra caridad. ¿De qué puedo hablaros sino del amor? Es tal el amor, que, si alguien quiere hablar de él, no ha de buscar una lectura adecuada para ello, pues cualquier página, ábrase donde se abra, no dice otra cosa. Testigo de ello es el mismo Señor y el mismo Evangelio nos lo muestra; pues, cuando le preguntaron cuáles eran los mandamientos mayores de la ley, respondió: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (Mt 22, 37), y amarás al prójimo como a ti mismo (Mt 22, 39). Y para que no buscases más en las sagradas páginas, añadió y dijo: De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas (Mt 22, 40). Si toda la ley y los profetas penden de estos dos mandamientos, ¡cuánto más el Evangelio! El amor, en efecto, renueva al hombre, pues como la concupiscencia hace al hombre viejo, así el amor lo hace nuevo. Por eso, alguien, gimiendo en medio del combate con la concupiscencia, dice: Envejecí en medio de todos mis enemigos (Sal 6, 8). Que el amor pertenece al hombre nuevo, lo indica el Señor de la siguiente manera: Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros (Jn 13, 34). Así, pues, si la ley y los profetas penden del amor, a pesar de que en la ley y los profetas parece confiársenos el Antiguo Testamento, ¡cuánto más el Evangelio, llamado clarísimamente Testamento Nuevo, no pertenecerá sino al amor, siendo así que el Señor no presentó como mandamiento suyo otro que el amor mutuo! No solo llamó nuevo al mandamiento mismo, sino que también vino para renovarnos a nosotros, nos hizo hombres nuevos y nos prometió una herencia nueva y además eterna.

2. Si tal vez estáis pensando cómo a la ley se la llama Antiguo Testamento y, no obstante, pende del amor, siendo así que el amor renueva al hombre y pertenece al hombre nuevo, he aquí el motivo. Allí se anuncia como Testamento Antiguo porque la promesa es terrena, y el Señor promete, a quienes le adoran, el reino terreno. Pero también entonces hubo amadores de Dios que le amaron

gratuitamente y purificaron sus corazones suspirando castamente por él. Ellos, apartado el velo que cubría las antiguas promesas, llegaron a percibir la prefiguración del futuro Nuevo Testamento y comprendieron que todas aquellas cosas mandadas o prometidas en el Antiguo, según el hombre viejo, eran figuras del Nuevo, que el Señor iba a hacer realidad en los tiempos finales. Abiertamente lo dice el Apóstol: Todo esto les acontecía en figuras; mas fueron escritas en atención a nosotros, en quienes se ha hecho presente el fin de los siglos (1 Co 10, 11). Así, pues, de un modo oculto se anunciaba de antemano el Nuevo Testamento precisamente por medio de aquellas figuras antiguas. Mas, con la llegada del tiempo del Nuevo Testamento, este comenzó a predicarse abiertamente, y aquellas figuras, a ser expuestas y explicadas de forma que se percibiese lo nuevo allí donde estaba prometido lo viejo. Moisés anunciaba el Antiguo Testamento, pero quien anunciaba el Viejo veía en él al Nuevo; al pueblo carnal le anunciaba el Viejo, pero él, espiritual, advertía allí el Nuevo. Los apóstoles, en cambio, eran anunciadores y ministros del Nuevo; no porque no estuviera ya allí lo que después se manifestaría a través de los apóstoles. El amor está tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento; pero en el primero el amor está más oculto y el temor más a la vista; en el Nuevo, en cambio, es más manifiesto el amor, y el temor menor. Pues cuanto más crece el amor, tanto más disminuye el temor. Al crecer el amor, el alma adquiere seguridad, y cuando la seguridad es total, el temor es nulo, según las palabras del apóstol Juan: El amor perfecto expulsa el temor (1 Jn 4, 18).

3. Como dije, en cualquier página del Señor que se lea no encontramos sino una invitación al amor. Mas para hablar a vuestra santidad acerca del amor me ha proporcionado la ocasión el presente salmo (cf. Sal 36, 1-2). Ved si las palabras divinas hacen otra cosa que exhortarnos al amor; ved si pretenden otra cosa que hacer que nos sintamos inflamados, que supliquemos, deseemos, gimamos y suspiremos hasta que lleguemos. Los hombres se hallan en la tierra en medio de fatigas y grandes tentaciones, considerando con frecuencia en su corazón mortal y en su débil pensamiento cómo aquí, temporalmente, suelen prevalecer los malos, quienes se ensoberbecen de su felicidad pasajera. Previendo el Espíritu Santo esta tentación nuestra y cambiando nuestro amor para que no nos parezca que cuanto más felices vemos que son, según el mundo, esos hombres impíos y criminales tanto más han de ser imitados en el amor de aquellas cosas con cuya abundancia se henchían, dijo a esos hombres: No sientas envidia de los malvados —así comienza el salmo— ni te celes de los que obran la iniquidad,

porque se secarán rápidamente como el heno y, como las hierbas del campo, caerán al instante (Sal 36, 1-2). ¿Acaso no florece nunca el heno? Sí, pero florece por poco tiempo; pronto se secará su flor; el florecer es obra del aire frío. La venida de nuestro Señor Jesucristo será como el aire caliente del año; el tiempo presente es como la época fría del año; pero guardémonos de que la época fría enfríe nuestro amor. Nuestro honor aún no ha aparecido; hay frío en la superficie, haya calor en la raíz. Los árboles en el verano están frondosos; son hermosos y fecundos los que en el invierno parecían sanos. ¿Acaso existía en el invierno todo lo que ves en el verano en las ramas? Existía, pero oculto en la raíz. Así, pues, el honor que se nos ha prometido aún no existe; llegará nuestro verano, aún no ha llegado; está escondido. Es más acertado decir que no se manifiesta que afirmar que no existe, pues dice el Apóstol con toda claridad: Estáis muertos (Col 3, 3). Hablaba como a árboles en el invierno. Mas para que advirtáis que, aunque en la superficie parecían muertos, en el interior vivían, añadió inmediatamente: Pero vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3). Damos la impresión de habitar en esta tierra, mas considerad dónde hemos fijado nuestra raíz. La raíz de nuestro amor está con Cristo, está en Dios; allí se encuentra la opulencia de nuestro honor, pero aún no se manifiesta ahora.

4. Pero ¿qué dice a continuación? Cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, entonces apareceréis también con él vosotros en la gloria (Col 3, 4). Ahora es el tiempo de gemir, entonces lo será de alegrarse; ahora, de desear, luego, de abrazar; lo que ahora deseamos no está a la mano; pero no desfallezca nuestro deseo; el largo desear nos debe ejercitar, puesto que no nos defraudará quien hizo la promesa. No decimos, hermanos, que nadie se enfríe, que nadie se vuelva tibio siquiera. Ni aun en el caso de que los amantes del mundo se burlen de los servidores de Dios: «Ved lo que tenemos y de lo que disfrutamos; ¿dónde está vuestra felicidad?» Vosotros no tenéis nada visible, pero tenéis en qué creer; ellos no creen en lo que no se les muestra; alegraos porque tenéis fe, pues gozaréis más cuando veáis. Y si gemís porque no podéis mostrarlo ahora, los gemidos de vuestro dolor os serán provechosos para la salvación, pero también para la gloria sempiterna. Nada grande tienen que puedan mostrarnos. Ellos son felices ahora, nosotros lo seremos en el futuro, pero estamos más acertados al decir que la suya ni es presente ni será futura, puesto que quienes aman la falsa felicidad presente no llegarán a la futura verdadera. Si, por el contrario, se despreocupan de la falsa felicidad presente, sabrán qué hacer con lo que tienen y qué comprar con ello. Escuchen el consejo que el bienaventurado Apóstol manda

a Timoteo que transmita a los ricos. Dice, pues: Ordena a los ricos de este mundo que no se comporten orgullosamente, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todo con abundancia para disfrutarlo. Sean ricos en buenas obras, den con facilidad, repartan; atesórense un buen fundamento para el futuro, a fin de alcanzar la vida verdadera (1 Tm 6, 17-19). Por tanto, hermanos, si el Apóstol apartó de la tierra y dirigió al cielo la mirada de quienes creían ser felices en las cosas terrenas, no pongáis vuestro gozo en los bienes presentes, antes bien esperad los futuros. Si el Apóstol dice tales cosas a quienes los poseen, ¿cuánto más debe tener su corazón tenso hacía lo futuro quien en esta tierra determinó no tener nada? No tener nada superfluo, nada que sea una carga, nada que ate, nada que sea un impedimento. En efecto, también ahora se cumple más auténticamente en los siervos de Dios aquello: Como quien no tiene nada y todo lo posee (2 Co 6, 10). No tengas nada a lo que puedas llamar tuyo, y todo será tuyo; si te adhieres a una parte, pierdes la totalidad, pues lo suficiente es lo mismo, venga de la riqueza o de la pobreza.

SOBRE EL SALMO 140, 1-4

1. Oísteis, hermanos, de la boca del Apóstol mi amonestación y súplica cuando ahora se leía su epístola, pues dice: Sed constantes en la oración, velad en ella; orad al mismo tiempo también por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la palabra a fin de tratar el misterio de Cristo, y así me dé a conocer conforme me conviene hablar (Col 4, 2-4). Dignaos atribuirme como mías estas palabras. Hay en las santas Escrituras profundos misterios, que se ocultan para que no envilezcan, que se investigan para ejercitarnos, que se declaran para que nos sirvan de alimento. El salmo que ahora hemos cantado es un tanto oscuro en no pocas sentencias. Pero, cuando hubiesen comenzado, ayudándome el Señor, a ponerse en claro y descubrirse, observaréis que oís lo que ya conocíais. Pero se dijeron de muy diferentes maneras para que la variedad de la locución hiciese agradable la verdad.

2. ¿Qué otra cosa más excelsa y saludable habéis de oír y conocer, hermanos, que amarás al Señor, Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y: Amarás a tu prójimo como a ti mismo? Pero para que no penséis que estos dos preceptos son de poca importancia, se añade: En estos dos mandamientos se encierra toda la ley y los profetas (Mt 22, 37-40). Todo lo que de saludable concibe la mente, o profiere la boca, o se arranca de cualquier página de la Escritura, solo tiene por fin la caridad. Pero esta caridad no pertenece a cualquiera, pues los que viven mal se estorban mutuamente en la sociedad de la depravada complicidad, y, sin embargo, dicen que se aman, que no quieren separarse unos de otros, que desean conciliar sus disputas, que anhelan estar siempre juntos, que quieren gozarse con su vista. Este amor es infernal, es lazo que arrastra al abismo, mas no alas que elevan hacia el cielo. ¿Qué caridad es esta que se distingue y diferencia de todas las otras que se llaman caridades? La que se llama verdadera caridad de los cristianos fue definida por San Pablo, y, por tanto, circunscrita con límites propios, aun cuando sea infinita por la divinidad; de suerte que se distingue por completo de las otras, pues dice: El fin del precepto es la caridad. Hasta aquí pudo decir esto. Porque en otros sitios, en los que hablaba como a conocedores, dijo: El cumplimiento

perfecto de la ley es la caridad (Rm 13, 10), y no explicó qué caridad. No indicó allí de qué caridad trataba porque lo indicó en otros lugares, puesto que no pueden o deben explicarse en todos los lugares todas las cosas. Luego aquí dijo: El cumplimiento de la ley es la caridad. Quizá preguntabas qué caridad es esta, de qué caridad hablaba, y, por lo mismo, oyes en otro sitio: El fin del precepto es la caridad que procede de un corazón puro. Ved si los ladrones tienen entre sí la caridad que dimana de un corazón puro. Existe un corazón puro en el amor cuando amas al hombre según Dios; porque de tal modo debes amarte a ti mismo, que no se quebrante la norma: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Si te amas mal e inútilmente, amando así al prójimo, ¿de qué le aprovechas? ¿Cuándo te amas mal? Cuando amas conforme consigna la Escritura, que no adula a nadie, y que demuestra que no te amas; es más, que te pone de manifiesto que te odiaste, pues dice así: El que ama la iniquidad, odia su alma (Sal 10, 6). Luego si amas la iniquidad, ¿has de pensar que te amas a ti mismo? Te equivocas. Amando así, arrastrarás al prójimo a la iniquidad, y tu amor será lazo para el amado. Luego la caridad que procede de un corazón puro es la que se ajusta a la norma de Dios y dimana de una conciencia buena y de una fe no fingida (cf. 1 Tm 1, 5). Esta caridad definida por el Apóstol contiene en sí dos preceptos: el amor de Dios y el del prójimo. Ninguna otra cosa busquéis en la Escritura; nadie os mande otra cosa. En todo lo que en la Escritura está oculto, está oculto este amor, y en todo lo que en ella es patente, se halla patente este amor. Si en ninguna parte apareciese patente, no te alimentaría; si en ninguna apareciese oculto, no te ejercitaría. Esta caridad clama del corazón puro, del corazón de aquellos que oran estas palabras con que ahora ora este aquí. Al instante diré quién es este: este es Cristo.

3. Sin embargo, habéis de oír ciertas palabras que indignamente se toman (si se las atribuimos) a nuestro Señor Jesucristo; y, por tanto, alguno con menguado entendimiento pensará que dije temerariamente que en este salmo se personifica a Cristo. Pues ¿cómo puede entenderse de nuestro Señor Jesucristo, de aquel cordero inmaculado, de aquel en quien no solo no hubo pecado, sino que El únicamente pudo decir con toda verdad:

Ved que viene el príncipe del mundo, y no encontrará nada en mí (Jn 14, 30); es decir, ninguna culpa, ningún crimen; que Él solo pagó lo que no debía (cf. Sal

68, 5); que Él solo derramó sangre inocente; que Él solo, siendo Hijo único de Dios, tomó la carne, no para achicarse, sino para acrecentarnos? ¿Cómo, repito, puede tomarse de su persona esto: Pon, Señor, guarda a mi boca, y una puerta de contención alrededor de mis labios, para que no inclines mi corazón a palabras de malicia buscando excusas a los pecados? El sentido de este versillo es clarísimo: Guarda, Señor, mi boca con la puerta y la cerradura de tu precepto para que no se incline mi corazón a palabras de maldad. ¿Cuáles son estas palabras de maldad? Aquellas con las que se excusan los pecadores. "No prefiera —dice— excusar mis pecados a acusarlos." Estas palabras no se encaminan ciertamente a nuestro Señor Jesucristo. Pues ¿qué pecados cometió, que más bien debiera confesar que excusar? Estas son palabras nuestras; sin embargo, en verdad habla Cristo. Pero si son palabras nuestras, ¿cómo es que habla Cristo? ¿En dónde está la caridad de la que yo hablaba? ¿Ignoráis que ella nos hizo unos en Cristo? La caridad clama de parte de nosotros a Cristo; la caridad clama de parte de Cristo por nosotros. ¿Cómo clama la caridad de parte de nosotros a Cristo?: Y acontecerá que todo el que invocare el nombre del Señor se salvará (Jl 2, 32). ¿Cómo clama la caridad de parte de Cristo por nosotros?: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hch 9, 4) Vosotros —dice el Apóstol— sois Cuerpo de Cristo y miembros (1 Co 12, 27). Luego si Él es la Cabeza y nosotros el Cuerpo, habla un solo hombre: y ya hable la Cabeza o los miembros, habla un solo Cristo. Además, es propio de la cabeza hablar en representación de los miembros. Observa nuestro modo de ser. Primeramente ved cómo entre nuestros miembros solo puede hablar la cabeza, y después notad cómo habla nuestra cabeza en representación de todos los miembros. En la apretura te pisa el pie alguno; la cabeza dice: "Me pisas." Te hirió alguno la mano; la cabeza dice: "Me heriste." Nadie tocó tu cabeza, pero habla la unidad de la trabazón de tu cuerpo. La lengua, que se halla en la cabeza, toma la representación de todos tus miembros y habla por todos. Luego oigamos hablar así a Cristo, pero cada uno reconozca en Él su voz por pertenecer al Cuerpo de Cristo. Con todo, alguna vez ha de hablar de suerte que ninguno de nosotros se vea personificado en Él, sino que únicamente pertenezca el habla a la Cabeza; sin embargo, no por eso o se aparta de nuestras palabras y se acoge a las suyas propias, o de las suyas propias no vuelve a las nuestras, pues de Él y de la Iglesia se dijo: Serán dos en una carne (Gn 2, 24). De aquí que también dice Él sobre este asunto en el Evangelio: Ya no son dos, sino una carne (Mt 19, 6). Esto no es nuevo; continuamente lo oís; pero es necesario que se recuerde en ciertas circunstancias, principalmente porque las mismas Escrituras que exponemos de tal modo se entrelazan, que muchas cosas se repiten en muchos pasajes; y además es útil. El trato del mundo produce muchas espinas, que sofocan la

semilla; por tanto, conviene que con frecuencia se recuerde por el Señor lo que el mundo fuerza a olvidar.

4 [v.1]. Señor, clamé a ti; óyeme. Todos podemos decir esto. Pero no digo que lo dice el Cristo total, sino que más bien se dijo en representación del Cuerpo, porque, estando en este mundo, oró llevando la carne; y en persona del cuerpo oró al Padre, y al orar destilaron de todo su cuerpo gotas de sangre, pues así se consignó en el Evangelio: Jesús oró con intensa oración, y sudó sangre (Lc 22, 44). ¿Qué significa el derramamiento de sangre de todo el cuerpo sino la pasión de los mártires de toda la Iglesia? A ti clamé, Señor; óyeme. Atiende a la voz de mi plegaria cuando clame a ti. Ya pensabas que se había terminado la ocupación de clamar al decir a ti clamé. Clamaste, pero no pretendas estar ya seguro. Si hubiera terminado la tribulación, hubiera dejado de existir el clamor; pero, si permanece la tribulación de la Iglesia y del Cuerpo de Cristo hasta el fin del mundo, no solo diga: A ti clamé; óyeme, sino: Atiende a la voz de mi plegaria mientras clame a ti.

BIBLIOGRAFÍA

Basevi, C., San Agustín. La interpretación del NT. Criterios exegéticos propuestos por S. Agustín en el ’De Doctrina Christiana,’ en el ’Contra Faustum’ y en el ’De Consensu Evangelistarum’, Pamplona 1977.

Beuchot, M., La hermenéutica en S. Agustín y en la actualidad, en RevAG 38 (1997), pp. 139–156.

Cavalcanti, E., Il significato dell’esegesi letterale in Basilio e in Agostino. Omelie sull’Esamerone e De Genesi ad litteram I–III, en ASE 4 (1987), pp. 119–142.

Cilleruelo, L., S. Augustín intérprete de la S. Escritura, en CDios 155 (1943), pp. 455–489.

Collins, R. F., Augustine of Hippo precursor of modern biblical scholarship, en LouvSt 12 (1987), pp. 131–151.

de Margerie, B., An Introduction to the History of Exegesis. Vol. 3: Saint Augustine. Petersham, Mass. 1993.

Della Terza, D., Tradizione ed esegesi; semantica dell’innovazione da Agostino a De Sanctis, Padua 1987.

Dulaey, M., La sixième Règle de Tyconius et son résumé dans le De doctrina christiana, en REAug 35 (1989), pp. 83–103.

Federico, C., Principi di esegesi biblica nel ‘De doctrina christiana’ di S. Agostino, Roma 1965–1966.

Freeman, C. W., Figure and History: A Contemporary Reassessment of Augustine’s Hermeneutic, en Collectanea Augustiniana. Augustine. Presbyter Factus Sum. Ed. J. T. Lienhard, E. C. Muller, R. J. Teske. New York 1993, pp. 319–329.

Gaeta, G., Le Regole per l’interpretazione della Scrittura da Ticonio ad Agostino, en ASEs 4 (1987), pp. 109–118.

Grech, P., I Principi ermeneutici di sant’Agostino, una valutazione, en Lat 48 (1982), pp. 200–223.

Grill, S., Der hl. Augustinus und das AT, en BiLi 21 (1953–1954), pp. 312–320.

Hamilton, G. J., Augustine’s methods of biblical interpretation, en Grace, politics and desire; essays on Augustine. Ed. H. A. Meynell. Calgary 1990, pp. 103–119.

Hendriks, E., Platonisches und biblisches Denken bei Augustinus, en AugM. 1955, pp. 285–292.

Holl, A., Die exegetische Methode Augustins untersucht an seinem Werk, Vienna 1954.

Jackson, B. D., Semantics and Hermeneutics in St’ Augustine’s ‘De doctrina christiana.’, Yale 1967.

Manrique, A., Interpretación y utilización de la Biblia en San Agustín, en CDios 182 (1969), pp. 157–174.

Marin, M., Retorica ed esegesi in Sant’Agostino; note introduttive, en VetChr 24 (1987), pp. 253–268.

Mayer, C., Prinzipien der Hermeneutik Augustins und daraus sich ergebende Probleme, en FKTh 1 (1985), pp. 197–211.

Most, W. G., The Scriptural Basis of St. Augustine’s Arithmology, en CBQ 13 (1951), pp. 284–295.

Pizzolato, L. F., Studi sull’esegesi agostiniana. I. S. Agostino ‘emendator’, en RSLR 4 (1968), pp. 338–357.

Pizzolato, L. F., Studi sull’esegesi agostiniana. II. S. Agostino ‘explanator’, en RSLR 4 (1968), pp. 503–548.

Pontet, M., L’exégèse de S. Augustin, prédicateur, en AnTol 8 (1947), pp. 331–

336.

Prete, B., I principi esegetici di S. Agostino, en Sap 8 (1955), pp. 552–594.

Riggi, C., S. Agostino perenne maestro di ermeneutica, en Salesianum 44 (1982), pp. 71–101.

Rondet, H., Notes d'exégèse augustinienne, en RSR 39 (1951/2) 412–417.

Rondet, H., Notes d'exégèse augustinienne. Psalterium et Cithara, en RSR 46 (1958), pp. 408–415.

Schwoebel, B., Augustine on Rhetoric and the Bible, en HPR 72,7 (1971–1972), pp. 57–68.

Simonetti, M., L'ermeneutica biblica di Agostino, en ASE 12 (1995), pp. 393–418.

Somers, H., Image de Dieu. Les sources de l'exégèse augustinienne, en REAug 7 (1961), pp. 105–125.

Starnes, C., Augustinian biblical exegesis and the origins of modern science, en Collectanea Augustiniana. Ed. J. C. Schnaubelt - F. Van Fleteren. 1990, pp. 435–455.

Starnes, C., La exégesis biblica agustiniana y los orígenes de la ciencia moderna, en Augustinus 36 (1991), pp. 295–304.

Stransky, T. F., St. Augustine's Use of Scripture, en AER 143 (1960).

Tabet, M. A., La expresión imago Dei (Gen 1:26–27) en la reflexión agustiniana, en Augustinus 38 (1993), pp. 469–479.

Tilley, M. A., Understanding Augustine Misunderstanding Tyconius, en StPatr 27 (1993), pp. 405–408.

Weismann, F. J., Principios de exégesis bíblica en el De Doctrina Christiana de San Agustín, en CuMon 22 (1987), pp. 61–73.

Westra, H. J., Augustine and poetic exegesis, en Grace, politics and desire;

essays on Augustine. Ed. H. A. Meynell. Calgary 1990, pp. 87–100.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1149-1233.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 338-354.

29. JUAN CASIANO (360-435)

JUAN CASIANO ES EL PRINCIPAL EXPONENTE occidental de la tradición monástica. Probablemente originario de la Escitia menor, junto al Danubio. Todavía joven entró en un monasterio de Belén y visitó a los monjes de Egipto. Hacia 415 lo encontramos ya ordenado sacerdote en Marsella, donde fundó dos monasterios, uno de hombres y otro de mujeres. En los años 420-428 escribió las Institutiones y las Collationes, para trasmitir al Occidente la auténtica tradición del monaquismo oriental.

Las Collationes, publicadas en tres volúmenes, son veinticuatro en total (como los ancianos del Apocalipsis) y tienen forma de diálogo con monjes famosos de la antigüedad. Como complemento de la obra precedente, tratan de diversos aspectos de la vida monástica. Fueron compuestas como ejercicios espirituales a la manera de los diálogos de Platón o Cicerón, y tratan temas diversos: oración, amistad, interpretación bíblica, discreción y, también, sobre el pelagianismo, mostrando una posición diversa de la de Agustín. Su uso de la Escritura está centrado principalmente en la búsqueda de ejemplos para proponer, según los temas tratados.

COLACIONES II, 1-4; 9-10; 14-16

II. Recuerdo que hallándome, cuando niño, en la Tebaida, donde moraba el bienaventurado Antonio, los antiguos monjes venían a porfía a visitarle para hablar con él sobre temas de perfección.

La conferencia se prolongó un día desde la hora de vísperas hasta la madrugada, y el punto que nos ocupa se trató allí durante la mayor parte de la noche. Por largo tiempo anduvieron preguntando qué virtud o qué observancia puede siempre mantener al monje al abrigo de las asechanzas e ilusiones diabólicas, y llevarle con seguridad y sin tropiezo hasta las cumbres de la perfección. Cada uno daba su parecer según sus propios alcances. Unos lo hacían consistir todo en la práctica de ayunos y vigilias, ya que el alma, espiritualizada por ellos y reinando sobre un corazón y una carne ya purificados, puede unirse más estrechamente a Dios. Otros eran de opinión que consistía en el menosprecio de todas las cosas, porque si el alma logra despojarse enteramente de ellas, libre en adelante de todo afecto, se halla más expedita para llegar a Dios. Quiénes, en cambio, juzgaban necesaria la vida anacorética, es decir, el retiro y la soledad del desierto, en donde la conversación con Dios se hace más familiar, y la unión, más íntima. Algunos, finalmente, se inclinaban por la práctica de la caridad, o sea, por los deberes de mutua hospitalidad, porque a los que la practican ha prometido Dios más especialmente en el Evangelio el reino de Dios: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber» (Mt 25, 34-35); y lo que sigue. De esta suerte, cada cual dió su preferencia a virtudes distintas, poniendo de relieve una entre todas como más conducente para unir el alma con Dios. Había ya transcurrido gran parte de la noche en estos razonamientos. Por fin el bienaventurado Antonio tomó la palabra y dijo: «Todas las prácticas a que os habéis referido son ciertamente útiles y necesarias para quién tiene sed de Dios y desea llegar a Él. Pero las deplorables experiencias y las defecciones sin número que hemos conocido de tantos solitarios, no nos permiten, en modo alguno, darles un valor exclusivo. ¡A cuántos de ellos vimos entregarse a los ayunos y vigilias más rigurosos excitar la

admiración ajena por su amor a la soledad; abrazarse a un despojamiento tan absoluto, que no se atrevían a reservarse el alimento un solo día, ni quedarse con un solo denario y llenar con toda solicitud los deberes de la hospitalidad! Y sin embargo de ello, les vimos caer de pronto en la ilusión. Y es que no supieron coronar la obra comenzada. Todo su fervor y toda su vida, digna por otra parte de elogio, vinieron al traste, teniendo un fin desgraciado.

«Pero podremos reconocer con claridad la virtud más eficaz para conducirnos a Dios si miramos atentamente la causa de su ilusión y su ruina. Ahora bien, es innegable que las obras de virtud a que os habéis referido sobreabundaban en aquéllos. Solo la ausencia de la discreción hizo que no pudieran perseverar hasta el fin. No vemos, en efecto, otra razón de ser de su caída que el hecho de no haber querido formarse segun el dictamen de los ancianos para adquirir esta virtud esencial. La discreción, manteniéndose igualmente alejada de los dos extremos contrarios, enseña al monje a caminar por una senda real, y no le permite apartarse ni a la derecha, en pos de una virtud orgullosa y un fervor exagerado que rebasan los límites de la justa templanza, ni a izquierda, tras de la relajación y el vicio, so pretexto de mirar excesivamente por la salud del cuerpo, en una perezosa y mortal desidia.»

Esta es la prudencia a la que llama el Salvador en el Evangelio el ojo y la lámpara del cuerpo: «La lámpara de tu cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas» (Mt 6, 22-23). Ella discierne, en efecto, todos los pensamientos del hombre y sus actos, examinando y viendo en la luz lo que debemos hacer. Si este ojo interior es malo, es decir, si estamos desprovistos de ciencia o de un criterio seguro, y nos dejamos engañar por el error y la suficiencia, todo nuestro cuerpo será tenebroso. En otras palabras: todo en nosotros, inteligencia y acción, quedará como envuelto en la oscuridad más incierta, porque el vicio es ciego y la pasión es madre de tinieblas. «Si lo que debe ser luz en ti —dice todavía el Señor— es tinieblas, ¡las mismas tinieblas cuán grandes serán!» (Mt 6, 23) Es indudable que si tenemos un criterio falso y andamos a ciegas en la noche de la ignorancia, también nuestros pensamientos y nuestros actos, que derivan de ellos como de su fuente, estarán envueltos con las tinieblas del pecado.

III. Tal ocurrió al rey Saúl, quien, por orden de Dios, obtuvo el primero la realeza en Israel. Porque carecía de este ojo de la discreción, y tenía, por decirlo así, todo su cuerpo tenebroso, acabó por ser arrojado del trono. Su «lámpara» no era más que una fuente de tinieblas y un foco de errores deplorables: por eso, en lugar de alumbrarle, le ofuscó totalmente. Creyó que sus sacrificios eran más agradables a Dios que la obediencia que debía prestar a Samuel, y encontró la desgracia allí donde pensaba hallar el medio para hacerse propicia la majestad divina (cf. 1 R 15, 1-34).

Así también, el no conocer la discreción llevó a Acab, rey de Israel, después de la victoria conseguida por el favor divino, a creer que la misericordia vale más que la severa ejecución de una orden divina, a su parecer demasiado cruel. Este pensamiento le ablanda el corazón templa con la clemencia el poder de la victoria y evita la efusión de sangre. Pero su piedad indiscreta le entrega enteramente a las tinieblas, condenándole a una muerte irrevocable (cf. 1 R 20).

IV. No solo llama el Apóstol a la discreción lámpara de nuestro cuerpo, sino que la designa también con el nombre de sol, según aquello: «El sol no se ponga sobre vuestra iracundia» (Ef 4, 26). También se dice de ella que es el gobernalle de nuestra vida: «Quienes no tienen dirección, caen como hojas» (Pr 11, 14). Se la llama asimismo, con razón, el consejo, sin el cual nos prohibe la Escritura hacer nada absolutamente, hasta el punto de que, incluso al beber el vino espiritual, «que alegra el corazón del hombre» (Sal 103, 15), quiere que lo hagamos con la mesura de la discreción: «Hazlo todo con consejo, con consejo bebe el vino» (Pr 31, 3). Y en otro lugar: «Como ciudad destruida en sus muros y sin defensa, así es el hombre que obra sin consejo» (Pr 25, 28). Este último texto nos dice claramente en el símil que nos ofrece, hasta qué punto resulta perjudicial al monje la falta de esta prudencia, puesto que se le compara a una ciudad devastada y sin murallas.

En ella radican la sabiduría, la inteligencia y el juicio, sin los cuales nos será imposible edificar nuestra morada interior y amontonar las riquezas espirituales,

según aquellas palabras: «Con la sabiduria se edifica la casa, y con la prudencia se consolida; con la ciencia se hinchen sus despensas de todo lo más preciado y deleitoso» (Pr 24, 3-4). Ella es el alimento sólido y sustancial reservado únicamente a los hombres hechos y robustos: «El manjar sólido es para los perfectos, los que, en virtud de la costumbre, tienen los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo» (Hb 5, 14) Tan necesaria es y de tal precio, que la compara la Escritura a la palabra y poder del mismo Dios. Lo dice San Pablo: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hb 4, 12). De todos estos pasajes se desprende claramente que sin la gracia de la discreción no puede la virtud ser estable ni perfeccionarse.

Por todo lo que antecede, decidieron de común acuerdo el santo abad Antonio y todos los que habían ido a verle, que la discreción es lo que conduce al monje con paso firme y sin vacilación hacia Dios, y conserva para siempre intactas las mismas virtudes a que se habían referido. Pues, gracias a ella, se sube con menos fatiga la cuesta arriba de la perfección, a donde, sin su concurso, muchos no hubiesen podido llegar a pesar de sus continuos esfuerzos. En consecuencia, quedó confirmado que la discreción es la madre, guarda y moderadora de todas las virtudes. (...)

IX. A esto respondió Germán: Con ejemplos recientes, unidos a la autoridad de los antiguos, has puesto a plena luz el hecho de que la discreción es en cierta manera la fuente y la raíz de todas las virtudes. Quisiéramos ahora aprender la manera de adquirirla, y saber reconocer cuándo es de Dios y verdadera, y cuándo falsa y diabólica.

Según la parábola evangélica que has expuesto en tu conferencia precedente, en la que nos aconseja el Señor que seamos como hábiles cambistas, desearíamos saber distinguir, al ver la efigie del rey legítimo en una moneda, si está o no legalmente acuñada, y en este último caso, poder rechazarla como de mala ley; y quisiéramos hacer esto según esa pericia y habilidad que tú has proclamado

como la herencia del cambista espiritual, del cambista según el Evangelio. Porque, ¿de qué nos serviría conocer la excelencia de la discreción y el valor de esta virtud si ignorásemos la manera de buscarla y hacernos con ella?

X. A lo que respondió Moisés: La verdadera discreción no se adquiere más que a cambio de una verdadera humildad. Y la primera prueba de esta será que todo cuanto uno hace y piensa lo someta al juicio de los ancianos, de suerte que no se fíe para nada de su propio criterio, sino que en todas las cosas se conforme a sus decisiones para saber juzgar por bueno o malo lo que ellos hubieren juzgado por tal.

Esta disciplina no solamente le enseñará al principiante a andar derechamente por la senda de la discreción, sino que le hará adquirir una especie de inmunidad frente a los ardides y asechanzas del enemigo. En modo alguno podrá caer en la ilusión quien no se deje llevar de su propio criterio; antes bien, hace de los ejemplos de los mayores norma de su vida. Toda la astucia del demonio no prevalecerá contra la ignorancia de este hombre que no sabe encubrir por falsa vergüenza los pensamientos que nacen en su corazón, sino que se abandona sin más a la sabiduría de los ancianos, para saber si los debe admitir o rechazar.

No bien se ha manifestado un mal pensamiento, se desvanece al punto su ponzoña. Incluso antes de que la discreción haya dado su juicio sobre él, reprobándole, la horrible serpiente, a la cual esta declaración ha arrancado de su caverna tenebrosa, sacándole a la luz y poniendo de manifiesto su vergüenza, queda vencida y se bate en retirada. Y es que sus pérfidas sugestiones solo nos dominan cuando permanecen ocultas en el fondo del corazón. (...)

XIV. Dios se complace tanto en esta actitud de deferencia y respeto a los ancianos, que no en vano ha querido aleccionarnos sobre ella, encerrando de intento su enseñanza en las Sagradas Escrituras.

Por un juicio de su Providencia escogió al joven Samuel. Pero en lugar de instruirlo por sí mismo y entablar directamente coloquio con él, hizo que recurriera una y dos veces al anciano Heli (cf. 1 R 3). Quiso que este niño a quien había llamado para vivir en su intimidad fuera formado por un hombre que le había ofendido, por la única razón de ser este un anciano. Y tras haberle juzgado digno de una vocación tan alta, prefirió someterle a la dirección del sacerdote. Es decir, que la vocación de Samuel se la reservó Dios para sí; su formación, en cambio, quiso confiarla al sacerdote Helí. De este modo probaba la humildad de aquel a quien destinaba a un ministerio tan divino, y daba a la juventud en su persona un modelo de sumisión.

XV. También a San Pablo le llamó Cristo por sí mismo y le habló. Mas, pudiendo revelarle en el acto el camino de la perfección, prefirió encaminarlo a Ananías y le ordenó que aprendiera de sus labios la verdad: «Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer» (Hch 9, 6). Le confía, pues, también a un anciano, juzgando preferible que aprenda de su doctrina, antes que enseñarle Él personalmente. Y ello para evitar que lo que hubiera sido justo en el Apóstol no fuera en el porvenir motivo de mal ejemplo para algunos. Pues podría fomentar su arrogancia y pensar que no debían reconocer por maestro y doctor más que a Dios, sin necesidad de sujetarse a la enseñanza de los mayores. El Apóstol nos muestra en sus cartas, no menos que con sus hechos y ejemplos, la repugnancia que debe inspirarnos semejante presunción. Y nos dice que subió a Jerusalén solo con ánimo de examinar y cotejar con sus hermanos y predecesores en el apostolado, en una especie de examen privado y fraternal, la doctrina del Evangelio que él anunciaba a los gentiles, y esto después de verse asistido por la gracia del Espíritu Santo, que acompañaba su predicación con señales y prodigios. «Y yo les expuse —dice— el Evangelio que predico entre los gentiles..., por temor de correr o haber corrido en vano» (Ga 2, 2). ¿Quién será tan presuntuoso y ciego que ose fiarse de su solo juicio y parecer, cuando este vaso de elección atestigua que tuvo necesidad de consultar con sus hermanos de apostolado? Tenemos aquí una prueba fehaciente de que el Señor no muestra a nadie directamente la senda de la perfección, si, teniendo ancianos que se la enseñen, menosprecia su doctrina y magisterio. Este tal no hace caso de aquella palabra de la Escritura que querría el Señor se observara con celo: «Pregunta a tu padre, y te enseñará; a tus ancianos, y te dirán» (Dt 32, 7).

XVI. Hemos de procurar, pues, con empeño, adquirir el bien de la discreción, mediante la virtud de la humildad. Es la única que puede preservarnos de las extralimitaciones, tanto en el vicio como en la virtud, o, lo que es lo mismo, librarnos de las faltas, tanto por exceso como por defecto. No es nuevo el proverbio: ἀκρότητες ἰσότητες —los excesos son iguales—. Dicho de otra manera: los extremos se tocan. El ayunar demasiado y el comer más de lo justo tienen, en definitiva, el mismo resultado y conducen a un mismo fin. Las vigilias inmoderadas no son menos desastrosas para el monje que la pesadez de un sueño prolongado. Y es que las privaciones inmódicas debilitan al hombre hasta sumirle en un estado de total postración y apatía.

He visto con frecuencia a algunos que, habiendo salido victoriosos ante las seducciones de la gula, cayeron fatalmente a consecuencia de ayunos desmedidos. Volvieron al vicio que habían vencido de regalarse en demasía, al darse cuenta de la extrema debilidad a que les había reducido la abstinencia. Otros han caído por haberse entregado más de lo debido a las vigilias indiscretas, pasando noches enteras sin pegar los ojos, cuando el mismo sueño no había podido antes triunfar de su constancia.

Por tanto, según dice el Apóstol, «con las armas de la justicia a diestra y a siniestra» (2 Co 6, 7), guardemos las formas y actitudes razonables. Tomando por norma de vida la discreción, mantengámonos siempre a igual distancia de ambos extremos, sin decantarnos a derecha ni a izquierda. De modo que no abandonando por una parte la práctica de la abstinencia, establecida por nuestros Padres, no caigamos por otra, víctimas de una funesta relajación, en los vicios de la gula y la intemperancia.

BIBLIOGRAFÍA

Burton-Christie, D., Scripture, self-knowledge and contemplation in Cassian's Conferences, en StPatr 25 (1993), pp. 339-45.

Frank, S., Asketischer Evangelismus. Schriftsauslegung bei Johannes Cassian, en Stimuli, Fs. E. Dassmann, ed. G. Schtillgen, C. Scholten, Munster 1996, pp.435-43.

Laird, M. S., Cassian's Conferences Nine and Ten: some observations regarding contemplation and hermeneutics, en RTAM 62 (1995), pp. 145-66.

Riggi, C., La giuntura 'imperium immo consilium' nell'esegesi di Cassiano alla pericope matteana sul giovane ricco (Conl. 24.24), en Esegesi e catechesi nei Padri (secc. I V- VII). Convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pont. Inst. Altioris Latinitatis), Roma 25-27 marzo 1993, ed. S. Felici, BSRel 112, Roma 1994, pp. 121-416.

Stewart, C., Scripture and Contemplation in the Monastic Spiritual Theology of John Cassian, en StPatr 25 (1993), pp. 457-461.

Vannier, M.-A., L'influence de Jean Chrysostome sur l'argumentation scripturaire du De Incarnatione de Jean Cassien, en RevSR 69 (1995), pp. 453-462.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp.

1272-1277.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 358-359.

30. VINCENTE DE LERINS († 459)

ORIGINARIO DE LAS GALIAS, FUE EL MONJE más famoso del monasterio de Lerins, situado en una isla frente a la costa de Niza, eminente en sabiduría y elocuencia. Su obra más conocida, el Commonitorium (instrucciones), escrito hacia 434 con el pseudónimo de Peregrinus, explica el concepto de ortodoxia, que identifica con la tradición apostólica. La herejía sería, por tanto, una deformación de esta. Su obra es importante en cuanto establece las relaciones de la Escritura con la Tradición. Vincente reconoce también que es posible una evolución del dogma, mediante la profundización y la formulación.

TRATADO EN DEFENSA DE LA ANTIGÜEDAD Y UNIVERSALIDAD DE LA FE CATÓLICA (COMMONITORIUM) 1-3.23

I. Propósito del autor

Conforme al dicho y amonestación de la Escritura; Pregunta a tus padres, y ellos te dirán; a tus mayores, y ellos te instruirán (Dt 32, 7), y también: Presta oídos a las palabras de los sabios (Pr 22, 17), y también: No olvides, hijo mío, estas enseñanzas y guarde tu corazón mis palabras (Pr 3, 1), me parece a mí, Peregrino, el más pequeño de los siervos de Dios, que no ha de ser cosa de pequeña utilidad, Dios mediante, consignar por escrito lo que he recibido fielmente de los santos Padres; remedio ciertamente muy necesario a mi propia flaqueza, ya que así tendré a mano con qué reparar por medio de una asidua lectura la fragilidad de mi memoria.

Me anima a esta empresa considerar no solo el fruto del trabajo, sino también el tiempo y la oportunidad del lugar. El tiempo, porque, ya que todas las cosas humanas son arrebatadas por él, nosotros debemos arrebatarle a nuestra vez algo que aproveche para la vida eterna; sobre todo, cuando una terrible expectación del juicio (cf. Hb 10, 27) divino que se avecina impulsa a aumentar los cuidados de la religión, y la fraudulencia de los nuevos herejes reclama (de nuestra parte) gran atención y vigilancia. El lugar también, ya que, evitando el tumulto y las muchedumbres de las ciudades, habitamos una apartada casa de campo y en ella la retirada celda de un monasterio, donde puede cumplirse sin grandes distracciones aquello que se canta en el Salmo: Vivid en sosiego, y ved que yo soy el Señor (Sal 45, 11). El tenor de vida que hemos elegido nos conduce a lo mismo, ya que, arrebatados en otro tiempo por los varios y tristes torbellinos de las batallas del siglo, finalmente, con el favor de Cristo, hemos arribado al puerto de la religión, siempre amigable a todos, para que allí, ahuyentados los vientos de la vanidad y de la soberbia, aplacando a Dios con el sacrificio de la humildad cristiana, no solo podamos evitar los naufragios de la vida presente, sino también

las llamas del siglo futuro.

En el nombre del Señor iniciaré ya lo que me he propuesto: describir, más con fidelidad de cronista que con presunción de autor, lo que nos ha sido entregado por los mayores y poseemos en depósito. Guardaré, sin embargo, esta norma de escribir: no trataré todas las cosas, sino algunas necesarias; y esto, no en estilo elegante y pulido, sino sencillo y ordinario, de suerte que la mayor parte de las cosas más parezcan insinuadas que desarrolladas. Escriban delicada y exquisitamente quienes se sientan llamados a este menester, o por la confianza en su propio ingenio, o en razón de su oficio. Sea suficiente, en cambio, que yo, con el fin de socorrer a mi memoria, o mejor, a mi olvido, haya preparado para mí mismo este commonitorio, al cual me empeñaré, con la gracia de Dios, en corregir y completar cada día, meditando con sosiego cuanto he aprendido. He advertido esto, para que por si acaso se me extraviase y llegase a manos de los santos, no censuren precipitadamente nada que entiendan que va a ser corregido en esta prometida revisión ulterior.

II. Criterio para distinguir la verdad del error

Al inquirir repetidas veces con gran cuidado y suma atención en muchísimos varones eminentes en santidad y doctrina cómo podría distinguir la verdad de la fe católica de la falsedad de la malicia herética por un camino seguro, general en cuanto cabe, y ordinario, recibí siempre de casi todos la siguiente respuesta: que si yo, u otro cualquiera, quisiese descubrir los engaños de los herejes que surgen, evitar sus lazos y permanecer sano e íntegro en la fe sana, con la ayuda de Dios debería fortificar su fe de esta doble forma: primero, con la autoridad de la Ley Divina; después, con la Tradición de la Iglesia Católica.

Llegados a este punto, quizás pregunte alguien: siendo perfecto el canon de las Escrituras y bastándose a sí mismo sobradamente para todas las cosas, ¿qué necesidad hay de que se le añada la autoridad de la interpretación de la Iglesia?

Porque, ciertamente, no todos entienden la Sagrada Escritura, dada su misma profundidad, en un único y mismo sentido, sino que cada cual interpreta sus palabras en forma diversa, de manera que casi llega a parecer que pueden sacarse de allí tantas opiniones como hombres existen. Pues Novaciano la expone de una manera, Sabelio de otra, Donato de otra; Arrio, Eunomio, Macedonio, de otra; de otra manera Fotino, Apolinar, Prisciliano; de otra manera Joviniano, Pelagio, Celestio; de otra manera, finalmente, Nestorio. Y por esta razón, a causa de tantos repliegues de tan variado error, es sumamente necesario que la línea de interpretación (de la doctrina) profética y apostólica se enderece conforme a la norma del sentir eclesiástico y católico.

Más aún, en la misma Iglesia católica ha de cuidarse con esmero que mantengamos aquello que ha sido creído en todas partes, siempre y por todos; esto es lo verdadera y propiamente católico. Así lo declara la misma fuerza e índole del vocablo (católico), que abarca casi universalmente todas las cosas. Sucederá esto ciertamente, si nos adherimos a la universalidad, la antigüedad, el consentimiento. Ahora bien, nos adherimos a la universalidad, si confesamos que es verdadera esta única fe que profesa toda la Iglesia por el orbe de las tierras; a la antigüedad, en cambio, así: si no nos desviamos ni un ápice de aquellos sentidos que es manifiesto que proclamaron los santos mayores y padres nuestros; de la misma manera, también (nos adherimos) al consentimiento, si, en la misma antigüedad, seguimos las definiciones y sentencias de todos o casi todos los sacerdotes, y también de los maestros.

III. Aplicación práctica del criterio formulado

¿Qué hará, pues, el cristiano católico, si alguna partecita de la Iglesia se separase de la comunión de la fe universal? ¿Qué ha de hacer, sino preferir la salud del cuerpo entero a un miembro corrompido y portador de corrupción?

¿Qué hará si algún nuevo contagio se esfuerza por invadir no solo a una partecita, sino a la Iglesia entera? Entonces pondrá todo su afán en permanecer unido a la antigüedad, que de ningún modo puede ya ser seducida por cualquier engaño de novedad.

¿Y si en la misma antigüedad se sorprende el error de dos o tres personas y aún de alguna ciudad o también de alguna provincia? Entonces cuidará a todo trance de anteponer a la temeridad e ignorancia de unos pocos los decretos universales, si los hubiese, de un antiguo concilio universal.

¿Y qué si se suscita una cuestión tal para la que no se halle ninguno de los remedios señalados? Entonces, se dedicará a consultar e interrogar, comparándolas entre sí, las sentencias de los mayores, solamente de aquellos que, aunque (pertenecientes) a diversos tiempos y lugares, sin embargo, por haber perseverado en la comunión y en la fe de la única Iglesia católica, han sido tenidos como maestros acreditados; y cuanto conociese que ellos —no uno o dos solo, sino todos juntamente— han mantenido, escrito y enseñado abierta, frecuente y perseverantemente en un único y mismo acuerdo, tenga entendido que eso es también lo que el ha de creer sin ninguna vacilación.

XXIII. La explicitación de la doctrina de la fe

Quizá diga alguien: ¿acaso no puede haber ningún progreso en la religión de la Iglesia de Cristo? Haya, sí, un claro y grande progreso, pues, ¿quién sería tan envidioso de los hombres y tan aborrecible a Dios, para tratar de impedirlo? Mas sea de tal modo que haya progreso de la fe, no cambio. Es propio del progreso que cada cosa se amplíe en sí misma, y es propio del cambio que una cosa se transforme en otra. Crezca, pues, y progrese amplia y dilatadamente la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de todos y de cada uno, tanto de un solo hombre como de la Iglesia entera en el decurso de las épocas y de los siglos; pero permanezca siempre en su género, es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y en la misma significación.

Imite la religión de las almas la cualidad de los cuerpos, los cuales, aunque con el correr de los años desarrollan y despliegan sus proporciones, permanecen, sin embargo, los mismos que eran antes. Mucho va de la niñez en flor a la madurez; sin embargo, se convierten en ancianos aquellos mismos que fueron adolescentes, de forma que, aunque cambie la estatura y el porte mismo del hombre, permanece una misma e idéntica su naturaleza, una misma e idéntica su persona. Los miembros de los lactantes son pequeños, grandes los de los jóvenes; son, sin embargo, los mismos. Los adultos tienen los mismos miembros que los niños y si hay algo que aparece en la época de la madurez, ya existía virtualmente en el germen, de forma que nada nuevo aparece en los ancianos que ya no estuviese latente en los niños.

Por tanto, es evidente que esta es la recta y legítima ley del progreso, este el orden determinado y hermosísimo del crecimiento: que el curso de los años despliegue en los mayores las mismas partes y formas que la sabiduría del Creador había grabado de antemano en los niños. Y si la fisonomía humana se convirtiese más tarde en otra que no fuese de su especie, o se le añadiese algo en el número de los miembros, o se le quitase, el cuerpo entero perecería, o se tornaría en monstruoso o, al menos, se debilitaría. Así también es menester que el dogma de la religión cristiana cumpla estas leyes de los crecimientos: que se consolide con los años, que se desarrolle con el tiempo, que se engrandezca con la edad, que, sin embargo, permanezca incorrupto y sin mancha, que esté completo y perfecto en todas las dimensiones de sus partes y, por así decir, en todos sus miembros y sentidos propios; finalmente, que no admita alteración de ningún género, ningún menoscabo de su carácter específico, y no tolere variación alguna de lo ya definido.

Pongamos un ejemplo: nuestros mayores sembraron antaño en este campo de la Iglesia el trigo de la fe. Es ilógico e inicuo que nosotros, sus descendientes, recojamos en vez del trigo de la verdad auténtica, el error de la cizaña sembrada fraudulentamente. Por el contrario, es lógico y justo que del crecimiento de aquella siembra de trigo cosechemos también la mies del dogma, trigo puro, sin disentir nosotros —los postreros— de quienes fueron los primeros, de forma

que, cuando en el transcurso del tiempo se desarrolle algo de aquellos gérmenes primeros, sea bien recibido y cultivado, pero no se cambie nada de la propiedad del germen: aunque adquiera belleza, forma, esplendor, permanezca idéntica la naturaleza de cada especie.

No permita Dios que aquellos vergeles de rosas del sentir católico se conviertan en cardos y espinas. No permita Dios, repito, que, en este espiritual paraíso, de los retoños del cinamomo y el bálsamo broten inesperadamente la yerba y el aconito. Así pues, cuanto ha sido sembrado por la fe de los Padres en este campo de la Iglesia de Dios, eso mismo debe ser custodiado y cultivado por el celo de los hijos, eso mismo debe florecer y granar, eso mismo se desarrolle y perfeccione.

Por lo tanto, es lícito que en el decurso del tiempo aquellos antiguos dogmas de la filosofía celestial sean desbastados, pulimentados, trabajados con esmero; pero es ilícito que sean alterados, es ilícito que sean truncados, es ilícito que sean mutilados. Reciban evidencia, luz, precisión, pero es necesario que mantengan su plenitud, su integridad, su peculiaridad. Y si se fuese indulgente —aunque solo fuese por una vez— con el engaño impío, me horroriza describir el grave peligro de destrozar y aniquilar la religión que se seguiría: tras ceder en una parte cualquiera del dogma católico, se cederá también en otras y en otras como cosa ya lícita y exigida por la costumbre. Así, una vez rechazadas una a una las partes, ¿qué otra cosa se seguirá al final, sino que igualmente se rechazará el todo? Si comienzan a mezclarse cosas nuevas con antiguas, extrañas con propias, profanas con sagradas, es inevitable que esta costumbre se propague a todas partes, de forma que en lo sucesivo nada quedará intacto en la Iglesia, nada inviolado, nada íntegro, nada inmaculado, sino que donde antes estaba el santuario de la verdad casta e incorrupta, habrá después un lupanar de errores impíos y torpes. Que la divina misericordia aparte esta maldad de las mentes de los suyos, y sea este desatino exclusivo de los impíos.

La Iglesia de Cristo, en cambio, custodio solícito y prudente de los dogmas a ella confiados en depósito, nada cambia jamás en estos, nada disminuye, nada añade;

no suprime las cosas necesarias, no adjunta cosas superfluas; no deja perder lo propio, ni usurpa lo ajeno, sino que con toda diligencia pone todo su empeño solo en esto: con estudio fiel y sabio de las cosas antiguas, pulir y precisar lo que antes estaba informe y esbozado; confirmar y consolidar lo que estaba ya expreso y desarrollado; custodiar lo ya confirmado y definido. Por último, ¿qué otra cosa pretendió jamás (la Iglesia) con los decretos de los Concilios, sino que aquello que se creía antes, esto mismo se creyese después con mayor diligencia, que aquello que antes se predicaba con descuido, esto mismo se predicase después con mayor vigor; que aquello que antes se veneraba con gran seguridad, eso mismo se venerase después con mayor solicitud?

He aquí lo que, provocada por las novedades de los herejes, ha realizado en todo tiempo la Iglesia con los decretos de sus Concilios. Esto y nada más que esto: consignar por escrito para la posteridad aquello que antes había recibido de los mayores solo por tradición, condensando en pocas palabras una gran cantidad de cosas y, con frecuencia, para mayor claridad de comprensión, sellando con la precisión de un término nuevo el sentido nada nuevo de la fe.

BIBLIOGRAFÍA

Commonitorio ; Estratti, ed. C. Simonelli, Milano 2008.

Il commonitorio, ed. C. Colafemmina, Alba (CN) 1968.

El conmonitorio : apuntes para conocer la fe verdadera, ed. M. Morera, Madrid 1976.

Tratado en defensa de la antigüedad y universalidad de la fe católica, ed. L.F. Mateo-Seco, Pamplona 1977.

Commonitorium adversus haereticos, oder, Mahnschrift gegen die Irrlehrer, ed. U. Uhl, Kirchen an der Sieg 1972.

31. LEÓN MAGNO (390-461)

SAN LEÓN MAGNO, PRIMERO ARCHIDIÁCONO desde 430, y enviado en misión diplomática a las Galias, después fue Papa (440-461). Es muy conocida su entrevista con Atila (452), al que convenció para que se retirase de Italia. Fue notable su actividad como Pontífice: su predicación al clero y al pueblo de Roma, la reorganización del culto y otros aspectos de la vida ecesiástica, la lucha contra las herejías, la afirmación del primado romano a través de las intervenciones de sus legados y con sus escritos. En estos últimos, León muestra un gran conocimiento y cierta dependencia de san Agustín. Se conservan 96 sermones dedicados a diversos momentos del año litúrgico. Tenemos también una colección de 173 cartas que tratan sobre cuestiones oficiales de la vida eclesiástica. León no se preocupó de sistematizar la hermeneútica bíblica, pero el influjo de Agustín, también en el campo exegético práctico, es decisivo.

Tras el concilio de Éfeso, los monofisitas o eutiquianos afirmaron que después de la unión, la divinidad absorbe la humanidad, quedando así vacía de sentido la afirmación de que Cristo era verdadero hombre. Uno de los defensores de la ortodoxia, el patriarca de Constantinopla Flaviano, fue defendido por el Papa León, con su Tomus ad Flavianum, en el que sostiene explícitamente que hay una sola persona en Cristo, como ya habían dicho Tertuliano y, sucesivamente, Agustín en occidente.

Más que presentar un texto exegético, hemos preferido reproducir un documento muy importante doctrinalmente, en el que se encuentran muchas citas bíblicas empleadas aquí para sostener las posiciones doctrinales.

CARTA XXVIII A FLAVIANO, (TOMUS AD FLAVIANUM)

Habiendo leído tu cariñosa carta, nos ha sorprendido que haya tardado tanto y por fin, después de haber revisado la relación de las actas episcopales, hemos conocido el escándalo que se ha originado entre vosotros contra la integridad de la fe. Y lo que antes parecía oculto, ahora se nos ha manifestado abiertamente.

Por esto, Eutiques, que parecía digno del nombre de presbítero, se muestra muy imprudente y demasiado ignorante, de modo que también de él podría decirse aquello del profeta: renunció a ser sensato, a hacer el bien. Solo maquina iniquidad sobre su lecho (Sal 36, 4b-5a). Pues ¿hay algo más inicuo que el deleitarse en las impiedades y no rendirse a los que son más sabios y más doctos que uno mismo? Sin embargo en esta insensatez caen los que están impedidos para conocer la verdad por una cierta ceguera y aquéllos que no recurren ni a las advertencias de los profetas, ni a las cartas de los apóstoles ni a la autoridad de los Evangelios, sino a sí mismos. Se erigen como maestros del error, precisamente porque no han sido discípulos de la verdad. Pues ¿qué conocimiento ha adquirido de las páginas sagradas del Nuevo y del Antiguo Testamento el que ni siquiera comprende lo elemental del mismo Símbolo? Y lo que proclama la voz de todos los que van a ser regenerados por el mundo entero, aún no es aceptado por el corazón de ese anciano.

Pues, no sabiendo Eutiques qué debía pensar acerca de la Encarnación del Verbo de Dios y no queriendo, para merecer luz sobre su comprensión, trabajar en el amplio campo de las Santas Escrituras, al menos debería haber aceptado con oído atento, aquella común y unánime confesión mediante la cual la universalidad de los fieles hace su profesión de fe: que creen en Dios Padre todopoderoso, y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que nació del Espíritu Santo y de María Virgen. Con estas tres afirmaciones se destruyen las maquinaciones de casi todos los herejes.

Pues al creer en Dios, Todopoderoso y Padre, queda patente que el Hijo es coeterno con el mismo Dios, no diferenciándose en nada del Padre, porque es Dios de Dios, Todopoderoso de Todopoderoso; nació coeterno del Eterno; no es posterior en el tiempo ni inferior en poder, ni desigual en gloria, ni divisible en su esencia. El mismo Hijo, Unigénito del eterno Padre, siendo eterno, nació del Espíritu Santo y de María Virgen. Este nacimiento temporal no menoscabó en nada a aquel nacimiento divino y eterno, ni nada le añadió (cf. Si 42, 21), sino que este Hijo se consagró totalmente a la restauración del hombre que había sido engañado, para vencer a la muerte y destruir por su propio poder al diablo, que tenía el imperio de la muerte. Ciertamente, nosotros no podríamos vencer al autor del pecado y de la muerte si Aquél no hubiera asumido nuestra propia naturaleza y la hubiera hecho suya, Aquél a quien ni el pecado ni la muerte pudo contaminar ni retener. Más aún, fue concebido del Espíritu Santo dentro del útero de una madre virgen, la cuál le dio a luz de la misma manera que lo concibió, salvada su virginidad.

Y, aunque no hubiese podido sacar de esta limpísima fuente de la fe cristiana su comprensión exacta porque, con su propia obcecación había oscurecido el esplendor de la diáfana verdad, debería haberse sometido a la doctrina evangélica, según dice san Mateo: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham (Mt 1, 1). Tenía que haber buscado también la instrucción de la predicación apostólica leyendo la carta a los Romanos: Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios que ya había prometido por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David, según la carne (Rm 1, 1-3). Y tenía que haber contrastado su paternal solicitud con las páginas proféticas encontrando en las Escrituras la promesa de Dios a Abraham que dice: En tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra (Gn 12, 3; 22, 18); para que no dudara de la señal de esta descendencia, tenía que haber seguido al Apóstol que dice: Las promesas fueron dirigidas a Abraham y a su descendencia. No dice «y a los descendientes» como si fueran muchos, sino a uno solo «a tu descendencia», es decir a Cristo (Ga 3, 16-17). También tenía que haber aprendido la profecía de Isaías con su oído interior: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (Is 7, 14), que significa: Dios con nosotros (Mt 1, 23). Y tenía que haber leído con más

fidelidad las palabras de ese mismo profeta: Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro y se llamará su nombre «Maravilla de consejero», «Dios fuerte», «Príncipe de la paz», «siempre Padre» (Is 9, 5) en vez de hablar engañosamente hasta llegar a decir que el Verbo se hizo carne como si tuviera forma de hombre y, engendrado en el seno de una virgen, no tuviera la realidad del cuerpo de su madre. ¿Pensaría que Nuestro Señor Jesucristo no era de nuestra naturaleza, ya que el ángel enviado a la bienaventurada María, siempre virgen, dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios (Lc 1, 35)? Y si fue concebido de una virgen por obra divina, entonces la carne del concebido no ha sido de la misma naturaleza de la que lo concibió. Pero aquella generación, tan excepcionalmente admirable y tan admirablemente excepcional, no hay que comprenderla así, de forma que por lo novedoso de la creación, quedara excluido lo específico de la generación (cf. Pr 9, 1). Pues el Espíritu Santo dio la fecundidad a la Virgen, pero la realidad de su cuerpo fue tomada de otro cuerpo. Y construyendo la Sabiduría su propia casa, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14), es decir, en esa carne que asumió del hombre y que animó con un espíritu de vida racional.

Pues bien, salvado lo específico de una y otra naturaleza [divina y humana] y uniéndose a una única persona, la humildad fue asumida por la majestad, la debilidad por la fortaleza y la mortalidad por la eternidad. Para pagar la deuda de nuestra condición, la naturaleza invulnerable se unió a una naturaleza capaz de sufrir. Así un único y mismo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (cf. 1 Tm 2, 5), podría, por hombre, morir y, por ser Dios, no morir; nuestros remedios requerían eso. Pues en una íntegra y perfecta naturaleza de hombre verdadero, nació Dios verdadero, completo en las cosas divinas, completo en las cosas nuestras. Como «nuestras» entendemos las que desde el comienzo el Creador puso en germen en nosotros y las que asumió para ser reparadas. Aquéllas que el Mentiroso inspiró y que el hombre, engañado, aceptó no dejaron ninguna huella en el Salvador. Y no por haber asumido la comunión con las debilidades humanas, se hizo partícipe de nuestros pecados. Asumió la condición de esclavo (cf. Flp 2, 6-11) sin la mancha del pecado (cf. Hb 4, 15), robusteciendo lo humano sin disminuir lo divino, porque aquel vaciamiento por el que el Invisible se mostró visible y el Creador y Señor de todas las cosas quiso ser uno de los mortales fue inclinación de misericordia y no falta de poder.

Por tanto, el que permaneciendo en la condición divina hizo al hombre, es el mismo que se hizo hombre en la condición de esclavo. Así, cada naturaleza conserva su propiedad sin defecto; y como la condición divina no suprime la condición de siervo, así la condición de siervo no disminuye la condición divina. En vista de que el diablo se jactaba de que el hombre, engañado por su astucia, había sido privado de los dones divinos, y, desprovisto del don de la inmortalidad, había afrontado la dura sentencia de la muerte y ya que presumía de que el mismo hombre había encontrado una especie de consuelo en sus males, aliándose con el prevaricador, y de que Dios, por razón de justicia para con el hombre, al que en tanto honor había puesto, había cambiado su propia sentencia, fue necesario que, por disposición del plan oculto, el Dios inmutable, cuya voluntad no puede carecer de bondad, llevase a plenitud su primer designio de amor, y que el hombre, arrastrado por la malicia del pecado diabólico, no pereciera en contra del propósito divino.

Por consiguiente, el Hijo de Dios penetra en lo débil del mundo, descendiendo desde la sede celestial y no dejando la gloria del Padre en su nueva condición: engendrado con un nuevo nacimiento. En una nueva condición, porque el invisible en sus atributos se hizo visible en los nuestros; el incomprensible, quiso ser comprendido; el que existía antes del tiempo, comenzó a existir en el tiempo; el Señor del universo, velada la inmensidad de su majestad, asumió la condición de esclavo. Dios, incapaz de padecer, no desdeñó ser un hombre capaz de sufrir y siendo inmortal, no relegó someterse a las leyes de la muerte. Fue engendrado en un nacimiento verdaderamente nuevo porque, una virginidad inviolada, que no conoció la concupiscencia, le proporcionó la materialidad de su cuerpo. De la Madre del Señor fue asumida la naturaleza, no la culpa; y en el Señor Jesucristo, nacido del seno de la virgen, y aún siendo admirable su nacimiento, no por ello la naturaleza es distinta de la nuestra. Pues el que es Dios verdadero, él mismo es hombre verdadero y no hay ninguna falsedad en esta unidad, ya que se compenetran mutuamente tanto la humildad del hombre como la grandeza de la divinidad. En efecto, como Dios no cambia por su abajamiento, así tampoco el hombre queda consumido por adquirir tal dignidad. Pues cada naturaleza obra en comunión con la otra lo que le es propio; es decir, cuando obra el Verbo, obra lo que es propio del Verbo y cuando obra la carne, obra lo que es propio de la carne. Una de ellas resplandece en los milagros y la otra sucumbe bajo las

injurias. Y como el Verbo no se aparta de la igualdad de la gloria del Padre, así tampoco la carne abandona la naturaleza de nuestro linaje. Uno solo y el mismo es verdaderamente el Hijo de Dios y verdaderamente Hijo del Hombre, lo que ha de afirmarse a menudo. Dios, porque en el principio existía el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios (Jn 1, 1); y hombre, porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14); Dios, porque todas las cosas se hicieron por él y sin él nada se ha hecho (Jn 1, 3); y hombre, porque nació de una mujer, nació bajo la ley (cf. Ga 4, 4). El nacimiento en carne es manifestación de la naturaleza humana; el parto de una virgen es señal del poder divino. La infancia del niño se muestra en la humildad de la cuna (cf. Lc 2, 7); la grandeza del Altísimo se manifiesta por las voces de los ángeles (cf. Lc 2, 13). Es semejante, en las carencias de los hombres, Aquél al que Herodes planea matar sacrílegamente (cf. Mt 2, 16), pero es el Señor de todas las cosas Aquél al que los magos se gozan en adorar humildemente. En cuanto llegó al bautismo de Juan, precursor suyo (cf. Mt 3, 13), para que no se ocultara que la divinidad estaba cubierta por el velo de la carne, la voz del Padre, resonando desde el cielo, dijo: Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Mt 3, 17). Así, al que la astucia diabólica tienta como hombre, a ése mismo, las cortes angélicas sirven como Dios (cf. Mt 4, 1; 11). Tener hambre, sed, cansarse y dormir es, evidentemente, propio del hombre; pero con cinco panes saciar a cinco mil hombres (cf. Jn 6, 12), dar con generosidad el agua viva a la samaritana (cf. Jn 4, 10), que permite al que bebe de este agua no tener ya más sed, andar sobre la superficie del mar sin hundirse los pies (cf. Mt 14, 25) y, una vez increpada la tempestad (cf. Lc 8, 24), abatir la bravura de las olas, esto, sin ambigüedad, es propio de Dios.

Por consiguiente, y dejando a un lado otras muchas cosas, no es de la misma naturaleza llorar con amor de compasión al amigo muerto (cf. Jn 11, 35) y a este mismo llamarlo de nuevo a la vida con el poder de su voz, una vez movida la piedra, después de cuatro días en la sepultura (cf. Jn 11, 43); o colgar en una cruz y, convertida la luz en noche, hacer temblar los cimientos [de la tierra] o ser traspasado por los clavos y abrir las puertas del paraíso a la fe del ladrón (cf. Lc 23, 43); así tampoco es de la misma naturaleza decir el Padre y yo somos uno (Jn 10, 30) y decir el Padre es más grande que yo (Jn 14, 18). Aunque en el Señor Jesucristo, la persona divina y humana es una sola, sin embargo existe otro principio, de donde la ignominia es común y también la gloria, tanto en una como en otra naturaleza.

En efecto, por su origen humano, tiene una humanidad inferior al Padre; por su origen divino, tiene una Divinidad igual al Padre.

Por tanto, para entender esta unidad de persona en cada una de las dos naturalezas, se lee que el Hijo del hombre descendió del cielo (cf. Jn 3, 13); después asumió una carne de esa virgen de la que nació; y, una vez más, se dice que el Hijo de Dios fue crucificado y sepultado, al haber sufrido esto no en la divinidad misma, por la que el Unigénito es coeterno y consustancial al Padre, sino en la debilidad de la naturaleza humana.

De ahí que todos confesemos también en el Credo, que el Hijo Unigénito de Dios fue crucificado y sepultado, según aquello del apóstol: Si lo hubieran conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria (1 Co 2, 8). Nuestro Señor y Salvador en persona, instruye la fe de sus discípulos con sus propias preguntas: ¿Quién dicen los hombres que soy yo, el Hijo del hombre (cf. Mt 16, 14)? y una vez que le hubieron mostrado las distintas opiniones de los demás, les dice: Pero nosotros ¿quién decís que soy yo (Mt 16, 15)? Yo que soy el Hijo del hombre y al que veis bajo la condición de esclavo y en la verdad de la carne ¿quién decís que soy yo? Entonces, el bienaventurado Pedro, por inspiración divina y para servir a todas las gentes con su propia confesión, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt 16, 16). No sin merecerlo fue proclamado dichoso por el Señor y sacó de la roca originaria la solidez no solo de su virtud, sino también de su nombre. Este, por revelación del Padre, confesó que el mismo Hijo de Dios es también Cristo, porque haber asumido lo uno sin lo otro, no aprovechaba para la salvación y resultaba igualmente peligroso el haber creído que el Señor Jesucristo era meramente Dios sin ser hombre o solamente hombre sin ser Dios. Sin embargo, después de la Resurrección del Señor, que ciertamente fue de su cuerpo verdadero, puesto que no es distinto el resucitado de aquél que había sido crucificado y muerto, ¿qué otra cosa se obró en el espacio de los cuarenta días sino la purificación de nuestra fe de toda duda? Pues, hablando con sus discípulos, viviendo con ellos, comiendo con ellos (cf. Hch 1, 14) y dejándose tocar con amor y cuidado por los que la duda sobrecogía, entraba, estando las puertas cerradas, hasta dónde estaban los discípulos y,

exhalando su soplo, les trasmitía el Espíritu Santo y, una vez dada la luz de la inteligencia, les abría los secretos de las Sagradas Escrituras (cf. Lc 24, 45); él mismo les mostraba de nuevo las heridas del costado, los agujeros de los clavos y todas las huellas de su muy reciente pasión diciendo: Mirad mis manos y mis pies, porque soy yo. Palpad y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que tengo yo (Lc 24, 39), para que se reconociera que en él, la propiedad de la naturaleza divina y humana permanecía indivisa y así supiéramos que el Verbo no es solo carne y confesáramos que el único Hijo de Dios es el Verbo y también carne.

En este misterio de fe, ese Eutiques, ha de ser tenido como demasiado ignorante, él, que no reconoció nuestra naturaleza en el Unigénito de Dios, ni por la humildad de su mortalidad ni por la gloria de su Resurrección, y no temió la expresión del bienaventurado apóstol, del evangelista Juan que dice: Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ése es el anticristo (1 Jn 4, 2-3). Pero ¿qué es dividir a Jesús sino separar su naturaleza humana y vaciar el misterio por el cual hemos sido salvados, oscureciendo con vergonzosísimas elucubraciones lo que se refiere a la naturaleza del cuerpo de Cristo? Es inevitable que también desatine con la misma obcecación en lo que se refiere a su pasión, pues si no piensa que la cruz del Señor ha sido falsa y si no duda de que el suplicio asumido para la salvación del mundo (cf. Jn 6, 52) ha sido verdadero, entonces que reconozca también la carne, cuya muerte cree. El que reconoce que fue hombre capaz de sufrir, que no le niegue que es un hombre con un cuerpo como el nuestro, porque la negación de la verdadera carne conlleva también la negación de la pasión en su cuerpo.

Por consiguiente, si acepta la fe cristiana y no cierra el oído a la predicación del Evangelio, vea cuál fue la naturaleza traspasada por los clavos, cuál la que ha quedado colgada del árbol de la cruz y que, cuando contemple el costado abierto del crucificado por la lanza del soldado, entienda de dónde ha salido sangre y agua para regar la Iglesia de Dios por el baño y por la copa (cf. Jn 19, 34). Que escuche al bienaventurado apóstol Pedro predicando que la santificación del Espíritu se realiza por la aspersión de la sangre de Cristo y no lea a la ligera las palabras del mismo apóstol que dice: Sabed que no habéis sido rescatados con

plata o con oro corruptibles, recibido de vuestros padres, sino al precio de la sangre, como de cordero sin defecto ni mancha, Jesucristo (cf. 1 P 1, 18-19). Tampoco rechace el testimonio del apóstol Juan que dice: Y la sangre de Jesús, Hijo de Dios, nos purifica de todo pecado (1 Jn 1, 7). Y de nuevo: Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. Y ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el que vino por el agua y por la sangre: Jesucristo; no solamente en el agua, sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, que el Espíritu es la Verdad. Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre y los tres son uno (1 Jn 5, 4-8). El Espíritu de la santificación, la sangre de la Redención y el agua del bautismo, porque los tres son uno y permanecen indivisos y ninguno de ellos existe separado de la íntima comunión. La Iglesia Católica vive de esta fe, se nutre de ella, de modo que en Jesucristo no se cree en la humanidad sin creer en una verdadera divinidad y no se cree en la divinidad sin creer en una verdadera humanidad.

Pero, puesto que Eutiques ha respondido a la apelación de vuestro examen diciendo: «Confieso que antes de la unión, Nuestro Señor tuvo dos naturalezas; después de la unión, una única naturaleza». Me sorprendo de que los jueces no hayan censurado con ninguna objeción la confesión de Eutiques, tan absurda y tan perversa, y de que sobre una afirmación excesivamente necia y blasfema, se haya hecho silencio de este modo, como si nada de lo que se hubiera oído nos ofendiera. Tan impíamente se dice que el Hijo Unigénito de Dios, antes de la Encarnación tenía dos naturalezas, como nefastamente se le atribuye una única naturaleza después que el Verbo se hizo carne (cf. Jn 1, 14).

Y para que Eutiques no considere que lo que ha dicho es ortodoxo, o al menos no heterodoxo, porque no ha sido refutado por ninguna sentencia vuestra, apelo, queridísimo hermano, al celo de tu solicitud, para que, si por inspiración de la misericordia de Dios, le llega un deseo de retractación, la imprudencia de este hombre ignorante se purifique e incluso se libre de esa peste de su modo de pensar. Este, como revelaron las actas, había empezado a apartarse felizmente de su creencia falsa forzado por vuestra opinión, cuando afirmaba que decía lo que antes no había dicho y que hallaba descanso en esta fe de la que se había alejado. Pero, al no haber querido propiciar el acuerdo, para anatematizar su dogma

impío, vuestra fraternidad comprendió que él se obstinaba en su error contra la fe y era digno de recibir un juicio de condenación.

Si se duele de esto, lealmente y con provecho, si reconoce, aunque tarde, con cuánta buena intención se ha conmovido la autoridad, y si, para su total readmisión, rechaza todas las cosas que él ha pensado mal, de viva voz y firmando también la presente carta, la misericordia nada reprochará al arrepentido, por mucha que haya sido la culpa, porque Nuestro Señor, el verdadero y Buen Pastor que dio su vida por sus ovejas (cf. Jn 11, 10) y que vino a salvar las almas de los hombres, no a perderlas (cf. Lc 9, 56; Mt 18, 11), quiere que nosotros seamos imitadores de su bondad, de modo que la justicia corrija a los que se equivocan, pero la misericordia no rechace a los que se arrepienten.

Por último, la verdadera fe se defiende con muchísimo fruto cuando una opinión falsa es condenada por los que antes eran sus seguidores. Pero para llevar a buen término, con justicia y con fidelidad, todo el proceso, os enviamos, en lugar nuestro, a nuestros hermanos, el obispo Julio y el presbítero Renato, del título de san Clemente, así como a mi hijo, el diácono Hilario. A estos añadirnos a Dulcidio, nuestro notario, cuya fe tenemos bien probada. Confiamos que la ayuda divina va a estar muy presente para que este que estaba equivocado se salve, después de haber rechazado su opinión errada. Dios te guarde sano y salvo, hermano queridísimo. Dada en los idus de junio [13 de junio de 449], siendo cónsules los ilustrísimos Asturio y Protógene.

BIBLIOGRAFÍA

Campione, A., Sulla presenza della Scrittura nelle epistole dei papa prima di Leone Magno, en ASE 7 (1990), pp. 467-83.

Dolle, R., Écritures Saintes, S. Leon, en DSp 4 (1960), pp. 158-159.

Dolle, R., Saint Léon le Grand, commentateur de la Passion, en AsSeign 34 (1963), pp. 78-97.

Granata, A., Note sulle fonti di S. Leone Magno, en RSCI 14 (1960), pp. 263-82.

Lauras, A., Saint Léon le Grand et l'Écriture Sainte, en StPatr 6 (1959), pp. 127-140.

Murphy, F. X., The Sermons of Pope Leo the Great, Content and Style, en Preaching in the Patristic Age. FS W. J. Burghardt, ed. D.G. Hunter, New York 1989, pp. 183-197.

Quiter, E., Der Papst ist Petrus -- ein bildhafter Vergleich, ein Anachronismus oder eine begründbare Identität?, en ThGl 62 (1972), pp. 426-438.

Rieux, G., Le temps du salut chez saint Léon, en BLE 44 (1993), pp. 95-112.

Studer, B., Die Einflüsse der Exegese Augustins auf die Predigten Leos des Grossen, en Forma Futuri: Studi Card. M. Pellegrino, Torino 1975, pp. 915-930.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1287-1289.

32. CESÁREO DE ARLÉS (469/470-542)

TRAS UN BREVE TIEMPO DE VIDA EREMÍTICA EN LERINS, Cesáreo fue sacerdote y obispo (502) de Arlés. Estuvo implicado en la larga controversia pelagiana. Su actividad pastoral se desarrolló bajo la guía del ideal ascético lerinense. Exponente del sermo humilis, su estilo estuvo modelado por la lectura de la Biblia. Su género literario son los sermones, en los cuales recurre constantemente a Orígenes y Agustín. De estos dos autores ha tomado ideas y fragmentos. De su método exegético no existen prácticamente estudios. El texto que presentamos es una exhortación a la lectura de la Biblia.

SERMONES I, 10-12; VII, 1-2; VIII, 1-3.

I. 10. Para librarnos, por tanto, de esta condena y merecer ser contados como justos de memoria eterna, prediquemos la palabra de Dios cuanto podamos, no solo en las fiestas mayores, sino también todo domingo en los demás tiempos. Y haced leer un pasaje de la Escritura divina no solo en la iglesia, sino a la mesa, como ya sugerí antes. Y en nuestra conversación, en nuestras reuniones, en los viajes, allá donde nos encontremos, esforcémonos por sembrar la palabra de Dios en los corazones de fieles e infieles, repudiando las ociosas fábulas y los chistes mordaces; de modo que merezcamos sacar de la buena tierra el cien, el sesenta y el treinta por uno de fruto (cf. Mt 13, 8), y del campo que se nos ha confiado no haya que atar las espinas o cizaña para la hoguera, sino que se recoja trigo para poner felizmente en el hórreo celestial (cf. Mt 13, 30). Pues oigamos qué osó responder, al Señor cuando volvió, aquel siervo inútil que recibiendo el talento no quiso invertirlo. Le dijo: Escondí en tierra tu talento (Mt 25, 25). ¿Qué es esconder el talento bajo tierra, sino sofocar la palabra de Dios con ocupaciones terrenas? Así se cumplió lo que estaba escrito: La habitación terrena apesadumbra el ánimo con muchas preocupaciones (Sb 9, 15). Se ha de temer también que nos suceda lo que está escrito en los evangelios sobre las espinas y la semilla de la palabra: Crecieron, dice, las espinas, esto es, las preocupaciones del mundo, y sofocaron (Mt 13, 7) lo que había sido sembrado.

11. Sin embargo, piadosísimos señores, si atendemos diligentemente a las lecturas que se recitan en las ordenaciones de obispos, tenemos de dónde sacar la máxima compunción. ¿Qué es lo que se lee en el evangelio, sino aquello de lo que hace poco hablé: Pedro, Pedro, dice, apacienta mis ovejas; y por tercera vez: apacienta mis ovejas (Jn 21, 17)? ¿Acaso dijo: por tu presencia cultiva las viñas, por tí mismo gobierna las haciendas, ejercita los cultivos de la tierra? No dijo esto, sino apacienta mis ovejas. ¿Y qué lectura de los profetas se proclama en la ordenación del pontífice? Yo te he puesto como centinela de la casa de Israel (Ez 3, 17). No dijo: intendente de las viñas, de las haciendas, o capataz agrícola; dijo centinela, sin duda de las almas.

12. Pero quizá alguno diga: No soy elocuente y por tanto no puedo tratar nada sobre las sagradas Escrituras. Incluso si es así, Dios no nos pide lo que no podemos cumplir. Y esto no es obstáculo para los sacerdotes, de modo que si alguno poseía alguna elocuencia profana, no conviene que el obispo predique con tal retórica que solo puede alcanzar la inteligencia de unos pocos. ¿Alguien puede, solo por propia elocuencia, explicar y exponer las oscuridades del Nuevo o del Antiguo Testamento, y presentar la profundidad de las sagradas Escrituras? Sin duda, si quiere, puede argüir a los borrachos, castigar a los adúlteros, amonestar a los soberbios. ¿Quién es el sacerdote, no diré obispo, que no pueda decir a sus pueblos: No digáis falso testimonio, porque está escrito: El testigo falso no quedará impune (Pr 19, 5); no mintáis, porque está escrito: La boca que miente mata el alma (Sb 1, 11); no juréis, porque está escrito: Quien jura mucho se llenará de iniquidad (Si 23, 12); no os envidiéis unos a otros, porque está escrito: Por la envidia del diablo entró la muerte en el orbe de la tierra (Sb 2, 24); no os ensoberbezcáis, porque está escrito: Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes (St 4, 6; 1 P 5, 5); no alberguéis odio en vuestro corazón, porque está escrito: El que odia a su hermano es un homicida (1 Jn 3, 15) y camina en las tinieblas (1 Jn 2, 11); que nadie, con osadía sacrílega y temeridad profana, obligue a beber a otro en su convite más de cuanto conviene, por aquello que está escrito: los borrachos no heredarán el Reino de Dios (1 Co 6, 10). [...]

VII.1. Con la ayuda de Cristo, hermanos queridísimos, acoged siempre la lectura de la divina Escritura con corazón ávido y sediento, de modo que vuestra fidelísima obediencia sea para nosotros un gozo espiritual; pero si queréis que las sagradas Escrituras os sean dulces y, según lo que conviene, os aprovechen a los divinos mandatos, sustraeros algunas horas de las ocupaciones del mundo, durante las cuales, releyendo en casa las palabras divinas, os consagréis por completo a la misericordia de Dios, para que se realice en vosotros felizmente lo que está escrito del varón santo, que Medita en la ley del Señor día y noche (Sal 1, 2); y aquello que dice: Dichosos los que guardan sus dictámenes, los que le buscan de todo corazón (Sal 118, 2), y: Dentro del corazón he guardado tu promesa, para no pecar contra ti (Sal 118, 11). Como, en efecto, habéis oído que aquel que guarda en su corazón las palabras de Dios no peca, así el que no las guarda, no deja de pecar.

Si a los comerciantes no les basta buscar la ganancia de una sola mercancía, sino que compran muchas para aumentar la oferta, y los agricultores tratan de sembrar distintas clases de semillas para poder disponer de suficiente alimento para sí y para los suyos, cuánto más en las ganancias espirituales no os debe bastar el oir las lecturas divinas en la iglesia, sino que debeis insistir en la lectura divina en casa, en vuestras reuniones, y, cuando los días son breves, también algunas horas en la noche, de modo que podáis almacenar el trigo espiritual en el hórreo de vuestro corazón, y añadir las perlas de las Escrituras al tesoro de vuestras almas, para que cuando lleguemos en el día del juicio ante el tribunal del eterno juez, como dice el Apóstol, se nos encuentre vestidos y no desnudos (2 Co 5, 3).

2. Poned mucha atención en esto, hermanos queridísimos, porque las divinas escrituras son como cartas enviadas desde nuestra patria. Nuestra patria es el paraíso, nuestros padres son los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, los ciudadanos son los ángeles, y nuestro rey es Cristo. Cuando pecó Adán, entonces fuimos arrojados, en él, a aquel mismo tipo de exilio de este mundo; pero, puesto que nuestro rey es más piadoso y misericordioso de lo que se pueda pensar o decir, se dignó enviarnos por los patriarcas y los profetas las escrituras divinas como invitaciones para invitarnos a la eterna y principal patria.

Y como la fragilidad humana, con espíritu rebelde, despreciase sus Escrituras, se dignó descender por sí mismo, librarnos de la tiranía y soberbia del diablo, estimularnos con el ejemplo de su mansedumbre a la verdadera humildad, liberarnos también de la potestad del antiguo enemigo por el sufrimiento de la pasión, decender a los infiernos y arrebatar a los antiguos santos que se consideraban culpables del pecado original, ascender al cielo, enviarnos desde el cielo el Espíritu Santo para que nos confortase de todas las insidias del diablo y dirigir a sus apóstoles para que evangelizasen por todo el mundo el reino de Dios.

Y aunque nos encontrase no solo soberbios, sino también impíos, y no solo del

pecado original, sino también de los actuales, lo perdonó todo, sin que nadie lo suplicase; y no solo no nos arrastró a ejercer trabajos pesados, oprimidos por cadenas o ataduras, sino que, por su inefable piedad, más bien nos invitó clemente y misericordiosamente a que reinemos con Él.

VIII.1. Os ruego, hermanos queridísimos, que os esforcéis por deteneros en la lectura divina todas las horas que podáis. Y puesto que es el alimento del alma para siempre, lo que quiso prepararse cada uno en esta vida, sea leyendo, sea haciendo buenas obras, que nadie se excuse diciendo que no aprendió las letras, porque también los que no las conocen, si de verdad aman a Dios, se buscan algunos educados que les puedan leer la Escrituras divinas. Esto lo hemos visto hacer fecuentemente a los comerciantes analfabetos, que tienen empleados cultos y con lo que estos les leen y escriben consiguen grandes fortunas. Si ellos hacen esto por una ganancia terrena, ¿cuánto más debemos hacer nosotros por la vida eterna?

Suele suceder que alguno instruido carezca de alimento o vestido y otro, que no conoce las letras, tenga más abundantes medios; el que no conoce las letras y nada en la abundancia, se asocie aquel pobre culto y así se den recíprocamente lo que cada uno necesita: uno leyendo al otro la palabra de Dios, lo alimente con la dulzura, el otro dando al primero la riqueza terrena, no permita que pase necesidad. El culto sacie el alma del rico; el rico caliente el cuerpo del pobre con vestidos y lo sacie con alimento terreno. Si esto se hace con caridad, se cumplirá en ellos lo que está escrito: El rico y el pobre se encuentran, a los dos los hizo Yahveh (Pr 22, 2). (...)

2. Cuando exhortamos a otros a la dedicación a la lectura, algunos comienzan a excusarse diciendo que, o por el servicio militar o por las incumbencias domésticas, no le es posible liberarse para entretenerse con las divinas lecturas. Yo, en verdad, les puedo probar que pretenden excusarse falsamente con estas palabras. Pues cuando los días son cortos, aquellos que no alargan las lujosas y deliciosas cenas hasta la media noche emborrachándose, pueden leer suficientemente desde el canto del gallo.

Y cuando en sus convites se esfuerzan por alimentar sus cuerpos con alimento terreno, podrían tener un libro, entre bebidas y platos, para saciar sus almas con la dulzura de la palabra de Dios. Y haciendo esto, se cumpliría en ellos aquello que dice el mismo Señor: No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4, 4). No dijo que no se tomara alimento terreno, sino que suplicó que no se saciara solo la propia carne con alimentos materiales, sino también la propia alma con alimentos espirituales. Pues todo el género humano tiene en sí el hombre viejo y el hombre nuevo, el interior hecho a imagen de Dios (cf. Gn 1, 26-27), el exterior hecho de barro de la tierra (cf. Gn 2, 7), ¿qué justicia se ha hecho, si el hombre exterior hecho de tierra frecuentemente se sacie hasta dos veces al día y se sustente con productos deliciosos, y, en cambio, el hombre interior, hecho a imagen de Dios, se sustente con el alimento de la palabra de Dios, de la que se nutre el alma, a veces después de muchos días o, lo que es peor, meses?

Por eso se ha de temer que alguno, negligente e ignorante, reciba de mala gana la lectura divina, de modo que su alma esté ya desganada de la palabra de Dios y no solo no quiera, sino que tampoco pueda, recibir su alimento. Lo mismo que al que come uvas amargas se le pasan los dientes y no puede comer pan, así quien por largo tiempo come, o de la iniquidad de este mundo, o de cosas lujosas o fábulas ociosas, aunque se le recite la dulce lectura divina, le fastidia y la rechaza, ¡y quién no puede decir con el profeta: Qué dulces son para mi boca tus palabras! (Sal 118, 103).

3. Esta semejanza se conoce también en los ojos del cuerpo o de nuestro corazón, con evidencia, pues ya que el alimento de los ojos es la luz, como cuando los ojos están enfermos con inflamación o malos humores no pueden recibir su alimento, así cada vez que los ojos del corazón se oscurecen con las malas costumbres, no solo no pueden recibir la luz de la palabra de Dios, sino que si esta entra en ellos, sufren con grandísimo dolor. Y puesto que todo hombre, sea bueno, sea malo, no puede estar vacío, quien llena su alma con el amor del mundo, no puede recibir la dulzura de Cristo. Los tales son como vasijas llenas de barro, que no pueden recibir un licor precioso; o como un

campo de espinas, que no nutre en su seno la semilla en él caída, sino que la sofoca (cf. Mt 13, 7).

Por el contrario, la persona espiritual santa, que todos los días custodia su alma de todo mal con oraciones, ayunos o limosnas y deja de vagar, se apresura a recibir con ánimo ardiente y sediento la lectura divina, se cumple en él lo que dijo la divina sabiduría de sí misma: Los que me comen, todavía tendrán hambre, los que me beben, todavía tendrán sed (Si 24, 29). Por tanto, hermanos, considerad, atended diligentemente, porque aquél que lee o escucha frecuentemente la Escritura divina, habla con Dios; y ya véis si el diablo puede introducirse en aquel a quien ve que habla asiduamente con Dios. Quien se descuidase de cumplir esto, ¿con qué cara o con qué conciencia cree que Dios le dará el premio eterno, si en este mundo evita hablar con Él por la lectura divina?

BIBLIOGRAFÍA

Courreau, J., - Bouquet, S., L'Apocalypse expliquée par Césaire d'Arles. Scholies attribuées à Origène, Paris 1989.

Felici, S., L'integrazione tra esegesi e catechesi in Cesario di Arles, en Esegesi e catechesi nei Padri (secc. IV–VII). Convegno di studio e aggiornamento, Facoltà di Lettere cristiane e classiche (Pont. Inst. Altioris Latinitatis), Roma 25–27 marzo 1993, Ed. S. Felici. Roma 1994, pp. 183–197.

Ferreiro, A., Frequenter legere: The Propagation of Literacy, Education and Divine Wisdom in Caesarius of Arles, en JEH 43 (1992), pp. 5–15.

Langgärtner, G., Der Apokalypse-Kommentar des Caesarius von Arles, en TGl 57 (1967), pp. 210–225.

Sfameni Gasparro, G., Cesario di Arles e Origene: un testimone della tradizione origeniana in Occidente, en Aevum inter utrumque Fs. G. Sanders, Ed. M. Van Uytfanghe - R. Demeulenaere. La Haye 1991, pp. 385–393.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1310-1313.

33. TEODORETO DE CIRRO (393-460 CA.)

TEODORETO NACIÓ EN ANTIOQUÍA HACIA 393. Recibió educación cristiana y entró en un monasterio en 416, donde leyó abundantes comentarios patrísticos que lo guiaron en su futuro trabajo exegético. En 423 fue nombrado obispo de Cirro donde se vió implicado en polémicas contra las herejías. En este objetivo, su exégesis tuvo un gran espacio. Murió hacia 460.

Aunque arraigado en el ambiente antioqueno, su exégesis presenta una cierta novedad, pues recurre a los autores de los siglos III y IV: con él comienza la manualística. Además, en Teodoreto encontramos una clara reacción a las exageraciones de la interpretación literal. Por tanto, vemos a un antioqueno preocupado por recuperar procedimientos del ámbito alegórico, aunque evitando la terminología y empleando solo pasajes simbólicos. Teodoreto limita la interpretación tipológica a los lugares tradicionales y hace una lectura cristológica del Antiguo Testamento, con alegorización de los detalles y aumento del número de los salmos cristológicos, que interpreta en dos -a veces tres- niveles.

COMENTARIO A DANIEL II, 34-35.

II, 34-35 Tú estabas mirando, cuando de pronto una piedra se desprendió, sin intervención de mano alguna, vino a dar a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los pulverizó. Entonces quedó pulverizado todo a la vez: hierro, arcilla, bronce, plata y oro; quedaron como el tamo de la era en verano, y el viento se lo llevó sin dejar rastro. Y la piedra que había golpeado la estatua se convirtió en un gran monte que llenó toda la tierra. Este es el final del sueño: conviene ahora comenzar la interpretación por el final. En primer lugar preguntémonos qué es lo que llama piedra y cómo, después de aparecer pequeña, después se hizo enorme. Oigamos al mismo Dios que por el profeta Isaías dice: He aquí que yo pongo por fundamento en Sión una piedra elegida, angular, preciosa y fundamental: quien tuviere fe en ella no vacilará (Is 28, 16). Oigamos también al bienaventurado David que predice y exclama: La piedra que los constructores desecharon se ha convertido en piedra angular (Sal 117, 22). Y este testimonio da a los hebreos Cristo el Señor en los sagrados Evangelios: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido; fue el Señor quien hizo esto y es maravilloso a nuestros ojos? (Mt 21, 42) También el bienaventurado Pedro, discutiendo con los hebreos, aduce en medio del discurso la profecía del Señor: El es la piedra que vosotros, los constructores, habéis despreciado y que se ha convertido en piedra angular (Hch 4, 11). Y también el bienaventurado Pablo dice: Hemos sido edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo (Ef 2, 20). Y en otro lugar dice: Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (1 Co 3, 11). Y de nuevo: Bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo (1 Co 10, 4). Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, nos enseñan que nuestro Señor Jesucristo fue llamado piedra. Esta se desprendió del monte sin colaboración de mano humana, nació de la Virgen sin relación nupcial: en la Sagrada Escritura es frecuente llamar al nacimiento corte de la piedra. Recordando Isaías a los judíos la procreación de un hijo concedida a Abrahám fuera de lo natural, decía: Reparad en la peña de donde fuisteis tallados (Is 51, 1). Por eso, el monte es la estirpe de David, la piedra es Cristo, tallado no conforme a la ley de la naturaleza, por lo que respecta a su humanidad. Un tiempo pareció pequeño, por la naturaleza que lo revestía, pero de pronto se manifestó como un gran monte que cubría toda la tierra: La tierra

está llena de conocimiento de Yahveh, como cubren las aguas el mar (Is 11, 9). Este golpeará la estatua en sus pies de barro y hierro, es decir, pondrá fin al último reino y lo destruirá y lo cancelará. Y a este no le seguirá otro reino, sino que se desnudará y así se mostrará a todos; y hará desaparecer hasta el recuerdo de todos aquellos reinos que, como polvo que se levanta en la era, será barrido por el viento.

BIBLIOGRAFÍA

Ashby, G. W., Theodoret of Cyrrhus as Exegete of the Old Testament, Grahamstown 1972.

Ashby, G. W., The Hermeneutic Approach to the Old Testament of Theodoret of Cyrrhus with special reference to certain Prophets, en OTWSA, 13/14, (1970-1971) pp. 41-53.

Ashby, G. W., The hermeneutic approach of Theodoret of Cyrrhus to the Old Testament, en StPatr 15 (1975/84), pp. 131–135.

Cocchini, F., L'esegesi paolina di Teodoreto di Cirro, en ASE 11 (1994), pp. 511–532.

Cocchini, F., I commentari di Origene e di Teodoreto di Cirro alla Lettera ai Romani: Continuità e novità nella storia della recezione di Paolo, en Aug 36 (1996), pp. 313–336.

Cookson, P. M., Revelation, Scripture and Tradition acc. to Theodoret of Cyrrhus. A Study in the Source and Norm of Orthodox Doctrine, Roma 1968.

Guinot, J.-N., Le Commentaire de Théodoret de Cyr Sur le Cantique est-il un opus mysticum? en Letture Cristiane dei Libri Sapienziali, Roma 1992, pp. 437–459.

Guinot, J.-N., Un évèque exégète, Théodoret de Cyr, en Le monde grec, ed. C. Mondésert, Paris 1984, pp. 335–360.

Guinot, J.-N., L'importance de la dette de Théodoret de Cyr à l'égard de l'exégèse de Théodore de Mopsueste, en Orph 5 (1984), pp. 68–109.

Guinot, J.-N., Théodoret a-t-il lu les homélies d'Origène sur l'Ancien Testament? en VetChr 21 (1984), pp. 285–312.

Guinot, J.-N., Théodoret imitateur d'Eusèbe; l'exégèse de la prophétie des

‘soixante-dix semaines’ (Dan 9:24–27), en Orph 8 (1987), pp. 283–309.

Guinot, J.-N., L’exégèse du bouc émissaire chez Cyrille d’Alexandrie et Théodoret de Cyr, en Aug 28 (1988), pp. 603–630.

Guinot, J.-N., Les sources de l’exégèse de Théodoret de Cyr, en StPatr 25 (1993), pp. 72–94.

Guinot, J.-N., L’exégèse de Théodoret de Cyr, Paris 1995.

Hidal, S., Apocalypse, Persecution and Exegesis: Hippolytus and Theodoret of Cirrhus on the Book of Daniel, en In the last Days: On Jewish and Christian Apocalyptic and its Period (FS B. Otzen), ed. K. Jeppesen, K. Nielsen, B. Roesendal, Aarhus 1994, pp. 49–53.

Lépissier, J., Les Commentaires des Psaumes de Théodoret, version slave. Éléments d’édition critique, Paris 1968.

Meyendorff , J., Ἐφ’ ᾧ (Rom 5:12) chez Cyrille d’Alexandrie et Théodoret, en StPatr IV (1961), pp. 157–161.

Rossiter, P., Messianic Prophecy According to Theodoret of Cyrus and the Antiochene ‘Theoria’, Roma 1950.

Simonetti, M., Le Quaestiones di Teodoreto su Genesi e Esodo, en ASEs 5 (1988), pp. 39–56.

Viciano, A., ὁ σκόπος τῆς ἀληθείας. Théodoret de Cyr et ses principes herméneutiques dans le prologue du Commentaire du Cantique des Cantiques, en Letture Cristiane dei Libri Sapienziali, Roma 1992, pp. 419–435.

Viciano, A., ‘Homeron ex Homerou saphenitzein.’ Principios hermenéuticos de Teodoreto de Ciro en su Comentario a las Epístolas Paulinas, en ScrTh 21 (1989), pp. 13–61.

Viciano, A., Cristo el Autor de nuestra Salvación. Estudio sobre el Comentario de Teodoreto de Ciro a las Epistolas Paulinas, Pamplona 1990.

Viciano, A., Theodoret von Kyros als Interpret des Apostels Paulus, en Th Gl 80 (1990), pp. 279–315.

Viciano, A., Das Bild des Apostels Paulus im Kommentar zu den paulinischen Briefen des Theodoret von Kyros, en ZNW 83 (1992), pp. 138–48.

Viciano, A., Das Bild des Apostels Paulus im Kommentar zu den paulinischen Briefen des Theodoret von Kyros, en StPatr 25 (1993), pp. 176–88.

Viciano, A., Exégesis antigua vs contemporánea. El comentario de Teodoreto de Ciro a Gal 1:19, en Anuario de Historia de la Iglesia 3 (1994), pp. 167–173.

Vrame, A. C., Theodoret, bishop of Kyros as an exegete of Isaiah, 1: A Translation of his Commentary, with an Introduction, en GOTR 34 (1989), pp. 127–147.

Wevers, J. W., Theodoret's Quaest and the Byzantine text, en Henoch 13 (1991), pp. 29–64.

Zincone, S., Il tema dell'uomo/donna immagine di Dio nei commenti paolini e a Gn di area antiochena (Diodoro, Crisostomo, Teodoro, Teodoreto), en ASEs 2 (1985), pp. 103–113.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 885-918.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 190-201.

34. BOECIO (475/480-525)

ANICIO MANLIO TORQUATO SEVERINO BOECIO fue educado por la familia del noble Símaco, tras la muerte del padre, y se casó con su hija. Después de una rápida carrera política, en 522 se convirtió en Magister Officiorum (superintendente general) del rey ostrogodo Teodorico que, sospechando que conspiraba y dando oído a falsas acusaciones (incluida la de magia), lo condenó a muerte. Es posible que en esta condena hubiese también motivos religiosos, pues Teodorico era arriano y Boecio se había distinguido como ortodoxo en sus obras teológicas. Fue ajusticiado en Pavía en el 524.

Además de los tratados del quadrivium (aritmética, música, geometría y astronomía) que nos han llegado con lagunas, comenzó la traducción de las obras completas de Platón y Aristóteles (nos han llegado las Categorías y el De interpretatione), que no terminó, y tradujo también la Isagogé de Porfirio. Junto a las traducciones citadas, escribió comentarios, distintos tratados de lógica y alguna obra de teología. Su obra más conocida, escrita en la cárcel poco antes de morir, es La consolación de la filosofía, un diálogo, en alternancia continua de prosa y verso, con una dama que se le aparece y que personifica la Filosofía, en la que trata temas filosóficos. Esta obra se caracteriza por la ausencia de referencias explícitas a la fe. No encontramos en ella ni un tratado teórico, ni un empleo práctico de la exégesis, sino una fuerte simbología que esconde el espíritu cristiano. Presentamos el comienzo de la obra como ejemplo de uso de la alegoría fuera del ámbito bíblico.

LA CONSOLACIÓN DE LA FILOSOFÍA I-III

Libro Primero

[Expone el autor los motivos de su aflicción, y la Filosofía, que se le aparece en forma de dama de porte majestuoso, le hace ver ante todo que su mal consiste en haber olvidado cuál es el verdadero fin del hombre].

Metro Primero

Yo que en mis mocedades componía hermosos versos, cuando todo a mi alrededor parecía sonreír, hoy me veo sumido en llanto, y ¡triste de mí!, solo puedo entonar estrofas de dolor.

Han desgarrado sus vestiduras mis musas favoritas y aquí están a mi lado para inspirarme lo que escribo, mientras el llanto baña mi rostro al eco de sus tonos elegíacos. Ellas siquiera no me han abandonado por fútiles temores, ellas, que siempre fueron la compañía de mis caminos.

Ellas, recuerdo gratísimo de mi florida juventud fecunda, vienen a dulcificar los destinos de esta mi abatida vejez: sí, que a impulsos de la desgracia la vejez ha precipitado sobre mí sus pasos, y a la mitad del camino de mi vida he sentido sonar la hora definitiva del sufrir.

Cubren mi cabeza precoces canas; mi cuerpo agotado siente ya el escalofrío de la tez marchita y rugosa.

¡Dichosa muerte, cuando sin amargar la dulzura de los años buenos acude si el corazón la llama en su favor! Pero, ¡ay!, que, despiadada, cierra sus oídos a la voz de la desgracia...

¡En vez de cerrar los ojos del triste mortal que llora! Mientras me halagó la fortuna, a pesar de saberla inconstante y mudable, una hora de tristeza hubiera bastado para llevarme a la tumba; ahora que ha ensombrecido su faz engañadora, ¡oh, cuán larga se me hace una vida tan tediosa! ¿Por qué, amigos, habéis ponderado tantas veces las horas de mi dicha fugaz? ¡Ah, no estaba muy seguro quien así cayó tan de repente!

Prosa Primera

1. En tanto que en silencio me agitaban estos sombríos pensamientos y con aguzado estilo escribía en blandas tablillas mi lamento quejumbroso, parecióme que sobre mi cabeza se erguía la figura de una mujer de sereno y majestuoso rostro, de ojos de fuego, penetrantes como jamás los viera en ser humano, de color sonrosado, llena de vida, de inagotadas energías, a pesar de que sus muchos años podían hacer creer que no pertenecía a nuestra generación. Su porte, impreciso, nada más me dio a entender.

2. Pues ya se reducía y abatiéndose se asemejaba a uno de tantos mortales, ya por contrario se encumbraba hasta tocar el cielo con su frente, y en él penetraba su cabeza, quedando inaccesible a las miradas humanas. 3. Su vestido lo formaban finísimos hilos de materia inalterable, con exquisito primor entretejidos; ella misma lo había hecho con sus manos, según más adelante me hizo saber. Y, a semejanza de un cuadro difuminado, ofrecía, envuelto como en

tenue sombra, el aspecto desaliñado de cosa antigua. 4. En su parte inferior veíase bordada la letra griega pi [inicial de práctica], y en lo más alto, la letra thau [inicial de teoría]. Y enlazando las dos letras había unas franjas que, a modo de peldaños de una escalera, permitían subir desde aquel símbolo de lo inferior al emblema de lo superior. 5. Sin embargo, iba maltrecho aquel vestido: manos violentas lo habían destrozado, arrancando de él cuantos pedazos les fuera posible llevarse entre los dedos.

6. La mayestática figura traía en su diestra mano unos libros; su mano izquierda empuñaba un cetro. 7. Y cuando vio a mi cabecera a las musas de la poesía dictándome las palabras que traducían mi dolor, conmovióse de pronto; y luego, lanzando por sus ojos miradas fulminantes, indignada exclamó:

8. ¿Quién ha dejado acercarse hasta mi enfermo a estas despreciables cortesanas de teatro, que no solamente no pueden traerle el más ligero alivio para sus males, sino que antes bien le propinarán endulzado veneno? 9. Sí, con las estériles espinas de las pasiones, ellas ahogan la cosecha fecunda de la razón; son ellas las que adormecen a la humana inteligencia en el mal, en vez de libertarla. 10. ¡Ah! Si vuestras caricias me arrebataran a un profano, como sucede con frecuencia, el mal sería menos grave, porque en él mi labor no se vería frustrada; pero ¿es que ahora queréis quitarme a este hombre alimentado con las doctrinas de Elea y de la Academia? 11. Marchad, alejaos más bien de este lugar, Sirenas que fingís dulzura para acarrear la muerte; dejadme a este enfermo, al cual yo cuidaré con mis númenes, hasta devolverle la salud y el bienestar.

12. Ante tales increpaciones, las musas que me asistían bajaron los ojos; y, cubiertos los rostros con el rubor de la vergüenza, traspusieron el umbral de mi casa. 13. Yo, que con la vista turbada por las lágrimas no podía distinguir quién fuese aquella mujer de tan soberana autoridad, sobrecogido de estupor, fijos los ojos en tierra, aguardé en silencio lo que ella hiciera. 14. Entonces, acercándose más, se sentó al borde de mi lecho; y al contemplar mi rostro apesadumbrado y abatido por el dolor, lamentóse en estos versos de la causa que turbaba mi espíritu.

Metro Segundo

¡Ah! ¡Cómo se agita la mente en el fondo del abismo en que se halla sumergida! Y abandonando su propia luz, ¡cómo se precipita hacia la tiniebla exterior, cuando siente en sí misma una angustia moral, acrecida hasta lo infinito por el hálito de las cosas terrenales!

Este pobre mortal gozó un tiempo de omnímoda libertad; para él el cielo no guardaba secretos, acostumbrado a caminar por los senderos del firmamento, observaba los dorados rayos del sol, seguía atento las fases de la helada luna, había vencido a las estrellas, sujetando a número sus errantes revoluciones dentro de órbitas cerradas.

¿Qué más? Él sabía las causas por las cuales los vientos rumorosos ya rizan la superficie de los mares, ya sacuden su seno en gigantescas olas; cuál es el alma inmutable que gobierna al mundo; por qué los astros que se hunden en el mar de las Hespérides despiertan rutilantes por Oriente; con qué ley se suceden las plácidas horas de la primavera para que esta adorne la tierra con rosadas flores; quién hace que al término del año muestre el otoño la exuberancia de su fecundidad en jugosos frutos... Esto solía él tratar en sus versos, así como también otros misterios ocultos de la naturaleza que él desentrañaba...

Mas, ahora, vedle aquí abatido, apagadas las luces de su mente, cargadas a su cuello pesadas cadenas, que le hacen inclinar abrumado su frente para no ver, ¡desgraciado! , otra cosa que la tierra inerte en la cual va a sepultarse...

Prosa Segunda

1. Pero no es ahora tiempo de lamentos —dijo la mujer aparecida—, sino de poner el remedio. 2. Y fijando en mí sus fúlgidos ojos: ¿No eres tú —me dijo— el que, alimentado un tiempo con mi propia leche y educado bajo mis solícitos cuidados, te habías desarrollado hasta adquirir la energía de un hombre? 3. Yo te proporcioné armas que, de haberlas conservado, te hubieran permitido defenderte con invicta firmeza. 4. ¿No me conoces? ¿Por qué ese silencio? ¿Es la vergüenza o es el estupor lo que te hace callar? ¡Ojalá fuese la vergüenza! Pero no, ya veo que te anonada el estupor.

5. Y viéndome no solo callado, sino en verdad mudo y aturdido, acercó dulcemente su mano a mi pecho y dijo: No hay peligro; es solo un letargo lo que sufre, la enfermedad de todos los desengañados. 6. Ha perdido momentáneamente la conciencia; no le será difícil recobrarla, si llega a reconocerme. Para que pueda conseguirlo voy en seguida a limpiar sus ojos, oscurecidos por la nube de cosas terrenales. 7 . Dijo, y con un pliegue de su vestidura enjugó mis ojos bañados en llanto.

Metro Tercero

Entonces, disipada la noche, se desvanecieron las tinieblas que me cercaban y volvieron mis ojos a su prístino vigor.

No de otro modo cuando las nubes se amontonan al soplo de Coro desencadenado, cuando el cielo parece se ha detenido por la carga de lluviosa cerrazón, el sol se oculta, cerniéndose oscura noche sobre la tierra, aun cuando no haya llegado al horizonte la estrella de la tarde. Pero si Bóreas [viento del norte], saliendo de sus antros de Tracia azota con sus alas aquella tiniebla y deja en libertad al día aprisionado, brotan doquiera torrentes de luz y Febo hiere con los dardos de sus rayos los ojos que asombrados lo contemplan.

Prosa Tercera

1. Por semejante manera, ahuyentadas las nubes que me ensombrecían de tristeza, miré con avidez la luz del cielo; y recobrados mis sentidos, pude reconocer el rostro de aquella que me curaba. 2. Así, pues, volví mis ojos para fijarme en ella, y vi que no era otra sino mi antigua nodriza, la que desde mi juventud me habia recibido en su casa, la misma Filosofía.

3. Y ¿cómo —le dije— tú, maestra de todas las virtudes, has abandonado las alturas donde moras en el cielo, para venir a esta soledad de mi destierro? ¿Acaso para ser también, como yo, perseguida por acusaciones sin fundamento?

4. ¿Podría yo —me respondió— dejarte solo a ti que eres mi hijo, sin participar en tus dolores, sin ayudarte a llevar la carga que la envidia por odio de mi nombre ha acumulado sobre tus débiles hombros? 5. No, la Filosofía no podía consentir quedara solo en su camino el inocente; ¿iba yo a temer ser acusada?; ¿iba yo a temblar de espanto, como si hubiera de suceder lo nunca visto? 6. ¿Crees que sea esta la primera vez que una sociedad depravada pone a prueba la sabiduría? ¿Acaso entre los antiguos, anteriores a la época de mi discípulo Platón, no he tenido que sostener duros combates contra los desatinados ataques de los necios? Y viviendo Platón, ¿no triunfó su maestro Sócrates, gracias a mi asistencia, de una muerte injusta? 7. Luego, la turba de los epicúreos primero, la muchedumbre de los estoicos despues, y sucesivamente las demás escuelas y sectas, cada cual segun sus medios, han intentado asaltar mis dominios; y al arrastrarme, a pesar de mis clamores y de mis esfuerzos, para no quedarse sin su parte de botín han destrozado la vestidura que por mis propias manos me tejiera, y llevándose jirones han abandonado la lucha, imaginando que me habían hecho suya. 8. Entonces, al verlos vestidos con los despojos de mi ropaje, la ignorancia los juzgó mis familiares e hizo caer en el error a muchos de los profanos. 9. Si acaso desconoces el exilio de Anaxágoras, el envenenamiento de Sócrates, las torturas de Zenón, porque ninguna de estas cosas acaeció en vuestro pueblo, al menos no has podido olvidar a los Canio, los Séneca, los Sorano, pues están en

la memoria de todos y no ha pasado mucho tiempo desde ellos hasta vosotros. 10. Y lo que a estos condujo a la ruina fue el haber sido formados en nuestra doctrina, razón por la cual jamás se mostraron conformes con el gusto e inclinaciones de los malvados. 11. Por ello no tienes que admirarte al ver que en el océano de la vida sintamos las sacudidas de furiosas tempestades, ya que nuestro gran destino es no agradar a los peores. 12. Aun cuando los tales sean legión, merecen, sin embargo, nuestro desprecio, pues, acéfalos, sin guía que los dirija son arrastrados por el error de sus locuras, que los hacen divagar desordenadamente y sin rumbo. 13. Si un día pretendieran entablar combate, y envalentonados se lanzaran contra nosotros, entonces nuestra guía, la razón, replegará sus tropas a las fortalezas, y al enemigo no le quedará sino un despreciable botín que apresar. 14. A nosotros, defendidos de los ataques de la horda furiosa por trincheras infranqueables para el vulgo insensato, nos inspirará risa y desprecio verlo a nuestros pies, disputándose encarnizadamente cosas sin valor.

BIBLIOGRAFÍA

Boezio, La consolazione della filosofia ; Gli opuscoli teologici, ed. L. Obertello, Milano 1979.

Boezio, Consolazione della filosofia, ed. L. Obertello, Milano 1996.

Boezio, De consolatione philosophiae, ed. V. Banfi, G., Del Ton, Reggio Emilia 1981.

Chadwick, H., Boezio : la consolazione della musica, della logica, della teologia e della filosofia, Bologna 1986.

Gastaldelli, F., Boezio, Roma 1974.

Guzzo, A., L'Isagoge di Porfirio e i commenti di Boezio, Torino 1934.

Magee, J., Note on Boethius, Consolatio 1, 1, 5; 3, 7; a new biblical parallel, en VC 42 (1988), pp. 79-82.

Micaelli, C., Dio nel pensiero di Boezio, Napoli 1995.

Obertello, L., Severino Boezio, Genova 1974.

Obertello, L., Boezio e il neoplatonismo cristiano : gli orientamenti attuali della critica, en Cultura e scuola 22 (1983), pp. 95-103.

Troncarelli, F., Cogitatio mentis : l'eredità di Boezio nell'Alto Medioevo, Napoli 2005.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1318-1319.

35. CASIODORO (485-583)

NACIDO HACIA 485 EN UNA NOBLE FAMILIA, fue cónsul en 506-7, magister officiorum en 523 y sucedió a Boecio como praefectus praetorii en 533. En 537 fue depuesto por Justiniano y fundó el monasterio de Vivarium en Esquilache (Calabria), sin hacerse monje. Gastó sus fuerzas y recursos en la constitución de una biblioteca para la formación de monjes. Escribió algunas obras de exégesis, entre las cuales la Expositio Psalmorum y algunos comentarios al Nuevo Testamento. Su comentario a los salmos es uno de los pocos que nos han llegado íntegros de la antigüedad. Su método depende de Agustín y retoma las normas generales de la tradición patrística, pero con una cierta originalidad. Presentamos un texto en el que Casiodoro da indicaciones a los monjes para leer y entender las Escrituras.

INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS, I, praef.-2; 15, 1-4; 24, 1-3; 33,1.

1. Dándome cuenta de que las letras seculares eran deseadas ardientemente, hasta el punto de que una gran parte de los hombres pensaba que a través de ellas se llega a alcanzar la prudencia, reconozco que me sentí removido por un gravísimo dolor al observar que faltaban maestros públicos de las Escrituras divinas, cuando resulta que gozan de una difusión muy amplia los autores profanos.

He intentado, junto con el beatísimo Agapito, Papa de la ciudad de Roma, que, una vez recabados los fondos, las Escuelas Cristianas recibieran más doctores reconocidos en la Ciudad de Roma, así como se dice que en Alejandría hubo una escuela durante mucho tiempo y que también recientemente en Nisibi, ciudad siria, se ha refundado en modo pacífico una para los hebreos.

Pero, no pudiéndose cumplir mi deseo de ninguna manera por las ardientes guerras y las muy turbulentas luchas como hay en el reino de Italia —pues lo referente a la paz no tiene lugar en tiempos inquietos—, noto que la divina caridad me mueve a redactar estos libros introductorios para vosotros, con la ayuda del Señor, que suplan a un maestro. Estimo que mediante ellos se expone el tenor de las divinas Escrituras y un compendio de los conocimientos relativos a las letras seculares, por la magnanimidad del Señor. Acaso sean poco expresivos, pues en ellos no se encuentra una elocuencia afectada sino la información necesaria, mas se sabe que contienen una gran utilidad, ya que a través de ellos se aprende dónde está de manifiesto la proveniencia de la salvación del alma y de la erudición secular.

En esta exposición no os propongo mi propia doctrina, sino los dichos de los

antiguos: alabarlos es legítimo y difundirlos es glorioso, porque no se puede considerar jactancia odiosa nada de lo que se dice sobre los antiguos en alabanza de Señor.

A lo mencionado se añade que habrás de soportar a un maestro incomodado si le preguntas con frecuencia y, sin embargo, siempre que quieras volver a [consultar] los libros no habrás de sentir ninguna aspereza.

2. Por tanto, queridísimos hermanos, ascendamos sin dudar a la divina Escritura por las laudables exposiciones de los Padres —la escalera de la visión de Jacob (cf. Gn 28, 12)— y, enriquecidos con sus interpretaciones merezcamos llegar eficazmente a la contemplación del Señor.

Tal vez estas sean la escalera de Jacob, por la que los ángeles suben y bajan, por la que el Señor se asoma, extendiendo su mano a los fatigados y sosteniendo, mediante la contemplación [del Señor], los pasos cansados (cf. Is 40, 29) de los que suben.

Por todo lo anterior, si parece bien, debemos observar el siguiente orden en la lectura: los aprendices de Cristo, después de que hayan aprendido los salmos, en primer lugar han de meditar reiteradamente la Autoridad divina en los códices que están corregidos, hasta que [la Autoridad] les resulte muy conocida, con la ayuda del Señor, para que los errores de los copistas no arraiguen en mentes no cultivadas y las contaminen; difícilmente puede eliminarse lo que se mantiene firmemente grabado en los recovecos de la memoria.

Feliz el alma que ha escondido el secreto de tan alto don en lo más recóndito de la memoria, por la generosidad del Señor, pero mucho más feliz quien rechaza diligentemente los pensamientos mundanos, de modo que se ocupa saludablemente en las palabras divinas porque conoce los caminos de la

intelección gracias a una investigación personal.

Recordamos haber visto a muchos que están dotados de una memoria firme y que, al ser interrogados sobre los pasajes más oscuros, han resuelto las cuestiones que les proponían solo con ejemplos de la Autoridad divina, gracias a que en otro libro se expone más claramente lo que allí se decía con mayor oscuridad. Es testigo [de esto] el apóstol Pablo quien en la mayor parte de los casos dilucida las escrituras del Antiguo Testamento a la luz de la plenitud de los nuevos tiempos en su epístola a los Hebreos.

XV. 1. Por tanto, vosotros, que sois versados en las ciencias divinas y seculares, y tenéis por la práctica la capacidad de encontrar lo que es disonante, haced de ese modo las lecturas sagradas. Lo que se sabe que se debe preparar para los sencillos y para el conjunto de los lectores, que es menos erudito, deben hacerlo pocos y doctos.

Por ello, penetrad en [las lecturas sagradas] diligentemente, y corregid los errores de los copistas, de modo tal que no seáis acusados justamente si intentáis enmendar a otros precipitadamente. Pienso que este modo de corrección es el más hermoso, y trabajo propio de los hombres más doctos.

2. En primer lugar, por tanto, no violéis los idiotismos de la divina Escritura por presunción alguna para que, deseando adaptar lo que se ha dicho de modo que pueda ser entendido por todos, no se disipe (¡lejos de nosotros!) la pureza de las palabras celestes.

Se llaman idiotismos a las locuciones propias de la ley divina que, como se sabe, no se emplean en el uso ordinario. Por ejemplo:

«Según la inocencia de mis manos», o

«De tu rostro nazca mi juicio»—

«Con los oídos percibe mis lágrimas», y

«Volcad vuestros corazones ante él»—

«Mi alma está adherida tras de ti»—

«La llenaste de riquezas»—

«Allí nos alegraremos en ello», y

«Se doblegó de aquí a aquí»—

«Envió a su siervo Moisés, y a Aarón a quien eligió»—

«Languidecen mis ojos hacia tu palabra»—

«Venga tu mano a salvarme».

No está permitido que se destruyan estas [locuciones] y las similares —está comprobado que son muy numerosas—, a pesar de que el uso ordinario las rechace, pues sin duda la Autoridad santa las hace valer.

Si deseáis conocerlas con mayor amplitud, leed los siete libros de san Agustín Sobre los modos de expresión —que escribió sobre los cinco libros de Moisés, el de Josué, y el segundo de Jueces— y podréis saciaros entonces de tales cosas con abundantísima generosidad. Tendréis muchísimas oportunidades de encontrar cosas similares en la autoridad que seguidamente se cita.

3. No declinéis ciertos nombres hebreos de persona o de lugar: consérvese en ellos la bella pureza de su lengua.

Cambiemos solamente aquellas letras que pueden expresar la cualidad del vocablo, porque consta que por la interpretación de cada nombre —como Set, Henoc, Lamec, Noé, Sem, Cam, Jafet, Aarón, David y similares—, cada uno de ellos está unido al gran misterio de una realidad.

Dejemos con igual devoción los nombres de los lugares, como Sión, Horeb, Guijón, Hermón u otros similares.

4. En tercer lugar, no se han de profanar de ninguna manera las palabras que se utilizan para expresar lo bueno y lo malo, como monte, león, cedro, cachorro de león, clamor, hombre, fruto, cáliz, ternero, pastor, tesoro, gusano, perro y similares.

Ni deben cambiarse los nombres que se colocan en lugar de otros, como:

Satanás, «que se separa del sendero recto»—

«lavarse las manos» significa «no ser partícipe»—

en cuanto a «pies», se utiliza en lugar de «acto»—

la palabra «expectación» frecuentemente se usa por «esperanza»—

«una vez» se utiliza en lugar de «sentencia inamovible»—

«jurar» a Dios se usa por «confirmar».

Deseamos que los expositores nos pongan al descubierto estas cosas, para que no amputemos nada de ellas con voluntad sacrílega.

XXIV. 1. Démonos por consiguiente a la obra, y recorramos con celosa intención la Autoridad después de los libros introductorios y sus expositores, sigamos con piadoso cuidado los caminos de comprensión abiertos por el trabajo de los Padres, sin tender hacia cuestiones insignificantes con afán de excedernos.

Hemos de creer sin dudar que es divino lo que se encuentra razonablemente dicho en los tratados más probados. Si se encontrara algo disonante o discordante con las reglas de los Padres, juzgaremos que debe evitarse. Pues el origen de muchos errores crueles está en amarlo todo en autores sospechosos y, sin analizarlo, querer defender todo lo que se encuentra, pues está escrito: Probadlo todo, quedaos con lo que es bueno (1 Ts 5, 21).

2. Pero para hacer un resumen de todas las cosas que se han de decir, [insistimos en que] debe sostenerse con mente solícita todo lo que razonablemente dijeron los expositores antiguos. Sobre lo que quedó sin tratar por ellos, para que no nos cansemos con un infructuoso trabajo, en primer lugar se debe examinar qué virtudes tienen o hacia qué reglas nos conducen, después, qué nos quieren aportar con su lectura.

Pues a pesar de que un texto parezca que es sencillísimo y que brilla la narración histórica, al mismo tiempo nos persuade de la justicia o refuta la impiedad, o predica la tolerancia, o acusa los vicios de la inconstancia, o condena la soberbia, o exalta los bienes de la humildad, o reprime a los inquietos, o consuela a quienes están llenos con la caridad, o recuerda algo que incite a las buenas costumbres y aleje de los pensamientos nefastos por respeto a la piedad.

Pues si Dios solamente hubiera prometido premios a los buenos, su benignidad, descuidada, se entibiaría; pero si continuamente amenazara con la ruina a los malos, la desesperación de la salvación los precipitaría a los vicios. Y por esto el piadoso Redentor moderó ambas cosas para nuestra salvación: aterroriza a los

pecadores con el anuncio de la pena (cf. Mt 6, 4-18) y, a la vez, promete premios dignos para los buenos (cf. 1 S 24, 20).

3. Por tanto, diríjase habitualmente el ánimo siempre hacia las intenciones de los libros, y fijemos nuestra mente en esa consideración, que no suena tanto en los oídos cuanto se hace patente en los ojos internos.

Porque aun cuando parezca ser un relato simple, en las letras divinas no se contiene nada vacío, nada ocioso, sino que lo que se dice siempre tiene alguna utilidad, que se extrae saludablemente de sus sentidos más directos. Por esto, cuando se refieran cosas buenas, apresurémonos a imitarlas, y cuando se narren cosas malas que deben ser castigadas, temamos hacerlas. De esta forma siempre adquirimos algo que nos pueda ser útil, si advertimos el motivo por el que se relatan.

XXXIII. 1. Otorga, Señor, provecho a los que leen, remisión de todos los pecados a los que buscan tu ley (cf. Ba 4, 12; Hch 2, 38), para que quienes con gran deseo deseamos llegar a la luz de tus Escrituras (cf. Mi 7, 9; 1 Jn 1, 7) no nos oscurezcamos con ninguna sombra de pecado.

Atráenos hacia ti con el poder de tu omnipotencia, no dejes vagar a su voluntad «a quienes has redimido con tu sangre preciosa» (Te Deum 20), no dejes que se oscurezca tu imagen en nosotros (cf. Gn 1, 26-27; 2 Co 3, 18), que siempre es magnífica si con tu gracia se defiende.

No permitas, ni al diablo ni a nosotros, trastocar tus dones, porque todo lo que se esfuerza en ir contra ti es absolutamente quebradizo.

Oyenos, piadoso Rey, a pesar de nuestros pecados, y remuévelos de nosotros, antes de que puedas castigarnos por ellos justamente en tu juicio (cf. 2 P 2, 9; Jdt 16, 17).

BIBLIOGRAFÍA

Ceresa-Gastaldo, A., Contenuto e metodo dell'Expositio psalmorum di Cassiodoro, en VetChr 5 (1968), pp. 61–71.

Courtès, J. M., Figures et tropes dans le (Com. du) Psautier de Cassiodore, en REL 42 (1964), pp. 361–75.

De Simone, G. P., Cassiodoro e l'Expositio Psalmorum. Una lettera cristologica dei Salmi. Cosenza 1995.

Esposito, S. C., Cassiodoro, la Bibbia e la Cultura Occidentale, en DThomP 61/2–3 (1958), pp. 193–204.

Hahner, U., Cassiodors Psalmenkommentar sprachliche Untersuchungen, Freiburg 1972.

Halporn, J. W., Pandectes, Pandecta, and the Cassiodoran Commentary on the Psalms, en RBen 90 (1980), pp. 290–300.

Quacquarelli, A., L'epèmbasi in Cassiodoro (Exp. in Pss.), en VetChr 1 (1964), pp. 27–34.

Schlieben, R., Cassiodorus Psalmenexegese. Eine Analyse ihrer Methoden als Beitrag zur Untersuchung der Bibelauslegung der Kirchenväter und der Verbindung christlicher Theologie mit antiker Schulwissenschaft, Tübingen 1970.

Schlieben, R., Interpretación de los Salmos hasta Casiodoro; desde Casiodoro hasta Gunkel; sintesis histórica, en EStB 47 (1989), pp. 5–26, 145–64.

Vaccari, A., Cassiodoro e il Pāsûq della Bibbia ebraica, en Bib 40 (1959), pp. 309–21.

* * *

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1327-1335.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 302-303.

36. GREGORIO MAGNO (540 CA. - 604)

GREGORIO MAGNO NACIÓ HACIA 540 en una familia cristiana de la alta nobleza romana. Se encaminó a la carrera política y llegó a ser prefecto de Roma, pero decidió entregarse por completo a Dios hacia 575. Con el patrimonio familiar fundó seis monasterios, uno en el monte Celio, al que se retiró y donde condujo una vida ascética marcada con la autodisciplina, la humildad y la meditación de la Escritura, temas recurrentes en sus escritos. En el cenobio entraron muchos de sus futuros colaboradores, entre los cuales Agustín (534-604), después llamado de Canterbury, pues fue enviado por el ya papa Gregorio para evangelizar la Britannia en el 597. Gregorio, como papa, fue hombre de gobierno: reorganizó la administración de los bienes de la Iglesia romana, protegió Roma contra los Longobardos, a los que convirtió después al catolicismo, estableció y mejoró las relaciones con francos y visigodos, dió solución al cisma de Aquileia y envió misioneros a Inglaterra.

Las obras de Gregorio Magno pertenecen a tres géneros: epistolográfico, exegético y hagiográfico. En ámbito exegético, tenemos los Moralia in Job, un comentario a este libro del Antiguo Testamento examinado desde múltiples puntos de vista, un verdadero tratado enciclopédico de moral y ascética. Gregorio escribió también las Homilías sobre los Evangelios y las Homilías sobre Ezequiel, y también nos legó su Libro de la regla pastoral, en el cual trata sobre lo que debe buscar el pastor de almas, las virtudes necesarias y cómo realizar esta función. Esta obra se difundió enseguida, se tradujo al griego y al sajón y en el medievo fue considerada como norma ideal para el clero secular. Fue también Gregorio quien dio al canon de la misa la forma que todavía conserva la primera anáfora, hoy llamada canon romano, y promovió la preparación del nuevo misal; y el Sacramentario gregoriano, que no nos ha llegado como tal, aunque es posible conocer sus características. Dio gran importancia al canto y promovió eficazmente su uso: de ahí viene el nombre de canto gregoriano que se da al que se emplea en la liturgia romana.

Para Gregorio, la Escritura tiene dos dimensiones: interna y externa, histórica y espiritual, y por tanto se puede interpretar en modo literal y alegórico. La exégesis se puede dividir, como el hombre lo está en cuerpo, alma y espíritu, en

tres grados: literal, espiritual y místico. Los tres sentidos se encuentran en cada pasaje de la Escritura. Otras veces dirá que la alegoría se divide en tipológica, moral y mística, pero en la práctica exegética los sentidos se reducen a dos, con diferentes nombres: carnal-espiritual, literal-alegórico, histórico-tipológico o externo-interno.

MORALES XIV, 1-9

I

1. En la primera parte de esta obra tratamos de cómo Dios todopoderoso trajo a ejemplo la vida del bienaventurado Job para corregir la vida de los que estaban puestos debajo de la Ley; el cual guardó los mandamientos de la vida, aunque no los había recibido en escrito. Las obras de este santo varón son primero alabadas por testimonio divino, y después es permitido que sea tentado por asechanzas del enemigo, para que por las tentaciones de su tribulación demostrase cuánto había primero aprovechado en la prosperidad. El enemigo del humano linaje según su mala costumbre codició tentar la vida de este varón, aunque supo que era alabada por la boca de Dios; y, como no pudiese derribarle herido con tantos daños de sus cosas y tantas muertes de sus hijos, despertó contra él a su mujer para combate de mal amonestamiento, para que a lo menos corrompiese con palabras familiares al que no pudo derribar con tantos tormentos de los mensajeros; mas lo que con ayuda de la mujer pudo primero alcanzar contra Adán en el paraíso no pudo después contra este puesto en el muladar fortalecerse. Y por eso se volvió a otras maneras de tentación, trayéndole a sus amigos como a consoladores para despertar las almas de ellos en aspereza de reprensión, para que aquél, cuya paciencia no había sido vencida por los azotes, fuese vencido por las palabras ásperas entre sus persecuciones. Pero este enemigo, acechando astutamente padeció el engaño que contra el santo varón preparaba; porque cuantas ocasiones de perdición le ofreció, tantas causas de victoria le administró. Tuvo paciencia contra los tormentos y sabiduría contra las palabras, porque los dolores de las heridas sufrió con igualdad de alma y refrenó sabiamente la locura de los que mal le amonestaban.

Mas, porque en estas sus pasiones y discretas hablas tiene figura de la santa Iglesia, no sin causa, como muchas veces hemos dicho, son figurados los herejes en sus amigos, los cuales hablaron algunas cosas buenas y otras malas; y porque

eran amigos de este santo varón dijeron muchas cosas buenas de los malos y, teniendo figura de los herejes, muchas veces se derramaron en el exceso de sus palabras y con las saetas de ellas hirieron el cuerpo del santo varón; mas contra el alma inexpugnable con su misma herida fueron afligidos. Así que nosotros debemos distinguir con sutil discreción qué es lo que en sus palabras sienten verdaderamente acerca de los malos y qué es también lo que hablan sin provecho y locamente contra el bienaventurado Job. Síguese:

II

(Jb 18, 1-2) Respondiendo Baldad Suhites dijo: ¿Hasta qué fin dirás palabras en vano? Entiende primero, y así hablaremos.

2. Todos los herejes piensan que la santa Iglesia se ensoberbece en algunas cosas de las que sabe, y de otras sospechan que no las entiende. Y por eso Baldad Suhites afirma haber como venido a soberbia el bienaventurado Job, del cual dice que habla palabras vanas. Pero bien demuestra con cuánta soberbia se había levantado el que pensaba que el bienaventurado Job hablaba lo que no entendía. Y porque todos los herejes se quejan de que en su estimación son menospreciados por la santa Iglesia, síguese convenientemente:

III

(Jb 18, 3) ¿Por qué somos reputados como bestias y menospreciados delante de ti?

3. Propiedad es del alma humana sospechar que le es hecho lo que hace. Piensan que son menospreciados los que acostumbran a menospreciar las obras de los

buenos. Y porque en las cosas que pueden ser mostradas por razón contra los herejes demuestra la Iglesia que no es cosa razonable lo que afirman, sospechan ellos que son estimados por el juicio de ella como bestias; y de esta sospecha de su menosprecio saltan luego con mucha indignación y despiértanse a las injurias de la misma Iglesia. Y por eso se dice luego:

IV

(Jb 18, 4) ¿Por qué pierdes tu alma en tu furor?

4. Los herejes no estiman el celo de la justicia o la gracia espiritual de la santa predicación por peso de virtud, sino por desatino de furor, en el cual piensan que perecen las almas de los fieles; porque por allí creen que se destruye la vida de la Iglesia por donde la ven ser contra ellos con furor. Síguese:

V

(Jb 18, 4) ¿Por ventura la tierra será desamparada por ti?

5. Ellos piensan que en todas partes honran a Dios y que han ocupado todo el mundo. ¿Qué otra cosa es decir: Por ventura la tierra será desamparada por ti, sino aquello que muchas veces dicen a los fieles, conviene a saber: Si es verdad lo que vosotros decís, toda la tierra es desamparada de Dios, la cual nosotros tenemos por la muchedumbre? Mas la santa Iglesia universal predica que no puede ser Dios adorado verdaderamente sino dentro de ella, afirmando que todos los que están fuera de su gremio serán condenados. Y por el contrario los herejes confían que fuera de ella podrán ser salvos, y creen que en todo lugar tendrán el socorro divino. Y por eso dicen: ¿Por ventura será la tierra desamparada por ti?;

esto es: que ninguno de los que estuvieren fuera de ti será salvo. Y por eso se sigue luego:

VI

(Jb 18, 4) ¿Y las peñas grandes son trasladados de su lugar?

6. Los herejes llaman piedras grandes y altas a los que ellos piensan que en sentidos sutiles exceden al humano linaje; de los cuales se glorifican ser sus enseñadores.

Mas cuando la santa Iglesia procura recoger dentro del seno de la fe a algunos perversos predicadores, ¿qué otra cosa hace sino mover las peñas altas de sus propios lugares, para que con humildes sentidos estén inclinados dentro de ella aquellos que primero estaban levantados en soberbia con sus perversos sentidos? Mas los herejes contradicen esto cuanto pueden, y esfuérzanse en que por sus palabras no se trasladen las piedras de su lugar propio, porque no quieren que, viniendo a la fe, sientan humildemente las cosas verdaderas aquellos que juntamente con ellos sabían con soberbia las cosas falsas.

7. Pero muchas veces los herejes, cuando ven a algunos en la santa Iglesia que padecen pobreza o algunas otras persecuciones luego se ensañan a sí mismos en arrogancia de justicia y cualquier cosa que consideran haber venido de adversidad a los fieles piensan que es hecho por sus pecados, no sabiendo que la cualidad de esta vida presente no aprueba el mérito de las obras; porque muchas veces acaecen a los malos cosas buenas, porque los bienes verdaderos son guardados para los buenos en el galardón perdurable y los males verdaderos para los malos. Así que Baldad, teniendo la figura de los herejes que se ensalzan de la prosperidad de la vida presente, así como en persona de ellos se ensoberbece contra las persecuciones del bienaventurado Job en oprobio de los justos y

ciertamente con elocuencia disputa contra los malos; pero no sabe cuán perversas cosas dice contra el varón justo, porque luego añade, diciendo:

VII

(Jb 18, 5) ¿Por ventura no será apagada la luz del malo y no resplandecerá la llama de su fuego?

8. Si entiende esto en la definición de la vida presente, engáñase; porque muchas veces se ve en los malos estar la lumbre de la prosperidad y que los buenos están escondidos debajo de las tinieblas de la pobreza y del abatimiento. Mas, si su palabra se endereza a mostrar lo que los malos padecen en el fin, verdadero es lo que dice: ¿Por ventura no será apagada la luz del malo y no resplandecerá la llama de su fuego? Y si rectamente se pudo decir del malo, pero no se debía decir contra el santo varón puesto en sus persecuciones. Mas, considerando nosotros las fuerzas de sus brazos en sus sentencias, pensemos cuán recias saetas tira, y dejemos de mirar echándolas a quien hiere, sabiendo que en vano hiere la piedra con sus golpes. Así que dice: ¿Por ventura no será apagada la luz del malo y no resplandecerá la llama de su fuego? Los malos tienen por su luz la prosperidad de la vida presente; pero su luz será extinguida, porque la prosperidad de la vida transitoria presto se acabará con la misma vida. Y por eso dice luego: Y ¿no resplandecerá la llama de su fuego?

9. Cualquier malo tiene llama de su propio fuego, que enciende en su corazón con el fervor de los deseos temporales, ardiendo algunas veces en algunas codicias y en otras e inflamando sus pensamientos en muchos halagos del siglo presente. Pero, si el fuego no tiene llama, en la lumbre derramada no resplandece. Así que la llama de su fuego es la hermosura o el poderío exterior, la cual procede de su ardor interior; porque muchas veces alcanza para acrecentamiento de perdición lo que con mucha congoja desea tener en este mundo; y, si por gloria exterior resplandece en el poderío de la dignidad o en las riquezas multiplicadas, no resplandecerá la llama de su fuego, cuando en el día

de su fin le será quitada toda la hermosura exterior y será abrasado en solo el ardor suyo interior. Así que la llama es quitada del fuego, cuando la gloria exterior será apartada de su ardor interior.

Tienen también los justos llama de su fuego, pero es muy resplandeciente porque sus buenos deseos lucen en las buenas obras; mas la llama de los malos no resplandece, porque por sus malos deseos son traídos a las tinieblas. Y por eso se sigue:

VIII

(Jb 18, 6) La luz se obscurecerá en la morada de él.

10. Pues que muchas veces por las tinieblas entendemos la tristeza, con razón por la luz entenderemos el gozo. Así que la luz obscurecerá en su morada porque el gozo que tenía de las cosas temporales desfallecerá en su conciencia, en la cual mora perversamente. Y por eso dice luego convenientemente: Y el candil que sobre él está será apagado. Hablando según el uso de muchos, la lumbre del candil se pone en algún vaso de barro. Así que el candil que sobre él estuviere, será apagado, porque, cuando el malo sigue el galardón de sus maldades, es destruido en su alma el gozo carnal. Y bien se dice de este candil que está sobre él y no que está ante él; porque los gozos terrenos poseen el alma de los malos, y de tal manera la meten en los deleites que están sobre ella y no delante de ella. Mas los justos, aun cuando tienen la prosperidad de la vida presente, saben muy bien sojuzgarla debajo de sí mismos para que pasen con consejo de gravedad y excedan con regimiento de virtud los que ante sí se alegran con los bienes. Así que el candil del malo que está sobre él será extinguido, porque muy presto desfallece el gozo que le poseyó por entero en esta vida; y porque ahora se extiende perversamente en los deleites, después le estrechará la pena en los tormentos. Y por eso dice luego:

IX

(Jb 18, 7) Serán ensangostados los pasos de su virtud.

11. Ahora así como extiende el malo los pasos de su virtud, cuando ejercita las violencias de su poderío, mas serán ensangostados los pasos de su virtud porque las fuerzas de su malicia, que ahora demuestra en el deleite, serán después oprimidas en la pena.

BIBLIOGRAFÍA

Banniard, M., “Iuxta uniuscuiusque qualitatem”; l’Écriture médiatrice chez Grégoire le Grand, en Grégoire le Grand, ed. I. Fontaine, Paris 1986, pp. 477-488.

Bélanger, R., Anthropologie et Parole de Dieu dans le commentaire de Grégoire le Grand sur la Cantique des Cantiques, en Grégoire le Grand, ed. I. Fontaine, Paris 1986, pp. 245-254.

Calati, B., Gregorio Magno e la Bibbia, en Bibbia e spiritualità, ed. C. Vagaggini, Roma 1967, pp. 121-178.

Calati, B., Saggio per una lettera dei dialoghi di S. Gregorio Magno secondo la metodologia del senso spirituale della scrittura inteso dai padri medievali, en Lex orandi, Lex credendi. Fs. C. Vagaggini, ed. G. I. Békés, Roma 1980, pp. 109-130.

Calati, B., ‘Scriptura crescit cum legente’ nelle omelie di S. Gregorio Magno, en PSV 24 (1991), pp. 249-70.

Cremascoli, G., La Bibbia nella Regola Pastorale di San Gregorio Magno, en VetChr 6 (1969), pp. 47-70.

DeLeeuw, R. A., Gregory the Great’s ‘Homilies on the Gospels’ in the Early Middle Ages, en StMed 26 (1985), pp. 855-69.

Evans, G. R., Guibert of Nogent and Gregory the Great on preaching and exegesis, en Thom 49 (1985), pp. 534-550.

García de la Fuente, O., Reminiscencias bíblicas en el libro I de los Diálogos de Gregorio Magno, en Excerpta Philologica 1 (1991), pp. 221-233.

Giordano, L., L’Antico Testamento nelle omelie sui vangeli di Gregorio Magno, en ASEs 2 (1985), pp. 257-62.

Gribomont, J., Le texte biblique de Grégoire, en Grégoire le Grand, ed. J. Fontaine, Paris 1986, pp. 467–475.

Kasper, C. M., Die Exegese Gregors des Grossen am Beispiel der Homiliae in Ezechielem, en StPatr 30 (1997), pp. 49-53.

Kessler, S. C., Gregor der Grosse als Exeget. Eine theologische Interpretation der Ezechielhomilien, Innsbruck 1995.

Manselli, R., Gregorio Magno e la Bibbia, en La Bibbia nell'Alto Medioevo, Spoleto 1963, pp. 67-101.

Petersen, I. M., Greek influences on Gregory the Great's exegesis of Luke 15:1-11 in Homeleia in Evangelium II, 34, en Grégoire le Grand, ed. I. Fontaine, Paris 1986, pp. 521-529.

Recchia, V., La memoria di Agostino nell'esegesi biblica di Gregorio Magno, en Aug 25 (1985), pp. 405-434.

Recchia, V., Il commento allegorico di Genesi, 1-3 nelle opere esegetiche di Gregorio Magno, en VetChr 25 (1988), pp. 421-449.

Recchia, V., Gregorio Magno papa ed esegeta biblico, Bari 1996.

Stefanetti, P., Tipologia e teologia simbolica nelle Omelie sugli Evangeli di San Gregorio Magno, Roma 1992.

Wasselynck, T., L'influence de l'exégèse de S. Grégoire le Grand sur les commentaires bibliques médiévaux (VII-XII s.), en RTAM 32 (1965), pp. 157-204.

Zelzer, M., Gregors Benediktvita und die Bibel. Die Entschlüsselung eines exegetischen Programms, en RBS 18 (1994), pp. 221-232.

Zevini, G., La metodologia dell' 'intelligenza spirituale della Sacra Scrittura' come esegesi biblica secondo Gregorio Magno, en Parola e Spirito. Fs. S. Cipriani, Brescia 1982, pp.867-915.

Zimdars-Swartz, S., A confluence of imagery; exegesis and Christology according to Gregory the Great, en Grégoire le Grand, ed. I. Fontaine, Paris

1986, pp. 327-335.

Zinn, G. A., Texts within Texts. The Song of Songs in the Exegesis of Gregory the Great and Hugh of St. Victor, en Studia Patristica, Louvain 1993, pp. 209-215.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1336-1368.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell'esegesi patristica, Roma 1985, pp. 93, 270, 357.

37. ISIDORO DE SEVILLA (560-636)

ISIDORO RECIBIÓ UNA FORMACIÓN A LA VEZ clásica y cristiana de su hermano Leandro al que sucedió como obispo de Sevilla. Su obra más conocida son las Etimologías, nombre que procede de uno de los libros en que se divide, compendio enciclopédico del saber de su tiempo, en que trata desde la mineralogía hasta la teología y que fue elaborada basándose en las obras de los escritores clásicos más conocidos en aquella época. La obra tuvo éxito inmediato, su difusión fue rápida y su autoridad se mantuvo durante siglos.

Los tres Libros de las sentencias son un manual de teología dogmática, espiritual y moral compuesto esencialmente con textos de Agustín y Gregorio Magno. Es el primer libro de sentencias de la historia, ordenado en manera similar a como lo serían después los demás que se compusieron, como, por ejemplo, ya en plena Edad Media, el de Pedro Lombardo. Por su actividad fue llamado el úlimo filólogo de la Antigüedad y fundador de la Edad Media.

Isidoro privilegia la exégesis alegórica, pero teniéndola siempre bajo control, porque -afirma- no todos los escritos de la Ley y los Profetas están encubiertos por el misterio, sino que los que tienen este sentido alegórico están en relación con los demás textos. En algunos casos empleará la numerología. Como fuentes, él mismo señala a Orígenes, Victorino, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Fulgencio y Juan Casiano. Con Isidoro entramos ya en el ámbito enciclopédico del medievo. Ofrecemos un texto sobre la importancia de la lectura de la Escritura.

LAS SENTENCIAS III, 7-9

De la oración

741. Este es el remedio para el que es asediado por el incentivo de los vicios: aplicarse a la oración cuantas veces le asalta algún vicio, ya que la oración frecuente neutraliza el ataque de estos.

742. Conviene aplicar nuestro ánimo a la oración y la súplica con tal perseverancia, que lleguemos a superar con firmísima voluntad las molestas sugestiones de los deseos carnales que se insinúan a través de los sentidos, e insistir todo el tiempo hasta que las venzamos con nuestra tenacidad, ya que una súplica negligente ni siquiera logra conseguir de los hombres lo que desea.

743. Cuando uno ora, invoca la asistencia del Espíritu Santo. Mas tan pronto como Él llega, al punto se desvanecen las tentaciones de los demonios que asaltan el alma humana al no poder soportar la presencia de Aquél.

744. Orar es propio del corazón, no de los labios, pues Dios no atiende a las palabras del que suplica, sino mira al corazón del que ora. Pero si el corazón ora en secreto y la voz se calla, aunque (la plegaria) se oculte a los hombres, no puede ocultarse a Dios, que está presente en la conciencia. Efectivamente, es preferible orar interiormente en silencio, sin sonido de palabras, que con solas las palabras, sin aplicación de la mente.

745. Nunca se ha de orar sin lágrimas, pues el recuerdo de los pecados engendra

aflicción; mientras oramos recordamos las culpas, y entonces nos reconocemos más culpables. Así, pues, cuando comparecemos ante Dios, debemos gemir y llorar al acordarnos cuán graves son los crímenes que cometimos y cuán terribles los suplicios del infierno que tememos.

746. El alma, cual se presenta en la oración, así debe mantenerse después de ella. Porque de nada aprovecha la oración si reiteradamente se comete el pecado del que nuevamente se pide perdón. Aquel, sin duda, percibe el fruto que espera de la plegaria que no reitera con sus faltas lo que pide se le perdone en la oración.

747. Nuestra alma es celestial, y entonces contempla rectamente a Dios en la oración cuando no está embarazada por ninguna preocupación o extravío terreno. En su propio ambiente está dispuesta para el bien, en otro distinto se turba.

748. Es pura la oración cuya práctica no impiden los cuidados del siglo, mas está lejos de Dios el ánimo que durante la oración se halla distraído con pensamientos terrenos. Entonces, pues, oramos sinceramente cuando no pensamos en otra cosa. Pero son muy pocos los que practican tal clase de oración. Y, aunque se da en algunos, es difícil, no obstante, que siempre sea así.

749. El alma que antes de la oración, alejada de Dios, se entretiene con pensamientos torpes, cuando se entrega a la oración le asaltan las imaginaciones que recientemente tuvo, dificultándose el fácil acceso a la plegaria, a fin de que su espíritu no se eleve libremente al deseo celestial.

750. Por ello, en primer lugar se ha de purificar el animo y apartarlo de la consideración de los asuntos temporales, para que con pureza de intención se dirija a Dios verdadera y sinceramente. Porque entonces en realidad confiamos poder conseguir los dones divinos cuando nos presentemos en la oración con

sencillez de afecto.

751. De múltiples maneras se distrae la atención de la plegaria cuantas veces las vanidades del mundo invaden el ánimo de quienquiera que practica la oración. Pero entonces el diablo sugiere con más ahínco al espíritu humano el pensamiento de los cuidados temporales cuando se da cuenta que uno está orando.

752. De dos modos se impide la oración a fin de que uno no pueda alcanzar sus peticiones, esto es, cuando uno todavía comete pecados o cuando no perdona al que le ofendió. Doble vicio que, si uno aleja de sí, al punto se consagra seguro a la práctica de la oración y alza libremente su ánimo hacia aquellas peticiones que espera conseguir con la plegaria.

753. El que es injuriado no deje de orar por los que le injurian; de no hacerlo así, conforme a la sentencia del Señor, peca el que no ora por los enemigos (Mt 5, 44).

754. Como ningún remedio aprovecha para la herida si todavía tiene dentro la metralla, así de nada sirve la oración de aquel en cuyo ánimo persiste el dolor, y el odio en su pecho.

755. Tan grande debe ser el amor a Dios del que ora, que no debe desconfiar del resultado de la plegaria, porque en vano hacemos oración si no tenemos confianza en ella. Así, pues, pida cada uno con fe, sin titubear lo más mínimo, pues el que duda se asemeja al oleaje del mar, que el viento provoca y dispersa a la vez (St 1, 6).

756. La desconfianza en conseguir las peticiones se origina cuando el ánimo siente que todavía conserva el afecto al pecado. En efecto, no puede albergar segura confianza en su súplica quien todavía es indolente en el servicio de Dios y se deleita con el recuerdo del pecado.

757. No merece recibir lo que pide en la oración quien se aparta de los preceptos de Dios, ni puede conseguir el favor que pide a Aquel cuya ley no obedece. Si realizamos lo que Dios manda, sin duda conseguimos nuestras peticiones, porque como está escrito, es abominable la oración de aquel que se aparta de la ley (Pr 28, 9).

758. En el servicio de Dios se encarecen necesariamente estas dos cosas: que las obras se apoyen en la oración, y la oración en las obras. Por lo cual dice también Jeremías: Alcemos nuestros corazones a Dios junto con nuestras manos (Lm 3, 41). Así, alza corazón y manos el que eleva la oración acompañada de las obras, pues todo el que ora y no trabaja, alza el corazón, pero no las manos. En cambio, el que trabaja y no ora, alza las manos, pero no el corazón. Mas, puesto que es indispensable trabajar y orar a un tiempo, con razón se han dicho ambas cosas a la vez: Alcemos nuestros corazones y nuestras manos a Dios, no sea que el corazón nos reprenda por la negligencia en cumplir los mandamientos en el caso de que pretendamos alcanzar nuestra salud o solo con la oración o solo con las obras.

759. Después de realizar la buena obra, derrámese lágrimas en la oración, para que la humilde plegaria alcance el mérito de la acción.

760. Levanta sus manos a Dios de forma vituperable quien publica sus obras con jactancia, como el fariseo, que oraba en el templo con vanidad y que pretendía se alabase a él más que a Dios por sus buenas obras (Lc 18, 11 ss.).

761. La oración de algunos se convierte en pecado, como se lee acerca de Judas el traidor, pues la plegaria del que ora con arrogancia, buscando la alabanza de los hombres (Sal 108, 7), nó solo no borra el pecado, sino que ella misma se convierte en pecado. Como sucede con los judíos y herejes, quienes, aunque parece que ayunan y oran, sin embargo, su oración no les sirve para merecer el perdón, antes bien se transforma en pecado.

762. A veces, la oración de los elegidos, en medio de sus tribulaciones, tarda en ser escuchada, a fin de que aumente la perversidad de los impíos; mas, cuando los justos son escuchados oportunamente, ello acontece para la salvación de quienes les persiguen, a fin de que, mientras a ellos se les brinda el remedio temporal, los malvados abran sus ojos y se conviertan. Por esta razón, el fuego encendido para los tres mancebos resultó inactivo (cf. Dn 3, 50), a fin de que Nabucodonosor reconociera al verdadero Dios. Como dice el profeta en los Salmos: Líbrame por causa de mis enemigos (Sal 68, 29).

763. Así, pues, las oraciones de algunos son escuchadas más tarde, para que, impulsadas con mayor fuerza, en tanto no se las atiende, acumulen mayores premios. Sirvan de ejemplo los inviernos en el retraso de las cosechas, durante los cuales, cuanto más tarde aparece la simiente sembrada, tanto se desarrolla con más plenitud en orden al fruto.

764. Cuantas veces en nuestra oración no somos al punto escuchados, pongamos ante nuestra consideración nuestras obras, a fin de atribuir el hecho mismo de la tardanza a la justicia divina y a nuestra culpa.

765. A veces es para nuestro provecho y no para nuestra desgracia que, orando con perseverancia, no seamos al instante escuchados. Porque con frecuencia Dios a muchos no les atiende según su deseo, para atenderles en orden a la salvación.

766. Muchos no son escuchados cuando oran, pero Dios les procura bienes mejores de los que piden, como suele suceder con los pequeñuelos, que suplican a Dios para no ser azotados en la clase. Mas no se les concede el favor que piden, porque atenderles es un obstáculo para su perfeccionamiento. No de otra suerte acontece a algunos elegidos: suplican a Dios por ciertas ventajas o contrariedades de esta vida; mas la Providencia divina no se cuida de sus aspiraciones en este mundo, porque les reserva bienes mejores para la eternidad.

767. La oración se practica con más provecho y consigue mejores resultados en recinto privado, por cuanto se realiza siendo solo Dios el testigo.

768. En cambio, es propio de los hipócritas darse a conocer a los presentes, cuyo propósito no es el de agradar a Dios, sino el de recabar la gloria de los hombres.

769. Dios no escucha a los hombres porque hablen mucho, como si se empeñaran en conmoverle con muchas palabras. Pues no granjea su favor la verbosidad del que ora, sino la recta y sincera intención de la plegaria.

770. Es cosa saludable orar siempre en el corazón, es tambien saludable con el tono de la voz glorificar a Dios con himnos espirituales. De nada sirve cantar con sola la voz de la intención del alma, como dice el Apóstol, cantando en vuestro corazón (Ef 5, 19); esto es, salmodiando no solo de palabra, sino también de corazón. De ahí que afirme en otro lugar: Oraré con el espíritu, mas oraré también con la mente (1 Co 14, 15).

771. Como la oración nos guía, así el estudio de los salmos nos deleita, pues la práctica de salmodiar consuela los corazones afligidos, hace los espíritus más agradecidos, deleita a los melancólicos, despierta a los negligentes, invita al llanto a los pecadores. En efecto, por más duros que sean los corazones de los mundanos, tan pronto como suena la melodía del salmo, impulsa su alma a la

práctica de la piedad.

772. Aun cuando no sea la inflexión de la voz, sino las palabras divinas que en la salmodia se pronuncian, lo que debe conmover al cristiano, no sé de qué manera nace de la modulación del canto una mayor compunción. Pues son muchos los que, impresionados por la suavidad del canto, deploran sus crímenes, y en aquel pasaje se mueven más al llanto en el que se percibe muy suave la modulación del salmista.

773. La oración solo se practica en esta vida para la remisión de los pecados, mas la recitación cantada de los salmos refleja la alabanza perpetua de Dios en la gloria eterna, tal como está escrito: Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos (Sal 83, 5). Y todo el que lleva a cabo la ejecución de esta obra con fidelidad y atención, se asocia, en cierto modo, a los ángeles.

De la lectura

774. La oración nos purifica, la lectura nos instruye; ambas cosas son buenas cuando son posibles; pero, si no, mejor es orar que leer.

775. El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y asimismo leer. Porque, cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios; mas, cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros.

776. Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos y con la meditación conservamos las que hemos aprendido.

777. Un doble beneficio proporciona la lectura de las santas Escrituras, sea porque instruye mejor al entendimiento, sea porque conduce al amor de Dios al hombre que ya se ha apartado de las vanidades del mundo. Efectivamente, muchas veces, estimulados por las enseñanzas, nos sustraemos al deseo de la vida mundana, y enardecidos por el amor de la sabiduría, tanto más se desvanece ante nosotros la vana esperanza en nuestra condición mortal cuanto más brilla a causa de la lectura la esperanza eterna.

778. Doble es el propósito en la lectura; el primero se refiere al modo de entender las Escrituras, el segundo, al provecho y dignidad con que se dan a conocer. Pues primeramente uno estará en disposición de entender lo que lee, luego será apto para comunicar lo que aprendió.

779. El lector diligente estará más resuelto a poner en práctica lo que lee que a entenderlo. Es menos penoso desconocer lo que uno pretende que no ejecutar lo conocido. Porque del mismo modo que con la lectura buscamos saber, así debemos realizar las buenas obras que aprendimos al tener conocimiento de ellas.

780. La ley de Dios encierra un premio y un castigo para quienes la leen. Premio para quienes, por vivir con rectitud, la observan; castigo para los que, por su vida depravada, la desprecian.

781. Todo el que por su conducta se aparta de los preceptos de Dios, cuantas veces tuviere la ocasión de leer o escuchar estos mismos preceptos divinos, al ser reprendido en su corazón, queda confuso, pues recuerda lo que no practica y en su interior le acusa el testimonio de la conciencia. Por ello, el profeta David suplica con estas palabras: Entonces no seré confundido cuando atienda a todos tus mandatos (Sal 118, 6). En efecto, uno queda sumamente confuso cuando, leyendo o escuchando, considera los mandamientos de Dios, que en su vida

desprecia, y su corazón le reprende en tanto es instruido con la meditación de los mandamientos, porque no realizó de obra lo que aprendió por imperativo divino.

De la asiduidad en leer

782. Nadie puede conocer el sentido de la santa Escritura de no familiarizarse con su lectura, según está escrito: Tenla en gran estima, y ella te ensalzará, y cuando la hubieres abrazado, te glorificará (Pr 4, 8).

783. Cuando uno es más asiduo en leer las Sagradas Escrituras, tanto consigue una inteligencia más plena de ellas; como sucede con la tierra, que cuanto mejor se cultiva, tanto es más abundante el fruto que produce.

784. Cuanto más sobresale el hombre en cualquier parte, tanto más el propio arte se pone al alcance de los hombres, como se dice en la ley: Moisés subió al monte, y el Señor descendió (cf. Ex 19, 3 y 20).

785. Con respecto a la contemplación espiritual, es cierto que solo aquel podrá investigar el secreto de los mandamientos divinos que apartare su ánimo de la dedicación a los asuntos terrenos y con asidua familiaridad se aplicare a las Santas Escrituras. Porque como el ciego y el que tiene vista pueden ambos ciertamente caminar, pero no con igual desenvoltura, ya que el ciego tropieza al dirigirse a un lugar que no ve, y, en cambio, el que tiene vista evita los obstáculos y sabe a donde ha de dirigirse, así también el que anda a obscuras por la espesa niebla de los cuidados terrenos, cuando intenta escudriñar los misterios de Dios, no puede hacerlo, ya que no ve a causa de las preocupaciones que nos ofuscan. Solo aquel puede lograrlo que se aparta de los cuidados materiales del siglo y se concentra enteramente en la meditación de las Escrituras.

786. Algunos tienen capacidad intelectual, pero descuidan el interés por la lectura y desprecian en su abandono cuanto leyendo pudieron aprender. Otros, por el contrario, tienen deseos de saber, pero se lo impide la torpeza de su inteligencia, los cuales, no obstante, por la lectura asidua llegan a entender aquello que los inteligentes no conocieron por su desidia.

787. El ingenio se desarrolla con el tiempo, si no por la disposición natural, al menos por la constante lectura. Pues, aunque haya torpeza de juicio, la lectura frecuente acrece la inteligencia.

788. Como aquel que es tardo de comprensión, a pesar de ello, recibe el premio por el esfuerzo en su noble afán (de aprender), así el que descuida la capacidad intelectual que Dios le concedió, se hace reo de condenación, porque desprecia el don que recibió, y peca por abandono.

789. Algunos, por disposición de Dios, reciben el don de ciencia, que descuidan para ser castigados más duramente por los dones que se les han confiado. Y los más torpes descubren con dificultad lo que desean saber, a fin de recibir el más alto precio de recompensa en proporción al máximo esfuerzo en el trabajo.

Bibliografía

Ayuso Marazuela, T., Algunos problemas del texto bíblico de Isidoro, en Isidoriana.Coleccion de estudios sobre Isidoro de Sevilla, publicados con ocasión del XIV Centenario de su nacimiento ed. M.C. Díaz y Díaz, León 1961, pp. 143-191.

Châtillon, L, Isidore et Origène. Recherches sur les sources et l'influence des Quaestiones in Vetus Testamentum d'Isidore de Seville. Mélanges bibliques rédigés en l'honneur d'André Robert, Paris 1957, pp. 536-547.

Fontaine, I. -- P. Cazier, Grammaire sacrée et grammaire profane: Isidore de Séville devant l'exégèse biblique, en Los Visigodos, Historia y Civilización. Actas della semana internacional de Estudios Visgóticos (Madrid — Toledo — Alcalá de Henares, 21-25 oct. 1985), Murcia 1986, pp. 313-320.

Garcia de la Fuente, O., San Isidoro de Sevilla intérprete de la Biblia, en CDios 173 (1960), pp. 536-359.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1370-1374.

38. BEDA (673-735)

BEDA NACIÓ EN NORTHUMBRIA. A la edad de siete años fue acogido por los monjes de Jarrow, donde permaneció el resto de su vida. En el curso de esta, dedicada al estudio y la oración, se aficionó a los Padres de la Iglesia, especialmente a Agustín e Isidoro, y escribió un florilegio patrístico destinado a facilitar la interpretación de la Escritura. En latín de alta calidad, escribió varias obras de historia y tratados de ortografía, métrica, retórica, astronomía y cosmografía. Como Isidoro de Sevilla, contribuyó en gran manera a trasmitir el saber antiguo al mundo medieval, al que ya pertenece plenamente, y se conservan innumerables copias de sus obras, índice de su gran influencia en la posteridad. Es particularmente conocida su Historia anglorum.

Beda era un hombre de Biblia y afirmaba que se había esforzado en meditar la Escritura. La mayor parte de su producción está constituida por comentarios bíblicos y exegéticos: comentó casi toda la Biblia. Escribió también las Homilías sobre los Evangelios. En estos tratados se encuentra la sustancia de los Padres (Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Gregorio Magno), pero no es un simple compilador, sino que elabora con sentido crítico una lectura personal.

En las homilías (cf. el Epilogue de Kannengiesser), Beda distingue repetidas veces entre sentido literal y otro sentido más profundo, y emplea frecuentemente el término Tipologia, que no se debe confundir con el procedimiento de los inicios de la época patrística: se trata de una interpretación mística, como dice él mismo, es decir, la persona o el objeto del Antiguo Testamento es símbolo de algún aspecto de la vida espiritual del público presente. En este sentido se debería identificar, más bien, con la interpretación alegórico-espiritual.

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS I, 21: CUARESMA (MT 9, 9-13)

1. Hemos leído el pasaje en el que el Apóstol dice que todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, pero ahora son justificados gratuitamente por su gracia (Rm 3, 23-24). Y vuelve a decir, ponderando la inapreciable magnitud de esa gracia: porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rm 5, 20), porque sin duda cuanto más tuvo que curar el Señor la grave enfermedad de los pecados en sus elegidos, tanto más amplio se mostró a todos el poder de su gracia curativa.

De ahí que hayamos escuchado también en la lectura del Evangelio que Jesús, compadecido, llamó súbitamente a Mateo, que estaba sentado al telonio y ocupado en asuntos temporales, y le transformó, de publicano en justo, de recaudador de impuestos en discípulo. Y también que, al ir creciendo el raudal de su gracia, le promovió del grupo general de los discípulos al grado de los apóstoles y le encomendó, no solo la tarea de predicar, sino la de escribir el Evangelio, de manera que quien había abandonado los negocios de la tierra comenzara a dispensar los talentos celestiales. Dispuso que esto fuera así por su Providencia divina para esto: para que la enormidad, para que la cantidad ingente de sus crímenes no apartara a nadie de la esperanza del perdón, desde el momento en que ha visto a Mateo liberado de tan enormes lazos del mundo y convertido en una persona tan espiritual que podía ser llamado evangelista y efectivamente serlo, con una palabra que comparte con los espíritus angélicos.

2. Dice: Vio Jesús a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme (Mt 9, 9). Le vio, no tanto con los ojos del cuerpo, como con la mirada íntima de su misericordia, con la que se dignó mirar a Pedro que le había negado (cf. Lc 22, 61), a fin de que fuera capaz de reconocer su pecado y llorar; con la que contempló a su pueblo oprimido por la servidumbre a Egipto para liberarle (cf. Ex 3, 7-8), diciendo a Moisés: He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído su clamor y he bajado para liberarles (Hch 7, 34).

Así pues, vio al hombre y se compadeció de él porque, entregado a tantos afanes humanos, aún no llevaba una vida que le hiciera digno de un nombre celestial. En efecto, dice que vio a un hombre llamado Mateo, sentado en el telonio, es decir en una búsqueda afanosa y pertinaz de ganancias temporales. La palabra hebrea «Mateo», en latín significa «regalado», nombre que con certeza corresponde a uno que ha recibido un don tan grande de la divina gracia.

3. Y no hay que pasar por alto que este Mateo tenía un doble nombre, porque también se llamaba Leví, palabra que asimismo da fe de esa gracia con la que fue dotado. Se interpreta como «tomado» o «añadido», para significar que fue «sumado» por el Señor a través de una elección y que fue «añadido» al número de los que ostentaban el grado de apóstoles. Marcos y Lucas en este pasaje prefirieron llamarle con este último nombre, para no propalar la fama de la anterior manera de vivir de su colega evangelista (cf. Mc 2, 14; Lc 5, 27). Sin embargo, cuando llegaron a describir el elenco de los doce apóstoles, callando la palabra Leví, le llaman abiertamente Mateo (cf. Mc 3, 18; Lc 6, 15).

4. Por su parte, el mismo Mateo —de acuerdo con lo que está escrito: el justo es el primer acusador de sí mismo; viene su amigo y le descubre (Pr 18, 17)— se llama a sí mismo con el nombre habitual, cuando narra su vocación en el telonio, pero en el catálogo de los apóstoles se denomina con el añadido de publicano. Dice: Tomás y Mateo el publicano (Mt 10, 3), porque así presta a los publicanos y pecadores una mayor confianza con que puedan conseguir la salvación. Este método de enseñanza sigue también Pablo, cuando afirma: Cristo Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia a fin de que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su paciencia para ejemplo de los que habían de creer en Él para la vida eterna (1 Tm 1, 15-16).

5. Así pues, vio a un publicano y, puesto que ve mientras se compadece y elige, le dice: Sígueme [Vidit ergo publicanum et quia miserando atque eligendo vidit ait illi: sequere me.]. Y «sígueme» quiere decir «imítame». Dijo «sígueme», no

tanto con los pasos de tus pies, como con la ejecución de mis acciones. Porque quien dice que permanece en El debe andar como Él anduvo (1 Jn 2, 6), lo cual significa no ambicionar cosas terrenas, no perseguir bienes caducos, huir de los honores ínfimos, abrazar de buen grado un total desprecio al mundo a cambio de la gloria celestial, servir a todos, amar las injurias, no injuriar a nadie y, no solo sufrir con paciencia las que a uno le han infligido, sino pedir perdón al Señor incluso por los que las cometen, jamás buscar la propia gloria, sino siempre la del Creador, alentar en uno mismo todo lo que refuerza el amor por las cosas celestiales. Cumplir todo esto y cosas análogas es seguir las huellas de Cristo.

6. Y él —dice—, levantándose, le siguió (Mt 9, 9). No hay que asombrarse de que el publicano a la primera palabra imperativa del Señor abandonara las ganancias terrenas por las que se afanaba y, despreciando su opulencia, se sumara a la comitiva de Aquel que veía no poseer ninguna riqueza. Porque el mismo Señor, que le llamó por fuera con su palabra, por dentro le impulsó con un instinto invisible a que le siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual con la que fuera capaz de entender que el mismo que le apartaba de los asuntos temporales de la tierra tenía el poder de darle tesoros incorruptibles en los cielos. Y él —dice—, levantándose, le siguió. Se levantó para seguirle, abandonó los negocios caducos que gestionaba, para conseguir los eternos, a los que le invitaba la Verdad, según aquello de Isaías: Levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos y Cristo te iluminará (Ef 5, 14; cf. Is 26, 19; 60, 1).

HOMILÍA I, 14 (9-20) DESPUÉS DE LA EPIFANÍA (Jn 2, 1-11)

(...) 9. Había allí seis hydrias de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con una capacidad de dos o tres metretas (Jn 2, 6). Se llama «hydrias» a las vasijas preparadas para recibir agua; efectivamente, en griego «agua» se dice hydor. Y el agua indica el conocimiento de la Sagrada Escritura que suele, de una parte limpiar de la mancha de los pecados, y de otra dar a beber en la fuente del conocimiento de Dios a quienes la escuchan. Las seis vasijas, en las que ese agua se contenía, son los corazones piadosos de los santos cuya perfección de vida y modelo de creer y vivir correctamente la fe es propuesta al género humano a lo largo de las seis edades de este mundo caduco: esto es, hasta la era de la predicación del Señor.

10. Y las vasijas son con razón de piedra, porque los corazones de los justos son fuertes por la fe y el amor, como era sólido —por ejemplo— el núcleo de aquella piedra que vio Daniel, desprendida del monte sin intervención de mano de hombre, y que se convirtió en una gran montaña hasta cubrir toda la tierra (cf. Dn 2, 34-35). De ella dice Zacarías: En una sola piedra hay siete ojos (Za 3, 9); esto es, en Cristo habita la totalidad de la ciencia sobrenatural. También el apóstol Pedro alude a ella, diciendo lo siguiente: Arrimándoos a Él, que es la piedra viva..., también vosotros sois una especie de piedras vivas edificadas sobre Él (1 P 2, 4-5). Con razón estaban preparadas allí las hydrias, dispuestas para las purificaciones de los judíos, porque la ley fue dada por Moisés (Jn 1, 17), solo para el pueblo de los judíos. Pero la gracia y la verdad del Evangelio fue traída por Jesucristo, para los gentiles no menos que para los judíos.

11. Continúa: cada una con capacidad de dos o tres metretas, porque los profetas, autores y ministros de la Sagrada Escritura, hablan unas veces solo del Padre y del Hijo, como aquello de: Todo lo hiciste con sabiduría (Sal 104, 24), donde Cristo es la fuerza creadora de Dios y su Sabiduría (cf. 1 Co 1, 24). Pero otras veces también mencionan al Espíritu Santo, según aquello del salmista: Por la

palabra del Señor se afirmaron los cielos y al soplo de su espíritu surgió toda su fuerza (Sal 33, 6). Se debe entender que, tanto el Verbo divino, como el Espíritu es toda la Trinidad, que es un solo Dios.

12. Pero la misma distancia que hay entre el agua y el vino existe también entre aquel sentido en el que se entendían las Escrituras antes de la venida del Salvador y el que Él en persona reveló con su venida a los Apóstoles y dejó a los discípulos de estos para que lo siguieran por siempre. Y es verdad que el Señor, que al principio de la Creación del mundo lo creó todo de la nada, pudo llenar las hydrias de vino, pero prefirió hacer vino del agua para enseñar —mediante un símbolo— que no había venido para abolir o desaprobar la Ley, sino más bien para dar cumplimiento a la Ley y a los profetas (cf. Mt 5, 17); y que Él, por la gracia del Evangelio, no hacía ni enseñaba otra cosa que lo que la Escritura de la Ley y los profetas habían señalado que haría y enseñaría.

Así pues, hermanos, contemplemos las seis hydrias de las Escrituras repletas de agua saludable, contemplemos esa misma agua convertida en el aroma y sabor sumamente agradables del vino.

13. En la primera edad del mundo su hermano, por envidia (cf. Gn 4, 8), mató al justo Abel y por eso este último, bienaventurado por la gloria del martirio, recibió la alabanza de ser justo también en los Evangelios y en las cartas de los Apóstoles (cf. Mt 23, 35; Lc 11, 51; Hb 11, 4; 12, 24), mientras el fratricida impío sufre el castigo de la eterna maldición. Los que al oír todo esto temen ser condenados junto con los impíos, mientras desean ser bendecidos con los piadosos, rechazan toda semilla de odio y de envidia (cf. Gn 37, 8), procuran agradar a Dios por medio de un sacrificio de justicia, modestia, inocencia, paciencia, encuentran en la Escritura un vaso completamente lleno de agua del que se regocijan al purificarse y beber saludablemente. Pero si han entendido que Caín, el homicida, simboliza la perfidia de los judíos, que la muerte de Abel es la pasión del Señor nuestro Salvador, que la tierra que abrió su boca y recibió su sangre de las manos de Caín (cf. Gn 4, 11) es la Iglesia, que acogió la sangre de Cristo derramada por los judíos para el misterio de su renovación, sin duda

hallan el agua convertida en vino, porque comprenden místicamente lo que dice la Ley sagrada.

14. Al comenzar la segunda edad del mundo, fue destruida la tierra por las aguas del diluvio a causa de la magnitud de los pecados, pero solo Noé junto con su casa fue liberado en el arca, gracias a su santidad (cf. Gn 6-7). Al oír hablar de la horrible devastación producida por esta catástrofe y de la milagrosa salvación de unos pocos, todo aquel que comience a vivir sin pecado —deseando ser librado junto con los elegidos, temiendo ser exterminado con los réprobos— ha recibido ciertamente la hydria de agua que le limpiará y le renovará. Pero, sin embargo, cuando haya comenzado a mirar a lo alto y haya entendido que en el arca está simbolizada la Iglesia, en Noé Cristo, en el agua que anega a los pecadores el agua del bautismo que limpia los pecados, en todos los que estaban en el arca —incluidos los animales— la multiple variedad de los bautizados, en la paloma que después del diluvio trajo al arca el ramo de olivo (cf. Gn 8, 11) la unción del Espíritu Santo del que son imbuidos los bautizados, admirará que ciertamente el agua se haya convertido en vino, porque en la narración de esa vieja historia descubrirá que se profetizaba su propia purificación, santificación, justificación.

15. En la tercera edad del mundo, poniendo a prueba la obediencia de Abrahán, Dios le manda que le sacrifique en holocausto a su único hijo, aquel a quien ama (cf. Gn 22). Y Abrahán no retrasa hacer lo que se le manda, pero en vez del hijo sacrifica a un carnero. Sin embargo, por el grado eximio de virtud de su obediencia, es recompensado con la herencia de una bendición eterna (cf. Gn 22, 17-18). Aquí tienes la tercera hydria. Porque, al escuchar con cuán grande premio es premiada una virtud tan grande, tú también te preocuparás de aprender y guardar la obediencia. Porque, si en la inmolación del hijo único amado entiendes que está simbolizada la pasión de Aquel de quien el Padre dice: Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido (Mt 3, 17); y que en Él, de quien solo la Humanidad ha sufrido la muerte y el dolor, puesto que la Divinidad permanecía impasible, se ofrece en cuanto Hijo pero se inmola un carnero; si entiendes que la bendición prometida a Abrahán significa que en ti se ha cumplido la promesa de que los gentiles creerán, es evidente que del agua ha hecho vino para ti, porque te ha abierto el sentido espiritual con el que eres embriagado con una nueva fragancia.

16. En los inicios de la cuarta edad David es elegido como rey del pueblo israelita en lugar de Saúl. Era un hombre humilde, inocente y manso enviado al destierro; más aún, torturado largo tiempo por la injusta persecución de Saúl (cf. 1 S 15-16; 18-21). He aquí la cuarta hydria llena de agua saludable. Todo aquel que al oír esto comience a desear la humildad y la inocencia y a expulsar de su corazón la soberbia y la envidia, es como si encontrara una fuente de agua limpísima con la que reponerse. Pero si entiende que en Saúl están simbolizados los judíos perseguidores, mientras en David Cristo y la Iglesia, se dará cuenta de que el imperio carnal junto con el espiritual de aquellos fue destruido por su perfidia, mientras que el reino de Cristo y de la Iglesia permanecerá por siempre. Y por consiguiente sentirá que a partir del agua su copa se ha convertido en vino, porque habrá aprendido a verse descrito a sí mismo y su vida y el reino y hasta el mismo rey, allí donde antes solo leía una historia antigua, como si se tratara de algo ajeno.

17. En la quinta edad del mundo el pueblo, por pecar, es exilado a Babilonia bajo el cautiverio de Nabucodonosor (cf. 2 R 24-25; 2 Cro 36); pero a los setenta años, tras haber hecho penitencia y haberse corregido, es reconducido por el sumo sacerdote Jesús (cf. Esd 3, 2) a la patria, donde reconstruye la casa de Dios que había sido incendiada y la ciudad santa que había sido destruida (cf. Esd 1-6). Al leer u oír todo esto, cualquiera experimenta miedo a pecar, busca el remedio de la penitencia, se lava con el agua purificadora de la hydria. Pero, si aprende a comprender que Jerusalén y el templo de Dios son la Iglesia de Cristo; Babilonia, la confusión de los pecados; Nabucodonosor, el diablo; el sumo sacerdote Jesús, Jesucristo —el verdadero y eterno pontífice—; los setenta años, la plenitud de las buenas obras que se nos conceden por medio de los dones del Espíritu Santo: es decir, a través del decálogo y la gracia septiforme del mismo Espíritu. Y ve que todo esto ocurre, de una parte a quienes indudablemente al pecar han sido robados a la Iglesia por el diablo, y de otra a quienes se reconcilian por gracia del Espíritu Santo arrepintiéndose y haciendo penitencia por medio de Cristo, entonces tiene ya el vino transformado a partir del agua. Porque, al entender que a él se refiere lo que está escrito y enardecerse inmediatamente con un gran fuego de compunción —como si fuera de vino—, pide liberarse por la gracia de Cristo de todo lo que tenga conciencia que hay en sí mismo de pecado que aherroja.

18. Al iniciarse la sexta edad del mundo el Señor, apareciendo en carne, fue circuncidado al octavo día de su nacimiento según la Ley, fue presentado en el templo treinta y tres días después (cf. Lv 12, 4) y fueron hechas las ofrendas legales por Él (cf. Lc 2, 21-24). Contemplando esto al pie de la letra, aprendemos claramente con cuánta diligencia debemos aceptar los misterios de la fe evangélica, cuando al traernos la bendición de la gracia Él, que nos había dado la letra de la Ley, se preocupó de someterse al primer rito de las ceremonias antiguas; y Él mismo, que en cuanto Dios lo consagra todo, se esforzó con su actitud por recibir, y al mismo tiempo entregar, los nuevos sacramentos de la gracia. He aquí la hydria sexta, que nos trae un agua más pura que las demás, para limpiar las manchas del pecado, para beber la alegría de la vida.

19. Verdaderamente, si entiendes la circuncisión del día octavo como el bautismo que nos redime de la muerte de los pecados en el misterio de la resurrección del Señor y reconoces que en la Presentación en el templo y la oblación de la víctima purificadora está simbolizado que todos los fieles acceden del baptisterio al altar santo y deben ser consagrados con la víctima singular del Cuerpo y la Sangre del Señor, has sido regalado de seguro con el vino convertido a partir del agua, y ciertamente uno purísimo. Y si interpretas el día de la circuncisión como la resurrección general del género humano, cuando se acabará la generación mortal y toda la mortalidad se transformará en inmortalidad; si entiendes que los circuncisos son presentados en el templo junto con las ofrendas cuando —después de la resurrección, una vez acabado el juicio universal, convertidos ya los santos en incorruptibles— entrarán a contemplar para siempre la imagen de la divina majestad junto con las ofrendas de sus buenas obras, entonces verás indudablemente que se ha hecho vino a partir del agua, reconocerás a su Hacedor y dirás: Y cuán rebosante es tu copa, que embriaga (Sal 23, 5).

20. Por consiguiente, el Señor en la celebración de las bodas no quiso crear vino de la nada sino que, tras mandar que se llenaran seis hydrias de agua, la convirtió en un vino admirable, porque concedió al mundo seis edades con la generosidad de su sabiduría salvadora que, sin embargo, Él mismo fecundó con la fuerza de

un sentido más sublime, al venir en persona. Porque lo que los mortales conocían solo a un nivel carnal, Él mismo reveló que debían entenderlo de un modo espiritual.

HOMILÍA II, 2 (8-14) CUARESMA (Jn 6, 1-14)

Por su parte, los cinco panes con los que sació a la multitud del pueblo son los cinco libros de Moisés, con los que —si se interpretan con una dimensión espiritual y enriquecidos con un sentido aún más amplio— renueva cada día los corazones de los oyentes fieles. Bien se dice que eran de cebada, por los extremadamente austeros preceptos de la Ley y por la envoltura más bien burda del sentido literal, que casi ocultaba el núcleo interior de su sentido espiritual.

9. En cuanto a los dos peces que añade, no hay inconveniente en interpretarlos como los escritos de los salmistas y profetas que —unos cantando y otros hablando— narraban a sus oyentes los futuros misterios de Cristo y la Iglesia. Y con razón se simbolizan a través de esos animales acuáticos los trasmisores del Evangelio de aquella edad, en la que el pueblo fiel no habría podido vivir de ningún modo sin las aguas del bautismo. El muchacho que tenía cinco panes y dos peces, y no los distribuyó entre la turba hambrienta, sino que se los presentó al Señor para que los distribuyera, es el pueblo judío, pueril por su interpretación literal de la Escritura. El mantuvo encerrados consigo los libros de la Escritura, mientras el Señor —al encarnarse— los recibió y mostró todo lo que tenían en su interior de útil y dulce, hizo ostensible cuánta gracia espiritual rezumaban los que parecían escasos y despreciables, y los presentó a través de los apóstoles y sus sucesores, para que sirvieran a todas las naciones.

10. Por eso narran bien otros evangelistas que el Señor distribuyó los panes y los peces a los discípulos y los discípulos a la muchedumbre (cf. Mt 14, 19; Mc 6, 41; Lc 9, 16). Porque el misterio de la salvación humana, tras haber comenzado a ser desvelado por el Señor, lo han confirmado en nosotros quienes lo oyeron de sus labios. En efecto, El partió los cinco panes y los dos peces y los distribuyó a los discípulos, cuando les abrió la inteligencia para que comprendieran todo lo que estaba escrito sobre El en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos (cf. Lc 24, 44-45). Y los discípulos los presentaron a las turbas, cuando

predicaron por todas partes y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban (Mc 16, 20).

11. La hierba en la que la multitud se sienta y reposa se entiende que es la concupiscencia de la carne, que debe pisotear y reprimir todo aquel que desea saciarse con los alimentos del espíritu. Porque toda carne es heno y toda su gloria como la flor del heno (Is 40, 6; 1 P 1, 24). Así pues, siéntese sobre el heno para oprimir la flor del mismo, es decir, mortifique su cuerpo y sométalo a servidumbre (cf. 1 Co 9, 27), domine los placeres de la carne, reprima las olas de la lujuria, todo aquel que quiera ser reconfortado con la dulzura del pan vivo; evite ser seducido por la mala vida pasada, todo el que ansíe ser renovado por el alimento de la gracia celestial.

12. Los cinco mil varones que comieron simbolizan la perfección de aquellos que son reconfortados por el Verbo de vida. En efecto, con la palabra «varones» se designa de ordinario en las Escrituras a los más perfectos, a quienes no corrompe ningún afeminamiento, como desea el Apóstol que sean aquellos a quienes dice: Velad, estad firmes en la fe, trabajad varonilmente y alentaos (1 Co 16, 13). Por su parte, el número mil —el mayor que conoce nuestra forma de contar— indica de ordinario la plenitud de las cosas de las que nos ocupamos, mientras a su vez el cinco expresa los conocidísimos cinco sentidos de nuestro cuerpo: es decir, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto. Los que en cada uno de ellos se esfuerzan por actuar y ser fuertes varonilmente, viviendo sobria, justa y piadosamente (cf. Tt 2, 12), para merecer ser recreados por la dulzura de la sabiduría celestial, esos sin duda se hayan representados en esos cinco mil hombres a los que el Señor sació con alimentos espirituales.

13. Y no hay que pasar por alto el hecho de que, al disponerse a dar de comer a la multitud, dio gracias. Ciertamente dio gracias para enseñarnos a dar siempre gracias por los dones que recibimos del cielo y para revelarnos cuánto se congratula de nuestros progresos y cuánto se alegra de nuestro renacimiento espiritual. Porque, ¿queréis conocer, hermanos, cuánto se alegra de nuestra salvación? Narra el evangelista Lucas que dio a sus discípulos poder para pisar

sobre todo poder del enemigo, les indica que sus nombres están escritos en los cielos e inmediatamente añade: En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños (Lc 10, 19-21). Así pues, esta claro que se alegra con la salud y la vida de los fieles, Él que alaba al Padre, dándole gracias porque ha revelado a los humildes de espíritu las cosas que mantuvo escondidas para los soberbios.

14. Por lo que respecta a que, una vez saturada la muchedumbre, mandó a los discípulos recoger los fragmentos que habían sobrado, para que no se echaran a perder, eso simboliza ciertamente que hay muchos misterios de la revelación divina que no capta el sentido del vulgo, mientras hay algunos que por sí mismos los menos instruidos no son capaces de asimilar pero que, una vez expuestos por los más doctos, enseguida pueden comprenderlos. De ahí que sea necesario que quienes son capaces los comprendan a fondo —a base de escrutarlos— y los hagan llegar de palabra o por escrito para instruir a los menos doctos, no vaya a ser que por su desidia se echen a perder los alimentos de la palabra y se prive de ellos a la plebe, que no sabe recogerlos, interpretándolos con la gracia de Dios.

15. Así pues, dice, los recogieron y llenaron doce cestos de trozos (Jn 6, 13). Dado que el número doce suele simbolizar la suma de toda perfección, con razón se expresa por medio de los doce cestos llenos de trozos, todo el coro de doctores espirituales a quienes se manda recoger, meditándolos, los pasajes oscuros de las Escrituras que las turbas no pueden por sí mismas comprender y conservarlos, una vez meditados y puestos por escrito, para uso propio y a la vez de la muchedumbre. Esto hicieron los mismos Apóstoles y los evangelistas, al incluir en sus obras no pocos dichos de la Ley y los profetas, después de haber introducido su propia interpretación. Esto hicieron algunos seguidores suyos, maestros de la Iglesia en todo el mundo, al discutir en su totalidad con una cuidadosa exégesis libros enteros de ambos Testamentos. Ellos, aunque menospreciados por los hombres, sin embargo son fecundos en el pan de la gracia celestial...

BIBLIOGRAFÍA

Chappuzeau, G., Die Exegese Von Hohelied 1, 2 a. b und 7 bei den Kirchenvätern von Hippolyt bis Bernhard. Ein Beitrag zum Verständnis von Allegorie und Analogie, en JAC 18 (1975), pp. 90-143.

Clausi, B., Elementi di ermeneutica monastica nel De schematibus et tropis di Beda, en Orpheus 11 (1990), pp. 277-307.

Didone, M., L'Explanatio di Apponio in relazione all'Expositio di Beda ed alle Enarrationes in Cantica di Angelomus, en Civiltà classica et cristiana 7 (1986), pp. 77-119.

Fischer, B., Bedae De titulis psalmorum liber, en I. Autenrieth, F. Brunhoelzl, Fs. B. Bischorf. Stuttgart 1971, pp. 90-110.

Holder, A. G., Bede and the Tradition of Patristic Exegesis, en AnglTR 72 (1990), pp. 390-411.

Jenkins, C., Bede as Exegete and Theologian, en A.H. Thompson, Bede, His Life, Times and Writings. Oxford, 1935.

Jones, C. W., Some Introductory Remarks on Bede's Commentary on Genesis, en SE 19 (1969-70) pp. 115-198.

Kelly, J.F., Bede and the Irish Exegetical Tradition of the Apocalypse, en RBén 92 (1982), pp. 393-406.

Kelly, J.F., The Venerable Bede and Hibero-Latin Exegesis, en P.E. Szarmach, Sources of Anglo-Saxon Culture, Kalamazoo 1986, pp. 65-75.

Kitson, P., Bede's Explanatio Apocalypsis and related works, en ASE (Anglo-Saxon England) 12 (1983), pp. 73-123.

Löfstedt, B., Zu Bedas Evangelienkommentaren, en Arctos 21 (1987), pp. 61-72.

Martin, L. T., Augustine’s Influence on Bede’s Homeliae evangelii, en I.L.Schnaubelt, F. van Fleteren, Collectanea Augustiniana. New York 1990, pp. 357-369.

Ray, R., What do we know about Bede’s Commentaries?, en RecTh 49 (1981), pp. 5-20.

Ray, R., Augustine’s De consensus evangelistarum and the Historical Education of the Venerable Bede, en StPatr 16 (1985), pp. 557-563.

Roera Sans, J., San Beda, exegeta del Nuevo Testamento. Diss. Pamplona 1990.

Simonetti, M., La tecnica esegetica di Beda nel Commento a 1 Samuele, en RomBarb 8 (1984-85) 75-110.

Simonetti Abbolito, G., Venerabile Beda. Omelie sul Vangelo, Roma 1990.

Vogüé, A. de, Les plus anciens exégètes du Premier livre des Rois. Origéne, Augustin et leurs épigones, en SEIG 29 (1986), pp. 5-12.

Ward, B., Bede and the Psalter, en Bede and His World, II (1994), pp. 869-902.

Willmer, A., Bedas Bibelauslegung, en Archiv für Kulturgeschichte 44 (1962), pp. 281-314.

Wilmart, C.A., La collection de Bède le Vénérable sur l’apôtre, en RB 38 (1926), pp. 16-52.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 1475-1495.

Simonetti, M., Lettera e/o allegoria : un contributo alla storia dell’esegesi patristica, Roma 1985, pp. 254, 298, 338.

39. JUAN DAMASCENO (650-750 CA.)

NACIDO DE UNA FAMILIA DE ALTA POSICIÓN, fue educado por un esclavo de origen italiano. El régimen de intolerancia hacia los cristianos, inaugurado por Omar II, provocó que Juan se retirase a la vida monástica en las proximidades de Jerusalén, donde se dedicó al estudio de la Escritura y los Padres. Intervino activamente durante la polémica iconoclasta. Fue perseguido por los iconoclastas y murió hacia 750. Su obra más conocida es La fuente del conocimiento, pero son importantes también sus Discursos sobre las imágenes. En sus homilías emplea la alegoría, manteniendo un control estricto y sin excesos, y la tipología.

PRIMERA HOMILÍA SOBRE LA DORMICIÓN, 8-11

8. Apropiándome oportunamente de las palabras del Apóstol, diré: ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Rm 11, 33) ¡Oh inmensa bondad de Dios, oh amor inconmensurable! Aquel que llama a las cosas que no existen, como si existieran (cf. Rm 4, 17); Aquel que llena el cielo y la tierra (cf. Jr 23, 24); Aquel que tiene el cielo por trono, y la tierra por escabel de sus pies (cf. Is 66, 1); Él es quien hizo que el seno de su esclava fuese para sí mismo como una espaciosa morada, en la que realizaría el más maravilloso y extraordinario de todos los misterios. Efectivamente, el que es Dios se hace hombre y, al llegar el tiempo del parto, nace de un modo maravilloso, saliendo del seno materno sin quebranto alguno de la virginidad de su madre, y el que es resplandor de la gloria del Padre e impronta de su ser y que sostiene todas las cosas con la palabra que sale de su boca (cf. Hb 1, 3), hecho niño es llevado en brazos de una mujer. ¡Oh milagros verdaderamente divinos! ¡Oh misterios que sobrepasan la naturaleza y van más allá de toda imaginación! ¡Oh gloria y esplendor de la virginidad, que superan totalmente la condición humana! Grande es el misterio que en ti se manifiesta, oh Virgen y Madre llena de santidad. Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc 1, 28.43). Bienaventurada por generaciones y generaciones, tú que eres la única que ha merecido ser proclamada dichosa. Bienaventurada te aclaman en verdad todas las generaciones (cf. Lc 1, 48). Te vieron las hijas de Jerusalén (cf. Ct 6, 9), es decir, de la Iglesia, y te llamaron bienaventurada las reinas, o sea, las almas justas, y te alabarán eternamente. Tú eres, en efecto, el trono real junto al cual permanecen los ángeles, contemplando al que en él está sentado y que es su Señor y su Creador. Tú eres el Edén espiritual, más santo y más divino que el antiguo Edén, pues en ése moraba el Adán terreno, mientras que en ti habita el Señor que ha bajado del cielo. De ti es figura el arca de la alianza, en razón de contener la nueva semilla para el mundo, pues tú has albergado en tu seno a Cristo, que es la salvación del mundo y que hundió el pecado en el abismo del mar y sosegó su encrespado oleaje.

Fuiste también, oh Virgen, claramente prefigurada en la zarza, en las tablas escritas por Dios, en el arca de la ley, en la vasija de oro, en el candelabro, en la mesa, y en la vara de Aarón que floreció. De ti, en efecto, procede la llama de la divinidad, el Verbo y manifestación del Padre, el maná suavísimo y celestial, el nombre inefable que está sobre todo nombre (cf. Flp 2, 9), la luz eterna e inaccesible, el celeste pan de vida (cf. Jn 6, 48). De ti ha brotado corporalmente aquel fruto que no se debe al trabajo de ningún cultivador.

¿Acaso no fue también imagen tuya, manifestada de antemano, aquel horno cuyo fuego era a la vez llama encendida y rocío refrescante, y que venía a ser anuncio y figura del fuego divino que en ti se albergó? ¿No es, por ventura, una clara alegoría tuya la tienda de Abraham? Ciertamente que sí, pues el Verbo de Dios, como en un tabernáculo, habitaba en tu seno, y la naturaleza humana le ofreció un pan subcinericio (cf. Gn 18, 6) cocido por el fuego divino, una ofrenda de primicias formada de tu sangre purísima. Es una sola persona divina y en ella subsisten un cuerpo animado y un alma racional e intelectiva.

¡Ay, que por poco me olvido de la escala de Jacob! (cf. Gn 28, 12-22). ¿No resulta evidente para todos que tú, oh María, estás en ella prefigurada y anunciada? Vio este patriarca una escalera que unía el cielo con la tierra y contempló a los ángeles que subían y bajaban por ella, y además experimentó una significativa lucha con el que en verdad es fuerte e invencible. De un modo semejante, desempeñando tú el oficio de mediadora, te convertiste en escalera por la que Dios ha bajado hasta nosotros asumiendo nuestra débil naturaleza, y recompusiste lo que estaba disgregado, de modo que el hombre pudiera unirse de nuevo con Dios. Así pues, los ángeles bajaron prestando servicio al Señor, y los hombres, abrazando un género de vida angelical, son elevados hacia el cielo.

9. ¿Dónde voy a colocar los anuncios de los profetas? ¿Acaso no vamos a querer demostrar que en verdad se refieren a ti? ¿Qué simboliza el vellocino sobre el cual descendió, como la lluvia, el Hijo de Dios y Rey universal, eterno como el Padre y que posee su mismo trono? (cf. Jc 6, 36-40). ¿No se refiere claramente a ti, oh María? ¿No eres tú aquella virgen de la cual Isaías, lleno de espíritu

profético, anunció que concebiría en su seno y daría a luz a un hijo, que sería Dios con nosotros (cf. Is 7, 14), pues, habiéndose hecho hombre, permanecería siendo Dios? ¿A quién hace alusión aquel monte de Daniel (cf. Dn 2, 34), del cual sin trabajo de varón se desprendió la piedra angular, que es Cristo? ¿Acaso este monte no te representa a ti, que fuiste madre sin recibir semilla y permaneciste siempre virgen? Que venga el inspiradísimo Ezequiel y nos muestre aquella puerta cerrada, por la que pasó el Señor y no quedó ya abierta, según se nos manifiesta en su anuncio profético (cf. Ez 44, 1-2). Los hechos posteriores dan fe de sus palabras, que sin duda se refieren a ti, pues al encarnarse pasó por tu seno el mismo Dios, que está por encima de todo, y no abrió las puertas de tu virginidad, cuyos sellos permanecen intactos para siempre.

Los profetas, pues, te anuncian, los ángeles te sirven, los apóstoles te asisten, y especialmente aquel que es virgen y teólogo te atiende a ti, la siempre virgen y Madre de Dios. En el día de hoy en que te encaminas hacia tu Hijo, te acompañan los ángeles y las almas justas de los patriarcas y profetas, e igualmente te dan escolta los apóstoles y una multitud de venerables padres, movidos por el Espíritu de Dios, todos los cuales, congregados por orden de tu divino Hijo, desde los confines de la tierra han llegado a la augusta y santa ciudad de Jerusalén, y te cantan sagrados e inspiradísimos himnos de alabanza, a ti que eres la fuente de donde ha brotado el cuerpo del Señor, que nos da la vida.

10. ¡De qué modo tan maravilloso la fuente de la vida, a través de la muerte, es conducida a la vida! ¡De qué manera tan extraordinaria aquella que fue madre superando las leyes de la naturaleza, ahora se sujeta a ellas, sometiéndose a la muerte en su cuerpo inmaculado! Era preciso, en efecto, que lo mortal se revistiera de inmortalidad (cf. 1 Co 15, 53), así como, por su parte, el Señor no rehusó pasar por el trance de la muerte y, al morir en la carne, venció a la muerte, nos concedió la incorrupción y vino a ser para nosotros fuente de la resurrección.

¡He aquí que el Creador de todas las cosas recibe en sus manos el alma

sacrosanta que emigra de aquel cuerpo, que es el tabernáculo en que habitó el Señor! Con razón quiso Él prestar este honor a aquella que, por una altísima e inefable decisión de su bondad, al asumir Él verdaderamente nuestra carne, la hizo madre suya sin que por ello dejara de pertenecer al linaje humano.

Los coros de los ángeles, según creemos, contemplaron, oh Virgen, tu salida de este mundo, por ellos anhelada. ¡Oh gloriosísima emigración que te proporciona la dicha de ir a habitar junto a Dios! Si bien no dudamos de que esta gracia es concedida por el Señor a todos sus siervos fieles, existe, sin embargo, a este respecto una inmensa diferencia entre los que son meros servidores de Dios y la que es su Madre. ¿Podremos en verdad designar con el nombre de muerte al misterio que se ha realizado en ti, oh María? Aunque, tal como corresponde a la naturaleza, tu sacratísima y bienaventurada alma se haya separado de tu glorioso e inmaculado cuerpo y este haya sido debidamente sepultado, no permanece, sin embargo, en la muerte, ni se destruye por la corrupción. Ya que cuando fuiste madre, tu virginidad permaneció incólume, al emigrar de este mundo tu cuerpo fue preservado de la descomposición, quedando transformado en un tabernáculo más ilustre y excelso, no sujeto ya a la muerte, sino destinado a perdurar por todos los siglos sin fin.

Así como el sol tiene una luz constante y esplendorosa, pero cuando queda un poco cubierto por la luna, parece que viene a menos y que su resplandor se transforma en oscuridad, no queda, sin embargo, realmente privado de la luz, de la que es fuente inagotable puesto que Dios, que es su hacedor, lo ha constituido como manantial indeficiente de luminosidad; de modo semejante, tú, oh Virgen María, que eres fuente de la verdadera luz, tesoro inexhausto de la auténtica vida, origen de copiosas bendiciones, y que nos has alcanzado y transmitido todos los bienes, aunque por algún espacio de tiempo la muerte te haya afectado en cuanto al cuerpo, nos has otorgado la luz inmensa, la vida inmortal, los copiosos manantiales de una genuina felicidad, los ríos de la gracia, el don de curaciones y una bendición que perdura para siempre. Tú eres como un frondoso manzanal y tus frutos son dulces al paladar de los fieles (cf. Ct 2, 3). A tu sagrado tránsito no lo llamaremos muerte, sino sueño o emigración y, con más propiedad aún, lo designaremos como permanencia en la patria, pues, al dejar este mundo, obtienes una morada mucho más excelente.

11. Los ángeles y arcángeles te trasladaron. Ante tu tránsito los espíritus inmundos que vuelan por los aires, se estremecieron de espanto. Con tu paso el aire quedó bendecido y el éter santificado. El cielo, con gozo recibe tu alma. Las potestades celestiales salen a tu encuentro cantando himnos sagrados con festiva alegría y expresándose con estas o parecidas palabras: ¿Quién es esta que sube toda pura, surgiendo como la aurora, hermosa como la luna y escogida como el sol? (cf. Ct 3, 6; 6, 10). ¡Oh qué hermosa eres y toda llena de suavidad! Tú eres la flor del campo y como lirio entre espinas (cf. Ct 2, 1-2). Por eso te amaron las doncellas y corrieron tras el olor de tus perfumes (cf. Ct 1, 2-3). El Rey te introdujo en su cámara, donde las potestades te dan escolta, los principados te bendicen, los tronos entonan cánticos en tu honor, los querubines se maravillan y los serafines proclaman tus alabanzas, ya que, por divina disposición, has sido constituida verdadera Madre del Señor. Tú no subiste al cielo a la manera de Elías (cf. 2 R 2, 1-14), ni al modo de Pablo fuiste transportada al tercer cielo (cf. 2 Co 12, 2), sino que llegaste junto al trono real de tu Hijo, al que contemplas con tus propios ojos y con quien habitas en un clima de gran felicidad y confianza, siendo tú la alegría de las potestades más excelsas, el gozo indeficiente de los patriarcas, la inefable dicha de los justos, la perenne exultación de los profetas, la bendición del mundo, la santificación de todas las cosas, el reposo de los fatigados, el alivio de los afligidos, la curación de los enfermos, el puerto de refugio para quienes se ven agitados por la tempestad, el perdón para los pecadores, el piadoso consuelo de los atribulados y el presuroso auxilio de todos los que te invocan.

BIBLIOGRAFÍA

Barnard, L. W., The use of the Bible in the Byzantine Iconoclastic Controversy, en TZ 31/2 (1975), pp. 78–83.

Lafontaine-Dosogne, J., L'illustration du cycle des Mages suivant l'homélie sur la Nativité attribuée à Jean Damascène, en Muséon 100 (1987), pp. 211–224.

Montana, F., Dal glossario all'esegesi; l'apparato ermeneutico al canone pentecostale attribuito a Giovanni Damasceno nel ms. Ottob. Gr. 248, en SCO 42 (1992), pp. 147–253; 154–264.

Odorico, P., La cultura della syllogé, 1) Il cosiddetto enciclopedismo bizantino; 2) Le tavole del sapere di Giovanni Damasceno, en ByZ 83 (1990), pp. 1–21.

Schultze, B., Das Beten Jesu nach Johannes von Damaskus, en OrChr 25 (1971), pp. 101–230.

Wohl, O., Die Prophetenzitate der Sacra Parallela (adscripta Joh. Damasceno) in ihrem Verhältnis zur Septuagintaüberlieferung, Munich 1965.

*** * ***

Kannengiesser, C., Handbook of patristic exegesis : the Bible in ancient Christianity, Leiden-Boston 2004, pp. 974-977.

Ediciones de los textos reproducidos en este volumen

Padres apostólicos, ed. J.J. Ayán Calvo, Ciudad Nueva, Madrid 2000 (textos de Didaché, Clemente, Ignacio, Bernabé, Hermas, Carta a Diogneto).

Padres apostólicos y apologistas griegos, s. II ed. D. Ruiz Bueno, BAC, Madrid 2002 (S. Justino).

Actas latinas de mártires africanos, ed. J. Leal, Ciudad Nueva, Madrid 2009 (Pasión de Perpetua).

San Ireneo de Lyon, Contra los Herejes, ed C.I. González, México 2000.

Obras de san Cipriano, edición bilingüe, tratados, cartas, ed. J. A. Gil Tamayo, BAC, Madrid 2013.

Clemente Alejandrino, Stromata IV-V : martirio cristiano e investigación sobre Dios, ed. M. Merino, Fuentes patrísticas 15, Madrid 2003.

Orígenes, Sobre los principios, ed. S. Fernández Eyzaguirre, Ciudad Nueva, Madrid 2015.

Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, ed. A. Velasco Delgado, BAC, Madrid 2001.

Cirilo de Jerusalén, Catequesis, ed. J. Sancho Bielsa, Ciudad Nueva, Madrid 2005.

San Gregorio de Nisa, Semillas de Contemplación, Homilías sobre el Cantar de los cantares Vida de Moisés: Historia y contemplación, ed. T.H. Martín, BAC, Madrid 2001.

San Juan Crisóstomo, Obras, traducción al castellano por una sociedad de teólogos y humanistas bajo la dirección de A. Real, El Progreso Editorial, Madrid 1893.

Hilario de Poitiers, Tratado de los misterios, Ciudad Nueva, Madrid 1993.

Obras de San Ambrosio, Edición Bilingüe, I: Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, ed. M. Garrido Bonaño, BAC, Madrid 1966.

Jerónimo, Comentario a Isaías, ed. J. Anoz Gutiérrez, BAC, Madrid 2007.

Jerónimo, Comentario al Evangelio de san Marcos, ed. F. Guerrero - J. Pascual Torró, Ciudad Nueva, Madrid 2015.

Ticonio, Libro de las reglas, ed. J.J. Ayán Calvo, Ciudad Nueva, Madrid 2009.

Agustín, De la doctrina cristiana; Del Génesis contra los maniqueos; Del Génesis a la letra, incompleto; Del Génesis a la letra, ed. B. Martín Pérez, BAC, Madrid 1957.

Agustín, Enarraciones sobre los Salmos, ed. B. Martín Pérez, BAC, Madrid 1967.

Agustín, Sermones 339-396, ed. P. Luis Vizcaíno, BAC, Madrid 1946.

Juan Casiano, Colaciones, Rialp, Madrid, 1958-1962.

Vicente de Lerins, Tratado en defensa de la antigüedad y universalidad de la fe católica, ed. L.F. Mateo-Seco, Pamplona 1977.

León Magno, Cartas Cristológicas, ed. J. C. Mateos González, Madrid 1999.

Anicio Manlio Boecio, La Consolación de la Filosofía, ed. P. Masa - A. Castaño Piñán, Buenos Aires 1977.

Casiodoro, Iniciación a las Sagradas Escrituras, ed. P. B. Santiago Amar, Ciudad Nueva, Madrid 1998.

Gregorio I, Papa, Los Morales del Papa San Gregorio Magno, versión de Alonso Álvarez de Toledo; precedida de una introducción por Bruno Ávila, Buenos Aires 1945.

Isidoro de Sevilla, Libros 2 y 3 de Las Sentencias, Sevilla 1991.

Beda el Venerable, Homilías sobre los Evangelios, ed. A. López Kindler, Ciudad Nueva, Madrid 2016.

Juan Damasceno, Homilías cristológicas y marianas, ed. G. Pons, Ciudad Nueva, Madrid 1996.

Los siguientes textos han sido traducidos directamente por el autor:

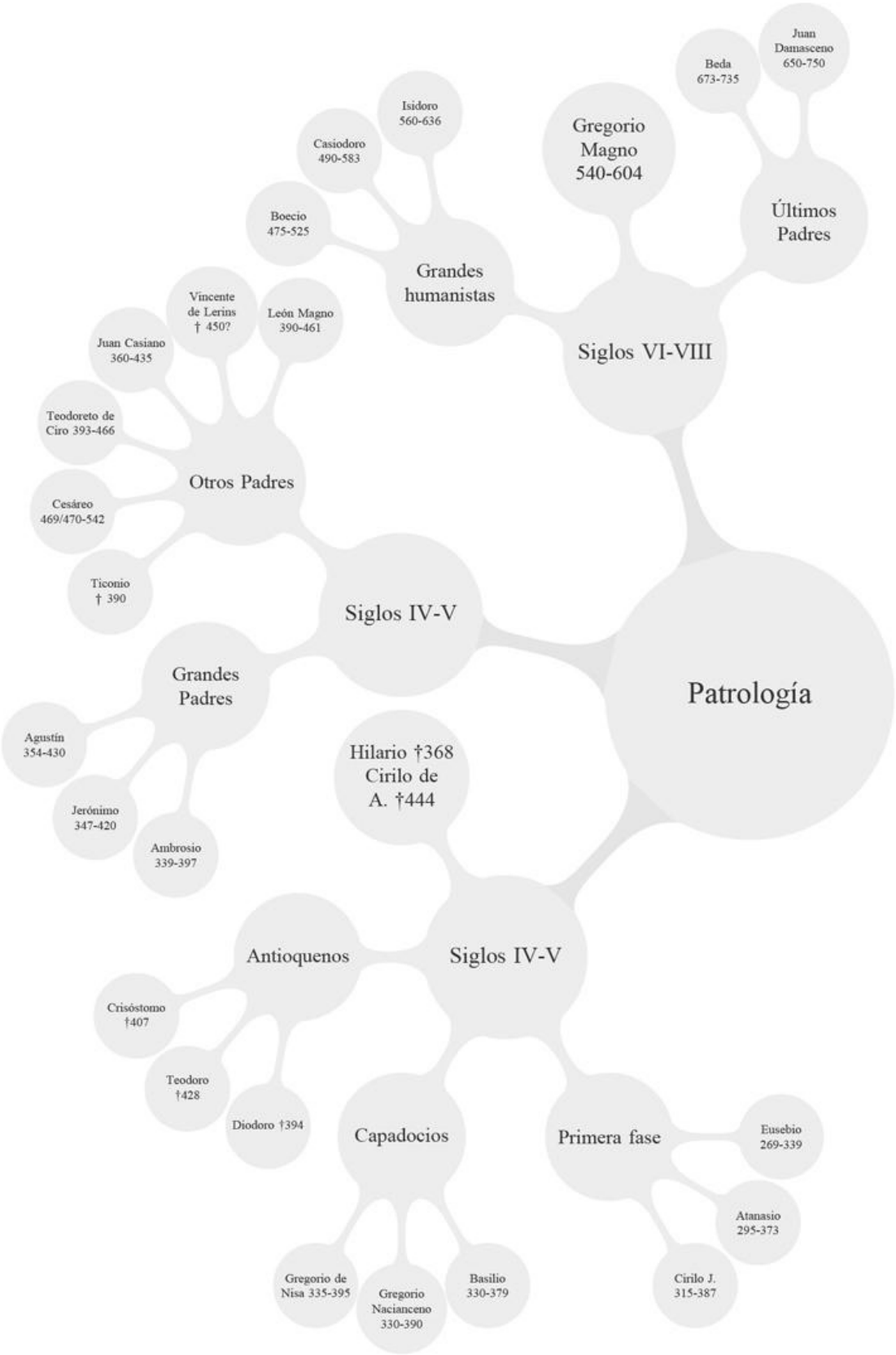
Tertuliano (Contra Marción y La resurrección); Hipólito (Bendiciones de Jacob); Orígenes (Comentario a Juan); Atanasio (La interpretación de los salmos); Basilio (Homilías sobre el Hexamerón); Diodoro de Tarso (Comentario a los salmos); Teodoro de Mopsuestia (Comentario a Juan); Cirilo de Alejandría (Comentario a Juan); Cesáreo de Arlès (Sermones); Teodoreto de Cirro (Comentario a Daniel).

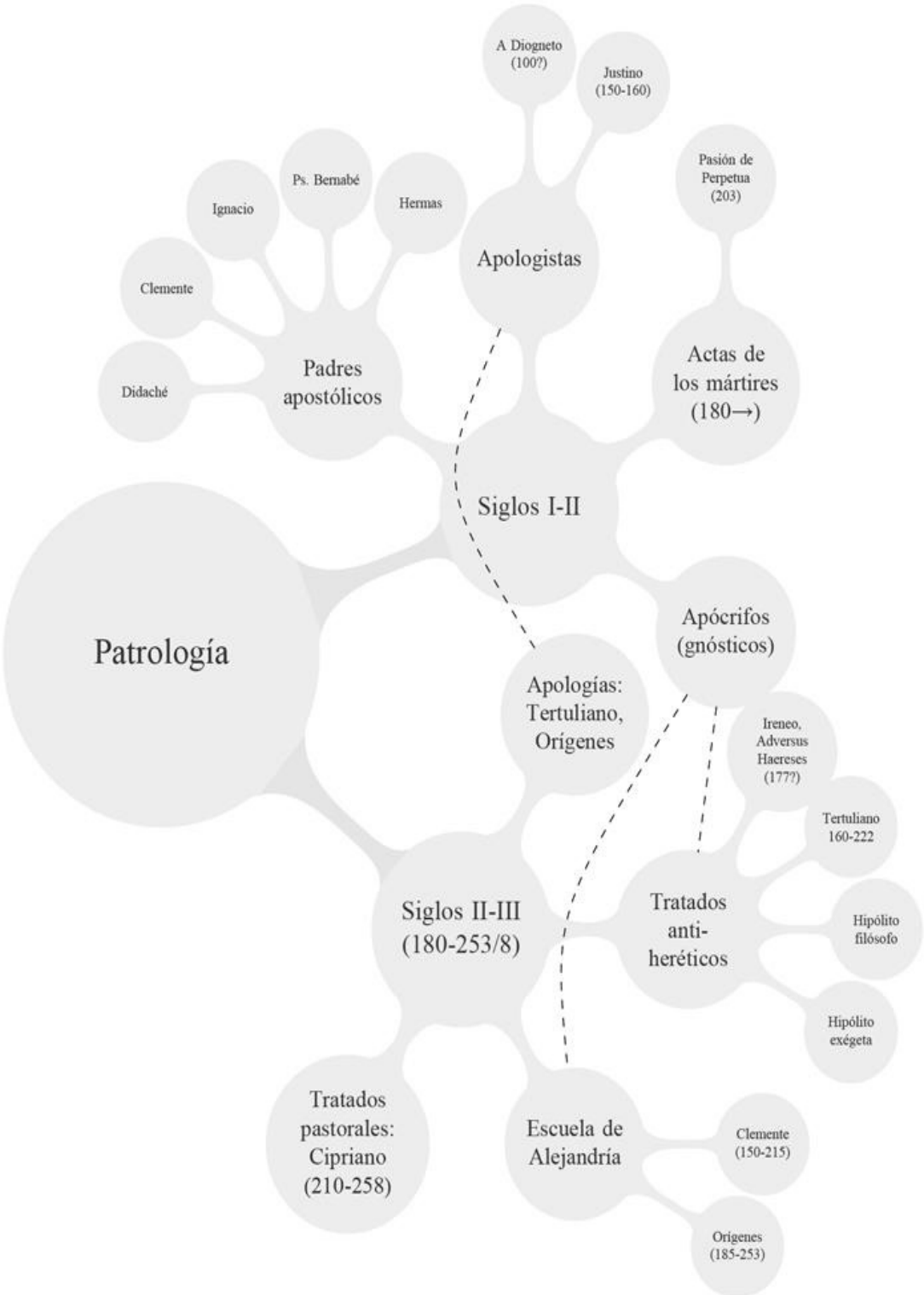
CRONOLOGÍA

Esta cronología se lee como un reloj:

desde arriba hacia la derecha y, después, de abajo hacia la izquierda.

Las fechas son aproximadas.


Patrología
Siglos VI-VIII
Últimos Padres
Gregorio Magno 540-604
Beda 673-735
Juan Damasceno 650-750
Grandes humanistas
Isidoro 560-636
Casiodoro 490-583
Boecio 475-525
Siglos IV-V
Otros Padres
Vincente de Lerins † 450?
León Magno 390-461
Juan Casiano 360-435
Teodoreto de Ciro 393-466
Cesáreo 469/470-542
Ticonio † 390
Grandes Padres
Agustín 354-430
Jerónimo 347-420
Ambrosio 339-397
Hilario †368
Cirilo de A. †444
Siglos IV-V
Antioquenos
Crisóstomo †407
Teodoro †428
Diodoro †394
Capadocios
Gregorio de Nisa 335-395
Gregorio Nacianceno 330-390
Basilio 330-379
Primera fase
Eusebio 269-339
Atanasio 295-373
Cirilo J. 315-387


Patrología
Siglos I-II
Padres apostólicos
Didaché
Clemente
Ignacio
Ps. Bernabé
Hermas
Apologistas
A Diogneto (100?)
Justino (150-160)
Actas de los mártires (180→)
Pasión de Perpetua (203)
Apócrifos (gnósticos)
Siglos II-III (180-253/8)
Apologías: Tertuliano, Orígenes
Tratados anti-heréticos
Ireneo, Adversus Haereses (177?)
Tertuliano 160-222
Hipólito filósofo
Hipólito exégeta
Escuela de Alejandría
Clemente (150-215)
Orígenes (185-253)
Tratados pastorales: Cipriano (210-258)

ÍNDICE BÍBLICO

ANTIGUO TESTAMENTO

Gn 1, 1

Gn 1, 3

Gn 1, 3-26

Gn 1, 26-27

Gn 1, 26

Gn 1, 27

Gn 2, 7

Gn 2, 8

Gn 2, 21-23

Gn 2, 23.24

Gn 2, 23

Gn 2, 24

Gn 3, 1

Gn 3, 15

Gn 3, 19

Gn 3, 22

Gn 3, 23

Gn 4, 3-8

Gn 4, 8

Gn 4, 11

Gn 5, 24

Gn 6-7

Gn 6, 8-9, 29

Gn 7

Gn 8, 11

Gn 12, 1-3

Gn 12, 3

Gn 13, 14-16

Gn 14, 14

Gn 14, 15ss

Gn 15, 5-6

Gn 16, 1-2

Gn 17, 12-14

Gn 17, 23-27

Gn 17, 23.27

Gn 18, 1

Gn 18, 6

Gn 19, 17

Gn 19, 30-36

Gn 19

Gn 22, 17-18

Gn 22, 18

Gn 22

Gn 25, 134

Gn 27, 41-45

Gn 28, 12-22

Gn 28, 12

Gn 28, 12a

Gn 29, 15-30

Gn 30, 1-13

Gn 37, 8

Gn 37

Gn 38, 25-26

Gn 38, 27-30

Gn 49, 8-12

Gn 49, 11

Ex 2, 14

Ex 3, 6

Ex 3, 7-8

Ex 3, 8

Ex 3, 14

Ex 4, 7

Ex 5, 2

Ex 5, 5

Ex 7, 1

Ex 12, 8.9

Ex 12, 46

Ex 13, 3

Ex 14, 22-30

Ex 16, 1-4

Ex 17, 8-14

Ex 17, 14

Ex 19, 3 y 20

Ex 19, 19

Ex 20, 4

Ex 20, 5

Ex 25-31.35-39

Ex 25, 40

Ex 29, 32-33

Ex 32, 32

Ex 33, 13

Ex 34, 29-35

Lv 11, 3

Lv 11, 10

Lv 11, 13-16

Lv 11, 29

Lv 11

Lv 11, 5

Lv 12, 4

Lv 14, 10

Lv 16, 7 - 9.18

Lv 16, 7.9

Lv 16, 8.10

Lv 16, 22

Lv 16, 23-24

Lv 23, 29

Lv 26, 1

Nm 12

Nm 13, 20

Nm 16

Nm 19

Nm 21, 4-9

Nm 21, 8-9

Nm 29, 11

Dt 4, 1.5

Dt 4, 23

Dt 6, 5

Dt 7, 3

Dt 10, 16

Dt 13, 3

Dt 14, 6

Dt 14

Dt 21, 23

Dt 23, 3

Dt 25, 4

Dt 27, 15

Dt 32, 7

Dt 32, 15

Jos 1, 8

Jos 2, 18-19

Jos 2

Jc 6, 36-40

Rt 1, 15-17

Rt 4, 11-13

Rt 4, 11

Rt 5, 11.10

1 S 15, 11

1 S 15-16

1 S 16, 14

1 S 18-21

1 S 18-24

1 S 24, 20

1 R 3

1 R 11, 31-32

1 R 15, 1-34

1 R 17, 1

1 R 20

2 R 2, 1-14

2 R 24-25

2 Cro 36

Esd 1-6

Esd 3, 2

Tb 4, 14

Jdt 16, 17

2 M 7, 28

Sal 1, 1

Sal 1, 2

Sal 1, 3

Sal 1, 3-6

Sal 2, 7-8

Sal 3, 1

Sal 3, 6

Sal 6, 8

Sal 10, 6

Sal 13, 3

Sal 17, 45

Sal 18

Sal 23, 5

Sal 28

Sal 32, 6

Sal 33, 6

Sal 33[32], 6

Sal 33, 13

Sal 36, 1-2

Sal 36, 4b-5a

Sal 36, 11

Sal 41, 2-3

Sal 44

Sal 45, 3

Sal 45, 4

Sal 45, 5

Sal 45, 6

Sal 45, 11

Sal 47, 8

Sal 50, 8

Sal 50, 20

Sal 67, 7

Sal 68, 5

Sal 68, 29

Sal 69, 22

Sal 75, 2

Sal 77

Sal 77, 11

Sal 78, 13

Sal 83, 5

Sal 84, 9

Sal 90, 13

Sal 91, 12

Sal 99, 3

Sal 103, 15

Sal 104

Sal 104, 24

Sal 105

Sal 108, 7

Sal 109, 1

Sal 109

Sal 113

Sal 115, 8

Sal 117

Sal 117, 22

Sal 118, 2

Sal 118, 6

Sal 118, 11

Sal 118, 37

Sal 118, 103

Sal 120, 5-7

Sal 124, 2

Sal 131, 18

Sal 135, 8

Sal 138, 6

Sal 143, 1

Ct 1, 2-3

Ct 1, 5

Ct 2, 1-2

Ct 2, 3

Ct 2, 8

Ct 3, 6

Ct 4, 7

Ct 6, 9

Ct 6, 10

Ct 7, 13

Lm 3, 41

Jb 18, 1-2

Jb 18, 3

Jb 18, 4

Jb 18, 5

Jb 18, 6

Jb 18, 7

Pr 3, 1

Pr 4, 8

Pr 9, 1

Pr 11, 14

Pr 16, 23

Pr 17, 11

Pr 18, 17

Pr 19, 5

Pr 22, 2

Pr 22, 17

Pr 22, 20-21

Pr 24, 3-4

Pr 25, 28

Pr 28, 9

Pr 31, 3

Sb 1, 11

Sb 1, 14

Sb 2, 24

Sb 4, 3

Sb 9, 15

Sb 12, 10

Si 23, 12

Si 24, 29

Si 42, 21

Is 1, 10

Is 1, 2

Is 1, 16-20

Is 3, 5

Is 5, 1

Is 5, 2

Is 5, 4

Is 5, 5

Is 5, 6

Is 5, 7

Is 6, 8

Is 7, 9

Is 7, 14

Is 7, 15

Is 8, 4

Is 8, 7

Is 9, 5

Is 11, 1

Is 11, 6-8

Is 11, 9

Is 12, 3

Is 16, 1-2

Is 25, 8

Is 26, 19

Is 28, 14

Is 28, 15

Is 28, 16

Is 29, 11-12

Is 29, 13

Is 33, 13

Is 33, 16-18

Is 33, 20

Is 33, 23

Is 40, 3

Is 40, 6

Is 40, 22

Is 40, 29

Is 41, 19

Is 42, 16-17

Is 43, 5-8

Is 43, 20-21

Is 43, 20

Is 43, 27-44, 1

Is 44, 4

Is 44, 21-22

Is 45, 1

Is 45, 2-3

Is 45, 3

Is 45, 3.4

Is 45, 4

Is 45, 4-5

Is 45, 7

Is 48, 8-9

Is 49, 18

Is 50, 6

Is 50, 10

Is 51, 1

Is 51, 6

Is 52, 5

Is 52, 7

Is 53, 7

Is 55, 10

Is 58, 7

Is 60, 1

Is 60, 10

Is 61, 1

Is 61, 2

Is 61, 10

Is 63, 9-10

Is 65, 2

Is 65, 25

Is 66, 1

Jr 2, 12-13

Jr 4, 3-4

Jr 4, 4

Jr 7, 2-3

Jr 9, 1

Jr 9, 3

Jr 9, 25

Jr 15, 14

Jr 23, 20

Jr 23, 24

Jr 43, 2.14

Ba 4, 12

Ez 3, 17

Ez 17, 3

Ez 17, 3-21

Ez 18, 30

Ez 20, 6

Ez 28, 3

Ez 33, 11

Ez 33, 12

Ez 37, 1-14

Ez 44, 1-2

Ez 47, 1-12

Dn 2, 34

Dn 2, 34-35

Dn 2, 35-45

Dn 3, 50

Dn 9, 25

Dn 12, 3

Dn 12, 4.7

Jl 2, 28

Jl 2, 32

Jl 4, 18

Am 3, 6

Jon 3

Mi 1, 2

Mi 1, 12

Mi 7, 9

So 3, 19

Za 1, 9

Za 1, 16

Za 3, 9

Za 4, 10

Za 9, 10

Za 14, 5

Ml 1, 10-12

Ml 1, 11-14

Ml 3, 1

NUEVO TESTAMENTO

Mt 1, 1

Mt 1, 23

Mt 2, 16

Mt 3, 2

Mt 3, 4

Mt 3, 13

Mt 3, 13-17

Mt 3, 15

Mt 3, 17

Mt 4, 1

Mt 4, 4

Mt 4, 12

Mt 5, 6

Mt 5, 17

Mt 5, 27

Mt 5, 28

Mt 5, 34-35

Mt 5, 44

Mt 5, 44.46-47

Mt 6, 4-18

Mt 6, 22-23

Mt 6, 23

Mt 7, 7

Mt 7, 7-8

Mt 7, 13

Mt 7, 27

Mt 9, 9

Mt 9, 9-13

Mt 10, 3

Mt 10, 5-6

Mt 10, 34

Mt 11

Mt 11, 8

Mt 11, 22

Mt 11, 25-27

Mt 11, 28-29

Mt 12, 40

Mt 12, 41

Mt 12, 49-50

Mt 13, 7

Mt 13, 8

Mt 13, 30

Mt 13, 38

Mt 13, 44

Mt 13, 52

Mt 14, 19

Mt 14, 25

Mt 16, 14

Mt 16, 15

Mt 16, 16

Mt 18, 11

Mt 18, 15-17

Mt 19, 4

Mt 19, 6

Mt 19, 12

Mt 19, 16-17

Mt 20, 22

Mt 21, 5

Mt 21, 23

Mt 21, 24-27

Mt 21, 42

Mt 22, 29

Mt 22, 37

Mt 22, 37-40

Mt 22, 39

Mt 22, 40

Mt 23, 35

Mt 24, 28

Mt 24, 36

Mt 24, 46

Mt 24, 48.51

Mt 24, 51

Mt 25, 25

Mt 25, 33-34.41

Mt 25, 34-35

Mt 27, 34.48

Mc 1, 1-3

Mc 1, 4

Mc 1, 5

Mc 1, 6

Mc 1, 7

Mc 1, 14

Mc 2, 14

Mc 3, 18

Mc 6, 41

Mc 8, 31

Mc 10, 38

Mc 16, 18a

Mc 16, 20

Lc 1, 5-8

Lc 1, 28.43

Lc 1, 35

Lc 1, 38

Lc 1, 48

Lc 2, 4

Lc 2, 7

Lc 2, 13

Lc 2, 21-24

Lc 2, 49

Lc 3, 16

Lc 3, 19-20

Lc 4, 19

Lc 5, 27

Lc 6, 15

Lc 6, 27

Lc 6, 28

Lc 8, 24

Lc 9, 16

Lc 9, 22

Lc 9, 56

Lc 9, 62

Lc 10, 19-21

Lc 11, 20

Lc 11, 51

Lc 11, 52

Lc 12, 50

Lc 18, 11 ss.

Lc 19, 42

Lc 20, 34-36

Lc 22, 44

Lc 22, 61

Lc 23, 43

Lc 24, 26.46-47

Lc 24, 39

Lc 24, 44-45

Lc 24, 45

Jn 1, 1

Jn 1, 3

Jn 1, 9

Jn 1, 10

Jn 1, 14

Jn 1, 17

Jn 1, 29

Jn 2, 1-11

Jn 2, 6

Jn 2, 11

Jn 3, 13

Jn 3, 14

Jn 3, 23-24

Jn 3, 29-30

Jn 4, 5-8

Jn 4, 9

Jn 4, 10

Jn 4, 11

Jn 4, 12

Jn 4, 13-14

Jn 4, 15

Jn 4, 16

Jn 4, 17-18

Jn 4, 36

Jn 4, 37

Jn 5, 17

Jn 5, 22

Jn 5, 39

Jn 6, 1-14

Jn 6, 12

Jn 6, 13

Jn 6, 27

Jn 6, 48

Jn 6, 52

Jn 8, 12

Jn 9, 7

Jn 10, 14

Jn 10, 16

Jn 10, 30

Jn 11, 10

Jn 11, 35

Jn 11, 43

Jn 13, 34

Jn 14, 6

Jn 14, 9

Jn 14, 18

Jn 14, 30

Jn 15, 18-19

Jn 15, 19

Jn 17, 3

Jn 17, 11.14.16

Jn 17, 14

Jn 19, 23-24

Jn 19, 34

Jn 21, 17

Jn 21, 25

Hch 1, 8

Hch 1, 14

Hch 2, 17

Hch 2, 24

Hch 2, 38

Hch 4, 11

Hch 4, 13

Hch 5, 1-10

Hch 7, 22

Hch 7, 34

Hch 9, 4

Hch 9, 6

Hch 10, 42

Hch 20, 35

Hch 28, 3-5

Rm 1, 1-3

Rm 1, 3

Rm 2, 24

Rm 3, 23-24

Rm 3, 24

Rm 4, 17

Rm 5, 3-5

Rm 5, 14

Rm 5, 20

Rm 7, 14

Rm 8, 12-13

Rm 8, 26

Rm 9, 21

Rm 10, 21

Rm 11, 1-2

Rm 11, 14

Rm 11, 28

Rm 11, 33

Rm 12, 14

Rm 13, 1

Rm 13, 3

Rm 13, 4

Rm 13, 10

Rm 13, 14

Rm 15, 1

Rm 15, 28

Rm 16, 17

1 Co 1, 10

1 Co 1, 24

1 Co 1, 25

1 Co 2, 1

1 Co 2, 4

1 Co 2, 6-7

1 Co 2, 8

1 Co 2, 9

1 Co 2, 13

1 Co 2, 16.12-13

1 Co 3, 7

1 Co 3, 10

1 Co 3, 11

1 Co 4, 2-4

1 Co 4, 6

1 Co 4, 10

1 Co 4, 11

1 Co 4, 12

1 Co 6, 10

1 Co 6, 12

1 Co 6, 19

1 Co 7, 12-16

1 Co 7, 17

1 Co 9, 9

1 Co 9, 27

1 Co 10, 4

1 Co 10, 11

1 Co 11, 3

1 Co 11, 19

1 Co 12, 27

1 Co 13, 12

1 Co 14, 15

1 Co 14, 29-30

1 Co 14, 32

1 Co 15, 47

1 Co 15, 48-49

1 Co 15, 53

1 Co 15, 54

1 Co 16, 13

2 Co 1, 3

2 Co 3, 7

2 Co 3, 16

2 Co 3, 18

2 Co 4, 18

2 Co 5, 1.4

2 Co 5, 3

2 Co 5, 7

2 Co 5, 21

2 Co 6, 7

2 Co 6, 8

2 Co 6, 9

2 Co 6, 10

2 Co 9, 10

2 Co 10, 3

2 Co 11, 6

2 Co 11, 31

2 Co 12, 2

2 Co 12, 2-4

2 Co 12, 4

2 Co 12, 7

Ga 1, 1

Ga 1, 9

Ga 2, 2

Ga 3, 13

Ga 3, 16-17

Ga 3, 27

Ga 3, 28

Ga 4, 4

Ga 4, 6

Ga 4, 22-25

Ga 5, 17

Ga 5, 24

Ga 5, 25

Ef 1, 3

Ef 1, 7

Ef 1, 21

Ef 2, 20

Ef 3, 6

Ef 3, 9

Ef 4, 2-3

Ef 4, 26

Ef 5, 14

Ef 5, 19

Ef 5, 23

Ef 5, 25-26

Ef 5, 27

Ef 5, 31-32

Ef 5, 32

Ef 6, 16-17

Ef 6, 18

Flp 2, 6-11

Flp 2, 9

Flp 3, 19

Flp 3, 20

Flp 3, 21

Col 1, 14

Col 1, 15

Col 1, 16

Col 1, 26

Col 2, 17

Col 3, 3

Col 3, 4

Col 3, 11

1 Ts 4, 16

1 Ts 5, 21

1 Ts 5, 23

1 Tm 1, 5

1 Tm 1, 7

1 Tm 1, 9

1 Tm 1, 15-16

1 Tm 2, 5

1 Tm 2, 14-15

1 Tm 6, 17-19

2 Tm 2, 21

2 Tm 3, 12

2 Tm 3, 16

Tt 2, 12

Tt 3, 1

Tt 3, 10

Hb 1, 1

Hb 1, 2-3

Hb 1, 3

Hb 4, 12

Hb 4, 15

Hb 5, 14

Hb 9, 11

Hb 10, 1

Hb 10, 27

Hb 11, 1

Hb 11, 4

Hb 12, 24

St 1, 6

St 4, 6

1 P 1, 18-19

1 P 1, 19

1 P 1, 24

1 P 2, 4-5

1 P 2, 11

1 P 5, 5

1 P 5, 8

1 P 5, 13

2 P 1, 13-14

2 P 2, 5

2 P 2, 9

1 Jn 1, 1-3

1 Jn 1, 7

1 Jn 2, 6

1 Jn 2, 11

1 Jn 2, 19

1 Jn 3, 15

1 Jn 4, 2-3

1 Jn 4, 18

1 Jn 5, 4-8

1 Jn 5, 19

2 Jn 10-11

Ap 1, 4-3, 22

Ap 1, 13

Ap 1, 14

Ap 2, 12

Ap 3, 1

Ap 3, 7

Ap 4, 5

Ap 4, 6ss

Ap 5, 6

Ap 7, 12

Ap 10, 3

Ap 10, 4

Ap 19, 4

Ap 19, 21

JERÓNIMO LEAL es profesor de Patrología en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz. Es doctor por el Instituto Patrístico Augustinianum de Roma, donde también desarrolla tareas docentes. Es autor de varios libros, como La antropología de Tertuliano; Tertuliano, a los paganos. El testimonio del alma; Actas latinas de los mártires africanos; Credibile... quia ineptum: Tertuliano y el problema de la interpretación, etc. Con Rialp ha publicado Los primeros cristianos en Roma.